

**NO
NEGRA**

DOMINIQUE MANOTTI

«Si te gusta la novela negra y no has leído a Manotti estás de enhorabuena: leyéndola te va a gustar mucho más».

CARLOS ZANÓN

Off
VERSATIL

ORO NEGRO

DOMINIQUE MANOTTI

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Título original: *Or noir*
© 2015 Dominique Manotti
© Éditions Gallimard, 2015

Traducción de Albertina Rodríguez Martorell
Diseño de cubierta: Eva Olaya

1.^a edición: enero 2020
Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© 2020: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación del Institut français.
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

PRÓLOGO: MAYO DE 1966, NUEVA YORK

Mes de mayo en Nueva York. Buen tiempo, un aire suave lejos del calor asfixiante del verano; una estación propicia para los festejos mundanos. Hoy Michael Frickx, el ejecutivo más destacado de CoTrade, sociedad de comercio de minerales con sede en Nueva York, se casa con Emily Weinstein, la nieta de Nat Weinstein, dueño de la Sociedad Minera de Sudáfrica, en la gran sinagoga de la Quinta Avenida.

Después de la ceremonia religiosa y antes de un extraordinario banquete de varios centenares de cubiertos en un gran hotel de la ciudad, Joshua Appelbaum, el dueño de CoTrade, recibe en su casa a una cincuentena de amigos y familiares, para presentarles personalmente a la joven esposa, y brindar con todos por el feliz acontecimiento.

Vive en un apartamento de dos pisos en la cima de un rascacielos de la Quinta Avenida. De pie, en el saloncito contiguo a la entrada, recibe a sus invitados acompañado por la novia, de veinte años. Estos la examinan con curiosidad y cierta desconfianza.

Nadie la conoce, acaba de llegar directamente de Sudáfrica, un país anglófono ciertamente, pero terriblemente... exótico y atemorizador. Es alta, delgada, atlética, cabello oscuro muy corto, ojos negros y sonrisa radiante, etérea en su vestido largo blanco y púdico, sin apenas escote. A la vez hospitalaria y cercana, se parece a no importa qué hija de buena familia americana.

El veredicto es positivo: una joven muy presentable. A su lado, su esposo Michael, treinta y seis años, muy alto, elegante en un traje oscuro de buen corte, cabello castaño corto, cuidadosamente peinado, rostro alargado, expresivo, de sonrisa fácil, recibe a los invitados con los brazos abiertos. Tiene unas palabras para cada uno, una sonrisa, una anécdota, su memoria funciona como la maquinaria de un reloj. Felicitaciones, abrazos, es el niño mimado de los amigos de Jos.

Después los invitados se dirigen a la gran sala, cuyo amplio ventanal acristalado se abre a una terraza que domina Central Park. En el umbral de la puerta pasan delante de la *ketouba*, el acta de matrimonio de Michael y Emily, expuesta sobre un atril. Un pergamino caligrafiado en arameo, enmarcado en una orla de flores y frutos estilizados que se entremezclan con el texto. Cada invitado se inclina sobre el pergamino, y se afana en descifrar las firmas de los testigos. Joshua Appelbaum, su anfitrión, el dueño de CoTrade, ha firmado por el novio.

Nat Weinstein no podía firmar por su nieta, porque está unido a la novia por lazos de sangre, quien lo ha hecho ha sido su segundo en la Sociedad Minera de Sudáfrica, el director general Leo Blumenfeld, venido a propósito desde Johannesburgo para la ceremonia. Después de comprobar con sus propios ojos las dos firmas, una al lado de la otra, los invitados pasan a la gran sala, en la que se han dispuesto tres bufetes de bebidas y canapés diversos; y se reparten en distintos grupos,

las mujeres a un lado y los varones al otro. La charla es animada.

Algunas mujeres se extrañan: ¿los padres de los novios no han venido? Ay, no, los dos jóvenes son huérfanos, por desgracia. Lamentos convencionales. Michael, muchos lo saben ya, nació en Amberes, perdió a su padre y a su madre en 1943, en los campos nazis, y más tarde aterrizó en Estados Unidos con su tía, a los siete años. Ella, pobre pequeña, perdió a sus padres en un accidente de avión cuando tenía dos años. La ha criado su abuelo, Nat Weinstein.

Los hombres hablan de las dos firmas, la de Appelbaum y la del representante de Weinstein, en el mismo documento. «Un seísmo en el mundo de los negocios», no dudan en afirmar algunos. El acercamiento entre CoTrade, líder mundial del comercio de minerales, y la Sociedad Minera de Sudáfrica, que extrae minerales y posee yacimientos riquísimos —sin contar por el momento con medios suficientes para explotarlos de manera eficiente—, es una alianza nada frecuente entre explotador directo y *trader*, muy capaz de poner patas arriba la economía tradicional de los dos sectores. Por lo demás, la bolsa ha estado atenta al acontecimiento y, desde que la noticia de la boda empezó a circular hace dos semanas, CoTrade ha subido más del 20 % en una jornada. Desde ese momento, el alza bursátil no ha cesado.

Decididamente, una hermosa boda.

Cuando todos los invitados han sido recibidos y presentados a la novia, Jos besa a Emily.

—Está perfecta, señora. Espero ser para usted, en esta tierra extranjera, un amigo leal con el que siempre podrá contar. Ahora relájese, vaya a divertirse un poco con nuestros invitados. Le robo a su marido por unos minutos, su abuelo nos espera en mi despacho.

Emily entra en la gran sala, donde tres violinistas afinan sus instrumentos, van a tocar unos aires festivos tradicionales. Los invitados se han reunido en pequeños grupos, y las conversaciones se entrecruzan. Ella atraviesa la sala, todas las miradas convergen en su persona pero no les concede la menor atención y se dirige hacia un joven vestido con uniforme militar sentado solo en un rincón, con rostro compungido.

Ella lo besa, y se lo lleva hacia la terraza.

—David, no pongas ese gesto siniestro. Mira esta vista, mira esta ciudad.

—Tú ya has llegado, estás en Nueva York, es lo que querías, ¿eres feliz?

—Feliz, no lo sé. Mi marido tiene pinta de representante de comercio...

—Es un representante de comercio.

—Pero estoy en la ciudad donde quería estar. Aquí late la vida. ¿No la sientes?

Silencio.

—Me he escapado de Joburg,^[1] del aburrimiento. Estoy en el centro del mundo. Mi vida empieza aquí y ahora.

—Se me hace duro oírlo. Yo creía que habíamos pasado años muy bonitos los dos juntos en el mundo de allá abajo.

—Éramos niños, primo. Háblame de ti, cuenta. ¿Por qué has elegido ser soldado? Nada te obligaba.

—Para empezar a vivir. Tú has elegido Nueva York, yo el ejército.

El despacho es austero, madera y cuero oscuro, sin ninguna decoración. Nat Weinstein está hundido en un gran sillón y bebe *whisky*. Ha nacido con el siglo, tiene la silueta compacta y agresiva de un toro, y una melena blanca en semilibertad. Cuando Jos y Michael entran en la

habitación, alza su vaso:

—Brindo por el éxito de este matrimonio, y por la felicidad de los novios.

Jos y Michael se sirven y chocan sus vasos.

—Michael, hablemos un poco antes de pasar a los negocios. Apenas te conozco, y Emily y tú no os conocéis en absoluto. Te he dado a mi nieta porque mi amigo Jos te avala —Michael se inclina ligeramente en dirección a Jos—, y porque Jos y yo nos adentramos juntos en un ciclo de negocios a largo plazo. Amo profundamente a Emily. No soportaría que la hicieras infeliz.

—Puede tener la seguridad de que no es esa mi intención.

—Alguna experiencia tengo en la materia y, créeme, las buenas intenciones no bastan.

—Me comprometo a hacer todo lo posible para hacer feliz a Emily.

Weinstein vacila ligeramente, y luego cambia de tema:

—Bien, hablemos de negocios. Jos y yo hemos puesto a punto, minuciosamente, las modalidades financieras de la asociación CoTrade-Sociedad Minera. Asunto concluido. Hablemos ahora de lo que está pasando en mi país, en Sudáfrica, y en todo mi continente. Tengo la certeza de que los cimientos de África tiemblan. Muchos de mis conciudadanos no lo ven así, pero yo lo siento hasta en los huesos. Sus movimientos serán violentos, muy violentos, y caóticos. Necesito el apoyo de un experto en logística que me ayude a estabilizar, en lo posible, mis redes de comunicaciones en el continente africano, y de un excelente *trader* para abrir las vías comerciales que me permitan implantar mi compañía en el extranjero; y quizás un día, cosa que no deseo, irnos de África. Quiero que mi empresa sobreviva si alguna vez, por desgracia, mi país se hunde en un baño de sangre. Jos me asegura que tú eres el hombre adecuado. ¿Es así?

Michael se toma tiempo para reflexionar, y finalmente sonríe.

—Yo soy un aventurero, y Jos lo sabe. Sí, pienso que soy el hombre que usted necesita.

—Nat, Michael es mi heredero espiritual en CoTrade. Con eso está todo dicho.

Los tres hombres beben:

—¡Por el futuro!

1. DOMINGO, 11 Y LUNES, 12 DE MARZO DE 1973

Domingo, Marsella.

Un domingo por la mañana del mes de marzo de 1973, el comisario Théodore Daquin se apea del tren en la estación de Saint-Charles, cargado con dos maletas grandes y una experiencia muy pequeña. Veintisiete años, estudios brillantes, Ciencias Políticas, licenciatura en Derecho, escuela de comisarios de la que ha salido entre los primeros de su promoción, y un año en la Embajada de Francia en Beirut en los servicios de seguridad, muy lejos de la calle marsellesa.

Cruza el *hall* de la estación, camina hacia la salida, se detiene deslumbrado por la luz. Ante él, una escalera monumental desciende hacia la ciudad inundada de sol, y se prolonga en una avenida ancha, recta, bordeada de árboles, una perspectiva de un impresionante atractivo. En el primer rellano de la escalinata, un café-bar, mesas y sillas.

Daquin se instala, pide un café. Tiene el físico poderoso de un jugador de *rugby*, deporte que practica ocasionalmente, juega como delantero de tercera línea; un rostro cuadrado, enérgico, sin asperezas, ojos y cabellos castaños. Un aspecto bastante corriente, en suma, pero de una presencia intensa cuando se anima. Extiende las piernas, cierra los ojos, se empapa del calor fresco del sol de una mañana de marzo. Buen recibimiento, buenas sensaciones. Llega el café, tibio y mediocre, tendrá sin duda que resignarse. Marsella, una zambullida en una ciudad desconocida, el primer puesto, las primeras responsabilidades, ganas de jugar la partida a fondo, de seducir, de convencer, de ganar.

Taxi. Daquin da una dirección: 80 Quai du Port. Es la del apartamento de uno de sus camaradas de la uni de Derecho de París, llamado Porticcio, un marsellés que ha vuelto a su tierra para ejercer su oficio de abogado, y que le ha propuesto prestárselo mientras dure su estancia en Nueva York.

—Tú te encargarás del mantenimiento durante mi ausencia, y dispondrás de un año para ver si te aclimatas a Marsella. No quiero ser pesimista, pero no es tan fácil como parece. Ya lo verás.

El taxi se detiene en el Vieux-Port, un gran espacio acuático muy animado: barcos por todas partes, de pesca, de recreo, pequeños mercantes, en un desorden ruidoso, en pleno centro de la ciudad. El espacio está limitado por fuertes de la época medieval modernizados por Vauban. Daquin busca el mar, y no lo ve. Se da la vuelta. Su apartamento está en un edificio muy alargado, de bella piedra dorada, una arquitectura moderna rigurosa con una decoración cuidada. Se siente seducido.

Sube al tercer piso. Deja sus maletas, a oscuras; abre los postigos, y sale a una terraza orientada al sur, inundada de sol y con el Vieux-Port a sus pies, la algarabía de los muelles prolongada en un rosario de terrazas, bares, restaurantes, clubes nocturnos; y más allá, las alturas de Marsella, Notre-Dame-de-la-Garde y un cielo inmenso.

Una vista de la que no se cansará, un decorado que bien podría tener el sabor de la felicidad. Se da la vuelta: la vivienda, pintada de un blanco roto, con parqué de madera clara, está amueblada de manera muy sencilla con una gran mesa de madera oscura flanqueada por dos bancos. En la sala de estar, sillones y un canapé de cuero flexible, una mesita baja de acero pulido. Y en las estanterías algunos libros, una cadena hi-fi y pilas de discos y de casetes. En la cocina, pequeña, bien equipada, Daquin advierte la presencia de dos libros de recetas. Cuarto de baño alicatado en tonos grises y azules. En el dormitorio, todo un panel de armarios de puertas correderas, y una cama inmensa, acogedora. Daquin sonríe al recordar algunos revolcones con Porticcio, derrapes más o menos controlados de su época de estudiantes, inmediatamente después del 68. Un «aquí te pillo aquí te mato», embutidos en la cabina de proyección de una sala de la facu de Derecho durante una clase magistral particularmente aburrida, y con el proyccionista, que le daba a la manivela con una mano y se la meneaba con la otra, mirándolos. Todavía recuerda la sensación de los montantes de hierro del proyector incrustados en su espalda. Su estancia marsellesa empieza bien.

Daquin no se entretiene. Después de deshacer las maletas, baja a comer un sándwich en la primera tasca que encuentra en el barrio viejo, justo detrás de su casa, y marcha al «Obispado», la sede de la comisaría central de Marsella, que alberga también el Servicio Regional de la Policía Judicial (SRPJ) al que ha sido destinado. Va con prisa por tomar contacto, por respirar el ambiente. Un paseo de unos diez minutos a través de un laberinto de callejuelas miserables en pendiente, y desemboca en un conjunto de edificios imponente, en el que lo bastante moderno se mezcla con lo muy antiguo. Después de vagar un rato por una maraña de pasillos y escaleras poco frecuentados, acaba por encontrar la sede de la Policía Judicial, en el tercer piso del antiguo Obispado. Un puñado de inspectores se agita en unas salas casi desiertas. Daquin se dirige al que parece ejercer alguna autoridad, y se presenta:

—Comisario Daquin, acabo de ser destinado aquí, me incorporo mañana, he pasado por si hay noticias...

—Llega en buen momento. Yo soy el inspector principal Courbet, de la sección criminal. Acabamos de recibir una llamada de la policía del barrio, ha habido un tiroteo en Belle de Mai, dos muertos, hay que ir para allá. En domingo y a la hora del almuerzo, con un sol radiante y nieve abundante en las montañas vecinas, hoy no somos muchos, como puede constatar. Dejo a dos inspectores aquí de guardia permanente, y usted me acompaña al lugar de los hechos en el coche patrulla. ¿Qué le parece?

—Me parece muy bien.

En el coche, que circula a una velocidad razonable, con la sirena aullando por mantener las formas reina un ambiente relajado, y el parisino es bien recibido. Un tiroteo, dos muertos, y no parece que nadie esté demasiado preocupado. Daquin ve desfilas por la ventanilla el barrio de la Belle de Mai. Calles anchas casi desiertas, hileras de naves industriales cerradas, alternan aquí y allá con bloques de viviendas de alquiler contruidos con mezquindad, con solares desiertos y unos pocos comercios baratos. Tiene la sensación de atravesar un barrio bombardeado. Una cara muy diferente de Marsella.

El cruce de los bulevares Guigou y Burel está bloqueado por una aglomeración de policías y de curiosos. En la calzada, un Simca rojo con los cristales rotos y la carrocería maltrecha.

Courbet aparca el coche y va a reunirse con los policías que han dado la alerta al Obispado. El sustituto del fiscal y el médico forense no han llegado aún, la PJ ha sido la primera en llegar al lugar de los hechos, dando prueba de su capacidad de reacción, eso es lo esencial. Daquin se acerca a los restos del coche, se inclina. Dos cuerpos ametrallados, acribillados, dentro de un habitáculo destrozado y cubierto de sangre, cristales rotos y fragmentos de chapa. El conductor, o lo que queda de él, parece un hombre maduro; su pasajero tiene la mitad del rostro arrancada y, en su cuerpo desmadrado, la gracia de la adolescencia.

Los policías del barrio redactan su informe. Por el aspecto de sus heridas, las dos víctimas han sido abatidas por medio de un fusil de cañón recortado, sin duda cargado con pequeños proyectiles gruesos, y rematadas con una bala de gran calibre en la cabeza, a bocajarro. Los testigos, muy pocos, no vieron gran cosa: el Simca circulaba tranquilamente por el bulevar Guigou, otro coche que venía del bulevar Burel le cerró el paso, el Simca se detuvo, dos hombres a pie, que parecían esperar en la acera, se acercaron, dispararon y luego se fueron en el coche que bloqueaba el cruce. ¿Qué marca, de qué color? Nadie lo sabe. ¿Qué aspecto tenían los dos hombres a pie? Estatura media, impermeables grises, pantalones negros, nada más...

Llega el médico forense. Ayuda a dos inspectores a registrar los cadáveres, evitando en lo posible mancharse de sangre. En el bolsillo trasero del pantalón del conductor, su permiso de conducir.

Un inspector anuncia en voz alta:

—Marcel Ceccaldi.

—¡Ceccaldi! —Courbet emite un largo suspiro de alivio—. Nos hemos librado de él... —Se vuelve hacia Daquin—. Un hombre de Francis el Belga, ha pasado una docena de veces por la comisaría. De modo que se trata de un ajuste de cuentas entre matones. Voy a esperar al sustituto del fiscal, pero este asunto está resuelto. La investigación corresponde al juez Bonnefoy, que recurrirá a nosotros. No encontraremos a los asesinos, que deben de ser sicarios italianos, ya de vuelta en su país. Y nadie va a inquietarse.

—¿Y el jovencito?

—Desconocido, hasta el momento. Sin duda una víctima colateral. ¿Quiere que pida que lo acompañen de regreso?

—Todavía no. Me gustaría dar una vuelta por los alrededores. Volveré al Obispado con usted.

—Como prefiera.

Daquin da la vuelta al cruce de calles. Es un lugar desierto, sin tiendas, sin bares. Pero un poco más arriba, a un centenar de metros, en el bulevar Burel, se fija en el aparcamiento de un edificio, en algunos coches estacionados delante de un bloque de viviendas baratas, y en una cabina telefónica en la acera de enfrente. Sube por el bulevar Guigou, siguiendo el trayecto del Simca rojo, más de un kilómetro. No encuentra más que un único bar, a unos ochocientos metros del cruce. Da media vuelta al llegar a una nueva cabina telefónica, y se reúne con sus colegas de la Policía Judicial en el lugar del tiroteo.

Lunes, Marsella

Cuando Daquin llega al Obispado el lunes por la mañana, el jefe de la Policía Judicial, el jefe Payet, le está esperando. Lo recibe de pie detrás de su escritorio, le señala una silla con un gesto, y toma asiento.

—Comisario Daquin, encantado de recibirlo. Bienvenido a su casa.

Los dos hombres están frente a frente. Payet es delgado, flaco incluso, traje gris, rostro huesudo, cabellos cortados a cepillo muy cortos, postura rígida por el temor permanente de perder el control; Daquin, grande, atlético, un buscador voraz de sensaciones y de sorpresas. No hay química entre los dos.

—Me referiré para empezar a las cuestiones administrativas. Su destino es la Brigada Criminal, el Grupo de Represión del Crimen Organizado, es usted el segundo adjunto al jefe de grupo. Tendrá un pequeño equipo a sus órdenes: el inspector Grimbert, un muy buen conocedor de la situación marsellesa, lleva más de diez años en el Obispado; y el inspector Delmas, un joven recién llegado del Sudoeste. El despacho 301 queda asignado a su equipo. ¿Está todo claro?

—Perfectamente claro, señor director.

—Venga aquí a mediodía, le presentaré al jefe de la sección criminal y al jefe del Grupo de Represión del Crimen Organizado. Y le confío un primer caso, para que vaya abriendo boca. Courbet me ha dicho que lo llevó ayer al escenario del tiroteo de la Belle de Mai.

—Es correcto.

—Una buena toma de contacto. Por desgracia, se trata de hechos frecuentes en nuestra región. Todos los casos recientes de ajustes de cuentas han sido reagrupados, y su instrucción está en manos del juez Bonnefoy. Usted dará apoyo al equipo de la Policía Judicial que trabaja con Bonnefoy, y se encargará más específicamente del caso Belle de Mai. ¿Le parece bien?

—Muy bien, señor director.

—Solo me resta desearle buen trabajo y buena suerte.

—Gracias, señor director.

Daquin busca el despacho que le ha sido atribuido, y lo encuentra rápidamente al fondo de un pasillo, apartado de las zonas de paso más concurridas del interior del Servicio Regional de la Policía Judicial. Una habitación demasiado pequeña, pero luminosa y tranquila, amueblada a toda prisa, tres sillas y tres escritorios desparejados, dos máquinas de escribir, dos teléfonos y dos archivadores metálicos. Elige su escritorio, frente a la puerta, de espaldas a la ventana, y lee lo que dice la prensa regional sobre los asesinatos de la Belle de Mai, mientras espera a sus colegas.

Los dos inspectores llegan juntos, media hora más tarde. Daquin se levanta y saluda primero al de más edad, Grimbert, el buen conocedor de la vida marsellesa, el hombre del que piensa que el jefe lo ha colocado ahí tanto para vigilarlo como para ayudarlo, aquel cuya confianza va a tener que ganarse. Su físico sorprende a Daquin. Unos treinta y cinco años, rubio, cabellos algo largos y grandes ojos azules en un rostro alargado, huesudo; un aire romántico, vagamente *british*. Coloca una caja grande de cartón repleta de dossieres en uno de los escritorios vacíos, y estrecha la mano de Daquin mientras lo examina. *Round* de observación. Le sigue Delmas, un hombre de baja estatura, moreno, de veintiséis años, una bola de músculos con pinta de *bon vivant*. Llega con las manos vacías, saluda a Daquin de buen humor y se aposenta en el último escritorio disponible.

Unas palabras de bienvenida, y luego Daquin dice:

—Tómense tiempo para instalarse, voy a buscar cafés, y enseguida nos pondremos a trabajar.

Grimbert deja de ordenar sus dossieres, y se endereza.

—¿Cafés? ¿Dónde?

—En este piso. ¿No hay máquina de café?

—No, que yo sepa.

—En el bar de la casa, entonces. Hay uno, ¿no?

Grimbert encaja una nalga en una esquina de su escritorio, y habla con una media sonrisa en los labios.

—Sí, hay uno, desde luego, en el sótano, en el Garaje, un bar administrado por los mecánicos de la casa. Pero conviene que le advierta de que no va a ser bienvenido, por un montón de razones. La primera, porque es territorio de la Seguridad Pública, de los agentes de uniforme, los que hacen la calle, que se ven a sí mismos como los currantes de la profesión. A nosotros, los polis de paisano, los investigadores de la Policía Judicial, nos consideran buscalíos y sabihondos, y no quieren vernos en sus dominios, en el Garaje.

»Segunda razón, usted es un comisario, luego un jefe, y ningún comisario, ni siquiera los de la Seguridad Pública, es bienvenido en el Garaje. Finalmente, es usted parisino. Cuando un parisino aterriza en el Obispado, suenan las alarmas en toda la casa. Las cosas se calmarán, pero hará falta un poco de tiempo.

Grimbert habla con un acento marsellés muy marcado. Sobreactúa, piensa Daquin, o lo ha aprendido.

—Gracias por evitarme un momento penoso. Hoy me abstendré del café, será duro, pero lo conseguiré. Y encontraré algún medio de instalar una cafetera eléctrica en este reducto.

Unos minutos más tarde, los tres hombres se ponen al trabajo.

—¿Saben que hemos heredado el dossier de los asesinatos de la Belle de Mai?

—Sí, el jefe nos ha informado.

—¿Les ha dicho que yo inspeccioné ayer el lugar con el inspector Courbet?

—Sí, y me ha sorprendido.

—Fue casualidad, pasaba por aquí.

—¿Un domingo?

El dossier que contiene los indicios recogidos *in situ*, las primeras constataciones y las fotografías, está abierto sobre el escritorio de Daquin, que lo empuja hacia Grimbert y continúa:

—En este dossier, tanto el jefe como Courbet hablan espontáneamente de un ajuste de cuentas entre mafiosos. ¿Cómo identifica usted los ajustes de cuentas entre mafiosos, Grimbert?

—En primer lugar por el *modus operandi* de los asesinos: no se andan con miramientos, matan a bocajarro o con armas automáticas. En la calle, o en lugares públicos. En pleno día y a cara descubierta. No dejan pistas. Se recogen algunos casquillos, pero las armas se exportan o se destruyen, por regla general no se utilizan dos veces. Y tampoco hay testigos.

»Luego, la personalidad de las víctimas: se matan entre ellos, en luchas por el poder. A veces hay víctimas colaterales, pero es debido a la mala suerte, y no las tenemos demasiado en cuenta... Finalmente, en ninguno de estos casos se llega a identificar a los asesinos, y menos aún a detenerlos.

—Es un retrato bastante fiel de lo que vi ayer. El jefe me dijo que los ajustes de cuentas son frecuentes. ¿A qué ritmo, desde cuándo?

—Desde septiembre pasado hemos tenido cinco, más o menos uno al mes, que han sumado ocho muertos. Le haré un informe detallado, si lo desea.

—¿Por qué esta concentración repentina?

—Se habla de una guerra de sucesión por el control del hampa marsellesa entre Zampa y Francis el Belga después de la caída de la casa Guérini.[2]

—¿De dónde salen esos dos?

—De la guardería infantil de Guérini, los dos. Zampa tuvo un poco más de tiempo de incubación que el Belga, y cuenta con más experiencia. Hasta el momento, parece ir ganando por seis muertos a dos.

—Un tanteo de partido de tenis —señala Delmas—. Zampa gana el set, pero todavía no el partido.

Daquin lo ignora.

—Una explicación más bien perezosa. Soy un recién llegado y no conozco bien la situación marsellesa, pero sé que los Guérini, los mantenedores del orden, desaparecieron hace por lo menos cuatro años, Antoine fue abatido en el 67 y Mémé encarcelado en el 69. Entonces, ¿por qué este repunte de ajustes de cuentas tanto tiempo después?

—¿Quiere saber mi opinión?

—Evidentemente.

—Es una consecuencia del desmantelamiento del negocio de la heroína en Marsella, que en realidad no empezó hasta febrero del año pasado, en el 72, con una captura muy grande en un mercante pequeño, el Caprice des Temps, más de 400 kilos de heroína pura. Después, las detenciones se multiplicaron, hubo mucho movimiento en todos los sentidos y cada cual ha intentado sacar partido de la situación. Los mafiosos denuncian a la competencia o a sus rivales, para que la poli haga limpieza ahorrándoles el trabajo sucio. Los diferentes servicios de Policía se alían con un clan y contra otro, cada servicio tiene su propia política de alianzas...

—¿Y eso explicaría que las investigaciones no consigan nunca resultados?

—Le dejo a usted la responsabilidad de sacar conclusiones, comisario. Pero sepa que ha aterrizado en un ambiente bastante... digamos «marsellés».

—Bien. Volvamos a nuestro dossier Belle de Mai. No hay indicios, no hay testigos, estoy de acuerdo. Pero he recorrido los alrededores. Hubo una emboscada, preparada de manera muy minuciosa. El itinerario y las rutinas de las víctimas eran conocidos. ¿Cómo? Es imposible bloquear el cruce de las dos avenidas mucho tiempo. Así pues, alguien dio la señal de salida, y había por lo menos un observador al acecho en las proximidades del cruce para dar la segunda señal. Así pues, muchos cómplices a los que se puede seguir la pista.

»¿Qué medios utilizaron para transmitir la información? En el bulevar Burel, cerca del cruce, encontré una cabina telefónica justo enfrente de un *parking* al aire libre delante de un inmueble. Los asesinos pudieron esperar allí y recibir la última señal por el teléfono de la cabina. En el bulevar Guigou, a menos de un kilómetro, hay un bar, abierto el domingo, y una cabina telefónica. La última señal pudo proceder de uno de esos dos puntos. Se pueden controlar las llamadas procedentes de esas líneas telefónicas, y buscar testigos en las proximidades.

»Por lo que se refiere a las víctimas: ¿con quién tenían una cita, a esa hora? ¿Con quién estaban en conflicto? ¿Quién pudo traicionarlos? ¿Qué dicen los familiares? ¿Qué relación había entre las dos víctimas, Marcel Ceccaldi y el jovencito? Podemos progresar en todos esos puntos.

Y a partir de ahí, se irán perfilando los diferentes miembros de la banda.

Grimbert recupera su atisbo de sonrisa.

—Sin duda, comisario. Pero antes de lanzarnos a esa aventura, vaya a ver al juez Bonnefoy. No lo olvide, la investigación le pertenece a él, no a usted.

En el Palacio de Justicia, el juez Bonnefoy, un hombre tranquilo y sonriente, en la cincuentena, recibe a Daquin sin hacerle esperar, en su despacho soleado con vistas al Vieux-Port. Escucha su informe de la matanza de la Belle de Mai, y su propuesta sobre algunas vías de investigación. No toma notas, tamborilea con los dedos sobre su escritorio.

—Comisario, es usted nuevo aquí, si he entendido bien lo que me ha dicho el jefe Payet. Como en cualquier otra ciudad, aquí, en Marsella, la policía y la justicia sufren de una cruel escasez de medios. Y la criminalidad que padecen las personas honradas explota: asaltos a pobres ancianos a la salida de las oficinas de correos y de los bancos, asaltos a pequeños comerciantes, y, la última moda, asaltos a los taxistas. Es esa criminalidad la que resulta imperativo que descienda. Cuando los matones se matan entre ellos, como ocurre en el caso del que hablamos, las personas honradas se ríen. No se sienten amenazadas. Lo que le pido es que identifique a las víctimas, para que podamos reseguir las guerras del hampa, la evolución de los clanes, de modo que no nos cojan desprevenidos. Espero de usted y de su equipo un trabajo y un informe en este sentido.

Cuando Daquin sale del Palacio de Justicia, le parece oír a Grimbert: «La investigación le pertenece a él, no a usted», y comprende por fin el significado de su media sonrisa: desencantada.

2. MARTES, 13 DE MARZO DE 1973

Martes de madrugada, Niza

Muy pronto serán las tres de la madrugada. La noche es fría, perfumada y silenciosa en la Promenade des Anglais, una de las avenidas más bellas del mundo según algunos. Una pareja sale de las salas de juego del casino por la puerta principal del Palais de la Méditerranée. A lo lejos, el ruido de una moto que arranca. La pareja se detiene bajo las altas arcadas que sostienen la fachada monumental, una decoración pomposa de cartón piedra impregnada del espíritu de los años treinta. Un botones de uniforme se precipita hacia el hombre, de unos cincuenta, bien llevados, ancho de hombros, silueta maciza en un traje oscuro y sobrio, que le da las llaves de su coche. El botones se aleja en dirección al *parking*. La joven, que lleva un vestido claro muy escotado, tirita de frío; ha nevado en las cumbres del interior del país. Ronroneo de una moto que se aproxima, oculta detrás de las jardineras de flores que separan las arcadas y la entrada del palacio de la acera del paseo. El hombre se inclina hacia su compañera, le sonríe, la ayuda a ajustar sobre los hombros un echarpe multicolor de cachemira. El botones desaparece tras la esquina del edificio. La moto se detiene delante de la alfombra roja que asciende hasta la entrada, y el pasajero del asiento trasero, con el casco puesto, desciende frente a la pareja, adopta una posición firme, con las piernas separadas y las rodillas flexionadas, alza las dos manos que empuñan un arma a la altura de los ojos, y dispara. Una bala, el cuerpo del hombre se estremece, su mano se aferra al chal de su acompañante; dos, tres, cuatro balas en ráfaga, y el cuerpo del hombre, que sigue agarrando al chal, cae al ralentí, la sangre brota de forma espasmódica; el rostro de la mujer, sus hombros desnudos y su vestido claro están manchados de sangre. Uno, dos, tres, cuatro nuevos disparos seguidos, la joven está paralizada, la boca abierta, sin un grito. El hombre se ha derrumbado. El asesino dispara aún dos balas sobre el cuerpo inerte. Fin de la operación. Desliza el arma en el interior de su cazadora, hacia la funda sujeta bajo el hombro izquierdo, y al hacerlo roza su pezón izquierdo con el cañón del arma, quemadura, dolor, ama ese dolor, contracción de los músculos del vientre, excitación, placer intenso, está vivo, muy vivo. Salta sobre la moto, que arranca con ímpetu. La mujer se derrumba, inconsciente, sobre los charcos de sangre que empapan la alfombra roja y tiñen el suelo de mármol blanco.

La escena ha durado menos de veinte segundos.

El botones vuelve del *parking* a la carrera, los empleados salen del palacio, gritan, se dispersan bajo las arcadas, los últimos clientes huyen en dirección a la playa, muy próxima. Luego llegan los girofaros y el aullido de las sirenas de los coches de policía, seguido por el de las ambulancias del SAMU. Policías y enfermeros se ponen a trabajar en medio de una escena de

pánico histérico en este decorado de opereta.

Mientras los policías intentan calmar y reunir en una sala del casino a todos los testigos potenciales del tiroteo, un médico constata la muerte del hombre tendido en el suelo, acribillado a balazos. El cuerpo ha sido cubierto con un plástico, la policía aísla la escena del crimen, el SAMU se hace cargo de la mujer joven, que continúa inconsciente. Nadie sabe si está herida, si la sangre que la cubre es suya o del muerto; es evacuada al hospital. Un policía, encargado de recoger su testimonio en cuanto sea posible, la acompaña en la ambulancia.

Después de un examen completo que no encuentra ninguna herida, de una inyección de calmantes y de una ducha caliente, la joven es alojada en una habitación, y allí responde como puede a las preguntas del policía. Se llama Emily Frickx, de nacionalidad americana. Pasa una temporada en la región, su esposo, Michael Frickx, ha alquilado una villa para este año en Saint-Jean-Cap-Ferrat. Su domicilio principal está en Milán, donde su marido tiene sus oficinas. Él dirige la sucursal europea de la empresa que comercializa las materias primas CoTrade, con sede en Nueva York. No, en este momento él no está ni en Cap Ferrat ni en Milán, sino en viaje de negocios a las minas de Sudáfrica. Sí, sin duda es posible contactar con él, pero no es sencillo, ella no sabe dónde está, y no en todas partes hay teléfono. Tiene que llamar a la sede de la Sociedad Minera de Sudáfrica, en Johannesburgo, ellos siempre saben dónde localizarlo para poder contactar con él por radio. Sí, ella conoce al hombre que ha sido tiroteado a su lado, se llama Maxime Pieri. Tenía una relación de negocios habitual con su marido. Precisamente fue en el despacho de su marido, en Milán, donde lo conoció. Cree que trabaja y vive en Marsella, pero no está segura. Es un conocido, más que un amigo. Ayer, se encontró con él por casualidad en una galería de arte que frecuenta con regularidad en Villefranche, y él la invitó a cenar en el Palais de la Méditerranée. Sí, era la primera vez que la invitaba a cenar. La velada fue muy agradable. Charlaron mucho rato, sobre todo de arte contemporáneo. Pieri parecía interesado, hacía muchas preguntas. No, no estaba ni tenso, ni inquieto. Bailaron algunas piezas lentas, y jugaron un poco en el casino. Él se disponía a acompañarla a casa, a su villa, antes de volver a Marsella, o dormir en Niza, no lo sabe, no hablaron del tema. Cuenta el tiroteo sacudida por temblores nerviosos.

—Vi al hombre. Alto, con un casco en la cabeza. Estaba de pie al lado de una moto. Tenía la visera levantada. Pero estaba lejos de las luces, no vi un rostro bajo el casco, solo un agujero negro. El rostro de la muerte. Disparó. No pude huir, no pude gritar, estaba paralizada. No comprendía lo que estaba pasando. Sentí la sangre muy caliente en los ojos, en la boca, el sabor de la sangre. Un horror. Cuando paró de disparar, creo que me desmayé. Me vine abajo como un montón de trapos viejos.

Llora. Los médicos recomiendan dejarla dormir. Ahora.

En el lugar de los hechos, los policías recogen los testimonios. En primer lugar, el botones. Repite todos los movimientos que hizo antes y durante el tiroteo, delante de policías provistos de cronómetros. Pieri le dio las llaves de su coche. No, en ese momento no parecía ni inquieto, ni con una prisa especial, y él no advirtió la presencia de ninguna moto en los alrededores. Llaves en mano, se fue directo al *parking*.

Primera prueba cronometrada. El botones rehace el trayecto, da la vuelta a la esquina del edificio, se detiene en el lugar preciso donde se encontraba cuando oyó los primeros disparos.

Segunda prueba cronometrada. Desde donde estaba, en la calle lateral, no podía ver la entrada del casino. Se detuvo, sorprendido, no identificó inmediatamente la naturaleza de los ruidos, aguzó el oído. Entonces oyó la segunda ráfaga. Echó a correr para regresar a la entrada del casino.

No recuerda haber oído otras detonaciones. Llegó a la avenida en el momento preciso en que la moto arrancaba.

Fin de los cronometrajes. La moto era muy grande, de color oscuro, a los que iban montados en ella, vestidos de negro, solo los vio de espaldas; no puede decir nada más, estaba aterrorizado. Siguió corriendo, se encontró el espectáculo de los dos cuerpos tendidos en el suelo, se acuerda de las manchas de sangre sobre la piedra blanca. La acción propiamente dicha duró unos quince segundos. Si contamos la fase de aproximación, los policías concluyen que la operación en conjunto no duró más de treinta segundos. Se miran. Cosa de profesionales, de los auténticos.

No va a ser un caso fácil.

Los empleados del casino, los escasos clientes o jugadores que continúan allí son interrogados, uno por uno. Hablan de dos hombres altos, vestidos de negro, con casco, y de una moto grande. El portero, que estaba en el *hall* en el momento del tiroteo, cree haber reconocido el ruido del motor de una Ducati. No es posible averiguar nada más. De hecho, nadie ha visto nada, y todos esperaron a que acabara el tiroteo para arriesgarse a salir. Es comprensible. Una ejecución en regla, llevada a cabo por auténticos profesionales. Italianos quizás. Apuesto porque esto se va a quedar en un caso sin resolver, dice un policía. Uno más, suspira el cabo. Qué necesidad teníamos de algo así.

Coulon, el fiscal de Niza, alertado a primera hora de la mañana por el sustituto de guardia, y consciente de la complejidad de la situación, pasea nervioso por la Promenade des Anglais, delante del Palais de la Méditerranée. El inspector general Leccia lo escolta, unos pasos por detrás. El cadáver ha sido evacuado, los agentes de la Científica han terminado su trabajo. Han recogido diez casquillos de bala, cuidadosamente numerados, fotografiados y guardados en bolsas, son de gran calibre, del 11.43. No hay más indicios. No son optimistas.

Después de su partida, ha vuelto la calma.

Coulon, por su parte, se siente inquieto desde que ha conocido la identidad de la víctima.

—¿Qué necesidad tenía ese tipo de venir a que lo mataran aquí, en Niza? Como si no tuviéramos suficientes preocupaciones en este momento. ¿Puede decírmelo, Leccia?

No hay respuesta.

—Ese Pieri no es un cualquiera, es un personaje destacado.

—Sin duda, señor fiscal.

—Un hombre de negocios muy conocido en Marsella. Dueño de una sociedad de transporte marítimo importante, la Somar. En estos tiempos de descenso del tráfico portuario y de difícil reconversión de la economía de la ciudad, no es poca cosa. Según la señora Frickx, estaba incluso en tratos de negocios con su marido, que dirige la oficina para Europa de una gran sociedad americana de *trading* de minerales. Es nuestra responsabilidad evitar a una economía marsellesa fragilizada dificultades añadidas.

—No creo que sea por el lado de los hombres de negocios por donde debemos buscar, señor fiscal. Puede que sea deformación profesional, pero pienso más bien en su pasado de antiguo lugarteniente de los Guérini, en la época en que el clan tenía en sus manos la ciudad de Marsella y el comercio de la heroína.

—Sí, lo sé, y temo sobre todo esa mezcla de categorías. Todo el mundo querrá inmiscuirse. Los notables, los cargos electos, el ministerio. Me horrorizan estos casos. Nos llueven los golpes desde todas partes.

—Sin contar con que eso podría hundir un poco más a la policía de Niza, que tampoco está en su mejor momento. Se lo recuerdo sin querer hacerme pesado, señor fiscal: doce incendios y ametrallamientos de bares y de clubs nocturnos en un año, trece atracos en un mes el verano pasado, nuestro jefe de la Seguridad Pública que, antes de ser destituido, reconoce que en todos esos casos no hay el menor asomo de una pista, la guerra interminable entre el clan de los Corsos y el de los *Pieds-Noirs*,^[3] un comisario de la Mundana^[4] pringado en una historia de putas con su homólogo marsellés, y un jefe nuevo que el ministerio nos manda desde el Norte. Yo hago lo que puedo por calmar los ánimos, pero las críticas arrecian y nuestros hombres están al límite, hay que tenerlo en cuenta y no pedirles lo imposible.

—Soy tan consciente del problema como usted, Leccia. ¿Qué me sugiere?

—Necesitamos prudencia, tomarnos tiempo para analizar bien este caso desde todos los ángulos.

—No maree la perdiz, Leccia; conmigo, no.

—Me llaman la atención dos aspectos muy particulares en esta ejecución. Primero, el tirador es excelente. Coloca todas sus balas en la diana. La mujer está ilesa, y ni siquiera hay un cristal roto. ¿Por qué siente la necesidad de disparar diez veces?

—Ni idea. ¿Qué cree usted?

—Pienso que estamos ante una representación sofisticada. La elección de la víctima, la moto, el número de disparos con arma corta, que sea de gran calibre. Nos han repetido la escena del asesinato de Antoine Guérini, abatido por diez balas del 11.43 en plena calle en Marsella, por un asesino en moto, hace cinco o seis años. Como Pieri era uno de los principales lugartenientes de Antoine, nos envían un mensaje bastante claro: uno de los aspirantes a la sucesión de los Guérini pretende hacer limpieza y liquidar a la vieja guardia.

—O Zampa, o el Belga.

—Muy probablemente. Entre esos dos hay guerra declarada desde el pasado septiembre. En el marcador se contabilizan ya ocho muertos. Contando este, suman nueve.

—Esa guerra no concierne a Niza.

—Eso no es del todo exacto, señor fiscal. Ya hubo un toque de advertencia el verano pasado, con el incendio del club nocturno de Giaume, el capo de Niza aliado de los Guérini, y fue aquí, en Niza. Hoy han dado un salto cualitativo, lo han hecho más espectacular, para que lo entiendan bien.

—Admitamos el mensaje a los supervivientes del clan Guérini. Había hablado usted de dos aspectos particulares. ¿Cuál es el segundo?

—La elección del lugar, señor fiscal, nada al azar. Y aquí, tocamos un tema mucho más delicado para nosotros, los nizardos. El blanco es el casino del Palais de la Méditerranée.

—Sé de lo que me va a hablar, Leccia, y me da usted miedo.

—El asesinato de Antoine Guérini era ya, según todos los indicios, una batalla de la guerra del juego por el control de los círculos parisinos.

—Seguimos lejos de Niza.

—No por mucho tiempo. Aquí, Fratoni, a partir de su feudo, su casino en el centro de la ciudad, quiere hacer de Niza el Las Vegas francés, no es un secreto para nadie, él ha expresado claramente sus ambiciones. Ese proyecto pasa por el control de los casinos de la Costa Azul. Su primer objetivo es el Hotel Ruhl. Todos nuestros confidentes nos dicen que ha conseguido reunir

un gran capital con la ayuda de un consorcio italiano, y que la adquisición se producirá en las próximas semanas. Después del Ruhl, ha programado ya el control del Palais de la Méditerranée. La alcaldía piensa que la ciudad de Niza tiene mucho que ganar con la renovación de sus casinos.

—Lo sé —murmura el fiscal—, estoy al corriente.

—Imaginemos ahora que unos mafiosos quieren perjudicar a Fratoni; un asesinato en las escaleras de un casino podría ser una buena advertencia: violencia, sangre, muerte...

—No exagere con las especulaciones.

—No digo que Pieri haya sido asesinado con ese fin, pero han elegido tenderle una emboscada en las escaleras de un casino...

—Sigo siendo escéptico. Pero en cualquier caso, tenemos que limitar la polémica al máximo y centrarnos en que esto va de liquidar los restos del clan Guérini por un heredero potencial indeterminado. Ese es el tipo de asuntos que no interesa a la opinión pública. Mientras los criminales se maten entre ellos, todo queda olvidado a los dos días, con tal de que nadie busque complicaciones. Y el objetivo señalado es Marsella, lejos de Niza y de sus casinos.

El fiscal da unos pasos, y luego se detiene.

—Resumo. Nos atenemos a la hipótesis de un ajuste de cuentas, probablemente por iniciativa de uno de esos dos chiflados, Zampa o el Belga, sin más precisiones. Hay pocas probabilidades de averiguar nada sustancial aquí. Los dos se mueven mucho más por Marsella y París que por nuestra ciudad, a Dios gracias.

»Y es en Marsella donde el juez Bonnefoy dirige una instrucción sobre el conjunto de estos casos de ajustes de cuentas. Yo podría hablar con él y confiarle este.

El fiscal reanuda su paseo, reflexiona un poco más, y añade:

—Conozco poco a ese Bonnefoy. Esperaré un poco antes de meter a un juez en este follón. Voy a abrir una investigación preliminar que quedará bajo mi control directo y que confiaré al Servicio Regional de la Policía Judicial de Marsella, lo que se justifica teniendo en cuenta la personalidad de la víctima. De esta manera, matamos dos pájaros de un tiro. Evitamos que su jefe recién nombrado irrumpa en nuestros asuntos como un elefante en una cacharrería, y alejamos el centro de las operaciones de Niza y de sus casinos. ¿Es eso lo que deseaba usted, Leccia?

—Absolutamente, señor fiscal.

—Pero, Leccia, le ruego que no pierda de vista toda la actividad en torno a esta investigación. Nunca se peca por exceso de prudencia, nada debe quedar fuera de nuestro control, no nos dejemos sorprender. Cuento con usted, como de costumbre.

Martes por la mañana, Marsella

Daquin es convocado a primera hora de la mañana por el director del SRPJ de Marsella, que lo recibe con mucha amabilidad. No es necesariamente una buena señal.

—Ha habido un asesinato esta noche en Niza; la víctima, Maxime Pieri, es una personalidad compleja, un gran empresario marsellés, con un pasado oscuro en su juventud. Grimbart le ampliará la información. El fiscal de Niza, en el marco de una investigación preliminar, nos ha confiado el caso. He consultado al juez Bonnefoy, piensa que el dossier Belle de Mai es un caso clásico de ajuste de cuentas entre mafiosos, y no tiene intención de promover una investigación tentacular. No será ninguna sobrecarga de trabajo por ese lado. Así que he decidido confiar a su

equipo también este caso. Para usted, será un buen ejercicio de calentamiento. Aquí tiene lo que Niza nos ha transmitido por télex. —Tiende a Daquin una carpeta delgada, solo algunos folios—. Están los informes de policía redactados en el lugar del crimen, los testimonios recogidos allí mismo, y la dirección de la oficina del fiscal de Niza. El inspector Bonino será su interlocutor en las dependencias del SRPJ en Niza. Sus datos constan también en la carpeta, él está al corriente y espera su llamada. Buena suerte, Daquin.

Daquin toma el dossier con un rostro impassible, sin reacción visible.

—Gracias, señor director.

Se levanta y se va. Cacería en terreno nizado, personalidad compleja de la víctima. ¿Una misión trampa? Quizás, pero una investigación preliminar supone una oportunidad. Hay que intentar implicarse a fondo.

Daquin se reúne con Grimbert y Delmas, que lo esperan en su despacho.

—¿Qué quería el director?

—Nos pasan el dossier del asesinato de Maxime Pieri, ocurrido esta noche en Niza.

Grimbert emite un silbido de sorpresa.

—He oído la noticia esta mañana por la radio, jamás se me habría ocurrido que tendríamos la oportunidad de heredar el caso. —Daquin nota la excitación en su voz—. Explícanos, comisario.

—El fiscal de Niza ha decidido realizar una investigación preliminar sometida a su control, y ha recurrido al SRPJ de Marsella. El jefe nos la confía, no sé más. Este es el dossier; poco exhaustivo, es normal, el tipo ha sido asesinado hace siete horas. Lo leemos, y lo discutimos luego.

Unos minutos más tarde:

—¿Qué piensas, Grimbert? Moto, gran calibre, una decena de disparos, ¿es el enésimo ajuste de cuentas entre mafiosos?

Grimbert vacila. Cejas fruncidas, un nuevo amago de media sonrisa. Responde:

—Noto serias incoherencias. Primero, la ejecución es demasiado limpia. El asesino no dispara a quemarropa, sino a una distancia considerable, y a pesar de eso, no toca a la mujer colgada del brazo de Pieri, y no hay destrozos materiales en los alrededores; los sicarios de las bandas rara vez son tan precisos. Luego está la personalidad de Pieri. Fue uno de los lugartenientes de Antoine Guérini, es verdad, pero desde hace unos diez años se ha reinventado como hombre de negocios. Ahora mismo, era una figura destacada en la vida económica marsellesa, con una empresa, la Somar, que tiene una flota de una docena de buques. No lo veo involucrado en las luchas actuales de los clanes por el poder.

—Según el jefe, sabes un poco más sobre el asunto de lo que nos cuentas.

Grimbert vacila, y luego se decide:

—Pieri pertenecía a la generación de corsos que entablaron relaciones estrechas con los políticos al terminar la guerra y durante la posguerra. Tenía fama de hacer negocios en el límite de la legalidad...

—¿De qué lado del límite? ¿Más acá o más allá?

—Más allá, por supuesto, ese es el sentido habitual de la fórmula, creo. Y lo hacía con mucha gente de la buena sociedad de Marsella. Pero son solo rumores, no tengo datos concretos.

—Podría ser un buen motivo para hacerse matar.

—Sí, seguramente.

—¿Cabe imaginar la puesta en escena de un ajuste de cuentas entre mafiosos, para evitar una investigación más en profundidad?

—Sería divertido. E inteligente, en plena guerra entre Zampa y el Belga. Se podría pensar incluso que las diez balas disparadas contra Pieri son una especie de homenaje a las diez balas que mataron a Antoine Guérini. Para asegurarse de que hemos captado bien la asociación.

—¿Cómo son nuestras relaciones con las dependencias de Niza?

—Complicadas. Niza y Marsella son dos ciudades muy diferentes. La población es distinta, y los políticos también. Tampoco tienen los mismos matones ni los mismos polis. Dicho esto, como no trabajamos juntos con mucha frecuencia, las relaciones no son malas. Yo diría que están a medio camino entre «no muy buenas» y «correctas». Bastante mejores, en todo caso, que entre los diferentes servicios aquí mismo en el Obispado.

—Resumido: un asesinato, quizás un ajuste de cuentas entre gente del hampa, o quizás no. Se recurre a nosotros en el marco de una investigación preliminar. Una investigación de estas características dura quince días. Durante ese tiempo, tendremos capacidad real para investigar, escaparemos a la presión del juez Bonnefoy, que queda fuera de juego, y estaremos únicamente bajo el control lejano del fiscal Coulon, que tiene su despacho en Niza. Podemos gestionar el dossier con el mínimo esfuerzo, nadie nos lo echará en cara, o bien lanzarnos sobre la oportunidad y currar como posesos durante quince días. ¿Jugamos esa baza o no la jugamos? ¿Grimbert?

—La jugamos.

—¿Delmas?

—Lo mismo.

Subida de adrenalina, oleada de calor. Sensación de estar viviendo el nacimiento de un equipo, como ocurre en el *rugby*, en medio de peligros y de choques.

—Al trabajo entonces, no hay tiempo que perder. Me voy corriendo a Niza, a ver a Bonino en las dependencias del SRPJ y al fiscal Coulon. ¿Pido un registro de la empresa de Pieri?

—Siempre puedes intentarlo, pero me extrañará...

—Lo veremos. Vosotros, aquí, recuperáis las fichas policiales sobre Pieri, contactáis con los polis que lo conocieron y pueden hablarnos de él, localizáis a su familia, y recogéis el máximo de información sobre sus empresas. Tenéis derecho a echar a volar la imaginación, pero tratad de ser precavidos en esta primera fase. No conviene dar pretextos a aquellos, sean quienes sean, que desearían arrebatarnos el dossier. Volvemos a vernos aquí mañana por la mañana.

Delmas y Grimbert se instalan en el bar-estanco situado en la gran plaza que se abre delante de la entrada del Obispado. Viene a ser el anexo de los policías de la PJ. Un bistró normal y corriente, pero con una gran terraza que ofrece una perspectiva amplia del edificio de la comisaría. Todo con tal de no sentirse extraños. Hay polis en todas las mesas. Grimbert arrastra a Delmas a una mesa en la terraza, al sol.

—Mejor aquí, no hay que fiarse, los periodistas andan por todas partes, para pillar algún soplo. He visto a uno en el bar, estoy seguro de que ha venido a pescar información sobre Pieri, y no tengo intención de facilitársela.

Grimbert propone a Delmas repartirse el trabajo.

—Tú revisas los archivos del Obispado, saca todos los dossiers relacionados con Pieri, si es posible localizas a su familia, y preparas una nota de síntesis para mañana por la mañana. Yo me paso por la Cámara de Comercio y por Hacienda, a ver qué es lo que puedo averiguar. Nos vemos

con el comisario mañana por la mañana.

La Cámara de Comercio tiene su sede en un edificio con una decoración monumental, ostentosa y recargada, obra maestra de la política de comunicación de las empresas marselesas a finales del siglo xix: era conveniente entonces «aparentar ser rico», y ese fue el resultado. Los responsables de la Cámara, todos a una, rehúsan recibir al inspector Grimberty. Demasiado trabajo, no disponen de tiempo, no tienen nada que decir. Y lo remiten a sus secretarias, que seguramente han sido aleccionadas desde primera hora de la mañana. Pieri era un empresario dinámico, muy presente en todas las reuniones profesionales de la Cámara. Desde luego no pertenecía al mundo de las grandes familias de las almazoras y las fábricas de jabones, que nunca lo recibirían en sus casas, pero lo apreciaban, a cierta distancia. Ellas no han oído hablar nunca del menor conflicto violento. Este asesinato no tiene nada que ver con la vida de las empresas de Marsella.

—Diez balas en el cuerpo, de gran calibre, tipo bazuca, una precisión de francotirador de élite, y según vosotras se trataría sin duda de una mujer celosa que mata en un arrebato de cólera, un crimen pasional —dice Grimberty, con aire grave.

—Por qué no —responden las chicas entre risas.

Grimberty, molesto por la forma despreocupada con que lo tratan, tiene una inspiración repentina.

—¿Dónde está el centro de documentación de la Cámara? Quiero consultar el dossier de la Somar.

La pregunta es inesperada. Conciliábulo entre las secretarias.

—El centro no se abre al público, está reservado a los socios.

—Yo no soy «el público», soy inspector de la Brigada Criminal de Marsella, y estoy investigando el asesinato de uno de vuestros socios. Decidme de inmediato dónde está el centro.

El centro está en el mismo edificio, en la buhardilla. Mientras avanza por pasillos interiores estrechos, Grimberty tiene serias dudas acerca de la utilidad del trámite que va a efectuar.

Pero ya que lo ha pedido...

La documentalista lo orienta muy deprisa.

—Maxime Pieri, claro que estoy al corriente de su asesinato, lo he oído la radio. Lo había visto varias veces, un hombre muy cortés. Voy a facilitarle su necrológica.

—¿Ya, una necrológica? Ha muerto esta madrugada...

—Elaboramos notas de prensa con necrológicas de todos los empresarios importantes de Marsella, que actualizamos regularmente. Dossiers con recortes de prensa y algunas notas biográficas mecanografiadas. La idea es poder alimentar los comunicados de prensa y los elogios fúnebres en el momento en que sea necesario.

—Encantador. ¿Nadie ha pedido aún el de Pieri?

—No. —Ríe—. Los candidatos a participar en su homilía no van a amontonarse. Ha sido abatido en la calle, como un gánster, eso da mala imagen. Y los periodistas aún no han pensado en venir a vernos. Aquí tiene el dossier, trátelo con cuidado y déjelo en orden.

Grimberty se instala en una mesita, el centro está desierto, y la documentalista vuelve a sus ocupaciones.

En primer lugar, una nota biográfica sucinta: Maxime Pieri nace en 1926 en Calenzana, Córcega. Llega muy joven a Marsella.

En el verano del 44, participa en la liberación de Marsella con las armas en la mano. Se enrola como voluntario en septiembre de 1944, es destinado a la 2.^a División Blindada. En junio de 1945 es condecorado con la cruz de guerra.

Un cálculo rápido, en esa época tenía diecinueve años. Un respeto.

La secuencia siguiente salta a 1962 con la creación de la Somar. Ni rastro de sus diecisiete años de carrera criminal.

Para escribir la Historia, hay que saber gestionar el olvido.

Grimbert anota: Pieri crea su empresa, la Somar, con un solo barco en 1962. Así pues, tiene treinta y seis años. El crecimiento es casi continuo. La Somar posee hoy una flota de una decena de barcos mercantes y está interesada en el flete de petroleros.

Un artículo de un semanario económico, *Info Éco Avenir*, ha sido recortado y clasificado. Está fechado en noviembre de 1964, y firmado por un tal Pascal Thiébaud, cuya foto aparece en formato DNI en lo alto de la página, al lado del titular: «¿El final del modelo marsellés?».

Grimbert pasa rápidamente por encima de la descripción del «modelo marsellés»: actividades portuarias e industriales poderosamente integradas, de modo que el puerto alimenta una industria de transformación de materias primas agrícolas tropicales. Cuando la actividad portuaria declina, la industria que depende de ella retrocede, y aparece la crisis. El artículo es de 1964, ¿ya había crisis? ¿Estamos en crisis desde hace diez años y aún seguimos así? ¿Qué están haciendo ahí arriba? Después de un instante de perplejidad, Grimbert retoma la lectura. El periodista se interroga sobre las causas: ¿el hundimiento del imperio colonial francés y la industrialización del Tercer mundo habrían cortado la línea de aprovisionamiento de materias primas? No. La causa principal del declive marsellés es la quiebra de sus élites económicas. Escribe:

Un capitalismo familiar desgastado por la sucesión de tres o cuatro generaciones al mando, desconfiado frente a cualquier mutación, que prefiere invertir en el sector inmobiliario en lugar de la industria, y unos herederos que huyen hacia las profesiones liberales.

A Grimbert le extraña la fuerza del alegato en una publicación que en definitiva es muy poco revolucionaria. Lo más interesante para él llega después:

¿Es irremediable ese declive? Quizá no, si las élites económicas consiguen renovarse. He encontrado a algunos empresarios con un perfil distinto, repletos de proyectos. Maxime Pieri fundó su empresa de transporte marítimo de mercancías hace dos años, con un capital limitado, y la tasa de crecimiento de su volumen de negocio es espectacular, cercana a un 25 % anual. Le pregunto de dónde viene ese dinamismo. De dos factores principales, me dice. El mundo cambia, y hay que adaptarse y encontrar nuevos clientes. Él prospecta en la dirección de los países del este del Mediterráneo, Turquía, Siria, el Líbano; hacia circuitos comerciales que ya no pasan necesariamente por Marsella. Y para encontrar los capitales necesarios para su desarrollo, se dirige a un público que dispone de ahorros, pero no tiene costumbre de invertir en negocios. Ha puesto a punto formas nuevas de participación-inversión por tiempo limitado para atraerlo, y no confía en los bancos, demasiado caros y demasiado prudentes. Finalmente, avizora en el horizonte el petróleo, sin duda el futuro, dice. Pero esa es otra historia.

El periodista esboza después el retrato de otros dos «marselleses del futuro». Grimbert deja de leer, la documentalista está ocupada en otro lugar, él guarda en el bolsillo el artículo de *Info Éco Avenir*, cierra el dossier, se lo devuelve, la saluda y se va.

Ya en la calle, camina deprisa, para refrescar las ideas. Le cuesta asimilar el artículo de esa revista para intelectuales que retrata a Pieri como el héroe de la economía marsellesa.

En su *planning*, después de la Cámara de Comercio figura la Inspección de Hacienda, en el sector de la Joliette. Sube directamente a la oficina del inspector Micchelozzi, un vecino con el que juega a veces a la petanca y bebe pastís, los domingos a la hora de misa.

Saludos calurosos. Menos calor cuando Grimbert arranca:

—¿Te has enterado del asesinato de Pieri?

—Claro que sí.

—Estoy trabajando en el caso. Tú conoces un poco la Somar. ¿Qué piensas de ella?

—No me ocupo en absoluto de la Somar pero, como todo el mundo, conozco las relaciones que Pieri tuvo en otra época con los Guérini. Para mí, su vinculación con los Guérini es historia antigua. La empresa está saneada. La actividad es real, los barcos existen, los contratos y las mercancías también. Y hasta donde yo sé, es una sociedad que paga sus impuestos. Las dos inspecciones fiscales que se le han practicado en cinco años no han dado lugar a sanciones fiscales espectaculares. Solo aparecieron pecadillos, como en todas partes.

Grimbert habla por hablar, del tiempo, la cabañita, la pesca, para dar tiempo a Micchelozzi de sopesar los pros y los contras. Luego:

—Bueno, te dejo. ¿No se te ocurre nada más que puedas contarme?

—He oído cosas aquí y allá, por los pasillos... ya sabes, la gente charla muchas veces sin saber... Ha habido algunas historias no del todo claras sobre la construcción del puerto petrolero de Fos. El precio de los terrenos se disparó, allí abajo, y hubo también un lío relacionado con una refinería independiente de las grandes compañías petroleras, se habló de un intento de chantaje. Pieri pudo estar implicado, pero no hay nada seguro.

En cuanto Grimbert abandona su despacho, Micchelozzi descuelga el teléfono. La poli se interesa por la Somar. Hay que hacer circular la información y tomar precauciones en consecuencia.

Grimbert sabe leer entre líneas. Es muy probable que Fos sea una pista falsa para enviarme a husmear en otra parte. Pero Pieri decía, en la conclusión de su artículo: «el petróleo, el futuro, otra historia». El tema merece, a pesar de todo, una rápida verificación. Micchelozzi finge no estar interesado en la Somar, pero está perfectamente informado de las inspecciones fiscales a la empresa. Esa es la información real, porque desde su puesto, en la Inspección de Hacienda, está al tanto de todos los chanchullos financieros de Marsella. Prometedor.

Martes por la tarde, Niza

El inspector Bonino ha sido advertido de la llegada de Daquin, y le espera en los locales de las dependencias del SRPJ en la comisaría central de Niza. Encuentra su propia situación francamente incómoda. El director general de la Policía Judicial le ha asignado el trabajo en la investigación preliminar sobre la muerte de Pieri, pero bajo la dirección y la responsabilidad de Daquin y su equipo de marselleses. Algo que no resulta muy estimulante. Y bajo la mirada

vigilante del fiscal Coulon, de quien está lejos de confiar ciegamente. En pocas palabras, está en equilibrio inestable en un caso trampa. Cumplirá con el trabajo, sin excederse. Su principal preocupación será evitar las zancadillas que le puedan poner en cualquier lado.

La pasma de Niza ha advertido a la Somar de la muerte de Pieri. Al parecer, no hay familia a la que avisar. Dos policías recorren los garajes de la zona, en busca de una Ducati de gran cilindrada, sin mucha convicción. Todo el mundo piensa en un equipo de sicarios italianos que ya habría cruzado de nuevo la frontera. Bonino se ha informado sobre la pareja Frickx. La mujer es la nieta de un magnate de las minas de Sudáfrica. El marido es un *trader* importante, representante en Europa de la firma CoTrade, la primera del mundo en el comercio de minerales. No sabe exactamente lo que eso representa, pero no se fía. El marido está actualmente en viaje de negocios en Sudáfrica, donde Bonino ha conseguido contactar con él para informarle de las desventuras de su esposa, que sigue en el hospital, con una seria conmoción. El marido ha prometido estar aquí mañana por la noche. Buena noticia, porque habrá que hacerle algunas preguntas, dado que su mujer asegura que hacía negocios con Pieri de manera regular.

Mientras tanto, dos inspectores han verificado el testimonio de Emily. En la galería de arte de Villefranche, el galerista, que conoce muy bien a Emily —ella es una visitante asidua—, ha confirmado que ella se encontró con Pieri la tarde de la víspera en su presencia, y por casualidad, al parecer. Los empleados del casino conocían bien a Pieri, que era un habitual. Había venido a cenar varias veces en los tres últimos meses, jugaba un poco, sin pasión, siempre solo, excepto la noche de su asesinato. Emily Frickx no había estado nunca antes. Bonino saca la conclusión de que el asesinato de Pieri pudo haber sido programado, puesto que era un habitual del casino, y que el testimonio de Emily es veraz. Ella quedaría entonces fuera del caso. Es más bien una buena noticia.

Daquin aún no ha llegado. Bonino consulta, más por aburrimiento que con la esperanza de encontrar alguna información, los ficheros policiales. Emily Frickx. Sorpresa, tiene una ficha en la comisaría central de Niza.

28 mayo 1971. El policía de guardia en la comisaría central de Niza recibe una llamada de teléfono anónima que denuncia una pelea en la que está implicada por lo menos una decena de personas en la Promenade des Anglais, a la altura del Palais de la Méditerranée. El equipo del cabo Kosciusko se presenta en el lugar, y constata los siguientes hechos:

Una banda de unos diez individuos, trajeados y con sombrero bombín, los hombres; las mujeres con vestidos largos y flores en el pelo, han instalado un piano vertical en la acera del Paseo de los Ingleses. Les identificamos inmediatamente como los habituales alborotadores, «artistas» jóvenes que se reúnen alrededor de la *boutique* de Ben Vautier. Los hombres atacan con fuertes mazazos el piano, bajo los aplausos de sus compañeras. El piano resuena, estalla y es destruido en medio de gritos y cánticos. Los transeúntes, alarmados por el estruendo y escandalizados, protestan, pretenden interrumpir la destrucción del piano, y se enfrentan con la banda de mujeres histéricas, que protegen con sus puños a los destructores. Se producen peleas aquí y allá. Decidimos proceder al arresto de los alborotadores, para restablecer el orden. Los restos del piano son abandonados en el lugar, y se avisa a los servicios de limpieza urbana.

Sigue la lista de las personas detenidas, entre las cuales figura efectivamente el nombre de Emily Frickx.

Bonino busca de inmediato la declaración de la joven.

Emily Frickx declara: «Tocábamos un piano, estábamos haciendo música. Era un concierto. La mujer con la que me peleé, a la que, de hecho, no conocía, no quiso saber nada del punto de vista que yo le exponía, y atacó con mucha violencia a uno de mis amigos, al que intentó morder. Yo quise impedirlo, y así fue como intercambiamos algunos golpes».

Después de varias horas de barullo en la comisaría, los policías, hartos, habían acabado por soltar a todo el mundo.

Bonino está sorprendido, no imaginaba que Emily, la joven que perdió la consciencia la noche anterior, la esposa de un hombre de negocios importante, se juntara con aquellos tarados, supuestos artistas de Niza. Pero eso no significa que sea cómplice de un asesinato. Hay que ser razonable. La ficha policial da testimonio de su gusto, hace unos años, por lo que se llama comúnmente arte contemporáneo, y eso puede dar credibilidad a su testimonio.

Daquin llega justo en ese momento. La toma de contacto es bastante fría. Bonino es mayor que Daquin, y tiene muy pocas esperanzas de llegar un día a comisario. Es bajo, rechoncho, con un principio de calvicie, traje y corbata sin ninguna fantasía, y no le gustan los tipos grandes y musculosos, más bien agraciados, que vienen a pisarle el terreno; pero Daquin asume un aire casi deferente, viene a rendirle cuentas. Los marseleses desean orientar la investigación hacia la empresa de Pieri. ¿Qué opina él?

—¿Qué dice el fiscal Coulon?

—No lo sé. Quería hablar con usted primero. Iré a verle al salir de aquí.

—Téngame al corriente.

—Desde luego.

Bonino entrega a Daquin las notas que contienen toda la información de que dispone. Frickx llegará al día siguiente por la tarde, perfecto, acuerdan que Daquin vuelva a Niza pasado mañana, y vayan juntos a la reunión con Frickx. Luego Bonino desliza hacia Daquin la ficha policial de Emily. Él la lee con mucha atención, pide una copia, y la coloca en su dossier. Valora la capacidad de trabajo en equipo de Bonino, y se lo dice.

Los dos hombres se separan sin acritud.

Daquin se desplaza hasta el despacho del fiscal Coulon, en el Palacio de Justicia de Niza. La primera impresión es importante, tiene que concentrarse.

Esta investigación es un ejercicio de calentamiento, ha dicho el jefe del SRPJ de Marsella. Un calentamiento que puede acabar siendo una manera de descargar culpas sobre el último en llegar, el parisino. O peor, una ratonera. Lo sabré muy pronto.

El fiscal lo estaba esperando. Lo recibe de inmediato, y parece sorprendido: ¡un comisario tan joven! Después de algunas frases introductorias, Daquin apunta la posibilidad de llevar a cabo un registro en la empresa de Pieri. El fiscal alza las cejas, Daquin argumenta:

—Procedimiento clásico. Empezar por investigar el entorno de la víctima para esclarecer el móvil del crimen.

—¿Tan joven y tira por lo clásico? Vayamos poco a poco, comisario. El señor Pieri es la víctima, no el culpable, y debemos evitar toda diligencia susceptible de empañar la imagen de una empresa marselesa estimada por todos y dinámica, algo excepcional en el contexto de crisis de la

economía de Marsella. ¿Ha visto usted a sus colegas de Niza?

—Vengo de allí, señor fiscal.

—Tienen una hipótesis, creo.

—¿Cuál, señor fiscal? No me han hablado de eso.

—Según ellos, el asesinato de Pieri puede estar relacionado con todos los ajustes de cuentas que llevan ensangrentando la Costa Azul desde hace muchos meses; un nuevo episodio de la lucha entre Zampa y Francis el Belga por el control de la herencia de los Guérini. Es posible que Pieri haya pagado con retraso su pasado tóxico al lado de Antoine Guérini. Si es así, las claves de este ajuste de cuentas están lejos de la Somar, que es, todo el mundo se lo dirá, una empresa respetable, y debe seguir siéndolo. No mezclemos las cosas. Pese a su pasado, Pieri se había convertido en un notable de la vida económica marsellesa desde hace una decena de años.

—¿Cuándo podremos organizar una reconstrucción de la escena del crimen?

—Eso sería muy mala publicidad para nuestros casinos, en vísperas de la temporada turística. Y además, es caro. No entremos en gastos injustificados. La manera en la que Pieri ha sido abatido parece muy clara. Sus colegas de Niza me han remitido un informe al respecto.

El fiscal se pone en pie, y estrecha la mano de Daquin afectuosamente.

—Manténgame informado con regularidad. Contamos con usted para avanzar con prudencia en este caso extremadamente delicado, dada la personalidad de la víctima.

Regreso a Marsella, más de dos horas de carretera, una paliza, Daquin no siente ninguna afición ni por los automóviles ni por la conducción, deportiva o no. Al salir de Niza por la Promenade des Anglais, pasa despacio delante del Palais de la Méditerranée. Una fachada alta de una blancura agresiva, estilo pastel de boda cubierto de crema *chantilly*. Una acumulación de estilos, arcadas pseudorrománicas, encuadradas por pilastras pseudogriegas, y coronadas por bajorrelieves y estatuas muy siglo XIX. Un templo del mal gusto nizado de los años treinta. Una escena del crimen en plan decorado de teatro perfectamente adecuada a un crimen que parece una representación teatral. Como no se me concede el derecho a una reconstrucción del crimen, para mí este caso es un teatro de sombras chinescas. Necesito ver, con mis ojos, lo que ha pasado. Organizaremos nuestra propia reconstrucción. En la carretera, su mente divaga. El balance del día presenta resultados dispares. Positivos, las reacciones de Grimbert y Delmas. El equipo está en vías de constituirse, lo presiento. Correcto el encuentro con Bonino. Desastrosa la entrevista con el fiscal Coulon. Me expone la tesis «oficial», es decir la suya, no la de Bonino: una ejecución por un grupo de matones rival. ¿Qué ha dicho Grimbert? «Noto serias incoherencias». Y no ha descartado la hipótesis de una puesta en escena. Ese poli tiene olfato. Y el fiscal Coulon, por razones que ignoro, cuenta conmigo, con el jovencito, para validar rápidamente la tesis del ajuste de cuentas, y enterrar el dossier. No podía decírmelo de manera más clara. Y si no sigo la línea oficial, me mete en el armario, y no podré esperar nada, ni del director, ni del fiscal. Nadie me respaldará. Bueno. No voy a dejarme encerrar.

La única salida, encontrar a los asesinos, o por lo menos encontrar pistas, hechos, pruebas. Coulon tiene una postura de bloqueo demasiado rígida para poder mantenerla si yo avanzo, aunque sea unos pocos pasos. No saldré del apuro sin un poco, o un mucho, de suerte. Salir, husmear, pasear, multiplicar las ocasiones de cruzarme con la suerte; si la encuentro, sabré aprovecharla. Mientras tanto, seguir emboscado, la paciencia es una virtud. Quizás, pero no tenemos más que quince días por delante. No está ganado. Excitante.

Marsella, el placer de reencontrar el apartamento, encaramado por encima del bullicio, los ruidos y los olores del Vieux-Port. Este atardecer, proyecto: coñac en la terraza. Solo. Placer de estar solo. En todo el año de Beirut, nunca estuvo solo. Y eso acabó agobiándolo.

Beirut, una idea de Lenglet. Cuando Daquin encontró a Lenglet, tenía dieciséis años. Su madre, con tendencias suicidas que finalmente acabó suicidándose con alcohol y pastillas, había muerto tres años antes. Él tenía un gusto evidente por los chicos y no sabía muy bien cómo vivirlo, estaba en guerra abierta contra su padre. Lenglet le enseñó a follar sin complejos. Una sexualidad ni exhibida ni clandestina, normal. Nunca hubo entre ellos relaciones sexuales, o competencia amorosa, lo que les permitía una amistad sólida y duradera. Cursaron juntos Ciencias Políticas, los dos con brillantez, y al terminar, con la misma inclinación hacia la aventura intelectual y física, Lenglet se había orientado hacia la diplomacia en su versión próxima a los servicios secretos, y Daquin hacia la policía, por llevarle la contraria a su padre, para quien, si bien la diplomacia le parecía una alternativa viable, la policía era un oficio de parias, y él no lo era, tenía una licenciatura en Derecho.

Se integró en la Escuela de Comisarios, y luego vinieron Beirut, el servicio de seguridad de la Embajada de Francia en el que Lenglet ocupaba un puesto desde hacía dos años, y el encuentro con Paul Sawiri, un libanés de cuarenta y cinco años, colaborador de Lenglet, inteligente y cultivado. Su primera relación estable, un año, una eternidad. Pesada, a la larga, como la presencia continua de Lenglet, por otra parte.

Una ruptura que aún no había superado. Y ahora Marsella, coñac, Vieux-Port y soledad.

Al llegar, aparca el coche en el Obispado, y vuelve a casa a pie.

Se detiene en el tostadero de café de la Canebière, para comprar una cafetera eléctrica y un kilo de café molido procedente de Italia.

Ya en el apartamento, apenas ha tenido tiempo de darse una ducha cuando suena el teléfono. Vincent Royer, un condiscípulo de la facu de Derecho.

—Porticcio me ha llamado para decirme que estás en Marsella por algún tiempo, y que te había prestado su apartamento. ¡Podías haber caído en un sitio peor!

—Hola, sí, digamos que no me quejo.

—¿Sabes que he vuelto para instalarme como abogado en Marsella?

—Sí, Porticcio me lo ha dicho. ¿Te gusta esto?

—Sí, me encanta mi ciudad. Y he tenido mucha suerte. Me he asociado al bufete Lombardino, nos encargamos de la defensa de algunos implicados en el macroproceso que se prepara, después del desmantelamiento de la famosa French Connection[5] más de treinta inculpados. Supongo que has oído hablar del asunto en el Obispado. —Daquin gruñe—. Yo me encargo del dossier de la mujer del principal acusado. Es apasionante, desde el punto de vista profesional.

—No lo dudo.

—Quizás podríamos vernos...

—Ven mañana a cenar en mi casa, mejor dicho a la de Porticcio, en el Quai du Port. Ya conoces la dirección, si te he entendido bien. Ven un poco tarde, hacia las nueve, no sé a qué hora acabaré en el Obispado...

—Entendido. Con mucho gusto.

Vincent, uno de la pandilla de la facu de Derecho.

Un recuerdo vago... Pensaré en ello mañana.

Esta noche, Daquin se dedica a escuchar *jazz* de la discoteca de su amigo, de gustos más bien clásicos, y se instala con su copa de coñac en una tumbona en la terraza. Las luces del Vieux-Port parpadean en la noche. Hace fresco. Mañana será otro día.

3. MIÉRCOLES, 14 DE MARZO DE 1973

Miércoles, Marsella

Los grandes rotativos nacionales anuncian el asesinato de Pieri en una columna en páginas interiores, en la sección de Sucesos:

UN ARMADOR MARSELLÉS ABATIDO EN LA PROMENADE DES ANGLAIS,
EN NIZA

Maxime Pieri, uno de los impulsores de la reconversión del puerto de Marsella, parece haber pagado, con muchos años de retraso, sus relaciones tóxicas con el clan Guérini en la inmediata posguerra.

Por la mañana, Daquin y los dos inspectores se reúnen en su despacho. Grimbert toma la iniciativa:

—Como nos había pedido, he buscado a un poli que conocía bien a Pieri. Ayer pasé a ver a uno de mis viejos amigos, que está en los Stups, la Brigada de Estupefacientes de Marsella. Conviene que sepa, comisario, que las relaciones entre los Stups y el resto de la PJ son pésimas. Hace menos de dos años, el ministro en persona acusó a los polis de los Stups marseleses de incompetentes y vagos y de ser todos más o menos corruptos. El año pasado, en consecuencia, los mandaron a todos a tomar por saco, y un equipo recién constituido vino desde París para sustituirlos, con un jefe salido de las grandes brigadas del Quai des Orfèvres. La prensa regional escribió que habían venido a «atacar a la policía de los corsos». Imagine el ambiente... Para agravar las cosas, los parisinos exigieron autonomía respecto de la PJ marselesa, se fueron del Obispado y se instalaron en pisos de la ciudad. Una auténtica hostia. Toda la PJ marselesa se sintió agredida y cortó las comunicaciones con los Stups. Entonces, en busca de apoyos, los parisinos jugaron a fondo la carta de la colaboración con los americanos, que instalaron a gente súperimportante de la CIA en el consulado americano en Marsella para acabar con la French, y les dieron pasta, coches y radios a los Stups. Luego los parisinos acabaron por darse cuenta de que, sin un conocimiento adecuado del terreno, los ficheros eran letra muerta, y que los yanquis se la habían liado de mala manera. No le cuento las cagadas que hicieron. Una vez, los yanquis se gastaron millones en la fabricación de un camión «rastreador», erizado de antenas y de sensores, un laboratorio ambulante que se paseaba por las calles de Marsella y los suburbios, porque lo consideraban capaz de detectar los vapores de la heroína en proceso de fabricación, y permitía localizar así los laboratorios clandestinos. Cuando lo veían pasar, los marseleses salían de los

bistrós, alzaban sus vasos y bebían un trago de pastís a la salud del Rastreador. Por supuesto no se encontró ningún laboratorio, no los hay, lo que hay es solo algunos artesanos químicos que trabajan en las cocinas de algunas villas situadas en pleno campo. Al cabo de un tiempo, los parisinos se hartaron de hacer el ridículo, y recuperaron a Casanova, mi colega, la memoria viva del servicio, el único marsellés que ha sobrevivido a la purga.

»Él acepta venir a echarnos una mano con lo de Pieri esta mañana, porque es mi amigo. Con la condición de que no se sepa, que no se lo digamos a nadie en el Obispado, y que no le hagamos preguntas incómodas sobre el funcionamiento de los Stups. ¿Estás de acuerdo?

—¿Delmas?

—No hay problema.

—Muy bien, llámalo, y mientras tanto instalaré la cafetera que compré ayer. Será el primer café con esta cafetera. No es nunca el mejor.

Antes de acabar de beberlo, Daquin informa:

—Hago rápidamente un primer balance de mi jornada en Niza, antes de que llegue su amigo.

»Resultados dispares. Bonino, de las dependencias del SRPJ de Niza, me parece que está haciendo un trabajo serio. Por lo que me ha dicho, Frickx es el representante para Europa de una gran empresa comercial, CoTrade, y existiría una relación de negocios habitual entre Frickx el *trader* y Pieri el armador, según el testimonio de la señora Frickx. Frickx estaba en Sudáfrica ayer, y llegará a Niza para estar junto a su mujer esta noche; deberíamos tener una entrevista con él mañana, en Niza. En cuanto a la señora Frickx, parece estar fuera del caso. Menos positiva la entrevista con el fiscal. Coulon rechaza la reconstrucción de los hechos y los registros. Me pregunto por qué abre una investigación preliminar.

Grimbert, con una media sonrisa:

—Para dejar que se calme la situación durante quince días, antes de hacer entrar a un juez en escena.

—Debes de tener razón.

Casanova llega en el mejor momento, el del segundo café. Los cuatro hombres se instalan como pueden en el espacio estrecho de la habitación, y pasan a estudiar el pasado de Pieri. Delmas empieza:

—Las fichas policiales nos dan algunas indicaciones sobre el estado civil de Pieri. Nacido en 1926, en Córcega, en Calenzana. Con diez años pierde a su padre y a su madre, abatidos ante sus ojos en un tiroteo relacionado probablemente con una *vendetta*, un caso nunca resuelto. La abuela se hace cargo de él y llegan al continente, para escapar de los asesinos. Dirección en Marsella: el Panier, Rue des Pistoles, una calle poblada por corsos, mayoritariamente venidos de Calenzana. Ella vende fruta y legumbres en los mercados para sobrevivir. Luego llegan la guerra y la ocupación alemana.

Grimbert toma el relevo:

—Según su dossier en la Cámara de Comercio, en el 44 Pieri participa en la liberación de Marsella y se alista en el ejército. Cruz de guerra en junio del 45. Tiene diecinueve años. Después, silencio hasta 1962.

Casanova se dirige a Daquin:

—Usted es parisino, es importante que comprenda lo que está ocurriendo en ese momento en

Marsella. Se había empezado a formar un clan compacto en torno a los hermanos Guérini, desde antes de la guerra. Todos corsos, todos radicados en Marsella, muchos nacidos en el mismo pueblo, Calenzana. El pueblo, para un corso, es importante. Durante la liberación de Marsella, los Guérini luchan codo con codo con Defferre[6] y los socialistas. Se dice incluso que Mémé Guérini le salvó la vida en varias ocasiones. Es el punto de inflexión de su historia. En el convulso periodo que sigue a la Liberación, el clan Guérini hace fortuna con el tráfico de tabaco, una red enorme que se extiende por todo el Mediterráneo occidental, dirigida desde Tánger. Y se imponen poco a poco como los amos de Marsella gracias a su alianza con la alcaldía, tanto si esta pertenece a la derecha como a Defferre. Cuando la alcaldía necesita hombres de confianza para quebrantar una manifestación comunista en 1947, o la huelga de los estibadores del puerto en 1950, recurre a los Guérini, y la cosa funciona. En los dos casos, el orden se acaba restableciendo. Por fuerza, una cosa así, crea vínculos.

Delmas continúa:

—Los archivos policiales señalan que Pieri no está casado, no tiene una amante oficial conocida, ni hijos.

—Lo confirmo —dice Casanova.

—Vive con su abuela hasta los años 60. En esa fecha, le compra una casita en Calenzana, y ella se instala allí. Él la visita cada mes. Ella muere en el 68. En cuanto a lo demás, los ficheros son muy discretos. Unas pocas anotaciones de aduanas por sospechas de contrabando de cigarrillos, ninguna detención, ninguna condena. En 1959, un policía anota un rumor según el cual Pieri habría muerto en el curso de un ajuste de cuentas, pero reaparece en 1960. No hay nada sobre una eventual participación en el tráfico de heroína.

Daquin interviene:

—Sin embargo es en esa época cuando, entre sus múltiples actividades, los Guérini organizan la French Connection. ¿Pieri se mantiene al margen de la droga?

—Desde luego que no. Sabemos que Pieri había sido uno de los soldados más fieles de los Guérini, antes de convertirse en primer lugarteniente de Antoine Guérini. Con esa responsabilidad, nadaba en heroína. Pero aquel fue un periodo de impunidad relativa, y cuando digo relativa... A los hermanos Guérini tampoco los molestaron.

Grimbert toma el relevo:

—En 1962 Pieri funda la Somar, que cohabitará durante siete años con el clan Guérini en plena actividad. ¿Había relaciones entre la Somar y el clan?

Casanova sonrío:

—No te hagas el inocente, Angliche. Es imposible que no haya existido ninguna relación entre la Somar y los Guérini, y tú lo sabes tan bien como yo. Cuando la familia Guérini cae, entre el 67 y el 69, no se encontró mucho dinero aquí, ni en Marsella ni en Francia. Mi opinión personal es que la Somar, desde su creación, les sirvió como tapadera.

Es el turno de Daquin de simular ingenuidad:

—¿No hubo una investigación al respecto en aquel momento?

Casanova está visiblemente incómodo.

—En primer lugar, en aquella época las investigaciones financieras no estaban de moda. Además, me extrañaría que la Somar solo haya trabajado con el dinero de los Guérini. ¿Entiende lo que quiero decir?

Hay un momento de silencio, y Delmas continúa:

—A partir de su reaparición en 1960, las fichas policiales señalan que Pieri viaja con mucha frecuencia a Estados Unidos, por lo menos cuatro veces al año. Y ya no dicen nada más.

Casanova precisa:

—No se equivoque, con seguridad no era una mula. Se encargaba de las negociaciones globales con las familias neoyorquinas. La French era una empresa bien gestionada, las tareas se repartían de forma estricta. La regla era no mezclar géneros. Para que lo comprenda, los Guérini, que controlaban el negocio de la heroína, poseían también todo el barrio de la Ópera, aquí en Marsella: bares, burdeles, clubs nocturnos, todo. Los camellos tenían vetado el acceso, allí no circulaba ni un gramo de polvo. Nada de mezcla de sectores. En aquella época ensábamos que Pieri era el intermediario entre los Guérini y las familias americanas que vendían el caballo en Nueva York. Eran muy amigos desde que los Guérini habían atizado a los comunistas en el 47 y a los estibadores en el 1950, y la CIA también estaba encantada con ellos. Los Guérini y sus soldados eran los campeones de la lucha anticomunista. Nosotros no íbamos a estropear aquella luna de miel. Nadie tenía nada que objetar, entonces. Incluidas las altas esferas, tanto francesas como americanas.

La charla se prolonga aún un rato, y luego Casanova se retira:

—Os dejo trabajar en paz.

Grimbert deja sobre el escritorio de Daquin el artículo de *Info Éco Avenir* «desviado» del centro de documentación de la Cámara de Comercio.

—Un artículo interesante sobre la crisis económica en Marsella en 1964, que me ha hecho pensar, y que contiene además un retrato elogioso de Pieri como pionero de la renovación del empresariado marsellés.

Daquin desliza la vista por el artículo en diagonal. Una oda a Pieri. Curioso en una revista de economía, por lo general más reservada. Lo deja a un lado. Para leerlo atentamente, con calma. Grimbert continúa:

—He pasado también por Hacienda. El caso Somar lo siguen con atención los especialistas en los chanchullos financieros de la ciudad y las esferas que gravitan a su alrededor. Es una señal de alerta.

Daquin resume:

—Me parece que de todo lo que se ha dicho aquí esta mañana se desprende que debemos confirmar nuestra opción de partida: el carácter central de la Somar. Primer objetivo, a falta de algo mejor, encontrar informaciones sobre CoTrade, es importante para que yo no llegue mañana a la entrevista con Frickx con las manos vacías. ¿La sección financiera del SRPJ puede echarnos una mano?

—Solo son dos, pero conozco bien a uno de ellos, puedo intentarlo.

—Yo puedo también pedir a nuestros colegas del consulado francés en Nueva York que nos envíen lo que encuentren sobre CoTrade y Frickx. ¿Qué os parece?

—¿Por qué no? Después de todo, el consulado americano en Marsella es hiperactivo, podemos intentar devolverles la pelota...

—Además, habrá que moverse por los alrededores del domicilio de Pieri, la clásica investigación entre los vecinos. Quizá podríais hacer una visita a nuestros amigos de aduanas, y hacerles algunas preguntas sobre la Somar. Y mañana por la mañana, habrá que ir a la Somar y,

con el pretexto de informar a los empleados de las circunstancias de la muerte de Pieri, sacarles el máximo de información confidencial sobre quién era y cómo funcionaba la empresa. También me gustaría hacer una reconstrucción informal del crimen, en el lugar, visto que el fiscal no quiere nada oficial. ¿Conocéis en el Obispado a un buen especialista en el manejo de las armas que utiliza la mafia, un hombre que sea discreto?

—Un especialista, seguro; que además sea discreto, quizá es pedir demasiado. Pídeselo a nuestro jefe, está muy orgulloso del funcionamiento de los Grupos de Intervención de la Policía, que acaba de crear; para él será un placer ponerte en contacto con ellos, y también será bueno para nuestras relaciones con la jerarquía.

—Y dime, Grimbart, ¿de dónde te viene ese apodo, el Angliche?

—No se te escapa nada... Cuando llegué a Marsella, yo tenía cinco años y era inglés. Nací en Malta. La isla era inglesa, en esa época. Pero hablo mal inglés, mi lengua materna es el maltés. Hablo también alemán, bastante bien, mi padre era alemán. Judío alemán. Huyó en el año 38, y no paró hasta Malta, donde se casó con mi madre, pero nunca pudo acostumbrarse al habla maltesa. En casa se hablaba maltés y alemán.

Daquin pasa parte de la tarde releendo el dossier. Impregnarse de los personajes, del mínimo detalle, no dejar pasar nada. Ni siquiera la ficha de Emily Frickx, con su toque de frivolidad extravagante, o el artículo de *Info Éco Avenir*, con su retrato de un mafioso marsellés como héroe del empresariado moderno. No sabe lo que es importante y lo que no lo es, de modo que ha de tener todo en cuenta.

Deja su despacho bastante pronto para hacer las compras y cocinar, sin haber decidido aún el menú. Normal. Apenas se acuerda de Vincent, no sabe si le apetece volver a verlo o no, no sabe por qué le ha invitado a cenar. ¿Cómo preparar un menú en esas circunstancias? Cruza el barrio del Panier, bordea el Vieux-Port, y sube hacia el mercado de Noailles, atraído por los colores, el ruido, la gente que pasea al sol, se cruzan, se interpelan, discuten; una ciudad que se complace en ofrecerse a sí misma como espectáculo. Se detiene delante del puesto de una vieja vendedora de fruta y verdura, toda arrugada, observa cómo va de un cliente a otro con un torrente de palabras, al tiempo que escoge con atención cada pieza de fruta, cada verdura, con la mirada viva y el gesto preciso. Así debía de ser la abuela de Pieri... ¿Por qué siento una especie de ternura hacia ella?

¿Le ha oído la vieja? Le interpela:

—Y para ti, joven, ¿qué va a ser?

Daquin vacila: tomates... y bueno, por qué no dejar la iniciativa a la vieja:

—Póngame para hacer una *ratatouille* para dos.

—¡Ah! ¿Una velada de enamorados?

Sonríe.

—Si usted lo dice...

—Ahora mismo se lo arreglo.

Le prepara tomates, pimientos rojos, calabacines, cebollas, berenjenas, todo cuidadosamente colocado en una bolsa grande, y luego le dirige una mirada suspicaz:

—¿Eres tú quien cocina? ¿Sabes prepararla, al menos, la *ratatouille*?

—No se preocupe, tengo una receta...

—Nada de ser original, sobre todo. La mejor receta es la de tu madre.

Daquin tiene serias dudas sobre ese punto, pero elige no airearlas. Pasa después por el tostadero de café de la Canebière para hacerse con su provisión personal de Arabica torrefacto a la italiana, molido delante del cliente. No hay aglomeraciones, el buen café no es algo imprescindible en la cultura marsellesa. Luego vuelve al apartamento del Quai du Port.

En cuanto entra en casa, se pone a cocinar, por primera vez desde su llegada a Marsella. El placer de reencontrarse con el contacto de las verduras frescas en la palma de la mano resucita el recuerdo de Beirut, y Beirut tiene un nombre: Paul Sawiri, su amante, más mayor que él y mucho más sabio, quien le enseñó a amar la cocina. Uno, le decía, no cocina para sí mismo, sino para otro u otros, amigos o amantes. Cada plato es un acto de amor; el modo de realizarlo, el sabor que le das, depende de la persona con quien vas a comerlo. Aquí aparece la dificultad: ¿quién es Vincent? ¿Con quién va a cenar esta noche?

Se pone al trabajo. Primero escaldar los tomates, unos segundos en agua hirviendo para que la piel se desprenda. Cortar todas las legumbres en dados pequeños. Cuchillo afilado, gestos minuciosos y precisos, que liberan poco a poco las tensiones de la jornada.

Luego sofreír en aceite por separado, empezando por las berenjenas, que se reservan después en papel absorbente, para eliminar el exceso de grasa. Después de las berenjenas, cocinar las cebollas, el calabacín y los pimientos; el trabajo exige menos concentración, la mente divaga. Vincent, el buen alumno de su pandilla de la facu de Derecho. Discreto, aplicado, regordete. Algunos decían: secretamente enamorado de ti, Théo. Nunca les había hecho caso, y nunca se había fijado en él. Vincent jugaba al tenis y al golf. Toda la pandilla lo llamaba «el yerno ideal».

Ahora, los calabacines, las cebollas y los pimientos están salteados, lo esencial está hecho. Solo falta colocar todas las verduras en una cacerola, y añadir los tomates cortados también en dados, un ramillete de hierbas aromáticas, rectificar la sal y la pimienta. Y dejar cocer el tiempo necesario. Se tumba en el sofá, pone un disco de Count Basie. Respira el aroma de las verduras puestas al fuego y, por primera vez, se siente en casa en este piso.

Porticcio me había prevenido de que, con toda probabilidad, Vincent me buscaría. Había añadido: «Ya verás, te vas a sorprender. El «yerno ideal» se está convirtiendo primer espada de la abogacía marsellesa, y cuenta ya con una espléndida reputación». ¿Le he invitado a cenar por curiosidad? ¿Por saber qué aspecto tiene un futuro primer espada de los estrados marselleses, y lo que tiene que contarme? Otra hipótesis: estoy ya bastante harto de la soledad. ¿Un exenamorado rendido? Me lo voy a follar.

Vincent llega a las nueve en punto, con una botella de *champagne* en la mano.

—¿Aún te gusta el *champagne*?

—Siempre. La botella está fría... Instálate en la terraza, ahora traigo algo con que hacerle los honores.

Cuando Daquin vuelve con una bandeja, Vincent aparta los ojos del velero del alcalde, amarrado en el Vieux-Port, a pocas decenas de metros de allí, y lo mira de frente, silencioso, ofrecido. Daquin deja la bandeja a un lado, y se inclina hacia él.

—Cómo has cambiado. —Acaricia su rostro con la mano—. Has adelgazado, los mofletes han desaparecido, la estructura ósea está ahora visible, liberada. —Desliza las yemas de los dedos sobre el saliente del pómulo—. Me gusta tocar la fuerza de tu rostro. —Resigue el arco de las cejas, el puente de la nariz—. Los ojos se han hundido, me gusta esa mirada gris oscura.

La mano roza la boca, los labios se entreabren, Daquin se inclina, los besa como en un soplo.

Vincent pregunta:

—¿Antes o después del aperitivo?

—Después del *champagne* y antes del *foie gras*.

Dos horas después, los dos hombres están recostados en sillones bajos en la terraza, Daquin en albornoz, Vincent con una camiseta demasiado grande que ha encontrado en el cuarto de baño. Hace ya una buena media hora que Vincent cuenta anécdotas y chistes de abogados marseleses. Daquin escucha y ríe. Una segunda botella de *champagne* ha sido descorchada, y el bloque de *foie gras* y los canapés ya se han acabado.

—No quiero oír hablar de *ratatouille* —dice Vincent.

Daquin suspira.

—Comprendo, ha sido un error de casting. En penitencia, tendré que comerla durante tres días; por suerte, es un plato que envejece bien.

Daquin apura la segunda botella de champaña, y luego se decide a hablar.

—Estoy aquí desde hace tres días, y tengo la impresión de vivir en medio de arenas movedizas. Un inspector de mi equipo me lleva de la mano y me explica dónde puedo poner los pies y dónde no puedo, con quién puedo hablar y con quién no, y todavía no sé si puedo confiar en él. Según él, los Stups de Marsella están en manos de los americanos. ¿Y según tú?

—Sí, la presión americana sobre el gobierno francés es muy fuerte; y en los Stups de Marsella, son omnipresentes.

—¿Por qué?

—Por varias razones. Durante veinte años, la heroína francesa en Estados Unidos ha sido un modelo de éxito. Los americanos pensaban que era un excelente sedante para hacerlo circular en las prisiones. Cuando los jóvenes de la buena sociedad empezaron a consumirla en grandes cantidades, lo encontraron menos divertido. Y además, los americanos son férreamente proteccionistas. Nixon tiene algunos amigos en la mafia de Florida que mueven la cocaína, una droga que se produce a las puertas de Estados Unidos. Se ha empeñado en despejarles el terreno liquidando la heroína francesa.

—¿Por qué les dejan hacer en nuestro territorio?

—Porque ganaron en el 45 y De Gaulle ha muerto.

—¿Cómo se articula la guerra entre Zampa y el Belga con la guerra americana a la heroína?

—Parece una pregunta sencilla, pero me temo que la respuesta es muy complicada. En primer lugar, ninguno de los dos me parece tener la fortaleza de los Guérini. El Belga intenta hacer negocios recuperando todas las migajas de la French que encuentra. No tiene visión de futuro. Zampa es más sólido. Es más versátil. Un poco de droga, muchos chanchullos y prostitución, lo clásico. Y el juego. En este sector, Niza está en ascenso, y Zampa controla los casinos por intermediación de unos de los suyos, Fratoni, y con la bendición del ayuntamiento. En Niza, sin duda ha conseguido perpetuar su imperio.

Daquin estira las piernas, cierra los ojos. Zampa, herencia de los Guérini, asesinato de Pieri, Niza, casino del Palais de la Méditerranée.

No existen las casualidades. ¿Pero cuál es la cadena que enlaza todo eso? Suspira.

—Marsella es una ciudad terrible. Todo el mundo se conoce, todo el mundo se vigila, todo se sabe y nada sale a la superficie.

—Te lo diré de otro modo: es una ciudad extraordinaria por la densidad de sus redes de relaciones sociales.

4. MIÉRCOLES, 14 Y JUEVES, 15 DE MARZO DE 1973

Miércoles por la noche, Niza

Frickx aterriza en Niza, procedente de Londres, más o menos a la hora prevista, en torno a las 21. No lleva equipaje, solo un maletín negro de piel, útil para recalcar su cualidad de hombre de negocios con prisas. Cruza rápidamente el *hall* de llegadas del aeropuerto, se dirige a grandes zancadas hacia el aparcamiento, y entra en él. Una ojeada discreta a derecha e izquierda, no nota nada extraño. Mostrar confianza. Llega al pasillo más alejado, próximo a la entrada de coches, y busca el Peugeot grande de Simon, el número dos de la Somar, con quien está citado. No lo ve. Una furgoneta blanca le hace señales con las luces. Frickx se acerca, reconoce la silueta de Simon sentado al volante. No ha venido en su coche. ¿Por qué? ¿Desconfía? Abre la puerta, se sienta en el lugar destinado al copiloto, vuelve a cerrarla. Conversación animada. Pasan los minutos. Luego Frickx abre la puerta, se pone de pie al lado de la furgoneta, y empieza a quitarse la chaqueta. Es la señal. Frickx oye el motor de una moto que se acerca. Sigue hablando a Simon por el hueco que deja la puerta abierta, tiene que mantener su atención, mientras, dobla con cuidado su chaqueta sobre su brazo izquierdo, con la mente y el cuerpo alerta. La moto pasa junto al capó sin detenerse, y el pasajero, de pie sobre los estribos, dispara tres veces en dirección a Simon; tres detonaciones muy ahogadas. El parabrisas estalla, el cuerpo de Simon se derrumba al ralenti sobre el asiento del pasajero, la moto desaparece sin acelerar.

Frickx, inmóvil, con la americana al brazo, respira hondo. Ni un ruido a su alrededor. Inspecciona la camioneta. Simon parece tan muerto como es posible, la boca abierta, los ojos fijos, tres heridas sangrantes en la caja torácica. Él recoge su maletín de piel negra, que se ha caído en el suelo, cierra de golpe la puerta y se aleja zigzagueando entre los coches hasta el *hall* del aeropuerto. Se dirige al mostrador de alquiler de vehículos. Le espera una berlina Mercedes. Toma la dirección de la villa de Cap Ferrat. Cuando deja el aeropuerto todo sigue en calma, el cadáver no ha sido aún descubierto.

La villa está en silencio, todas las luces apagadas. Frickx sube directamente a la habitación del matrimonio, en el primer piso. Emily duerme, boca arriba en la cama doble, reposa sobre un montón de almohadas, el rostro rígido, la piel descolorida. En la mesita de noche, una lámpara encendida al lado de una botella de agua y de una colección de cajas de medicamentos. Una mujer vestida con una blusa blanca duerme en una butaca al pie de la cama. Al entrar Frickx, se

despierta sobresaltada. Él se presenta:

—Michael Frickx, el marido de su paciente. Le han avisado de mi llegada, supongo. —Con un gesto de la mano hacia el lecho—: ¿Cómo está ella?

Toma la mano de Emily, habla fuerte, como si quisiera despertarla, la cuidadora le responde cuchicheando que todo va bien, que él no debe inquietarse, pero que su mujer necesita mucha calma y reposo.

Emily ya ha abierto los ojos. Frickx se acerca a ella, se inclina, deposita un beso en su frente, le acaricia las manos. Sonrisa de franca simpatía.

—Emily, querida, descansa. Todo va bien. Mañana, David, tu primo, estará aquí.

La voz es envolvente, tranquilizadora. Se vuelve a la enfermera:

—He contactado con su primo por teléfono, está en el extranjero, llega mañana. Él le hará compañía.

Emily apenas puede fijar la mirada, suspira, murmura algo. Él se sienta en la cama, al lado de ella, le acaricia el rostro, los cabellos, hasta que ella vuelve a dormirse.

Luego él va a acostarse en la habitación de invitados, y se duerme al instante.

Noche del miércoles al jueves, puerto de Estambul

El mercante de la Somar llega a media tarde a Estambul, procedente de Constanta, en Rumania, y atraca, como de costumbre, en el puerto de Salipazari, en el Bósforo. Hace cabotaje entre el Líbano, Chipre, Turquía y Rumania. El capitán, un hombre joven, menos de cuarenta años, pero con el rostro ya muy marcado por arrugas profundas, medita sobre la muerte de Pieri, que Simon le ha comunicado por radio hace unas horas. Acaba de dar permiso a los cinco hombres de su tripulación para pasar la noche en la ciudad. Quiere quedarse solo a bordo, para despedir a Pieri tan dignamente como le sea posible. Se instala en su camarote, con los ojos de buey abiertos para dejar pasar el fresco de la primavera turca. En su mesita, una botella de *whisky*, un vaso, y un grueso cuaderno escolar, con espiral y papel cuadriculado, en el que recopila desde hace tiempo los poemas que le conmueven, para releerlos en los momentos de ánimo depresivo. Este es uno de esos momentos. Lo abre por una página en blanco, y empieza a escribir, despacio.

Oración por Maxime Pieri

Asesinado. Un cabrón te ha disparado. Apuesto a que ibas desarmado. Hace mucho tiempo que ya no ibas armado. No alcanzo a creerlo, aún. Y sin embargo, siempre he pensado que sucedería algo así. Te gustaba vivir deprisa, jugabas con el peligro. Yo no sé rezar. Hoy rezo. Nunca he sabido hablarte, entre hombres nunca se toma uno tiempo para hablar. Hoy, me tomo el tiempo. En el Panier, en mi infancia, eras vecino mío, y eras también mi héroe, mi modelo. Libertador de Marsella, cruz de guerra, respetado por todos. Hombre de confianza de los Guérini, la ciudad en tus manos. Yo me alisté en el ejército a los dieciocho años, para ser como tú. Hice toda la guerra de Indochina y volví a Marsella, tenía veintitrés años, recuerdos de sangre y de muerte en la piel, y era adicto al opio hasta las trancas. Te busqué durante tres años de droga y de cárcel. Estaba seguro de que tú serías mi salvación. Cuando por fin te encontré, yo estaba hecho jirones.

Tú me recogiste, me diste cobijo, me cuidaste. Tú me diste un oficio en la marina mercante. Tú me confiaste uno de tus barcos, el más secreto, el más peligroso. He sabido

protegerlo. Me siento orgulloso de tu confianza. Orgulloso de no haberte fallado nunca.
Descansa en paz. Yo guardaré tu memoria.

14 de marzo de 1973, Estambul

Capitán Nicolas Serreri

Cierra el cuaderno, se santigua, el único gesto de oración que conoce, se levanta, se acerca al ojo de buey, contempla la masa oscura de Estambul en la noche. Una ciudad que ama con locura. Tiene que traer aquí a Catherine, algún día. En el muelle, ve a dos de sus marinos que se dirigen hacia el Santa Lucia. ¿Vuelven ya? Buenos marinos. Los fichó aquí mismo, en Estambul, hará poco más de un mes.

Dos tipos se habían largado sin avisar. Algo frecuente en barcos como el Santa Lucia, que pagan poco por mucho trabajo y ninguna comodidad; pero en una tripulación de cinco personas, el hueco se nota. La capitania del puerto le envió a estos dos, que estaban buscando embarcar. Eran inteligentes, trabajadores, de origen indeterminado, y muy pronto se hicieron indispensables. A Nicolas le encanta cantar y jugar a las cartas con ellos cuando el tiempo se hace muy largo entre las escalas. Los dos hombres llegan a la pasarela, suben. Después de todo, ¿por qué no beber un trago con ellos?

Nicolas abre la puerta de su camarote, y les hace un gesto para que entren. Lo hacen. Nicolas se da la vuelta para coger unos vasos del estante. Justo cuando les da la espalda, uno de ellos se apodera de los brazos de Nicolas y se los retuerce en una presa violenta que hace crujir las articulaciones de los hombros, mientras el otro hace saltar el resorte de la tapa del grueso anillo que lleva en la mano derecha, descubriendo un espacio tapizado por una decena de agujas finas, que clava de un solo golpe en el cuello de Nicolas, que se revuelve para zafarse de la agresión, y luego, bruscamente, deja de hacerlo. Los dos hombres dejan el cuerpo en el suelo, vierten un poco de *whisky* en el vaso colocado sobre la mesa, vacían la botella en el minúsculo lavabo, y la dejan rodar por el suelo de la cabina. Uno de ellos abre el cuaderno por las primeras páginas, y lee al azar:

Un poco de este absoluto azul

Bastaría

Para aliviar el fardo de la época

Y limpiar de fango el lugar.

—Este marica escribía poemas.

Se ríe, deja el cuaderno abierto sobre la mesa. Cargan el cuerpo, lo arrastran, cuidado que no nos vean desde el muelle, lo pasan por encima de la borda, y lo vigilan mientras flota a la deriva lentamente. Luego se marchan del barco sin apresurarse, y a través de las calles desiertas del puerto suben hacia la ciudad apenas iluminada.

Jueves por la mañana, Cap Ferrat

Desde la ventana de la habitación de invitados, Frickx, duchado, recién afeitado, vestido con un traje gris impecable, camisa blanca, corbata color burdeos, observa la verja y el patio de la villa. Entra un coche, aparca. Puntual, según lo previsto. Baja rápidamente para recibir a David:

—¿Todo bien, aguantas el tirón?

—Claro que sí, ¡vaya pregunta! Saint-Tropez es un pueblo encantador.

La enfermera, que se ha despertado por el ruido, está en el umbral de la puerta, y observa las idas y venidas. Frickx aprovecha para hacer las presentaciones.

—David, el primo de Emily. Le he pedido que viniera a sustituirme al lado de mi mujer por unos días. Me voy corriendo fuera del país, por negocios.

Toma a David del brazo y se lo lleva al patio, lejos de los oídos indiscretos de la cuidadora.

—Me marchó inmediatamente a Ginebra. He alquilado un coche, no es cuestión de volver a pasar por el aeropuerto de Niza. Emily duerme, está atiborrada de pastillas, tienes tiempo. Caminemos un poco, tengo cosas que decirte.

En cuanto cruzan la verja, Frickx empieza:

—Todo está en orden en lo que concierne a la Somar, Simon me garantizó que no había ninguna huella documental en los papeles de la empresa que permita establecer una relación conmigo. Y nadie aparte de él está al corriente de nuestros negocios, y de los del Santa Lucia. Ya sabes todo lo demás. Lo que me inquieta es Emily del brazo de Pieri, eso no estaba previsto.

—Si lo sabré yo.

—Su presencia hace aparecer mi nombre en un asunto en el que nunca debería haber sido mencionado. Es fastidioso. Me he visto obligado a pasar por la villa, cosa que no entraba en mis planes, y tú sigues aquí, cuando deberías estar en el extranjero desde hace horas. Es peligroso. Detesto los imprevistos.

—Muy bien, pero Emily iba del brazo de Pieri esa noche. No puedes hacer nada. Solo nos queda gestionar la situación lo mejor posible.

—No sabía ni siquiera que se conocieran, Pieri y ella. Quiero saber lo que hacían juntos. Es vital para mí, para nosotros, y por esa razón debes quedarte a su lado.

—¿Una aventura amorosa?

—No lo creo. Emily no, eso no le interesa. Y esa cuestión no me preocupa. —Reflexiona un momento—. Escucha, David, no creo en la casualidad. Pieri cenó con mi mujer. ¿Por qué? ¿Desconfiaba de mí? ¿Qué le dijo? ¿Buscaba información? ¿Cuál? ¿Le habló de nuestros negocios? ¿Te das cuenta de las posibles consecuencias? Tienes que aclarar todas estas cuestiones.

—Puedo intentarlo, pero no va a ser fácil. No he visto a Emily desde hace siete años, no sé cómo va a recibirme. Y no he conocido a Pieri. ¿Cómo quieres que lo consiga?

—Hazlo lo mejor que puedas, confío en ti. Quédate con Emily tanto tiempo como sea necesario. Por las dudas, tenemos que tenerlo todo controlado con ella. Yo voy a estar muy ocupado, tengo que hacer limpieza detrás de Pieri, hay mucho trabajo pendiente en Ginebra. Y avanzar en los nuevos contratos. Pero te telefonaré a menudo. ¿Está todo claro?

—Sí, puedes irte.

Vuelven a la villa. Frickx monta en el Mercedes, siete horas de carretera hasta Ginebra. Si se salta el almuerzo, dispondrá aún de toda la tarde para trabajar, a su llegada.

Emily aún duerme. La cuidadora está en la cocina, acabando de preparar la bandeja del desayuno. David la aborda, y le quita la bandeja de las manos.

—Me ocuparé personalmente de mi prima. Recoja sus cosas y váyase. Por supuesto, se le pagará todo el tiempo que estaba previsto que estuviera aquí.

Cuando ya se ha largado, sube a la habitación de Emily con la bandeja del café con leche, los

croissants y la mermelada.

Emily se despierta en una nebulosa, a tientas, se incorpora sobre sus almohadas, y centra su mirada en David. Se pone rígida, abre los ojos de par en par. Una ráfaga violenta de recuerdos de su infancia se le sube a la cabeza. Los olores, los sonidos, el calor de la felicidad.

—¿Eres tú, David? ¿Estoy soñando?

—No, no sueñas.

—Mi primo. Siete años de ausencia, sin noticias de ti, y te me apareces de pronto un día al despertar, en plena convalecencia. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Michael?

David coloca la bandeja sobre la cama.

—Se ha ido esta mañana temprano a Milán.

Un grito agudo:

—¿Se ha ido?

—Sí, una cita de negocios, me ha pedido que viniera a hacerte compañía.

Ella está ahora erguida, rígida, los ojos fuera de las órbitas. Habla con voz demasiado alta:

—Se ha ido, el cabrón... Sin ni siquiera avisarme. Ayer un «buenas noches» meloso, con su sonrisa y su tono de representante de comercio camelando a un cliente. —La voz se le quiebra en los tonos agudos—. Y esta mañana se larga, así reviente yo.

Con un gesto violento aparta las sábanas, se levanta, vuelca la bandeja del desayuno, el café y la mermelada se derraman, la porcelana se hace añicos. Un minúsculo desastre. Ella rompe a llorar con sollozos convulsos que la desgarran. David se le acerca, la toma en brazos, la lleva lejos de la cama, ella se acomoda en sus brazos sin dejar de sollozar, él la lleva al cuarto de baño y sin una palabra le pone la cabeza debajo de la ducha fría. Los gritos y los sollozos se interrumpen. Él la suelta, cierra el grifo, coge una toalla, le seca el rostro, seca sus cabellos, gestos tiernos. De vuelta en el dormitorio, la ayuda a sentarse en un sillón. Ella aspira a fondo, y suelta el aire despacio varias veces. David la contempla. La calma vuelve a ese rostro claro, fino, que emerge de la masa castaña de sus cabellos húmedos, e irradia de todos los músculos de ese cuerpo esbelto, atlético, que él ha deseado durante años, que desea quizás todavía. Él sonríe.

—Te prefiero así.

—¿Sabes lo que acabo de vivir?

—Sí.

—Un hombre que me lleva de su brazo, hablándome, había puesto la mano en mi hombro cuando fue abatido, sentí resbalar su mano, agarrarse a mi chal, que arrastró al caer, me encontré desnuda, su sangre me salpicó el rostro, los hombros, los ojos, la boca.

—¿No estás herida? El tirador debía estar en muy buena forma para ser tan preciso. Eres una mujer que ha tenido mucha suerte.

Emily considera por un instante esa manera de ver las cosas.

—Nunca me había enfrentado a una muerte violenta, así, en directo.

—Porque durante años no saliste del jardín de nuestro abuelo. En el país del que venimos tú y yo, hay muertes violentas en todas las esquinas. ¿Y no te has preguntado nunca en cuántos miles de mineros, aplastados o envenenados, reposa la fortuna de nuestra familia? Deja tu comedia de niña mimada y ponte recta.

Nuevo silencio. Luego Emily pregunta, en tono de conversación:

—¿Dónde está la enfermera?

—La he despedido. Tú no estás enferma, y ahora yo estoy aquí. —David se acerca a la mesita de noche, arrambla con las medicinas—. Voy a tirar todas estas porquerías al váter. —Lo hace, ella no protesta—. Escúchame, Emily. Te lo repito, no estás enferma. Eres joven, bella, rica, con buena salud, y buena suerte. Ahora, tápate, aún hace un poco de fresco, tomaremos el desayuno en la terraza.

La terraza domina un acantilado rocoso que descende hasta el mar. Por entre los pinos aferrados a la pendiente, se entrevé la bahía de Villefranche, y al horizonte, el mar abierto. Mientras David está atareado en la cocina, Emily contempla el embate de las olas unas decenas de metros más abajo. Él tiene razón. ¿Cómo he podido dejar que me destruyan hasta ese punto? Pieri ha muerto asesinado... Pero yo estoy viva, no voy a dejarme languidecer. Respira, recupera tu ritmo.

Cuando él reaparece con unos huevos revueltos, pan tostado y queso blanco, acompañados por té humeante, ella come con apetito. Él la mira sonriente:

—Lo sabía.

Ella alza la mirada desde su bandeja:

—¿Tú has visto a alguien perder la vida de muerte violenta a tus pies?

—¿A mí me lo preguntas, Emily? ¿Has olvidado que me alisté en el ejército en 1966, y que desde entonces he vivido una guerra y algunas operaciones de mantenimiento del orden...?

—No, no lo he olvidado, pero nunca comprendí por qué te alistaste. Y no te lo he perdonado.

—Me enrolé al día siguiente de que el viejo me anunció que te iba a casar con Frickx. Si tú no lo entendiste, él sí lo entendió muy bien, sin necesidad de que yo se lo explicara.

Emily, inclinada hacia adelante, lo mira fijamente, duda. La conversación ha entrado en un terreno resbaladizo, se da cuenta. En la calma de la mañana, entre las rocas, los pinos y el mar, fragmentos de recuerdos afloran a la superficie. Primo y prima, inseparables. El entrenamiento de los caballos al amanecer, en el picadero del abuelo en Durban. La embriaguez del medio galope rápido, nuestros dos caballos flanco contra flanco, una felicidad muda, y luego, la piscina, nos dejábamos flotar al sol, los cuerpos exhaustos por el ejercicio violento de la mañana. Ella redescubre el rostro de él. Cuadrado, liso, impenetrable.

¿Menos mejillas, o me equivoco? La misma mecha de cabellos rubios sobre la frente, los ojos de un castaño dorado. Los labios firmes, llenos.

Recuerda el roce en el dorso de sus manos de los besos de David, que tenía la costumbre besarla en una especie de parodia de la cortesía francesa, cuando se encontraban al amanecer en la penumbra tibia de las cuerdas impregnadas del olor de los caballos, por sus relinchos familiares, y ella se estremecía, reía, conmovida. Inseparables...

La impresión extraña de que no ha pasado aquella página. Ella le sirve una taza de té. La tetera tiembla en su mano cuando dice:

—¿Estabas enamorado de mí?

—Locamente enamorado, y tú lo sabías muy bien.

—Sí y no.

—¿Cómo es eso, sí y no?

—Sabía que estabas enamorado, pero no sabía qué sentido podía tener esa palabra, y aún sigo sin saberlo. —Se recuesta en su sillón—. Ya ves, hoy, a esta hora, delante de este mar, este cielo, estas rocas, después de la muerte de Maxime Pieri y en presencia de mi primo, me digo por

primera vez con decisión que ya no soporto más vivir con Michael. Yo he respetado mi compromiso con él, garantizo su presencia en la familia Weinstein y en su sociedad minera. Él no ha respetado el suyo conmigo. Me casé con él para vivir en Nueva York, y me encierra en Milán, que aborrezco. Se acabó, le dejo.

—Michael es un genio en su terreno. Ultraintentivo, sin ningún escrúpulo, sin tabúes, con coraje físico cuando hace falta, pero nunca hasta el punto de perder la lucidez. Apuesto a que se va a convertir en un brillantísimo *trader* en pocos años. Es un multimillonario en potencia.

—Me trae sin cuidado. —Pensativa durante unos instantes—. ¿Ha sido él quien te ha pedido que vinieras aquí?

—Sí.

—No te conoce prácticamente nada, apenas se ha cruzado contigo una vez o dos, pero sabe que hemos sido íntimos en otra época, y que yo me encuentro en un estado de debilidad. Y nos encierra aquí juntos. Me pregunto qué es lo que tiene en mente.

David no dice nada.

5. JUEVES, 15 DE MARZO DE 1973

Jueves por la mañana, Marsella

El timbre del teléfono despierta a Daquin. Gruñe, tarda uno o dos segundos en recordar dónde está, le cuesta reconocer al hombre que duerme a su lado. Hermosa curva del flanco, desde la punta del hombro hasta la cadera. La espalda de Vincent. Resiste a la tentación de una caricia prolongada. Las seis de la mañana, no es tan temprano a fin de cuentas, pero qué velada... Descuelga. En el otro extremo del hilo, Bonino, contrariado:

—Tenemos un nuevo muerto.

—¿Y?

—Al parecer se trata de Jacques Simon, un técnico comercial de la Somar. El cadáver llevaba encima su documentación. Lo han tiroteado en una camioneta registrada a nombre de la Somar.

—¿Dónde?

—En el aparcamiento del aeropuerto de Niza.

—Voy para allá.

—No vale la pena que se moleste. El cuerpo fue descubierto hacia las 23 horas de ayer. — Daquin calcula: has tardado siete horas en avisarme. Ya puestos, igual podrías haberme dejado dormir una hora más—. Se han practicado las operaciones habituales, y se ha enviado el cuerpo a la morgue. He dejado un equipo in situ para investigar las salidas y llegadas en el aeropuerto ayer noche.

—Voy de todos modos. Pasaré por la morgue, veré al médico forense, tengo que hacerle algunas preguntas sobre Pieri, y nos encontramos luego en las dependencias del SRPJ. Estaré en Niza dentro de dos horas y media, y en su despacho dentro de tres horas. Pero no se preocupe, o voy a eternizarme, no le impediré trabajar.

Bonino acepta, con un gruñido.

Ducha ultrarrápida, pero afeitado siempre atento, por mucha que sea la urgencia. Plantado delante del espejo, brocha en mano, primero, hacer espuma con el jabón de afeitar en el recipiente de madera, y recubrir las mejillas y el mentón de espuma blanca, untuosa, que huele a sándalo. La calidad de la fase del enjabonado es el secreto de un afeitado armonioso. Luego, con una navaja de acero sueco, el mejor, acariciar la piel bajo la espuma con una precisión infinita, una suavidad infinita, a un soplo del corte y de la sangre. Un ritual renovado cada mañana, sin excepción, por el placer del contacto del acero y el jabón sobre la piel. Y para mantener a distancia el recuerdo de

la violación en pleno bosque, a los trece años: un adolescente profanado, sucio, con el rostro aplastado contra el suelo, manchado de tierra y de hojas muertas y el sabor de la tierra en la boca. Toalla húmeda sobre la piel ardiente. Daquin examina su rostro, limpio, liso, cuadrado. La ceremonia ha terminado, la máscara protectora ya está en su sitio, la jornada puede empezar. Una camiseta, tejanos, mocasines, chupa de cuero. Deja un mensaje a Vincent: «Una urgencia. Cierra bien la puerta al salir», y sube a la carrera hasta el Obispado. Toma un bloc del escritorio de Grimbert, y garabatea: «Telefonazo de Niza esta mañana a las 6 en mi domicilio; todo apunta a que Jacques Simon, el segundo de Pieri, ha sido abatido a tiros esta noche en el aeropuerto de Niza. Se procede a la identificación. Pasa por la Somar según lo previsto, y allí, aprovecha la oportunidad de ver en caliente cómo digieren el golpe los empleados. Después de este segundo asesinato, nuestra petición de registro será sin duda aceptada; mientras tanto sed prudentes, apretadlos un poco pero sin pasaros de la raya. Yo voy a Niza. Nos vemos esta tarde, según lo previsto».

Toma un automóvil del servicio, y se pone en marcha.

En cuanto leen el mensaje de Daquin, excitados, Grimbert y Delmas se precipitan a la Somar. En la plaza de la Joliette, se encuentra en primer lugar la entrada monumental de los muelles de carga, materialización en piedra de los sueños de grandeza y prosperidad comercial de los ingenieros sansimonianos del siglo xix. Pero el siglo xix ha muerto, y los muelles de carga funcionan al ralentí. Justo enfrente, adosada a un edificio burgués, una discreta placa de cobre indica: «Somar 3.^a planta». Los dos hombres entran en el edificio.

—Vamos a la guerra sin mucha munición—observa Delmas en el ascensor.

—Tranquilo. No olvides que, en el Obispado, muchos desean que hagamos lo menos posible. De modo que no hay presión por su parte. Daquin tiene un carácter explosivo, pero es un chavalín y es parisino, nos necesita a nosotros para existir: tampoco hay presión por su parte. Haz tu trabajo con calma. Y respeta la consigna: no nos pasemos de la raya. ¿Vale?

—Entendido.

En la tercera planta llaman a la puerta. Un hombre les abre. Grimbert se presenta: SRPJ de Marsella, estamos investigando el asesinato de Pieri. El hombre se hace a un lado para dejarles entrar, no dice ni una palabra. Una ojeada rápida, es un gran piso burgués acondicionado para oficinas. El aspecto familiar parece haber sido conservado expresamente. Un largo pasillo oscuro conecta una sucesión de habitaciones, por una puerta abierta se ve una cocina. El hombre les dice:

—Sígueme, estamos todos en el salón grande.

La sala es muy amplia y clara, con tres ventanas de la fachada que dan a la entrada de los muelles de carga, al otro lado de la plaza. Las paredes están tapizadas de corcho en toda su superficie. En ellas se han clavado mapas del Mediterráneo salpicados de puntos multicolores, al lado de grandes tableros que especifican itinerarios y escalas, con horarios y fechas. Siete mesas de despacho ocupan el centro de la sala, abarrotadas de dosieres, teléfonos y máquinas diversas. Archivadores de cartón se amontonan en el suelo a lo largo de las paredes. Todo el personal de la Somar, una veintena de personas, se ha reunido en la sala; se sientan en las sillas, en el borde de las mesas, en los archivadores. Tazas y vasos aparecen un poco por todas partes. Desde la entrada, se oía el rumor confuso de conversaciones animadas. Se cortan de forma abrupta a la llegada de los policías. Silencio pesado. Se palpa la angustia, y también la hostilidad.

Grimbert piensa: una familia corsa unida ante la adversidad. Y frunce el entrecejo. No va a ser

fácil.

—¿Han sido informados del asesinato de Simon esta noche?

La asamblea asiente en silencio, una voz anónima dice:

—Nos llamaron por teléfono unos policías de Niza.

En la atmósfera, que podría cortarse con un cuchillo, Grimbert busca un comienzo que le permita avanzar, no lo encuentra, y se atiene a la pregunta más sencilla:

—Los dos jefes, abatidos en menos de veinticuatro horas; estamos investigando esos crímenes... ¿Alguien tiene algo que decirnos, que pueda aclarar los hechos?

El grupo permanece unido en el silencio. Se oye en otro despacho la señal de una llamada de radio; el responsable de las comunicaciones sale de la sala. Grimbert insiste:

—¿Alguno de ustedes ha notado alguna cosa? Un gesto, una palabra...

No hay respuesta. Hay que intentarlo de otro modo.

—¿Saben lo que va a pasar con su empresa?

Nuevo silencio. Algunos suspiros, del lado de las mujeres. Antes de que nadie llegue a abrir la boca, el responsable de la radio vuelve, lívido.

—La policía turca ha encontrado esta noche el cuerpo del capitán Nicolas Serreri, ahogado en el puerto de Estambul. —Una mujer joven se levanta de golpe, la boca muy abierta, y rompe a llorar—. Los policías dicen que se trata de un accidente. El capitán había bebido mucho, y se ha caído del Santa Lucia en un momento en que estaba solo a bordo. Piden que se persone alguien allí para recoger el cuerpo. El barco emprenderá luego viaje a Marsella.

Después de un duro golpe, conmocionada, la familia corsa cede, se agrieta. Los empleados se miran entre ellos, buscan un punto de apoyo, algo a lo que aferrarse.

Las mujeres tienen los ojos brillantes, dos de ellas se han acercado a la joven que llora, y la toman en sus brazos. Ella se abandona, oculta el rostro en los hombros de sus compañeras, y solloza. Los hombres carraspean.

Grimbert se inclina hacia Delmas y murmura:

—Llévate de aquí a las tres mujeres. La joven es sin duda la viuda, o algo así. Averigua su dirección, y que sus amigas la acompañen a su casa. Trátala con cariño. Es evidente que se trata de un asesinato, pero ni una insinuación.

Delmas asiente, se acerca al grupo de las tres mujeres y se las lleva a otro despacho.

No hay que dejar a la familia tiempo para rehacerse. Grimbert ataca:

—Accidente o no, ya van tres muertos. Intentemos avanzar. Repito la pregunta: ¿Qué va a ser de la Somar?

El hombre de más edad entre los presentes responde:

—No sabemos nada. Pieri era el único propietario de la empresa. Y Simon nos había convocado esta mañana para decirnos cómo iba a manejar la situación.

—¿Por qué no lo discutieron ayer, por qué esperar a esta mañana?

—Simon no nos lo dijo. Nos pidió tan solo que estuviéramos aquí esta mañana. Ayer cogió la camioneta después de almorzar, sin una explicación, y se fue. Parecía preocupado, eso es todo.

Grimbert recorre la asistencia con la mirada:

—Iba a una cita, sin duda. ¿Nadie sabe nada sobre Simon y una posible cita?

—Sí, yo.

Todas las miradas se vuelven hacia una morenita regordeta, muy joven, apenas dieciocho años, que levanta la mano como en la escuela; la voz le tiembla un poco.

—La escucho.

—Anteayer, el día del asesinato del señor Pieri, nadie trabajaba de verdad, estábamos todos muy conmocionados. Hacia las dos y cuarto, sonó el teléfono en el despacho del señor Simon. Él no estaba en su mesa, y descolgué yo. Era una llamada de larga distancia desde Johannesburgo, para el señor Simon. Fui a buscarle a la cocina, tomó el aparato, y cerró la puerta. Desde el pasillo, le oí decir: «Pieri, varias balas, en la calle». Luego, escuché que decía: «La hora me viene bien», y «un lugar discreto», o algo por el estilo.

La voz no es muy firme, la muchacha se ha ruborizado. La familia la desapueba en silencio. Grimbert le sonrío. Primer progreso significativo.

Esta chiquilla, que acepta hablar por una razón aún desconocida, pasea por los despachos, descuelga los teléfonos, escucha detrás de las puertas. Quizás una mina de oro por explotar.

Grimbert recoge algunas informaciones sobre Simon: muy cercano a Pieri, vínculos de confianza entre los dos hombres, casi de amistad, pero no estaba en la Somar a diario, digamos más o menos un día de cada dos, no siempre de manera regular. El capitán Serreri, joven, no había cumplido aún los cuarenta, amigo muy antiguo de Pieri, que lo quería mucho. Un poco como si fuera su hijo.

Grimbert pide hacer una inspección rápida de los despachos. Hay una segunda sala grande, un salón o comedor antiguo, cinco despachos abarrotados, y el departamento de contabilidad. Curvas de colores clavadas con chinchetas en las paredes de corcho, y gráficas que llevan nombres de barcos. Y tres habitaciones más. En la primera, insonorizada, se amontonan una instalación de radio emisora-receptora, y tres télex que se ponen en marcha y crepitan a intervalos irregulares. Hoy, el ritmo no es muy intenso. Las cintas de papel impreso se amontonan formando volutas al pie de las máquinas, sin que nadie se ocupe de ellas. La pequeña estancia situada a continuación está ordenada de forma meticulosa, en contraste con los grandes despachos colectivos. Cajones y armarios cerrados con llave, ni un solo papel sobre la mesa.

—Es el despacho de Maïté Antoniotti, la secretaria de Pieri.

—¿No ha venido hoy?

—No, está ocupada con la organización de los funerales.

—¿Es de su familia?

—No, pero como si lo fuera. Era una madre para Pieri.

—No salimos de la familia corsa —refunfuña Grimbert.

En la habitación siguiente están los dos escritorios de Pieri y de Simon, uno frente al otro. Reina el orden, como en el despacho de la secretaria.

Grimbert vuelve a pasar por el despacho de las transmisiones; el responsable está ordenando la estancia para ocuparse en algo.

—Simon vino aquí ayer por la mañana. ¿Estaba informado del asesinato de Pieri?

—Por supuesto, como todos nosotros.

—¿Comunicó con el Santa Lucia?

—Sí, inmediatamente. Quiso informar él mismo al capitán, y antes que a los demás. Nicolas era un poco de la familia.

—¿Le dio Simon consignas para el barco?

—Con franqueza, no lo sé. Simon me hizo salir cuando tuvo a Nicolas en línea. Pensé que era por la emoción, una conversación muy personal.

—¿Nada más le llamó la atención?

—Todos los capitanes fueron informados a continuación, y Simon les pidió que esperaran las consignas que debía darles esta mañana. Aún no se ha hecho nada, pero supongo que ahora la Somar hará regresar a toda su flota a Marsella.

Delmas está con el grupo de las plañideras, en el despacho de Pieri y Simon. Hace una seña a Grimbert: ya sabe quién es la viuda, misión cumplida. Los dos saludan y se van. Con prisa por salir al aire libre, y respirar hondo.

Jueves, Niza

Daquin tarda algún tiempo en encontrar el hospital Pasteur, y luego el acceso a la morgue del hospital: un edificio moderno conocido como el Receptáculo, una construcción de cemento de una planta, muy larga, pegada a la ladera de un valle y aislada al extremo de un camino escarpado. A unas decenas de metros, se alza una pequeña iglesia de piedra que parece bastante más antigua, un refugio escondido entre los arbustos.

Policía de cuerpos y policía de almas. Torturar los cuerpos y reconfortar las almas. Para de elucubrar, has llegado a tu destino. Daquin obtiene permiso para dar una ojeada rápida al cadáver de Jacques Simon.

Tres balas en plena caja torácica. Tiro concentrado, pleno de dianas, como con Pieri. La autopsia no ha empezado todavía, el forense espera la presencia de un representante de la Policía Judicial de Niza, que ha anunciado su llegada, pero parece retrasarse. Daquin le pregunta si hizo él la de Pieri, dos días antes. Sí, fue él mismo.

—Estoy a cargo de la investigación en el SRPJ de Marsella, pero no he tenido aún conocimiento del informe de la autopsia.

—Es normal, todavía no lo he enviado.

—¿Puede indicarme los datos principales?

—Encontré el rastro de una decena de balas, todas ellas probablemente mortales, diría yo. Es espectacular. Y huellas de una herida grave de una antigüedad de al menos diez años, quizá más. De bala, muy probablemente. El pulmón derecho quedó perforado, el esternón astillado, el diafragma hundido, las costillas fracturadas, hay incrustados fragmentos de hueso un poco por todas partes, en el tórax. El hombre parece haber sido operado dos veces.

—Gracias, doctor.

Daquin sale del Receptáculo, y se cruza delante del edificio con una mujer alta, de unos cincuenta, fuerte, envuelta en una gabardina *beige* muy común, los ojos hinchados, que avanza a ciegas, acompañada por un policía de uniforme.

¿El golpe de suerte que esperaba?

—Perdón, ¿es usted la señora Simon?

—Sí.

—Permítame presentarme. Soy el comisario Daquin, del SRPJ de Marsella, ¿desea que la acompañe, o prefiere entrar sola?

—Sola, gracias.

Entra. Daquin decide esperarla, anuncia al policía que la acompaña que toma el relevo y se encarga de la señora Simon.

—¿Puede avisar a Bonino de que el comisario Daquin llegará con retraso?

Cuando sale de la morgue, la mujer está llorando. Daquin le propone beber algo caliente en la cafetería del hospital. Ella rehúsa con una señal de la cabeza.

—Prefiero volver lo más deprisa posible a nuestra casa, en París, y estar con mis hijos.

Daquin le propone entonces acompañarla de vuelta al aeropuerto, ella acepta. En el coche, el llanto se apaga poco a poco.

—¿Investiga usted la muerte de mi marido?

—Sí, señora.

Un silencio.

—Siempre he sabido que un día iría a reconocer su cuerpo a la morgue. Siempre he sabido que un día sucedería. —Respira hondo—. Cuando nos casamos, él era capitán. Hizo la guerra de Indochina, y luego la de Argelia. —Se queda callada un momento—. Argelia fue ya un periodo muy difícil de vivir, ¿sabe? En el ejército, amigos de siempre, hermanos de armas empezaron a tirotearse entre ellos. Una pesadilla. Después de 1962, estuvo dos años en un puesto de oficina en París, ya no me hablaba de lo que hacía, se alejaba de mí, fue duro... Un día, me anunció que viviría de forma regular fuera de París.

—¿Usted sigue viviendo en París?

—Sí.

—¿Con su marido?

—Desde luego —continúa— me contó que trabajaba como técnico comercial a tiempo parcial en una sociedad de transportes, y que era la mano derecha de un antiguo gángster.

—¿Recuerda usted la fecha?

—Muy bien. 1964.

—¿No le dio más detalles?

—Al principio no. Intentaba bromear sobre eso, pero yo me enfadé. «Me he casado con un soldado, no con un medio mafioso», le dije. Él acabó por decirme: «Sigo siendo un soldado, pero Francia ya no está en guerra. Tengo otro destino, mi deber de soldado me obliga a no decirte más, y tu deber de esposa de soldado es aceptarlo sin hacer preguntas».

—¿Y no hizo usted más preguntas?

—Me las ingeníé para verificar sus ingresos económicos, y hoy no me siento orgullosa de haberlo hecho. Ni la fuente ni la cantidad variaban. Entonces, acepté la idea de que mi marido tenía una misión secreta. Ha muerto por Francia, es una certeza. Y es lo que voy a decir a nuestros hijos.

Daquin llega a los locales del SRPJ de Niza hacia el mediodía. Efervescencia generalizada. El equipo encargado del aeropuerto acaba de volver. Ha comprobado en las listas de las llegadas y las salidas de las compañías los nombres de los pasajeros cerca de la presunta hora del asesinato de Simon. Ha encontrado el de Michael Frickx.

Después ha indagado entre los taxistas, sin resultado, y en las agencias de alquiler de automóviles. Bingo. Frickx había reservado un coche, un Mercedes, y lo cogió más o menos a la hora en la que se cree que se cometió el asesinato.

Un policía abre su cuaderno y lee la declaración de la empleada:

Parecía tranquilo. No, no estaba tenso, ni nervioso. Normal. Firmó los papeles del alquiler del coche hacia las 22 horas, una hora después del horario de desembarque de su vuelo. Lo esperábamos para cerrar la oficina.

El policía añade:

—No había facturado equipaje, lo hemos verificado. Una hora, en un aeropuerto pequeño, da para muchas cosas.

Bonino mira a Daquin, y hace una mueca. No solo la señora Frickx estaba en brazos de Pieri cuando este fue tiroteado, no solo declara que su marido tenía negocios frecuentes con él, sino que ahora se comprueba que el propio Frickx rondaba por el aeropuerto más o menos a la hora en que Simon, la mano derecha de Pieri, fue asesinado. Será imposible evitar la presencia de la familia Frickx en el dossier de la investigación. Lo que significa complicaciones inevitables a la vista. La verdad es que la policía de Niza no tenía necesidad de algo así. Envían a dos polis a la villa de Cap Ferrat para pedir al señor Frickx que tenga la bondad de desplazarse hasta las oficinas de la policía judicial nizarda a las 14 horas, para una entrevista con el inspector Bonino y el comisario Daquin, encargados de la investigación de los asesinatos.

Luego Bonino lleva a Daquin a su despacho para ponerle al corriente del trabajo realizado por su equipo. No hay exceso de celo, pero sí trabajo serio. Aún están buscando la moto de los asesinos, quizás una Ducati, por todos los garajes de la región. Pocas esperanzas por ese lado. Las estancias de Pieri en Niza: desde hace cerca de un año, venía con regularidad. Recorría las galerías de arte, se informaba sobre las tendencias del mercado artístico, tomaba notas.

Y visitaba con mucha frecuencia el casino del Palais de la Méditerranée, el restaurante y la galería de exposiciones del mismo edificio.

En cambio, no ha sido identificado el lugar donde se alojaba.

La familia Frickx, Emily y su marido: él dirige la oficina en Milán de CoTrade, responsable para Europa de una de las mayores empresas de comercio de minerales del mundo. Ella: una niña rica, muy rica. La nieta de un magnate sudafricano de minas de diamantes y otros pedruscos.

—Que se entretiene rompiendo pianos al por mayor en la Promenade des Anglais.

—Sí, bueno...

—Una pareja que no encaja bien con la hipótesis del fiscal Coulon de un ajuste de cuentas entre mafiosos.

—Su presencia en el dossier es tal vez fruto de la casualidad.

—Una casualidad persistente. ¿Y el asesinato de Simon?

—La experiencia demuestra que los ajustes de cuentas suelen ocurrir por rachas.

—Pero Simon es un desconocido para la policía, ¿o me equivoco? —Bonino hace un gesto de impotencia con las dos manos—. Me encontré con la señora Simon en el depósito de cadáveres, esta mañana. —Bonino se sobresalta y se dice que habría hecho mejor yendo él en persona—. ¿Sabía que su marido era un militar de carrera?

—No lo sabía.

—Ella está convencida de que él seguía aún en las filas del ejército, y que la Somar era solo una tapadera.

—¿Y usted la cree?

—Me inclino a creerla, sí.

—Estará de acuerdo conmigo en que eso exige una verificación, puede haber muchas razones por las que un marido...

En ese momento, un policía llama a la puerta del despacho, entra. Viene de la villa de Cap Ferrat, perplejo.

—Michael Frickx llegó ayer, ya avanzada la noche, y se ha ido a Milán muy temprano esta mañana.

Al borde de un ataque de nervios, Bonino casi grita:

—¿Ha dejado a su mujer sola?

—No, ha llamado a un primo de su esposa, para que viniera a hacerle compañía. Un joven de veinticinco a treinta años, David Hammersfeld. Sudafricano. He anotado su nombre y dirección. Cuando le pregunté su profesión, me contestó que se está fundiendo el dinero de la familia.

Calla un instante, aún bajo los efectos del *shock*. Daquin pregunta:

—¿Era una broma?

El policía continúa:

—No, no lo creo. Quise ver a la enfermera, para que me diera su opinión sobre el estado de salud de la señora Frickx, pero el primo la ha despedido...

Daquin le corta la palabra.

—¿Había una enfermera? No he visto ninguna mención a su presencia en el dossier.

Nadie le presta atención, y el policía sigue diciendo:

—Después telefoneé a la oficina de Frickx en Milan, la sucursal europea de CoTrade, su mujer me había dado el número...

—¿Y entonces?

—Está en viaje de negocios. Sus colaboradores aseguran no saber dónde está. No dejó ningún número de teléfono, y no habrá medio de contactar con él hasta su regreso a Milán, en fecha no determinada.

Después de un instante de desconcierto, Bonino no aguanta más, se levanta:

—Es hora de almorzar. Tenga la bondad de excusarme, comisario, tengo una cita...

Al salir del SRPJ, Daquin pasa a ver al fiscal Coulon, que le recibe al instante.

«Un segundo muerto... y un tercero», le dice el fiscal con una sonrisa. Y le informa del «lamentable accidente» ocurrido al capitán del Santa Lucia. Resulta difícil, incluso imposible, contemporizar. Daquin obtiene autorización para registrar la Somar y los domicilios de las víctimas: Pieri y Simon.

Jueves por la tarde, Marsella

Regreso a Marsella. Tiempo para reflexionar. Simon era militar de carrera, según sostiene su mujer, con muestras de sinceridad conmovedoras. Que lo haya sido en el pasado es a la vez creíble y verificable. Si lo era todavía en el momento de su muerte, eso solo puede significar una cosa: pertenecía a los servicios secretos, y su empleo en la Somar era una tapadera. Y a partir de ahí, el juego se complica. Nunca tendremos una confirmación o un desmentido oficial del SDECE, [7] el órgano de los servicios secretos del ejército. Pero si encontramos rastros de su presencia,

la hipótesis del fiscal Coulon de un ajuste de cuentas entre mafiosos se verá más y más comprometida, y la hipótesis de Grimbert de una teatralización voluntaria de un ajuste de cuentas para despistar a los investigadores, ganará más y más credibilidad.

Nada más llegar al Obispado, Daquin va a ver al director del SRPJ.

La organización de los registros de la sede de la Somar y de los domicilios de Pieri y Simon es un trago fuerte, se necesitará mucho tacto.

—Habría que hacerlo lo antes posible, señor director. ¿Mañana?

—Es la ceremonia del homenaje a Pieri, estaría mal visto. ¿El lunes?

—Demasiado tarde.

—El sábado entonces. En fin de semana... Si no hay más remedio...

—Tengo otra petición, señor director. Desearía consultar a un especialista en el uso de armas de fuego en un medio urbano. Quiero hablar con él de las circunstancias del asesinato de Pieri. A falta de una reconstrucción...

—Acabamos de crear los Grupos de Intervención de la Policía. Los especialistas que busca están ahí, y les encantará prestarle ese servicio. Vaya a ver al comisario Van Loc, que está al mando de nuestros GIP.

Visita a Van Loc, le da el contacto del inspector Bontems, un experto reconocido, siempre dispuesto a hacer un favor a los colegas. Daquin lo llama, acuerdan una cita para la tarde del domingo 18 de marzo. Bontems pasa el fin de semana en Niza, y Daquin tiene previsto cenar allí el domingo. Así pues, fijan la cita delante del Palais de la Méditerranée, el domingo a las 16 horas.

Daquin vuelve deprisa a su despacho. Delmas y Grimbert trabajan mientras lo esperan. Están organizando sus notas: dos nuevos muertos, la familia corsa deshecha, la información que empieza a salir de forma fragmentaria y desordenada. El dossier engorda. Breve intercambio de opiniones sobre la muerte del capitán. A los tres les cuesta creer que se haya ahogado de forma accidental. Si ha sido un crimen, son tres asesinatos en dos noches y a muchos kilómetros de distancia; se necesita una organización sólida, hombres, medios. Malestar. Daquin retoma la palabra. Anuncia que por fin ha conseguido los registros, es una pequeña victoria. Se llevarán a cabo el sábado por la mañana. Luego cede la palabra a Delmas, que no cabe en sí de impaciencia: si Daquin está de acuerdo, viajará mañana a Estambul, para acompañar a la viuda del capitán, a petición de ella. Aprovechará para inspeccionar el Santa Lucia. Sueña con Estambul, la ciudad de los espías y de los aventureros. Grimbert le propina un jarro de agua fría.

—El Santa Lucia volverá a Marsella, como todos los barcos de la Somar. Tendremos todo el tiempo para inspeccionarlo en ese momento. Es inútil que Delmas vaya tan lejos, es un viaje caro, y aquí no nos sobra gente.

Daquin vacila, y al fin decide.

—El Santa Lucia tiene un interés especial para nosotros. El capitán era un amigo íntimo de Pieri, Simon se encerró para hablar con él por radio, y es casi seguro que ha sido asesinado. No tenemos tiempo que perder. Delmas, acompañarás a la viuda. Pero cuidado, los policías turcos no son monigotes. Escucha con atención lo que te digan, observa, no contestes a nada bajo ningún pretexto. ¿Me entiendes?

—Sí, comisario.

—Husmea un poco si es posible, pero no corras ningún riesgo. Y ayuda a la viuda a reunir los

efectos personales del capitán. No sabemos lo que buscamos, de modo que todo puede ser importante. Y te quiero de vuelta el domingo por la noche, a más tardar. En cuanto terminemos esta reunión, me ocuparé del papeleo administrativo.

Grimbert les habla de su visita a la Somar: la chica regordeta, la llamada que recibió Simon de Johannesburgo y la cita para la tarde del día siguiente que le dio su interlocutor. Daquin siente un subidón de adrenalina:

—Para. Ahí tenemos nuestra primera bomba. Vamos por orden. Tenemos en el punto de mira a Frickx desde el primer día, porque su mujer nos contó su relación de negocios con Pieri. ¿Qué ha dicho la Brigada de Delitos Financieros?

—Nada que pueda aclararnos. Es uno de los técnicos más destacados de CoTrade, la primera sociedad mundial de comercio de minerales, una reputación excelente. Es el responsable en Europa. Su colaboración con Pieri es posible, pero aún no tenemos ninguna prueba, hay que esperar al registro. Nada más.

—La información general es la misma que dan los de Niza. Pero ellos han determinado además, con certeza, que Frickx estaba en Johannesburgo el día en que se produjo, desde esa ciudad, la llamada telefónica que dio a Simon su cita con la muerte.

—Según los empleados de la Somar, Simon esperaba el resultado de su cita para decirles lo que iba a ser de la Somar. Si la cita era con Frickx, eso significa que está muy implicado en la Somar.

—Exacto. Continúo. Frickx tomó un vuelo Johannesburgo-Londres esa misma tarde, y luego voló hasta Niza al día siguiente, y lo encontramos, su presencia ha sido confirmada, en el aeropuerto de Niza, donde permanece durante cerca de una hora, en el momento en que Simon es asesinado. Todo eso no prueba que Frickx sea el asesino, pero nos lleva a la conclusión razonable de que está gravemente implicado en el crimen. Bonino y yo no hemos podido hablar con él, como pretendíamos, porque ha abandonado Francia esta mañana a primera hora. Según sus colaboradores de Milán, está en viaje de negocios. Con todas las reservas, tenemos enfrente a un adversario difícil. ¿Qué conclusiones sacáis?

—Este es el verdadero despegue de la investigación. A partir de ahora y hasta el final de la investigación preliminar, avisaré a mi mujer que no cuente demasiado con mi presencia.

—Y más valdría no ser demasiado estrictos con las horas extra.

El equipo ha puesto la quinta marcha, la investigación entra en terreno pedregoso.

Daquin pasa al siguiente punto de la reunión.

—Ahora, mi bomba particular: Simon. He ido a la morgue y me he tropezado allí con su mujer, que venía a identificar el cuerpo. Según ella, Simon es un militar de carrera desde los años 40. Lo he hecho comprobar, figura en los estadillos de la infantería de marina hasta 1962. Luego, ella sostiene que ha pertenecido a servicios militares menos identificables, quizás los de información militar, el SDECE, hasta su muerte, y que su empleo en la Somar solo era una tapadera. Se lo he contado a Bonino. No le gusta esa hipótesis. A mí tampoco, de hecho.

Grimbert, desbordado por unos momentos, recupera la voz.

—¡Simon en el SDECE! No es para nada descabellado. Según los empleados, Simon trabajaba a tiempo parcial, y eso podría ser conveniente para una cobertura. Pensándolo bien, las relaciones entre el tráfico de droga y los servicios secretos son muy antiguas y están bien documentadas, en Francia y en otras partes. El tráfico del opio procedente de Indochina fue

organizado en los años cuarenta por los servicios secretos para financiar la guerra de Indochina, y el punto de llegada a Francia ya era Marsella, por aquella época. Guérini se implicó directamente en ese circuito y lo modernizó, lo diversificó y acercó los puntos de abastecimiento al promover el cultivo de la amapola en Turquía y Líbano.

»Se aseguró el mercado americano tratando directamente con la mafia neoyorquina. Y sobre todo, tomó como modelo el complejo industrial marsellés y formó a químicos muy competentes, para refinar la heroína aquí. Nuestra heroína se convirtió en la mejor del mundo, el símbolo de la excelencia francesa. Tres hurras por Guérini. Incluso después del final de la guerra de Indochina, siguió pagando un tributo al SDECE, para trabajar en paz. No me cuesta imaginar que las negociaciones sobre los precios y las transferencias se hicieran con la intermediación de Pieri representando a los Guérini y de Simon por el SDECE, tan tranquilos, en las oficinas de la Somar. Eso encajaría con la imagen que me hago de Pieri. El problema es que ese sistema no funciona ya desde hace por lo menos dos años, sin duda tres, después de la «guerra a la droga» de 1970, la reorganización de los Stups marselleses en el 71 y la invasión americana. Simon en el SDECE es posible, pero también obsoleto.

—Entonces, ¿qué hacemos con esa hipótesis?

—Propongo que la guardemos en un cajón, y pensemos en ella de vez en cuando. De momento, no creo que sea la principal, pero quizás me equivoco.

—Delmas, ¿tu opinión?

—Ni idea. Apenas sé lo que es el SDECE.

—Espabila. Los servicios de información exteriores, que gestionan todo lo relacionado con la información de fuera de Francia. Un servicio que depende del ministerio de Defensa.

—Confío en tu palabra.

—Vamos a adoptar tu punto de vista, Grimbert. Con un leve matiz. No nos centraremos en Simon en el SDECE, pero eso aclara la naturaleza y la importancia de la Somar.

—Vamos a brindar por el viaje de placer de Delmas a Estambul antes de volver a casa — declara Grimbert, que saca una botella de pastís y vasos de uno de sus cajones.

Delmas va a buscar agua y hielo en la nevera de la planta. Daquin saca su botella de coñac, el pastís es poco para él. Grimbert continúa:

—He pasado por el Garaje esta tarde, el bar de los sótanos del Obispado...

—Caramba, ¿puedes ir allí? ¿Tú, un poli de la Judicial?

—Empecé en la Seguridad Pública, en la calle y con uniforme durante cinco años, de modo que se me tolera, si no voy demasiado a menudo. Lo que quería decirte, es que me he topado con un grupo de colegas de la Seguridad Pública brindando por la memoria de Simon...

—¿Y eso no presagia nada bueno?

—Exacto.

Daquin renuncia a profundizar, por el momento.

Jueves por la tarde, Niza

—Inspector Leccia, señor fiscal.

—Le escucho, Leccia.

—Acabo de charlar con Bonino, que sigue la investigación Pieri-Simon desde las

dependencias de Niza.

—Estoy al corriente, Leccia, el comisario Daquin ha pasado hoy por aquí y me lo ha contado. Hemos decidido proceder a los registros.

—No sé si le ha dicho que está decidido a investigar entre los servicios policiales, parece convencido de que Simon era un agente del SDECE.

—Solo nos faltaban esos... ¿Esa sospecha tiene fundamento?

—Todavía no. Pero cuando se busca en el entorno de los Guérini, siempre hay posibilidades de encontrar...

—¿Encontrar qué?

—Historias antiguas, de la época de las colonias. Nada grave en sí, todos los protagonistas están muertos, o casi todos. Pero al remover el pasado, se corre el riesgo de prender fuego al presente. Hoy el SDECE está en plena guerra interna, los proamericanos atlantistas alineados con nuestro presidente Pompidou apartan a sus predecesores gaullistas, con métodos a veces bastante brutales... Tenemos a algunos de esos veteranos aquí en la Costa, bastante amargados. Un ambiente malsano, un sálvese quien pueda.

—Esas historias son la caja de Pandora, cuando se empieza a abrirlas, ya no puede controlarse nada. Queda descartado permitir que se incorporen al caso. ¿Conoce usted a ese comisario Daquin? ¿Es razonable? ¿Puede ser sensible a sus argumentos?

—Nadie lo conoce. Acaba de desembarcar. Es parisino, o eso parece.

—¡Otro más!

El fiscal reflexiona durante unos segundos. Luego:

—Esperemos que sea capaz de entender que aquí, en la Costa Azul, nos gustan el orden y la calma, no la guerra.

6. JUEVES, 15 DE MARZO DE 1973

Jueves, Ginebra

Al llegar a Ginebra, hacia las dos de la tarde, Frickx devuelve el coche de alquiler en una agencia, en la estación de Cornavin. Está citado con su abogado, Jean Charbonnier, el hijo de la firma Charbonnier e Hijo. Desde 1969 es su abogado particular, no el de CoTrade.

No tiene prisa, no lo esperan hasta las tres. Desciende a pie hasta el lago. Camina despacio, casi con solemnidad. Cada paso lo aproxima más a su nueva vida. Sonríe. Un cierto regusto de *born again*, renacido. Adiós a su oficio de *trader* de minerales, un oficio que ha amado con pasión. Para vender bien un mineral es necesario conocerlo íntimamente. Saber dónde, cuándo, cómo ha sido extraído, haber visto la mina, tocado y olfateado la piedra. Hay que conocer a su propietario, bromear, festejar con él, seducirlo. A veces intimidarlo, depende del país. Buscar compradores, imaginar nuevos circuitos comerciales y luego hacerlos funcionar ensamblando y sincronizando todos los engranajes de los transportes a escala mundial con el mismo cuidado que el mecanismo de un reloj.

Hay que codearse con todos los políticos que influyen en los flujos económicos, conocer sus gustos, sus puntos fuertes, sus debilidades, ser capaz de aprovecharlas. Memorizar todo. En el juego de las influencias, no utilizar nunca notas, nunca cifras, desconfiar de lo escrito. Y practicar, con la sonrisa en los labios, la «mentira verdadera». Un viejo *trader* le dijo durante su aprendizaje: «Hay que acostarse con todos los clientes». Ha seguido ese consejo. Veinte años formidables, teniendo detrás, como protección, la enorme maquinaria de CoTrade, de la que Jos Appelbaum no ha parado de repetirle que tendría la dirección algún día.

Entonces, ¿por qué la ruptura? No hay una respuesta sencilla, y prefiere no profundizar en el tema. Pero sabe exactamente cuándo se puso en marcha el mecanismo: el 7 de octubre de 1969. Estaba en la sede de CoTrade Europa, en Milán, y daba los últimos toques al informe de actividades de la oficina para el consejo de administración de Fin de Año, que se iba a celebrar en Nueva York. Un trabajo fastidioso, siempre ha detestado a los accionistas y a los consejos de administración. Llamada telefónica: uno de los agentes de su equipo desde Túnez. Tiene ahí, delante de sus ojos, en el puerto de Túnez, un buque cisterna con 25 000 toneladas de petróleo de origen desconocido y propietario indeterminado. La carga se vende a un dólar el barril, la mitad del precio habitual entre las grandes compañías petroleras. Abono al contado y en cuarenta y ocho horas. ¿Lo tomamos o lo dejamos? Tiene quince segundos para decidir. Sabe que Jos Appelbaum y su consejo se niegan de forma tajante a negociar con petróleo, y mucho menos en estas condiciones.

Apenas le da tiempo para hacer un cálculo sencillo: 25 000 toneladas a dólar el barril, significa un precio de compra de 175 000 dólares.

Beneficio asegurado, otros 175 000 dólares por lo menos, deducidos los gastos. En una sola transacción. Tanto como los beneficios de CoTrade con el cromo durante todo un año. Lo tomamos.

Cuarenta y ocho horas de locura. En primer lugar, encontrar el dinero. CoTrade, la gran baza tranquilizadora, está ausente de la transacción, y eso significa que los bancos no lo respaldarán. De hecho, ningún banco correría el riesgo, en esas condiciones. Trabaja desde hace dos años con un naviero de Marsella, Maxime Pieri, al que considera fiable y cuya flexibilidad y disposición siempre le han sorprendido. Ha oído algunos rumores: el dinero de la French no andaría muy lejos. Es exactamente lo que necesita. ¿Quién más aceptaría el riesgo, y dispondría de liquidez?

Llama a Maxime Pieri.

—175 000 dólares en *cash* de inmediato y a un mes vista, interés del 20 %.

La respuesta es la que esperaba:

—Aprecio sus métodos de trabajo. Estoy dispuesto a hacer de intermediario para usted. Pero ¿es consciente de que con operaciones de esta envergadura y en estas condiciones su esperanza de vida está en juego?

—Soy consciente.

—¿Está usted en Milán?

—Sí.

—No se mueva de ahí, y deme doce horas.

Después, el cliente. Es necesario mantenerse cuidadosamente protegido de la vigilancia de las grandes compañías, las famosas Siete Hermanas, que tienen espías en todas partes y no escatiman jamás los medios para hacer que su monopolio sea respetado. Así pues, conviene elegir un país consumidor de petróleo, no demasiado alejado de Túnez, poco o nada integrado en los grandes circuitos del comercio internacional, con refinerías y empresas distribuidoras independientes y arcaicas, al que las grandes compañías obliguen a pagar su petróleo bruto al precio más alto, 4 dólares el barril más los gastos de transporte. La España de Franco. Frickx es el agente comercial de casi toda la producción minera española. El ministro de Industria es su amigo íntimo. Lo llama por teléfono.

—25 000 toneladas de bruto a 3 dólares el barril, pago a la entrega, ¿está interesado?

Una hora después, tiene un cliente en Valencia.

Esta es la vida que le gusta.

Un golpe magnífico del que Jos nunca sabrá nada.

En seis meses, Frickx y Pieri realizan juntos cinco operaciones del mismo calibre con petróleo de contrabando. Un periodo de rodaje. Se reparten las tareas. Frickx se encarga de la compra y la venta del petróleo, del mercado; Pieri, del transporte y la logística. Los dos perfeccionan su conocimiento del circuito, y viven día a día la sed insaciable de petróleo de los países del norte del Mediterráneo; y las dudas de los países del Sur: Argelia, Libia en plena revolución; y la ceguera de las grandes compañías petroleras, aferradas a la defensa de un monopolio en vías de desaparición. Es tiempo de pasar del contrabando al tráfico regular.

Los dos hombres montan todo un tinglado de sociedades opacas. Frickx crea una sociedad de *trading*, la Fimex, a la que Jos acepta dar cobertura excluyéndola de los balances de CoTrade

para que los accionistas no tengan conocimiento de su existencia, a condición de que las operaciones estén limitadas de forma estricta. Desde luego, le responde Frickx.

Pieri pone en pie la Mival, una filial de la Somar, que gestiona en apariencia los movimientos de los barcos petroleros desde Malta, al resguardo de miradas curiosas. Todo ello bajo la tapadera de Misma, un *holding* personal propietario de los barcos, con sede en Curaçao, del que Frickx y Pieri se reparten la propiedad a partes iguales. La maquinaria está bien engrasada, los beneficios son importantes. Pieri es un socio fiable y realista. Cierra los ojos ante las comisiones que se embolsa Frickx, mientras no sobrepasen una proporción razonable, porque sabe que Frickx es el eslabón maestro irremplazable del montaje, el hombre que controla las redes que dan acceso al mercado. En suma, Pieri reinvierte con éxito en el petróleo todo lo que ha aprendido con la heroína.

Junio de 1970. En un club de Johannesburgo Frickx tiene un encuentro aparentemente fortuito con un joven teniente del ejército israelí al que encuentra muy simpático, y los dos pasan buena parte de la noche bebiendo antes de que el joven teniente empiece a hablar de petróleo. Israel dispone de petróleo que desea exportar hacia el Mediterráneo de la manera más discreta posible. Calidad constante, origen indeterminado y flujo continuo. Los grupos con los que trabaja el oficial saben que Israel puede fiarse de Frickx. Saben también que tiene ya experiencia en el área de la comercialización del petróleo, y una pequeña clientela de refinerías que solo piden crecer y prosperar. En resumen, saben muchas cosas. ¿Está dispuesto a emprender esta nueva aventura? Una vez más, tiene muy poco tiempo para decidirse. La respuesta es sí, no hay sorpresas. Pieri es consultado, le da su confianza y le sigue.

Luego, en 1972, las perspectivas de ampliar el trato con Israel crecen de forma asombrosa. Ya no se trata de un tráfico limitado, aunque regular, sino de convertirse en uno de los mayores operadores en un mercado libre mundial en expansión. Pero los corresponsales israelíes de Frickx le informan de que, para entrar en el futuro, habrá de aportar garantías, ser fiable al 100 % a sus ojos y a los de sus aliados. Y liquidar algunos aspectos dudosos del pasado. Frickx calcula que esa liquidación, si la lleva bien a cabo, va a permitirle apoderarse de la totalidad del capital de Misma que comparte con Pieri, y le facilitará reunir su aportación personal al capital de la nueva empresa. Así pues, acepta.

Ha llegado a la Rue du Rhône, delante de la puerta del bufete de abogados Charbonnier e Hijo. Liquidar el pasado, es lo que se dispone a hacer ahora.

Maître Jean Charbonnier lo esperaba, y lo recibe inmediatamente.

Es un hombre de mediana edad, de estatura mediana, relleno y gris, con una calvicie incipiente. No hay que fiarse de las apariencias, Jean Charbonnier es un aventurero del derecho mercantil, una mente siempre despierta, al acecho del resquicio legal, la astucia, el argumento que hará evolucionar la jurisprudencia. Sus montajes jurídicos son pequeñas joyas. El abogado y su cliente tienen grandes afinidades y se estiman el uno al otro.

Sin entretenerse en consideraciones inútiles, Frickx extrae de su maletín de piel un ejemplar del diario francés *Le Monde* de la víspera, abierto por la página de Sucesos.

—Aquí tiene la confirmación de lo que le decía anteayer por teléfono, si es que lo necesitaba. No tengo el certificado de defunción de Maxime Pieri, pero me parece que podrá obtenerlo rápidamente. ¿Ha podido preparar las actas de las que hablamos?

—Sí, creo que tengo todo aquí. Es un procedimiento muy acelerado, eso cuesta caro.

—Lo sé, y estoy dispuesto a pagar el sobreprecio.

—Estas son las actas de transferencia de los bienes de Misma, la sociedad que fundó usted con el señor Maxime Pieri, sociedad propietaria de dos petroleros. Como usted sabe, los estatutos que redactamos de común acuerdo precisan que en caso de fallecimiento de uno de los dos propietarios, el superviviente recupera la totalidad de los bienes.

Pero dado que usted no comparece en nombre propio en la constitución de la sociedad, y que el bufete le representa, será preciso firmar dos series de documentos diferentes.

Frickx lo hace en silencio.

—Ya está.

—El bufete ha recibido una oferta por los dos buques que acaba usted de recuperar. Una oferta de la Maritim Overseas Ltd., con sede en Nueva York, por un millón de dólares. ¿Desea usted examinar su proposición?

—No, se lo he dicho ya por teléfono. Trabajo regularmente con esa sociedad, ya he examinado su proposición, y estoy de acuerdo.

—Bien, firme este papel que nos otorga un mandato para el objeto preciso de la venta. Yo me ocuparé de los demás documentos. El pago, evidentemente, se hará a través del bufete.

—Por supuesto. Transferirá la cantidad lo antes posible a la cuenta de la nueva sociedad Frickx and Co. ¿Ha depositado usted los estatutos?

—Sí. Hace dos días ya. Tiene todos los documentos en esta carpeta.

—Necesito ese millón de dólares antes del 21 de marzo.

—No habrá problema. Tengo previsto pasar mañana a hacerme cargo de todos los papeles relativos a los petroleros. Maritim Overseas Ltd. los espera. Estoy en contacto con su banquero aquí en Ginebra. Pasado mañana, los barcos habrán cambiado de nombre, de propietario y de número de matrícula. Calculo que podrá disponer usted de la suma de aquí al 19 de marzo, como muy tarde.

Frickx se encuentra otra vez en la Rue du Rhône. La liquidación del pasado va por buen camino. Se encamina a la Banque Parillaud, la sucursal en Ginebra de la casa francesa, un poco más lejos en la misma calle, donde le espera Pélissier, su banquero y guardián de las llaves de su futuro.

Pélissier se ha instalado en la séptima planta, en la salita de trabajo habitual, una mesa circular, algunas sillas, y dos sillones bajos frente al gran ventanal acristalado que da al lago, con el famoso surtidor de agua convertido en atracción turística, y más allá, el macizo del Mont-Blanc, la Suiza de las tarjetas postales, un paisaje al que ninguno de los dos dedica una sola mirada. Antoine Pélissier está medio tumbado en uno de los sillones, con una sonrisa radiante en los labios. Frickx va a sentarse a su lado. Los dos hombres se parecen. Cuarenta años, atléticos, dotados ambos de un apetito feroz por el dinero y de un gusto sin límite por el juego, trabajan en sinergia y son amigos.

—Buenas noticias, Michael. —Señala dos tazas de café en la mesita—. Sírvete, aún está caliente. A propósito, leí ayer la prensa francesa...

Frickx toma la taza, se inclina hacia Pélissier con una sonrisa radiante en los labios, y dice en tono de confidencia:

—Sabes muy bien que no leo nunca los periódicos.

Pélissier sonríe a su vez.

—Es verdad,  d nde tenía yo la cabeza? Hablemos entonces de negocios. En primer lugar, tu nueva sociedad de *trading*, Frickx and Co. Tu abogado me ha hecho llegar los estatutos. Sociedad personal, sin accionistas, sin consejo de administración, por tanto sin controles ni publicaciones oficiales que respetar. Todo va bien. Hablemos ahora del capital de partida. Hasta el momento, has transferido a la cuenta de la sociedad la totalidad de una de tus cuentas personales en Parillaud por un millón de dólares, que has ido alimentando regularmente desde hace cuatro años.  Es correcto?

—Sí. El bufete Charbonnier depositará en esa cuenta un millón suplementario, en *cash*, de aquí a tres días.

La mirada de Pélissier se pierde en dirección a las montañas lejanas. Origen desconocido. Sobre todo, no hacer preguntas.

—Muy bien. En el momento en que la suma sea ingresada en la cuenta de Frickx and Co., el banco abrir  a la sociedad un crédito de dos millones de dólares, como regalo de bienvenida. Suficiente para el alquiler de las oficinas y para comenzar la actividad al ralenti, antes de la gran operación del próximo otoño.

—No me tengas en ascuas... Sabes bien que lo esencial está en otra parte.

—A eso voy. Nuestro problema: un gran país productor de petróleo te propone sacar al mercado de forma regular y a medio plazo la mitad de su producción. Así pues, necesitarás sumas colosales para negociar los cargamentos de los superpetroleros. Estamos hablando de un millón de dólares por una sola operación, y de varios centenares de millones de dólares en un año.  Estamos de acuerdo?

—Evidentemente.

—Y a diferencia de las grandes compañías petroleras, o de CoTrade, que no se implicará jams  en una aventura así, tú no ofreces ninguna garantía financiera a la altura de las cantidades en juego.  C mo vas a encontrar un prestamista lo bastante sólido para cubrir las apuestas?  Seguimos estando de acuerdo en el enunciado del problema?

—Sí. Con un solo matiz: Jos todavía no ha renunciado, y me debo a mí mismo proponerle la operación.

—No s  por qué te obstinas en ese tema, t  montas tu operación sin decirle nada, y no se hable más.

—No, créeme. Por mi reputación ante ciertos clientes, mi obligación absoluta es tener en cuenta a Jos, al menos en apariencia.

—De todas maneras rechaz ra la oferta, rehusará, esa es mi única hipótesis de trabajo.

—No puede aceptar, es prisionero de su consejo de administración. Esa es la razón de que yo no quiera tener uno.

—Continúo. He propuesto una solución a mis directores. Me he inspirado en prácticas comerciales de la Edad Media. Nosotros te prestamos el dinero a ti, el comerciante, pero tenemos nuestra garantía en la refinería, el industrial destinatario del producto. Si se da el caso de que él también nos falla, nuestra garantía pasa a ser el propio cargamento de petróleo, del que nos convertimos transitoriamente en propietarios.

—Parece sencillo.

—No lo es. En las operaciones estándar actuales, la banca recibe su garantía de la fortuna del

prestatario, y por esa razón no presta más que a los ricos. La operación que yo propongo transfiera a la banca los riesgos relacionados con un producto material, variación del precio, deterioro o pérdida del producto, que la banca hace recaer normalmente sobre el prestatario en los préstamos financieros habituales.

»Aceptan también hacer aparecer eventualmente en sus balances financieros productos materiales, petróleo en este caso, con las incertidumbres derivadas de una variación del precio, lo nunca visto desde hace más de un siglo en nuestras prácticas bancarias. Quizá te parece sencillo, pero de hecho es una pequeña revolución.

—¿Por qué han aceptado?

—Porque comparten tus análisis sobre la sed de petróleo en el mundo, y sobre las consecuencias de la devaluación del dólar. Si el dólar flota, el precio del petróleo flotará también, es una evidencia, y las grandes compañías ya no podrán imponer un precio fijo a los países productores. El sistema va a explotar, los precios irán al alza, el comercio del petróleo se convertirá en un auténtico casino, y queremos ser los primeros en sentarnos a la mesa de juego. Les he convencido de que tú eres el jugador por el que conviene apostar.

—Podré contar con Parillaud... —Frickx sonrío, el corazón se le ha disparado, tiene el rostro congestionado—. Tú has hecho lo más importante, Antoine.

—No, he hecho solo lo imprescindible, te he abierto una vía. Lo más importante te toca ahora a ti, los contratos petroleros. ¿Cuándo podrás concretarlos? Sabes que tenemos una fecha límite: la próxima reunión de los países productores de petróleo, la OPEP, el 22 de marzo en Viena... Si no tienes en tu poder el contrato antes de esa fecha, alguien se te adelantará.

—Estaré el sábado en Saint-Moritz, tengo audiencia para pasado mañana.

—Y volvemos a vernos aquí el 21 de marzo, cómo máximo, para fijar las relaciones con Jos Appelbaum y CoTrade.

7. VIERNES, 16 DE MARZO DE 1973

Viernes por la mañana, Marsella

Daquin y Grimbert se han instalado en la terraza de un café, en la Canebière,^[8] y toman un café corto mientras vigilan la entrada del Palacio de la Bolsa y la Cámara de Comercio, en el otro lado de la avenida.

Maité ha organizado el homenaje a Pieri en el vestíbulo, acondicionado para la ocasión. Delante de la entrada, un carrusel de coches con chófer, y grupitos de hombres en traje y corbata que discuten animadamente; se percibe cierto nerviosismo pero muy poco recogimiento y ninguna pena en la multitud. La prensa regional está también presente, con periodistas y fotógrafos.

—Habrás que leer lo que cuentan mañana.

—Si es que cuentan algo...

Grimbert inspeccionó el lugar la víspera por la tarde, y decidió que entrarían los últimos, para colocarse de pie en los peldaños de la escalera colocada al fondo del vestíbulo, y disponer así de una vista panorámica de la asamblea.

—Es el momento.

Los dos hombres cruzan la Canebière.

—Cuento contigo, Grimbert, no me dejes plantado. Sin tus ojos y tus oídos, me vería ciego y sordo en esta jungla urbana.

—Tranquilo, no quiero perderme nada del espectáculo.

Cuando entran, el vestíbulo está ya abarrotado. Se deslizan hasta el lugar elegido. Sobre un estrado, frente a ellos, se alza, no un ataúd, sino un gran retrato de Pieri, de dos metros por dos. Una foto de estudio, cuidada iluminación, precisión en los rasgos y en los contrastes del blanco y negro.

El hombre tiene un cara ancha, cuadrangular, un poco hinchada, la frente alta, los cabellos negros peinados hacia atrás y engominados, dos grandes ojos oscuros que miran hacia el objetivo sin inquietud ni agresividad, una nariz partida de boxeador retirado, la boca fina, al borde de la sonrisa, y un bonito hoyuelo en el mentón. El fotógrafo ha encuadrado la parte superior del busto, los hombros anchos, el traje oscuro, la camisa blanca, la corbata de tonos grises. En conjunto, se desprenden del personaje una personalidad acusada y un talante bonachón.

—¿De dónde ha salido esa foto?

Sonrisa de Grimbert.

—De nuestros servicios no, en mi opinión.

—En esta ciudad, ¿los mafiosos posan para los fotógrafos de la alta sociedad?

—En esta ciudad, algunos mafiosos forman parte de la alta sociedad. Los Guérini viven en la calle Paradis, la más burguesa de las direcciones marselesas. Y no son los únicos. Pieri también tenía un apartamento en la calle Paradis. Tendrás que acostumbrarte.

Sobre una mesa baja, al lado del retrato, prendida en un cojín de color granate con un ribete de cordón dorado, la cruz de guerra del muerto.

Y un aluvión de ramos de flores y de coronas. En el borde del estrado, una tribuna con un micro, que ocuparán los sucesivos oradores.

Daquin recorre el vestíbulo con la mirada: una multitud confusa, ilegible para él.

—¿Por qué toda esta gente? ¿Cuáles son las expectativas? —pregunta Daquin.

—Buena pregunta. No es fácil contestarla. Esta ceremonia ha sido ideada y organizada por Maïté Antoniotti, la colaboradora más próxima de Pieri. Puedes verla allá abajo, en las primeras filas de la izquierda, el grupo compacto de mujeres de negro, hombro con hombro, inmóviles, silenciosas; son las representantes del clan Guérini, de lo que queda de él. Ya no tienen ningún poder, pero sin duda conservan la fortuna, y tal vez cierta capacidad de hacer daño. Maïté está con ellas, en primera fila, y su presencia en ese grupo es toda una declaración de intenciones. Pieri y ella no han renegado nunca del clan.

Daquin la mira con curiosidad. Una mujer de más de sesenta años de edad, de apariencia ordinaria y austera. Cabellos grises con permanente, un rostro común, un poco pesado, sin maquillaje, un vestido negro muy sencillo, un echarpe negro sobre los hombros, zapatos planos. Se sostiene muy derecha, con la mirada fija, perdida en el vacío. ¿Cuál es su historia? ¿Sus relaciones con Pieri? ¿Qué es lo que sabe?

Grimbert continúa:

—Su presencia en este lugar dice claramente a todos que este homenaje a Pieri es también un homenaje al clan, quizás la última manifestación pública de su antiguo poder.

Justo al lado de Maïté, un hombre de unos cuarenta años con el cráneo rapado parece atento a cualquier gesto de ella, coloca bien su echarpe si se desliza, se inclina de vez en cuando hacia ella, parece murmurarle algunas palabras.

—¿Conoces a ese?— pregunta Daquin.

Grimbert lo observa con atención.

—Su cara me resulta conocida, pero no consigo identificarlo.

—¿Puedes pedir a uno de tus amigos fotógrafos que nos saque una instantánea?

—Me ocupo de inmediato.

Cuando vuelve Grimbert, Daquin insiste:

—El clan Guérini, de acuerdo; pero todos los demás, ¿por qué han venido?

—Creo que quieren saber cómo se va a gestionar la herencia de Pieri, que es en último término la de los Guérini: el dinero y los secretos. Creen que Maïté posee por lo menos una parte de ambas cosas. Son prudentes, no quieren herirla, su presencia aquí es una especie de seguro. Mira hacia el otro lado de la sala, delante a la derecha, esa masa gris de hombres trajeados y encorbatados que se saludan y discuten en voz muy baja de sus asuntos; son los hombres de la Cámara de Comercio y del puerto, los representantes de la élite económica de la ciudad, la aristocracia marselesa de los negocios.

—¿Habían acogido a Pieri en su círculo?

—Sí, por obligación, pero siempre lo han despreciado, nunca le han recibido en sus casas, y están encantados de que esté muerto. Ahora bien, les gustaría mucho poner las manos sobre sus barcos, y más aún sobre su red de clientes, que es amplia e innovadora. Por lo que he leído y oído, trabajaba con agentes comerciales de todos los países, y recorría el mar Negro y el Mediterráneo oriental, unos contactos que ayudarían a los marseleses a pasar la página del imperio colonial. Lo comprobaremos en el registro. Pero muchos de ellos quieren sobre todo evitar a cualquier precio que alguien se apodere de las cuentas de la Somar, con todos los negocios oscuros que contienen, y en los que sin duda están comprometidos. Están aquí para vigilarse los unos a los otros. En el grupo figuran dos dignatarios muy conocidos de la Gran Logia nacional de Francia, la obediencia masónica predominante entre los empresarios marseleses. Allí, tercera fila, en el extremo. Un poco más erguidos, un poco más rígidos que los demás. No participan en los conciliábulos. En público, guardar las formas. ¿Los ves?

—Sí. ¿Pieri era masón?

—No, no lo creo. Tenía sus propias redes, y no quería compartirlas. Pero ellos le cortaban, y ahora, con su presencia, dan pábulo a las dudas sobre su pertenencia. En toda la Costa Azul, la francmasonería es una realidad innegable, pero las distintas obediencias están en guerra constante unas con otras. Un asunto complicado. En el centro, tienes el grupo de los empleados de la Somar, que han venido acompañados de parientes e hijos. Y algunos marinos de los barcos. Es la tribu corsa. Con ellos, creo que las cosas son más simples, querían a Pieri de verdad. Él trataba a su personal como un «buen padre de familia». Pero entre ellos no solo cunde la tristeza, también hay mucha inquietud. Están convencidos de que la empresa no sobrevivirá a la muerte del jefe, y de que van a perder su empleo.

—Y tú, ¿qué piensas?

—Creo que tienen razón. Nadie va a asumir el riesgo. Ahora, mire hacia el fondo de la sala. Está ocupado por los hombres del alcade, y los que gravitan a su alrededor. Políticos electos, administradores, jefes de los servicios públicos, funcionarios por un tubo, responsables sindicales de Force Ouvrière. No veo magistrados, ni policías marseleses, aparte de nosotros dos, claro, pero nosotros estamos de servicio. Seguro que ha habido consignas, y han sido respetadas. Ahí, en el centro del grupo, veo a mi colega Micchelozzi, un inspector de Hacienda especializado en la gestión de negocios dudosos, y a su alrededor, gente de su sección, sin duda. Tensos, los tíos de los impuestos. Apuesto a que han ayudado a tapar innumerables irregularidades en la documentación de la Somar, y que están cagados. Sabremos más sobre el tema después del registro.

»Mira cómo actúa Micchelozzi: está en el centro de la tela de araña. Comenta con uno y luego con otro, que se inclinan a su vez hacia sus vecinos, y luego las preguntas y los consejos recorren el mismo camino en sentido contrario. El vaivén de la ola. Es impresionante. Debe de saber que habrá un registro, y hace circular la información con llamadas a la prudencia.

—La decisión no se ha hecho pública, que yo sepa.

—En esta parte de la sala, los circuitos de información pasan por la masonería, y la obediencia predominante es el Gran Oriente. ¿No eres miembro?

—Da por seguro que no.

—Entonces te informarán después que a ellos. A menos que hayas construido tus propias redes, pero eso lleva tiempo, se necesitan aliados. Ahora, detrás del grupo Micchelozzi, hay dos filas de hombres de negocios que trabajan para la alcaldía, sobre todo el sector público de la

construcción y las obras públicas. Muy vinculados, también ellos, al grupo Michelozzi. ¿Ves a aquel hombre de allá, sentado en la última fila, con la cabeza baja? Es Nick Venturi, amigo de la infancia de Pieri, su camarada en todas las guerras, un antiguo soldado de los Guérini, y un amigo personal del alcalde. Ha hecho fortuna en el sector inmobiliario, gracias a la concejalía de urbanismo, y también él, como Pieri, se hace retratar por el fotógrafo del *Todo Marsella*.

»Debe de estar preguntándose por qué Pieri se ha dejado matar, y si el asesinato de su amigo va a desencadenar una investigación en profundidad sobre los negocios y los métodos de Pieri. Teme sobre todo el contagio. Cuando una investigación empieza, nunca se sabe dónde va a terminar.

»Un gran ausente, el alcalde. Por prudencia, no ha venido en persona, pero ha hecho depositar una corona a su nombre en homenaje al antiguo combatiente de la liberación de Marsella. Mira, Maïté la ha hecho colocar en un lugar bien visible sobre el estrado, justo delante del retrato. Y él ha enviado a algunos adjuntos que no saben qué actitud adoptar e intentan pasar desapercibidos entre la multitud.

—Allá abajo, apoyado en el quicio de la puerta, está Bonino, nuestro colega de Niza. El otro, justo a su lado, ¿quién es?

—El inspector principal Leccia. Dirige bajo mano la comisaría central de Niza. Ostenta un grado elevado en la Gran Logia nacional de Francia, que es la obediencia predominante en Niza, y eso le permite ser el policía más poderoso de Niza, y tener mucha influencia en la magistratura. Un potentado local. En Niza, nadie va a mear sin pedirle antes permiso. Me extraña verle aquí. Yo pensaba que delegaría el trabajo en Bonino. Nunca se desplaza sin un motivo. Y eso nos obliga a preguntarnos: ¿qué es lo que ha venido a buscar aquí?

Un primer orador sube a la tribuna. Se hace el silencio en la sala. Es el representante de la Cámara de Comercio. Él marca el tono.

Un discurso insípido y convencional. Pieri, un empresario dinámico, un pionero, ha abierto nuevas relaciones comerciales, ha sido uno de los elementos de la renovación de la vida económica marsellesa.

Los representantes del puerto autónomo de Fos, de la ciudad de Marsella, vienen a continuación. Cada uno de ellos hace un discurso breve; repiten lo mismo en el mismo lenguaje. Nadie se refiere ni al pasado de Pieri, eso por supuesto, ni a su muerte violenta. La prensa económica prefiere pensar que aquello de lo que no se habla, no existe. Las conversaciones se reanudan poco a poco en la sala. Dos pausas musicales, coros corsos, no podían faltar. Daquin se aburre, escruta la reunión para intentar hallar el hombre o la mujer cuya presencia representaría una nota disonante. Y acaba por encontrarlo: hacia la izquierda de la sala, justo al lado del clan Guérini, un hombre solo, erguido en su asiento, profundamente apenado en apariencia, perdido en la contemplación del retrato de Pieri, ausente por completo a todo lo que sucede a su alrededor. Se inclina hacia Grimbert, le señala la silueta, y pregunta:

—¿Conoces a ese?

Grimbert lo examina un instante.

—No, en absoluto.

—¿Su cara no te dice nada?

—No, nada. En mi opinión, no es de Marsella.

—¿Por qué? ¿Conoce la cara de todos los marselleses?

—No. Míralo, se ha colocado al lado de las mujeres de negro, pero no tiene ningún contacto con ellas. Cualquiera marsellés sabría que se ha sentado por error en la zona de influencia del clan Guérini, y cambiaría de sitio por cortesía, para no molestar. Él sigue ahí, sin darse cuenta de nada. Luego no es marsellés.

Sin apartar los ojos del hombre, Daquin responde:

—En cuanto termine la representación, me ocuparé de ese desconocido, quiero saber lo que hace aquí. Si consigo contactarlo, me lo llevaré a almorzar. No conozco los restaurantes marselleses, ¿puedes indicarme uno con buena comida, al borde del mar, bellas vistas, que no sea ruidoso y no esté demasiado lejos de aquí?

Después de unos segundos de reflexión, Grimbert responde: L'Épuiette, en el Vallon des Auffes.

—Otra cosa, ¿puedes llevar un mensaje a nuestros colegas de Niza? No voy a tener tiempo de saludar a Bonino. El domingo por la tarde tengo una cita con un tipo del Grupo de Intervención delante del Palais de la Méditerranée, un contacto que me ha dado el director, gracias a tu consejo. No vale la pena comentarlo con nuestros amigos nizardos. Pero también aprovecharé mi paso por Niza para visitar a Emily Frickx, el lunes por la mañana. Quiero conocerla, y con lo que sabemos ahora de las relaciones entre su marido y los asesinatos, tengo algunas preguntas que hacerle. No me entretendrá, es simple curiosidad, quiero ver qué aspecto tiene una heredera de minas sudafricanas, pero pienso que es preferible avisar a Bonino de mi visita.

—Cuenta con ello.

—Nos veremos luego, a media tarde, en el Obispado.

Maïté sube a la tribuna para clausurar la ceremonia. El silencio se extiende de inmediato por la sala.

—Increíble —murmura Daquin—, míralos, qué atentos de repente. Solo han venido aquí para escuchar lo que ella va a decir, y ella les ha puesto a cocer a fuego lento durante más de una hora. Qué bella puesta en escena.

Ella rinde un homenaje vibrante y emocionado al hombre al que conoció «después de la guerra».

Grimbert se inclina hacia Daquin:

—Es una provocación. No se refiere a la guerra del cuarenta, sino a la guerra del Combinatie, [9] a finales de los cincuenta. Uno de los socios de Guérini en el contrabando de tabaco en el Mediterráneo occidental encontró insuficiente su parte de los beneficios y quiso aumentarla. Lanzó una especie de OPA hostil para hacerse con el control de la empresa. La OPA tomó pronto la forma de una guerra. Una treintena de muertos más tarde, la OPA fracasó y la empresa siguió en manos de los Guérini.

—¿Pieri podría haber sido herido en esa guerra?

—Una idea brillante.

«He acompañado a Pieri cada día en su trabajo durante quince años», sigue diciendo Maïté, y concluye: «La Somar, era él. Él tenía allí una función central, era insustituible. No será sustituido».

La voz de Maïté se quiebra.

—Esa es la información que toda esta gente había venido a buscar: no habrá un heredero —murmura Grimbert—. Se nota el alivio de todos. Pero seguimos sin saber en qué consistía la

herencia. Paciencia.

Maïté acaba: «Maxime Pieri no tenía ya familia próxima en Marsella, de modo que no habrá pésames. Hay un libro a vuestra disposición para recoger las condolencias, a la salida de la ceremonia». Luego, va a reunirse con las mujeres de luto.

Cuando la sala empieza a vaciarse, Daquin se despide de Grimbert y va al encuentro del desconocido, que figura entre los últimos en abandonar la sala, y lo hace como a disgusto. Daquin lo sigue. Es alto, de unos cuarenta años y complejión atlética. Lleva pantalones vaqueros, polo Lacoste, chupa de cuero... cuero de calidad, bien cortado. Ejecutivo o profesión liberal. Al encontrarse en la avenida, se para, duda, mira su reloj de pulsera (¿tiene que tomar un tren? No dejar que desaparezca). Daquin lo aborda:

—Buenos días. Soy el comisario Daquin. Investigo el asesinato de Maxime Pieri, y me gustaría que me concediera usted un poco de su tiempo para que podamos hablar con toda libertad.

El hombre se sorprende:

—Pero ¿por qué yo?

—Porque no es usted marsellés, porque es un hombre solitario y Pieri lo era también, porque está usted muy conmovido por su muerte y quizás también porque tiene ganas de hablar de él, de evocar su memoria. Aquí, en esta multitud, yo soy probablemente su único interlocutor posible.

El hombre mira a Daquin, se pregunta lo que debe comprender, y finalmente se decide:

—¿Por qué no?

—Tengo aparcado el coche un poco más lejos. Es una tradición francesa, hay siempre un banquete después del entierro. Le invito a almorzar. En L'Épousette, Vallon des Auffes.

El hombre se pone rígido, y luego sonríe.

—¿Es un restaurante elegido al azar?

—Llevo aquí poco tiempo y no conozco muchos restaurantes, pero por el momento, es mi preferido.

Poca conversación en el coche. El hombre se llama Pascal Thiébaud. Se presenta como un *freelance* de la prensa económica parisina y redactor jefe de una publicación confidencial a medio camino entre el análisis económico y el espionaje industrial, destinada a hombres de negocios tan ricos como para estar dispuestos a pagar una suscripción a precios prohibitivos.

—Lo sé —dice Daquin—, he leído uno de sus artículos en *Info Éco Avenir*.

Luego, ante la cara de sorpresa de su copiloto, cambia de tema y evoca su año en el Líbano.

Cuando llegan a la carretera de la Corniche y aparece por fin el mar, Daquin siente el mismo estremecimiento que en cada ocasión. Tiene la sensación de respirar con más libertad. En el restaurante, suben al primer piso y se instalan en una mesa pequeña, en un balcón que parece como suspendido entre las rocas, en una *calanque*,^[10] primera línea frente al mar. Marsella es también eso, las hermosas escapadas hacia otro mundo, a dos pasos de un centro urbano asfixiante. Thiébaud, conmovido, contempla el muelle, el Castillo de If, ya en alta mar, las islas del Frioul, minerales, áridas, en gris y blanco, encastradas en un mar muy tranquilo, muy azul, rayado por una franja resplandeciente de sol. Detrás de ellos, al resguardo en el valle, el pequeño puerto des Auffes, casi de juguete. Daquin espera: está pasando algo, no sabe qué, no quiere precipitar nada. De pronto, Thiébaud:

—Era el restaurante preferido de Maxime. Estaba enamorado de esta *calanque*.

Daquin lo saborea, un buen poli es un poli con suerte, gracias Grimbert, y sigue callado.

Thiébaut continúa en voz baja:

—Decía que en este restaurante, colgado entre el puerto minúsculo de un lado, y las rocas, las islas, el mar y el horizonte del otro, era su lugar en el mundo, le hacía feliz.

Un camarero se acerca con las cartas. Sin moverse, Thiébaut continúa:

—Para permanecer en el registro de la memoria, será una bullabesa para mí.

—¿Qué beberá con su bullabesa?

—Un blanco de Cassis.

—Muy bien. Van a ser dos bullabesas, y una botella de vino blanco de Cassis.

Cuando el camarero se ha alejado ya, Thiébaut mira por fin de frente a Daquin.

—Es usted un tipo sorprendente para ser un comisario de policía. Cuando me dice que es poco más o menos el único con el que puedo hablar de Pieri aquí en Marsella, ¿qué es lo que tengo que entender?

—Exactamente lo que está pensando.

—No entiendo cómo lo ha hecho para encontrarme en medio de esa multitud, y para adivinar lo que nos unía a Maxime y a mí.

—Me tomo mi tiempo, observo, estoy atento, y sé que dos más dos suman cuatro. Cuestión de entrenamiento. Es mi oficio. Y me ha ayudado la foto que acompañaba a su firma en el artículo sobre Pieri y la Somar, en un número de 1964 de *Info Éco Avenir*.

El camarero les interrumpe al llegar con el vino, anunciado como *Domaine de la Ferme Blanche*, 1968; se lo da a probar a Daquin, que le indica que lo sirva. Cuando están de nuevo solos:

—¿Cómo se conocieron, Pieri y usted?

—En 1964, cuando me documentaba para escribir el artículo que usted ha leído, yo llevaba a cabo una investigación en profundidad sobre la economía marsellesa. Nuestros suscriptores deseaban saber cómo afrontaba el puerto de Marsella su reconversión después del fin de la economía colonial. Encontré la respuesta enseguida: no había reconversión.

»Y luego, al bucear en los dosieres de la Cámara de Comercio, me topé con una empresa muy joven que parecía dinámica y solicité una entrevista con el dueño, que me fue concedida. Era Pieri. Estuvimos hablando buena parte de la velada.

—¿Le sorprenderé si le digo que el párrafo sobre la Somar en ese artículo tiene más de flechazo que de análisis económico?

Thiébaut se ríe discretamente.

—No, no me sorprende. Está bien visto. Un flechazo recíproco. Pieri me dijo lo que yo quería oír, luego me invitó a cenar aquí, y al terminar la comida me propuso acostarme con él.

Daquin sonrío.

—Cosa que yo no voy a hacer.

Thiébaut se relaja, y ríe francamente.

—¡Eso espero! —Se toma un tiempo para respirar—. Ya ve, fue sencillo.

—No, no debió de ser sencillo.

—No, tiene usted razón, no lo fue. Maxime sabía que, en el medio en el que se movía, todo depende de las relaciones de poder entre los individuos, del carisma, del respeto; y estaba

convencido de que sus amigos no podrían respetar a un homosexual. Por esa razón, se atenía a una clandestinidad estricta. Pero en la cama, no era ni inexperto ni tímido.

El camarero trae la sopa de pescado, con picatostes frotados con ajo y salsa *rouille*. Presenta los pescados. Ese día, rape, cabracho, pargo, salmonete y dorada, alineados sobre una gran plancha de madera: una soberbia naturaleza muerta de colores vivos. Va a prepararlos a una mesa, en el centro del comedor; un trabajo de una gran minuciosidad, llevado a cabo con sentido de la puesta en escena.

La sopa es muy sabrosa; Daquin, que no es un fanático de la bullabesa, no le añade más que una punta de *rouille*.

—Hábleme de él. Dígame qué fue lo que le sedujo.

—En primer lugar su presencia física. Cuando estaba a su lado, cuando podía tocarle, me sentía muy bien. Y su inteligencia. Era notablemente inteligente, inteligencia de autodidacta, concreta, flexible, siempre en movimiento. Sabía observar y escuchar a la gente, un poco como usted, de hecho. Y además tenía auténtico talento de narrador.

—Más que sorprendente para un mafioso.

—Había vivido muchos conflictos, conocido a muchas personas singulares, y esmaltaba su conversación con anécdotas, sin fecha ni lugar; con retratos de personas, sin adjudicarles un nombre. Era vivaz, divertido. Era un gran conversador, que nunca contaba nada de sí mismo, ni de lo que hacía. Aquí, contemplaba el mar y contaba historias de contrabandistas, desembarcos nocturnos en islas desconocidas, tempestades, naufragios, disparos, escondites excavados en las rocas que nunca más se volvían a encontrar... Yo no podía diferenciar lo real de lo imaginario; solo me reía con él.

Acabada la sopa, les sirven los pescados en el mismo plato. Thiébaud los ataca con apetito: «El calor comunicativo de los banquetes».

Daquin sabe que ha ganado la partida. Ya no hay necesidad de animar a Thiébaud a que hable.

—Maxime no se veía a sí mismo como un mafioso, más bien como un negociador, un intermediario entre dos mundos. Cuando lo conocí, iba muy a menudo, varias veces al año, a Estados Unidos; a Nueva York, sobre todo. Después de una larga estancia en los años cincuenta, tenía allí muchos amigos. Trataba sin duda los negocios de la familia Guérini, no los de la Somar, que solo cubría el Mediterráneo. Creo que dejó de ir tras la muerte de Antoine Guérini, me parece. Después de su muerte, dedicó todo su tiempo y sus energías a la Somar. Pero volvió a Estados Unidos dos veces en el 72, el año pasado, para reencontrarse con viejos amigos, según me dijo. Desde principios de los sesenta había establecido sinergias con las grandes comercializadoras de materias primas, muy lejos de la esfera de los empresarios marseleses, y desde hacía algunos años estaba obsesionado con el petróleo. Me repetía: «Tú que te interesas por la economía, vigila atentamente el mercado del petróleo. El mercado del petróleo empieza a cambiar, así que todo el mundo cambiará». La fórmula me atrajo. Pero él era tan hermético en relación con la Somar como con el resto. No puedo decirle nada más preciso.

—Me cuesta un poco, de todas formas, entender que un periodista parisino mantenga una larga historia con un mafioso marsellés. Porque usted sabía que Pieri era un matón y un asesino, no es usted tan ingenuo. Una de esas historias de contrabandistas que usted recordaba hace un rato con aroma a acampada de *scouts*, acabó en una guerra de clanes que causó una treintena de muertos, y en la que el soldado Pieri resultó gravemente herido.

—Nunca le pedí explicaciones a Maxime por sus cicatrices ni por su pasado, y él tampoco me

preguntó nunca por el mío.

»Solo esta mañana he descubierto que había sido condecorado con la cruz de guerra, nunca me había hablado de eso. Pero el hombre que conocí durante diez años no era, o por lo menos, ya no era, un asesino. Un mafioso quizás, pero un asesino no.

Thiébaut reflexiona algunos segundos antes de continuar:

—Tiene que comprender que, en el periodismo tal como yo lo practico, buscamos describir con la mayor precisión posible cómo suceden las cosas. No nos preguntamos por qué, y no juzgamos nunca. Por lo demás, sería imposible. En el mundo de la empresa no existe más que una única ley sagrada: ganar dinero. Los límites que impone la legalidad son mucho más difusos. Varían según los países, según las mayorías en el poder. Se calcula el riesgo que implica rebasar esos límites, igual que se calcula cualquier riesgo industrial; ni más ni menos. Y se decide ir más allá, o no, en función de ese cálculo, no en función de principios morales. Claro que uno se puede equivocar, pero son errores de cálculo, no faltas a la ética o a la moral.

»Para los Guérini, la tolerancia al riesgo era sin duda mayor, y los métodos de cálculo un poco diferentes de los de una compañía que firma contratos con estados o con administraciones públicas en casi todo el mundo; pero la diferencia no es tan grande. Nos desenvolvíamos en dos universos mucho más próximos de lo que pueda usted pensar.

Viernes por la tarde, Marsella

Recién llegado a su despacho, Daquin recibe una llamada de Vincent.

—Voy al teatro esta noche, en la Canebière, muy cerca de tu casa. ¿Me paso a saludarte después del espectáculo, o ya estarás durmiendo?

—Te esperaré hasta el final de la noche. Bromas aparte, ¿te apetece una sopa de cebolla?

—Después del teatro, es lo que procede.

—Hasta luego.

Se sienta frente a la ventana abierta, con los pies en el borde, y contempla un pedacito de cielo muy azul por encima del edificio del Obispado, sin verlo; percibe los ruidos que ascienden del patio o del pasillo, sin escucharlos. Pieri, un personaje. Sólido, complejo, como a mí me gustan. No lo he captado aún del todo, pero me acerco.

No ir demasiado deprisa. Tener la mente abierta a todas las sorpresas, habrá más.

Grimbert, después de haberse entretenido en la terraza del bar-estanco, viene a informar.

—Te estaba esperando, más o menos.

—He ido a ver a Bonino al terminar la ceremonia, esta mañana, como habíamos quedado. Hemos almorzado juntos, para mantener buenas relaciones. Un buen tipo, un poco estirado. Le das miedo.

—¡Caramba! ¿Y por qué?

—Vete tú a saber saber... A mí también, a veces, me das miedo... Dejémoslo. Me ha dicho que Pieri y Simon no habían sido tiroteados por la misma arma. Ya nos lo figurábamos, el o los asesinos son profesionales. Nos enviará el informe de balística.

—Mi turno. Pieri y Thiébaut, el desconocido de esta mañana, eran amantes desde hace diez años.

Estupor de Grimbert.

—¿Pieri maricón, un hombre como él...! No me lo creo... ¿Estás seguro?

Daquin sigue hablando, sin dejarle seguir con el tema.

—Me ha confirmado los numerosos viajes de Pieri a Estados Unidos. Hubo primero una larga estancia a finales de los años cincuenta, que coincide con cuando aquí se le daba por muerto. Podemos imaginarnos un escenario verosímil: gravemente herido en la guerra del Combinatie, estuvo ingresado o convaleciente en Estados Unidos, estableció allí relaciones sólidas, y a su regreso consolidó, a lo largo de los sesenta, los contactos entre las familias neoyorquinas distribuidoras de la French y Antoine, el proveedor.

—Podría ser, pero hace ya tanto tiempo...

—Puede ser importante a pesar de todo, Grimbert. Mientras no sepamos lo que es importante y lo que no, tenemos que tenerlo todo en cuenta. Continúo. Dejó de ir a Estados Unidos a partir de la muerte de Antoine, pero volvió dos veces el año pasado, para ver a unos amigos, dijo más o menos a Thiébaud. Eso es más reciente, ¿puedes tomar nota? —Grimbert sonríe—. La Somar trabajaba con mucha frecuencia y desde hacía tiempo con *traders* internacionales de materias primas diversas; luego pudo trabajar con Frickx. Y para terminar, en los últimos tiempos, Pieri se interesaba por el comercio del petróleo. Una información sobre la cual Thiébaud ha insistido mucho.

—En los documentos de la Cámara de Comercio, consta que Pieri fletaba petroleros, sin más detalles. Y Michelozzi, mi interlocutor en Hacienda, me ha sugerido que busque por el lado de Fos, el nuevo puerto petrolero, cosa que aún no he hecho.

—Habría que averiguar si Frickx también negocia con petróleo. Procuraré documentarme sobre el petróleo, hasta el momento no sé nada. Eso amplía aún más el número de personas interesadas en que fuera asesinado.

Grimbert juega con un lápiz, sin decir nada. Daquin prepara y sirve dos cafés, que beben con los pies apoyados en sus escritorios. Por fin, Grimbert se decide:

—Pieri-Thiébaud, ¿puedes explicarme cómo lo has hecho?

—Muy simple. Pieri, un hombre soltero, ninguna relación femenina conocida en el horizonte. Excepto Maïté, que no cuenta. En la ceremonia, un hombre solo, más o menos de la edad de Pieri, profundamente apenado, que no estaba allí para figurar, porque no era de Marsella, fuiste tú quien me lo hizo ver. Tenía que haber razones para sus lágrimas. Habría podido ser de la familia, pero Pieri no tiene familia. Así pues, me intereso por él, me pregunto qué hace ahí. A fuerza de observarlo, me parece reconocerlo.

Daquin toma el dossier, extrae el artículo de *Info Éco Avenir*, y señala la foto tamaño carné.

—El artículo que tú mismo pusiste en el dossier. No estaba del todo seguro, porque la foto no es buena...

—Jamás habría pensado en estudiar esa foto.

—... Valía la pena intentarlo. También tú lo habrías hecho de haber pensado en ello.

—No, no lo creo.

Daquin mira a Grimbert. No, no tiene razón, no lo habría podido hacer igual de bien. No dice nada.

Después de que Grimbert se haya ido, los despachos se van quedando vacíos, poco a poco. Daquin redacta algunas notas sobre su conversación con Thiébaud, para añadirlas al dossier. Dentro de dos horas, Vincent, su calor, su piel, su nuca. Sus ojos gris oscuro que palidecen cuando él se

inclina hacia ellos. Una ráfaga de viento precede a la puesta de sol, le gusta ese momento de calma y de frescor. Se levanta para salir, dos golpes en la puerta, entra Leccia. Se presenta, la mano tendida:

—Inspector Leccia, de la comisaría central de la Seguridad Pública de Niza. —Daquin le estrecha la mano, sin decir nada—. Creo que nos hemos visto esta mañana, en la ceremonia por Pieri.

—Es posible, yo he estado allí, en efecto. ¿Qué puedo hacer por usted?

Leccia toma asiento, Daquin lo imita, con algo de retraso.

—Se habla mucho de usted en Niza... —Daquin no reacciona—. Tan joven, recién llegado a nuestra región, y encargado de una investigación tan delicada, esto alimenta los rumores, claro está.

El rostro de Daquin se vuelve opaco, materia bruta solidificada.

—Hago mi trabajo, bajo la autoridad del fiscal Coulon de Niza, y en coordinación con el inspector Bonino de las dependencias del SRPJ de Niza. Punto. Usted me habla de la Comisaría Central de la Seguridad Pública. No entiendo bien qué papel desempeña en este caso.

—Estoy aquí a título estrictamente personal. He aprovechado mi paso por Marsella esta mañana para ver a algunos colegas aquí, en el Obispado. Me han dicho que seguía trabajando a estas horas. He pensado que era una ocasión para conocerle. En resumen, he pasado a saludar, como un vecino.

—Muy bien, vecino. ¿Y qué quería decirme?

—Me preguntaba si conseguía usted orientarse en nuestra región. El peso de las familias, de los pueblos, de los clanes, de las redes de solidaridad. Son importantes aquí, y no es fácil encajarlo todo. Hablo con conocimiento de causa, soy corso, y pese a ello, vivo cada día la dificultad de gestionar, en mi propia ciudad, las relaciones entre corsos y *pieds-noirs*. No sé si ha evaluado usted ya el fenómeno.

Daquin asiente con la cabeza. Leccia continúa:

—Uno puede sentirse aislado muy pronto. Y en nuestra cultura, un individuo aislado, que no consigue hacer amigos, está prácticamente perdido. Se convierte en un blanco ideal para todo tipo de rumores y habladurías.

Daquin sigue sin decir nada.

—Ya corren rumores sobre usted en Niza, de hecho. He venido un poco para prevenirle.

—¿Qué quiere que haga?

—Una reputación se rompe con facilidad, y luego ya no hay remedio posible. Busque puntos de apoyo, amigos. Y sea prudente, precavido, no haga enemigos, ese es el consejo que le doy. Reflexione antes de encender a ciegas los petardos que vaya encontrando en su camino. En ese juego, será usted quien acabe saltando por los aires.

—¿Tiene alguna idea en concreto del petardo que no debo encender?

—No lo tome a mal... Solo soy un viejo autóctono que da un consejo muy genérico a un joven parisino. Y añado que siempre puede contar conmigo cuando necesite un consejo...

Daquin se pone en pie. Leccia le imita.

—Le agradezco la visita. Puede estar seguro de que el joven parisino hará buen uso de sus advertencias. Lo siento, es tarde, me esperan.

Daquin se dirige a la puerta, la tiene ceremoniosamente abierta para Leccia, y le estrecha la

mano.

Cuando se ha ido, Daquin cierra con llave su despacho y se va.

Camina muy deprisa, a grandes zancadas furiosas por los callejones empinados, poco iluminados. La hora de la cena se acerca, hay pocos transeúntes. Sigue escuchando a Leccia: «Corren rumores... blanco ideal...».

Tiene la impresión de que decenas de ojos lo espían detrás de las persianas bajadas. Modera el paso. No reaccionar en caliente, dejar sedimentar las cosas, ya pensaré en ellas mañana.

En cuanto llega a casa, se mete en la cocina. Sopa de cebolla gratinada. Los primeros pasos: pelar, trocear las cebollas, son mecánicas, calman los nervios. Luego, sofreír las cebollas en mantequilla, ni mucho ni poco, justo el punto adecuado, dorar sin que se quemen, enharinar las cebollas, saltearlas en la sartén, *stop*, perfecto. Las maniobras sucesivas y minuciosas exigen mucha atención y despejan la cabeza. Verter agua hirviendo sobre las cebollas que crepitan en la cazuela y dejar cocer. El tiempo de darse una ducha muy caliente, y luego muy fría. Se pone un albornoz. Esperar la llegada de Vincent, un plato preparado para él, untuosidad y finura. Vuelve a la cocina, coloca las rebanadas de pan en el fondo de una sopera, las cubre de queso gruyere rallado.

Cuando llegue Vincent, mezclará el caldo, lo verterá en la sopera, añadirá más gruyere rallado, y al horno. En el momento de servir, batirá una yema de huevo con vino de Madeira, y la volcará en la sopera.

Y encontrará el sabor de la cebolla y el madeira mezclados en los labios de Vincent.

Daquin se tumba en una butaca baja en la terraza, con una copa de coñac, mientras lo espera. ¿Le hablo de la visita de Leccia, o no? Él lo conoce. Puede ser útil. Un trago de coñac, y una llamada de cólera. Yo tendría que estar centrado únicamente en soñar con el cuerpo de Vincent, su pulso batiendo bajo mis labios, su sexo vivo en mi mano, y pienso en ese capullo de Leccia.

Segundo sorbo de coñac.

La puerta de entrada no estaba cerrada, Vincent aparece a su lado en la terraza. Daquin le tiende su copa de coñac, él bebe un sorbo y toma asiento.

—¿Era bueno el espectáculo?

—No, me he aburrido y el tiempo se me ha hecho largo. Para serte sincero, ha sido más bien una excusa para venir a verte.

—No necesitas excusas, Vincent. Yo hoy he tenido un espectáculo a domicilio, en mi despacho, justo antes de terminar la jornada, y no me he aburrido. Leccia ha venido a verme.

—¿Leccia, el de Niza?

—El mismo, en persona.

—¿Qué diablos hacía allí?

—Gran discurso de estilo mafioso: «Amigos... corren rumores...» Los italianos emplean una fórmula más elegante: «Se dice, se comenta...». No he entendido bien si había venido para amenazarme, o para ponerme a prueba.

—¿Amenazarte con qué?

—Con hundir mi reputación.

—¿Sabe que eres homosexual?

—No me ha dicho nada concreto sobre mis costumbres.

—En Marsella, para arruinar la reputación de un poli, no se le acusa de corrupto o

incompetente, eso se da por hecho, los marseleses pasan; se dice que es maricón. Y sea o no cierto, el poli en cuestión está hundido. Leccia, te lo garantizo, conoce todos los trucos, todos los resortes del sistema, y sabe cómo utilizarlos. Es temible. Harías mal si te lo tomaras a la ligera.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que deje de follar?

Vincent se ríe:

—No alardees, no eres capaz. Pero tu relación conmigo o con otros, no debes llevarla solo con discreción, la discreción aquí no existe, sino en secreto...

Daquin cree oír a Thiébaud: Pieri practicaba una «estricta clandestinidad». Pieri conocía su ciudad. ¿Es un modelo a seguir?

—Me niego a vivir con la obsesión del secreto. Como rechazo también toda forma de exhibición. Tengo ganas de follar contigo. Si tú estás de acuerdo, lo hago. No tengo por qué esconderlo ni proclamarlo. Lo que hacemos los dos juntos solo nos importa a ti y a mí.

—Ya no estamos en la facu, en París, dejándonos arrastrar por la ola de después del 68. Estamos en Marsella. Aquí, un hombre puede ser homosexual cuando es rico y poderoso. Entonces su conducta pasa por una extravagancia simpática, y nadie lo comenta. Pero si es pobre o un recién llegado, pasa a ser un vicio intolerable. Tú eres un recién llegado, Théo, y de hecho, yo también. Debes tener en cuenta lo que te digo, aunque te joda.

Vincent observa el rostro de Daquin, cerrado, hermético.

—¿Lo tendrás en cuenta?

—Hasta cierto punto, sí.

—Otra cosa, a propósito de Leccia. He oído hablar mucho de él, incluso me lo he encontrado una vez o dos. Francamente, que seas marica o no, se la suda, es lo contrario de un moralista, tanto en este tema como en cualquier otro. Pero no hace nunca nada gratuitamente. La investigación en la que trabajas, ¿representa una amenaza para él?

—No lo sé. Tengo muy pocos elementos de juicio, por el momento. Pero él sí lo sabe, sin duda.

—Si avanzas rápido, y encuentras medios de presión o de transacción, no dudes en hacérselo saber, lo tendrá en cuenta. Es un pragmático, no un cruzado.

—Me recuerdas a uno de mis inspectores. Poli o abogado, lo primero es ser marsellés.

—Leccia es nizado. ¿Vamos a por la sopa de cebolla?

Daquin sonríe.

—¿Antes o después de follar?

Viernes, Estambul

Delmas y Catherine, la joven viuda a la que acompaña, han charlado mucho durante todo el vuelo a Estambul. Delmas le ha contado sus ganas de escapar del profundo entorno rural en el que nació, su sensación de estar perdido en una Marsella demasiado grande y demasiado dura, su admiración por Grimbert, su malestar frente a Daquin, su felicidad por viajar en avión la primera vez en su vida, y por ir a Estambul, con los turcos. Ella lo encuentra conmovedor por su sinceridad, le confía sus decepciones cotidianas, su alegría al alejarse de Marsella. Para ir a buscar el cuerpo de su marido. Triste, evidentemente, pero él no tendría que haber bebido tanto.

—No bebía muy a menudo, pero cuando lo hacía, perdía totalmente los estribos. Había estado

enganchado a la heroína. Las curas de desintoxicación y los medicamentos le dejaron cicatrices.

Delmas considera que sería absurdo echar a perder su oportunidad contándole las sospechas de su equipo sobre las circunstancias de la muerte de Nicolas; un marido alcohólico provoca quizás menos remordimientos que un marido asesinado.

—Todos los marinos beben, ¿sabes? Más o menos.

—¿Y los polis?

No hay respuesta.

Al sobrevolar las costas en la aproximación a Estambul se sienten fascinados, y callan. En el aeropuerto, un agregado de la embajada y un coche del consulado de Francia los están esperando.

—Todo está preparado y balizado, no tengan miedo, no habrá problemas.

Atraviesan toda una parte de la ciudad, con los ojos como platos. En el depósito de cadáveres, para la identificación del cuerpo, Catherine llora un poco.

Comisaría de policía; el agregado traduce de vez en cuando; muchas firmas. Luego, la empresa de pompas fúnebres, la repatriación del cuerpo, el consulado proporciona una ayuda financiera.

Se ha acabado por hoy. El coche del consulado los lleva al barrio de Taksim y los deja delante de un hotel decente, en el que tienen reservadas habitaciones. En la terraza de la azotea del hotel, se toman un *whisky*, contemplando, con los ojos como platos, las siluetas de las mezquitas, las cúpulas y los minaretes recortándose en el cielo al atardecer, en el otro lado del Cuerno de Oro, el Palacio de Topkapi precipitándose desde lo alto de la colina hasta el mar, la masa oscura de la ciudad antigua que se sumerge en una noche sin luz. Las llamadas a la oración se responden desde todas partes. Catherine llora sin saber por qué, Delmas le toma la mano, y luego pasa un brazo por los hombros de ella. Se duermen los dos en sus tumbonas, la cabeza de una en el hombro del otro.

8. SÁBADO, 17 DE MARZO DE 1973

Sábado por la mañana, Marsella

Por la mañana temprano, tres equipos del SRPJ realizan tres registros simultáneos. Un comisario de la PJ se ha encargado del domicilio de Pieri, Grimbert «hace» el de Simon, y Daquin ha elegido las oficinas de la Somar.

Una decena de policías del SRPJ se agrupa delante de la puerta del edificio de la Somar poco antes de las ocho de la mañana, la hora de apertura de las oficinas. Los policías intercambian apretones de manos. Sorpresa, un desconocido se añade al grupo. Se presenta:

—Inspector principal Tricot, Stups Marsella.

—¿Quién le ha pedido que venga?

—Al parecer, nuestros dos jefes, de los Stups y del SRPJ, se han puesto de acuerdo. Yo recibí la orden de venir ayer por la noche.

—¿Cómo es que los Stups han sido informados de este registro?

—Ni idea. Por vuestro jefe, seguramente.

—¿Qué es lo que le interesa?

—Todo lo que pueda estar relacionado con el tráfico de drogas hacia Estados Unidos. Según nuestros ficheros, Pieri estuvo allí dos veces el año pasado, y se reunió con traficantes implicados en la red que acabamos de dismantelar, y cuyo proceso judicial va a abrirse muy pronto.

Daquin ata cabos. Supe de los dos viajes a Estados Unidos ayer, por Thiébaud; casualidad, suerte. Nada en nuestros archivos. Y ellos, los Stups, lo saben. ¿Por quién, cómo, desde cuándo?

Me muevo en el mundo de las relaciones personales y de las redes de poder más o menos secretas, de las que habla Grimbert, y que otros dominan mucho mejor que yo. Malestar. ¿Peligro?

—De acuerdo, pero es la Brigada Criminal del SRPJ la encargada de este registro. Usted está aquí como convidado de piedra. El fiscal ni siquiera está al corriente de la participación de los Stups, apáñeselas para que siga sin saberlo y no aproveche la circunstancia para estropearlo todo. No toque nada, no se lleve ningún dossier. Si le interesa alguno, me lo indica, y vendrá a consultarlo a nuestras dependencias.

Tricot está de acuerdo. O finge estarlo.

El grupo al completo sube a la tercera planta. Una empleada sale a abrirles, y se esfuma al instante. Entre los presentes, los dos empleados de más edad son requeridos como testigos. Luego Daquin da algunas consignas a los hombres de la PJ.

—Nos interesan todos los archivos de la contabilidad, y la información sobre los barcos, los

proveedores, los clientes, las tripulaciones y los trayectos. Sobre todo, lo que concierne al Santa Lucia. No va a ser fácil, porque los despachos colectivos de la Somar son caóticos. Hay que abrirlo todo, consultar, separar, ordenar, elegir y guardar en cajas de cartón lo que nos llevamos. Y acabar hoy mismo. Vamos.

Daquin va de un despacho a otro. Acaba por encontrar a la chica regordeta de la que le hablaron sus inspectores, la que descuelga los teléfonos y escucha detrás de las puertas. Decepción. No hay nada más que sonsacarle, está aquí desde hace poco tiempo, con un contrato de suplencia para cubrir a una empleada de baja por enfermedad de larga duración, y al parecer no conoce nada del funcionamiento de la empresa.

Hacia las diez, Maïté Antoniotti hace su aparición. A la vista de los policías omnipresentes en las oficinas, y de las cajas listas para salir apiladas en la entrada, sufre un desfallecimiento. Daquin la sostiene, la instala en un sillón que ha arrastrado hasta la cocina, le acerca un vaso de agua y una toalla húmeda. No le quita los ojos de encima mientras ella se pasa la toalla por el rostro.

Es la misma mujer de siempre, dura. Un único cambio, un vestido gris ha sustituido al vestido negro de la víspera.

—¿Qué está haciendo la policía aquí, en nuestras oficinas?

—Un registro, señora.

—¿Y qué esperan encontrar, exactamente? ¿Cadáveres en el congelador? Esta empresa es intachable.

—El número uno y el número dos de la Somar han sido asesinados. El capitán Serreri, del Santa Lucia ha muerto a su vez en circunstancias sospechosas...

Al oír el nombre de Serreri, asoman lágrimas a los ojos de Maïté. Oculta el rostro entre las manos, y permanece inmóvil un largo rato. Parece herida en lo más profundo. Daquin deja que se recupere.

—¿Quiere un café, un té, un vaso de agua?

—No, nada. Gracias.

Ella aparta las manos de su rostro, las lágrimas se han secado, recupera el control. Daquin continúa:

—Comprende usted sin duda que esa sucesión de muertes nos lleve a interesarnos por la Somar, y que justifica este registro.

—¿Dónde está el cuerpo de Nicolas? ¿Quién se ocupa de él?

—Su mujer, Catherine, se fue ayer a Estambul para repatriarlo, y uno de mis inspectores la acompaña. Tengo que preguntarle una cosa: ¿sabía que Pieri mantenía una relación con un hombre, Pascal Thiébaud?

Ella no parpadea. Una roca.

—¿Usted qué cree? Claro que estaba al corriente. Pero no conozco a ese Thiébaud, y nunca quise conocerlo. Era la vida privada de Maxime Pieri. Y usted también debería respetarla. —Apenas una vacilación, y prosigue—. No me gusta su forma de actuar. Se ha otorgado el derecho a registrar mi apartamento y el suyo, al margen de todo procedimiento legal.

—Espere. El apartamento de Maxime Pieri está siendo registrado en este momento, al mismo tiempo que la Somar. ¿Se refiere a eso?

—Ni mucho menos. El mismo día del asesinato de Maxime, yo estaba trabajando aquí, como

de costumbre. Fuimos informados muy tarde, al final de la mañana. Quizás se hizo con intención, para dar tiempo a quienes registraron mi apartamento y el de Maxime. Me fui de la Somar en cuanto supe la noticia de la muerte de Maxime, volví a casa, y allí me di cuenta de la intrusión. Trabajo de expertos, de hecho, ningún desorden, pero no me engañaron. Fui a casa de Maxime y lo comprobé: lo mismo. Es una violación inaceptable de nuestra privacidad.

—Señora, ningún policía de mi servicio entró en ninguno de los dos apartamentos el 13 de marzo. No supimos de la muerte de Maxime Pieri hasta cerca del mediodía, al mismo tiempo que usted, al parecer, cuando el SRPJ de Niza transmitió la información al SRPJ de Marsella.

Ella duda aún un instante, y luego dice:

—Perfecto. Tomo nota.

—¿Ha presentado una denuncia, o tiene intención de hacerlo?

Maïté mira a Daquin en silencio durante unos segundos, y simplemente dice:

—No.

—Lo lamento. Pero desde luego, la decisión es suya. Ahora, señora, tendrá que abrirnos los cajones de su escritorio y el de Pieri; si no, nos veremos obligados a forzarlos. Y le invito a pasar por mi despacho, en el Obispado, para responder a las preguntas que tendremos que hacerle.

—Voy a abrir esos cajones. Le repito que no tenemos nada que esconder. Luego, volveré a mi casa. Déjeme tranquila hasta que vuelva del entierro de Maxime en su pueblo, en Córcega.

—¿Calenzana?

—Exactamente. Está bien informado para ser parisino... Vuelvo a Marsella dentro de una semana. Después, si me convoca, pasaré por el Obispado y responderé a todas sus preguntas, si yo conozco las respuestas. Tiene mi dirección, sabe dónde encontrarme.

—Muy bien. Sígame.

Ella se levanta, apenas se adivina en sus gestos la rigidez propia de la edad, y lo sigue hasta el primer despacho con paso enérgico; busca en los bolsillos de su chaqueta, saca algunas llaves planas, no particularmente complicadas, abre todos los cajones y los armarios, y repite la misma operación en la segunda habitación. Tricot, desde el quicio de la puerta, observa, escucha. Daquin apunta:

—Antes de que se vaya, una última pregunta. Hasta donde usted sabe, ¿estaba Pieri implicado de nuevo en el tráfico de heroína, lo que explicaría tal vez su asesinato?

—No, comisario, estoy segurísima, todo eso quedaba ya muy lejos. Justo antes de ser detenido, el año pasado, Jo Cesari... —Se detiene—. Jo Cesari, el químico más famoso de Marsella, que se suicidó en prisión, usted, el parisino, ¿sabe de quién hablo?

—Sí, señora, conozco el dossier Jo Cesari.

—Jo era amigo mío y me había dicho, poco tiempo antes de su detención: «La heroína ha tenido su época, pero se acabó. Voy a marcharme a América del Sur. Tengo un contrato importante allá abajo, en Colombia. El futuro, es la cocaína». Cuando se lo conté a Maxime, él me dijo: «Se equivoca. El futuro no es ni la heroína ni la cocaína, es el petróleo». Ya ve...

Una roca. ¿Necesitaba Pieri una roca a su lado?

—¿Cree usted lo que le ha dicho la señora? —pregunta Tricot.

—Sí, y tengo buenas razones para creerla.

El registro avanza deprisa en el despacho de Maïté y en el que compartían Pieri y Simon, los dos cuidadosamente ordenados.

Todos los dossiers están guardados en archivadores, etiquetados y clasificados.

—Y no como en las salas de al lado —gruñe un policía—. Aquí, es un verdadero placer.

Sobre el escritorio, ni un papel; un juego de escritorio bien alineado, y un plumier de cristal que contiene dos bolígrafos y varios lápices. El registro pasa después al despacho de Maïté, bajo la mirada atenta de Daquin. El mismo orden maníaco. En el cajón central de la mesa, un bloc de papel blanco, una carpeta repleta de hojas de papel carbón, sobres cuidadosamente ordenados, dos cuadernillos de sellos de correos, bolígrafos de reserva en un estuche de plástico, y, colocado sobre la carpeta del papel carbón, un libro antiguo de crucigramas, gastado y sobrecargado de anotaciones. Daquin, divertido, lo toma y lo hojea. Maïté le dice, desde el pasillo:

—Ya no me necesita aquí.

Y se va. Él sonrío. Ha desenmascarado a la mujer-roca, resolvía crucigramas durante su tiempo de trabajo. El resto del contenido carece de interés, vuelve a cerrar el cajón, el registro termina poco después.

Maïté vigila desde un bistró cercano la salida de todo el equipo de policías. Luego sube otra vez a la Somar, y verifica el contenido del cajón de su escritorio. Intacto. El cuaderno de crucigramas sigue en su lugar, todo va bien, se precipita al teléfono. Tarda más de una hora en comunicar con un número de Malta, resopla de impaciencia. De acuerdo, he pasado cuatro días infernales, pero habría tenido que pensar antes en ello, porque el corazón vivo de nuestro sistema no está aquí, sino allá abajo, en Malta. Mientras estén al resguardo nuestras filiales, la Mival para los petroleros y la Serval para los circuitos financieros, los polis pueden seguir husmeando. Aquí no encontrarán nada. Por suerte, no son muy listos.

Acaba hablando con un tal Baldocchino, responsable de la sociedad Mival. Ella no ha estado nunca en Malta, nunca lo ha visto, pero habla a veces con él por teléfono, y entre ellos nunca ha habido buena sintonía. Su francés caótico y la lentitud de sus reacciones la exasperan. Cuando le anunció por teléfono la muerte de Pieri, hace dos días, juraría que él lloró, y a ella le entraron celos.

—Los policías salen ahora de un registro en la Somar. Hay peligro de que vayan a visitarle, nunca se es demasiado prudente, debe destruir todos los papeles de la Serval y de la Mival. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—Todos los papeles. Guarde únicamente las actas relacionadas con el registro de las sociedades y la propiedad de los barcos. Llévelas a un lugar seguro, fuera del alcance de la policía, y cierre el despacho. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Dentro de unas semanas, cuando haya vuelto la calma aquí a Marsella, pasaré a verle y arreglaremos todo, los salarios, las indemnizaciones. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Maïté cuelga el aparato.

Sábado por la mañana, Malta

En Malta, Baldocchino, ya en la sesentena muy avanzada, acusa el golpe. Era obvio que el asesinato de Pieri iba a conllevar una serie de embrollos. Y sabe perfectamente que él es incapaz

de gestionarlos. Es valeroso y fiel, pero no astuto. De modo que pasa a ver a Theuma, el hombre de la sociedad hermana, la Serval, que se disponía a almorzar en familia. Se lo lleva a las oficinas de la calle Triq Zekka, que comparten la Mival y la Serval, no es cuestión de multiplicar los gastos.

—Siéntate, tengo que decirte algo, puede ser urgente. Ha llamado Maïté, la policía está en la Somar y ella quiere que destruyamos todos los papeles.

—¿Le has hablado del abogado de Ginebra que vino a verte ayer?

—Justamente, no. No me gusta esa mujer, no me fío de ella.

—De acuerdo, pero algún día tendrás que decirle que ya no tienes los petroleros, que se han vendido.

—Estoy de mierda hasta el cuello. Ese abogado, creo que me enredó. Llegó tan trajeado y con su cartera de piel, y todos esos papeles con el encabezamiento Charbonnier e Hijo, abogados, Ginebra. Parecía serio. Tú, que controlas más, no estabas. Yo me dejé arrastrar por el pánico. No entendí nada de lo que me contaba. Y ahora, me digo a mí mismo: ¿y si todos esos papeles fueran falsos? ¿Y él un falso abogado? ¿Qué es lo que sé, en realidad? ¿Entiendes mi problema?

—Espera, cálmate.

Theuma abre una carpeta colocada sobre la mesa, toma el primer folio, lo coloca delante de Baldocchino.

—Los petroleros eran propiedad de la sociedad Misma, con sede en Curaçao.

—Quizás, pero Pieri no nos había dicho nada. Yo creía que el propietario era él.

—Pieri nunca nos ha dicho nada de nada. Yo procuro entender.

Segundo folio del dossier. Misma ha sido fundada por dos personas, y les pertenecía al 50-50. Uno era Pieri, ahí tienes su firma. ¿La reconoces?

—Sí.

—Y el otro, del que no se da el nombre, está representado por un apoderado, el abogado Charbonnier. ¿Ves la firma ahí, y los sellos? Tiene todo el aspecto de estar en regla, ¿estamos de acuerdo?

—Sí. Pero si tuviéramos el nombre del otro propietario, yo me quedaría más tranquilo.

Theuma ignora la objeción. Tercer folio.

—Lo mismo. Firmas, sellos, el bufete Charbonnier e Hijo de Ginebra es el depositario de los estatutos de la sociedad Misma, los tienes ahí. Mira el artículo 6. Dice, en esencia, resumo, que si uno de los dos fundadores fallece, el otro recupera todos los bienes muebles de Misma. Pieri ha fallecido, ¿de acuerdo? —Baldocchino asiente con la cabeza, de nuevo hay lágrimas en sus ojos —. El abogado recupera los bienes muebles para su cliente. Los bienes muebles son los dos petroleros, mira, está precisado en el artículo 1.

—Sabes, representan mucho dinero esos dos barcos, alrededor de un millón de dólares. El tipo me dijo que ya los había vendido, a una sociedad chipriota. ¿Te das cuenta? Solo tres días después de la muerte de Pieri.

—Bueno, no es un sentimental.

—Eso está claro.

—Por otro lado, ¿qué quieres que haga un abogado de Ginebra con los petroleros? Solo puede venderlos. Es lógico.

—Hay un detalle que me inquieta. A Pieri lo asesinan el 13 de marzo, a nosotros nos avisa

Maïté el 14 por la tarde. El abogado llega aquí el 16, viene de Ginebra, y no hay muchos aviones entre Malta y Ginebra...

—¿Quizás vino con un avioneta privada?

—Quizás. Y ya había vendido los barcos. No son un par de zapatos, hablamos de dos petroleros. ¿Quién lo avisó a él? No fue Maïté, ni los polis, ni nosotros. ¿Quién, entonces? ¿Y cuándo? No tuve los reflejos necesarios cuando me dijo que se trataba de una gestión de rutina, que venía simplemente a recuperar los papeles, nada grave, de hecho. Antes de entregarlos tendría que haber hecho una llamada a Marsella, a la Somar.

—¿Pero a quién, en la Somar? Solamente hemos tenido contacto con Pieri. ¿A Maïté? Ella no tiene nada que ver en esta historia. El propietario de los petroleros era Pieri, míralo bien, es su nombre el que figura en los papeles, no el de la Somar. La Somar es solo un intermediario. La gente de la Somar te transmitía las órdenes para la navegación, pero no se la menciona en ninguna parte en los papeles. Y si Maïté viene aquí a darnos órdenes, le responderemos que no es asunto suyo.

—Sí, pero si liquidamos todos los papeles de la Mival, y de la Serval, como nos dice ella, nos arriesgamos a que venga gente aquí a pedirnos cuentas, y no podremos responder nada, y puede que tengamos problemas graves. Problemas graves con mucha gente.

—Igual es que a Maïté ya le va bien que tengamos problemas.

—Nosotros solo hemos hecho lo que Pieri nos decía que hiciésemos.

—Si guardamos los papeles y aparecen los polis franceses, también tendremos problemas.

—¿Sabes qué? No tiremos nada, vamos a ordenarlo todo, lo guardamos en cajas, cerramos la oficina, como ella dice, y escondemos las cajas en otro lugar. Por si acaso...

—Buena idea. Hacemos eso. Y enseguida. Empieza a ordenar, yo voy a buscar cajas.

Sábado por la tarde, Marsella

Daquin y Grimbert se reúnen por la tarde en el Obispado para un intercambio de impresiones rápido sobre los registros. Grimbert empieza.

—El apartamento de Simon se parece más a un sitio de paso que a una residencia estable. Poca vajilla, poca ropa y objetos personales, lo que corrobora el testimonio de la señora Simon. Otra cosa, y no te va a gustar: hemos encontrado un carné del SAC,^[11] el Servicio de Acción Cívica, con bandera tricolor y foto incluidas, a nombre de Simon. No hay error posible. Nos hemos llevado el carné y sus agendas. Haré un análisis rápido del contenido, si lo estimas necesario.

Daquin se remueve en su sillón.

—Para sobrevivir aquí, en Marsella, hay que saber encajar los golpes. Nunca he prestado mucha atención a esas historias, tengo una idea bastante vaga de lo que es el SAC. El punto ciego del gaullismo, una banda de pretorianos del General, anti-OAS^[12] primero, luego núcleo de reconversión de los pro-Argelia francesa, que degeneró con el paso del tiempo en un servicio de orden muy expeditivo, gánsters, unos sicarios ejecutores de los trabajos sucios del partido gaullista en plena descomposición, una especie de milicia siempre violenta. Aquí, en Marsella, ¿qué es el SAC?

—¿Puedo permitirme ser simplista? El SAC marsellés es una red de influencias ya no

clandestina, sino subterránea...

—Como muchas otras en Marsella, por lo que he podido entender.

—Exacto, y precisamente por eso prolifera en la Costa Azul: encaja en la cultura local. Aquí, en Marsella, agrupa a una mayoría de los policías de la Seguridad Pública, prácticamente a nadie de la PJ, y a algunos delincuentes organizados. Lo que los mantiene unidos, es sin duda la nostalgia de la Argelia francesa, y algunos vínculos con la Francáfrica que ofrecen a algunos de ellos la ocasión de hacer negocios, de los que otros esperan recoger algún fruto, migajas. Y sobre todo, abunda la amargura, muchas frustraciones y ambiciones fallidas.

»Para ser del todo sincero, comisario, yo había olfateado el olor del SAC el otro día en el Garaje, cuando vi a aquel grupo de polis de la Seguridad Pública bridando a la memoria de Simon; pero no me atreví a comentárselo entonces.

—Intento entenderlo. Los Guérini, y por tanto Pieri, se interesan por los servicios secretos. Consideran que el acuerdo y la interacción con ellos son indispensables para gestionar el negocio de la heroína. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Así es.

—Desde ese punto de vista se justifica la presencia de Simon en la Somar, si pertenecía a los servicios secretos. Pero el SAC, ese batallón de forzudos cortitos, no interesa para nada a los Guérini; ya tienen todo lo que necesitan a domicilio.

—También de acuerdo. El carné del SAC es anual. El de Simon es de 1973, no sabemos desde cuando pertenecía al SAC. Los servicios secretos pasan por una crisis violenta en este momento, todo el mundo lo sabe. Cuando Pompidou echó al general de Gaulle y ocupó su lugar en la presidencia de la República, llevó a cabo una limpieza enérgica en los servicios secretos. Todos los veteranos gaullistas fueron cesados, y reemplazados por fieles a él. Por no hablar del brutal cambio de orientación respecto al tráfico de la droga a partir de 1971. Antes, se disimulaba y se compartía. Después, es la guerra contra la droga, y se lleva a cabo una nueva purga de todos los que gestionaban el negocio de la heroína dentro de los servicios secretos.

»Simon pudo perfectamente haber sido apartado del SDECE en una u otra de esas purgas, y por rencor, se habría afiliado al SAC. Grandeza y decadencia.

—Y no tuvo valor para decírselo a su mujer. Y como Pieri se había hecho amigo suyo, le siguió dando empleo.

—Tú podrías escribir novelas.

—Aún soy un poco joven, pero cuando me jubile, no digo que no...

—Una explicación más prosaica, es que lo marginaran del núcleo duro, pero le mantuvieran el salario. En todo caso, ese carné del SAC refuerza mi reticencia a incluir al SDECE en nuestra investigación. Puede que algunos antiguos miembros del SDECE estén en el SAC, pero no creo que haya afiliados al SAC entre los oficiales en activo del SDECE. ¿Me sigues?

—Perfectamente... Antes de hablarte del registro en la Somar, un comentario sobre el del apartamento de Pieri. No se ha encontrado nada, y eso me deja una impresión extraña, como si Pieri no hubiera vivido allí. No me encaja, ya veré qué conclusiones saco. Ahora, la Somar: hemos confiscado muchos documentos, hay mucho trabajo a la vista. Ninguna dificultad, pero sí dos detalles inquietantes. En primer lugar la presencia de los Stups, el inspector principal Tricot. ¿Lo conoces?

—No. Seguramente es parisino.

—¿Quién los avisó? Es un misterio. ¿Qué buscaban? Tricot no me lo dijo. Luego, Maïté Antoniotti, presente durante toda la mañana, se quejó de registros subrepticios en su domicilio y en el de Pieri, la mañana siguiente al asesinato.

Grimbert reflexiona un instante.

—¿Es creíble lo que dice Maïté?

—Quizás. Sin duda. Vete tú a saber...

—¿Tú qué piensas?

—Los Stups, o los americanos, o los dos, están buscando algo. ¿Pero qué?

—Estamos a años luz del ajuste de cuentas entre mafiosos. Es excitante.

—¿Te parece? Yo tengo la impresión de estar atravesando un banco de arenas movedizas. Me hundo un poco más a cada paso, y temo que la subida de la marea me sumerja del todo.

—Mientras esperamos esa marea, aquí tiene la foto del hombre que acompañaba a Maïté ayer en la ceremonia de homenaje a Pieri. Sigo teniendo la misma sensación de conocerlo de algo, pero no soy capaz de identificarlo.

—¿Un hombre del clan Guérini?

—Teniendo en cuenta el lugar que ocupaba en la sala, es muy probable.

—Podrías enseñarle la foto a tu amigo Casanova, la memoria viva de los Stups. Quizá lo conozca.

—Ya lo había pensado.

—Hazlo, y lo hablamos luego. Bien, las cajas con toda documentación están ahí, podemos concretar un primer reparto del trabajo. Yo me ocuparé de los itinerarios de los mercantes, con prioridad para el Santa Lucia, evidentemente. Tú examina la contabilidad; Delmas te ayudará cuando vuelva.

—Ya he contactado con la Brigada de Delitos Financieros, uno de los dos inspectores que la componen se ha ofrecido a venir a ayudarme. Y tengo previsto apropiarme por unos días de una pequeña sala de reuniones, para disponer de más amplitud que en nuestro despacho.

—Perfecto. El material incautado es considerable, y la investigación preliminar no nos deja más que los diez días de plazo Según afirma su mujer, Frickx tenía relaciones de negocios con Pieri. Simon espera a verle para informar a los empleados de la Somar sobre el futuro de la empresa. Frickx tenía una cita con Simon a la misma hora en que será asesinado, y sabemos que estuvo presente en los alrededores del lugar del crimen, y además se acaba largando al extranjero antes de que podamos interrogarlo. Así pues, considero que ocupa el centro de nuestra investigación, y que nuestra prioridad es buscar y encontrar su rastro en los archivos de la Somar.

»Vamos a darnos un poco de tiempo y nos volvemos a ver el martes por la mañana.

Sábado, Estambul

Catherine decide acabar con los trámites administrativos, siempre acompañada por el agregado de la embajada, y encarga a Delmas que vaya a recuperar los efectos personales de Nicolas a bordo del Santa Lucia.

Ella prefiere no saber nada del maldito barco, y esa postura le viene perfectamente bien a Delmas. Desciende a pie hasta el puerto de Salipazari, en la orilla del barrio europeo junto al Bósforo, y encuentra con facilidad el Santa Lucia. A bordo le recibe un policía muy amable, que

chapurra en francés. Delmas se presenta, y los dos hombres intercambian un viril apretón de manos.

El turco relata, como puede, las circunstancias del «lamentable accidente». El cuerpo rescatado de madrugada, la botella de *whisky* vacía en el camarote. Una única anomalía que destacar: dos marineros que habían embarcado en el Santa Lucia en Estambul dos meses antes han desaparecido después de la muerte del capitán. La tripulación ha quedado reducida a tres marineros, confinados en el dormitorio hasta que zarpe el barco.

Pero no hay de qué preocuparse, el personal será suficiente para conducir el mercante hasta Marsella.

—¿Para cuándo está prevista la partida?

—¿Mañana? ¿Pasado mañana? Lo más pronto posible.

Delmas pide consultar el cuaderno de bitácora. En las últimas páginas, encuentra las siguientes anotaciones:

«13.03.73 10h25 GMT Contacto radio Somar-Simon. Muerto Pieri +». Y a continuación: «Escala Estambul confirmada. Luego, ruta Marsella».

Delmas anota, hojea algunas páginas con aire distraído, encuentra una mención a los dos marineros embarcados dos meses antes, sin ninguna precisión. Nada que rascar. Solicita visitar el barco.

—No, imposible. Está bajo control policial día y noche, no se autoriza ningún acceso.

—¿Y el camarote del capitán, para recuperar sus efectos personales?

—Eso sí está previsto, le acompaño.

Delmas amontona en un gran saco de marinero la ropa y el neceser del capitán. Algunos libros, Nicolas amaba la poesía. Un cuaderno manuscrito. Delmas lo abre, encuentra el homenaje a Pieri, desliza el cuaderno en su bolsillo, cierra el saco, se lo echa al hombro, saluda al policía turco, y se encamina hacia su hotel.

Por la tarde, el papeleo ya está hecho y el regreso de Catherine y Delmas está previsto para el día siguiente. El agregado les recomienda que vayan a cenar al restaurante acondicionado en una de las grandes cisternas que aseguraban el aprovisionamiento de agua a Bizancio, en la antigüedad. Está a dos pasos de Santa Sofía, en el corazón de la ciudad antigua. Van allí en taxi, sin saber lo que les espera. Penetran en un espacio inmenso, oscuro, hileras de columnas con capiteles sostienen una serie interminable de bóvedas de ladrillo. Al pie de cada columna, un rayo de luz, que se pierde en dirección a las bóvedas. En el suelo, una delgada capa de agua negra refleja las luces y extiende el espacio hasta el infinito. Catherine y Delmas, perdidos, se agarran el uno a la otra. Un camarero se hace cargo de ellos, y los acompaña hasta una parte elevada del edificio donde se han colocado mesas muy débilmente iluminadas. Cocina turca refinada. Comen sin decir palabra, en un estado de pasmo, con las piernas estrechamente enlazadas bajo la mesa. Cuando llegan los postres, todo un surtido de *lukums* y de pequeñas delicias turcas de repostería, Catherine se deja llevar, adora el dulce, habla en voz muy baja para no despertar a los demonios dormidos bajo las bóvedas.

—Nicolas era un hombre con muchos secretos, a veces bebía más de la cuenta, y tenía ataques de ira; podía ser violento. No solo conmigo. Llegó incluso a romper con Jo el Armenio, un tipo al que consideraba como un hermano, tenían muchos recuerdos en común. Nicolas pasaba muchos ratos con Jo cuando volvía de un viaje. Y de repente, el otoño pasado, al final de una sobremesa

que pasaron los dos bebiendo juntos en casa, lo echó de malos modos, y me prohibió recibirlo, incluso si él no estaba. No volvió a verlo. Y no me dio ninguna explicación.

Vacila, y acaba por decir:

—No he sido feliz con Nicolas.

Luego elige un *lukum* perfumado de rosa.

Vuelven al hotel a pie, cogidos de la mano, un largo paseo en la noche, cruzando el Cuerno de Oro. Al llegar al vestíbulo del hotel, Catherine vuelve a llorar. Delmas la acompaña hasta su habitación, la besa en los ojos, lame con la punta de la lengua las lágrimas en sus mejillas, en sus labios; el deseo tiene sabor a sal; y le hace el amor, con mucha compasión.

9. VIERNES, 16 Y SÁBADO, 17 DE MARZO DE 1973

Viernes por la tarde, Saint-Moritz

El avión privado aterriza en el aeródromo de Samedan, una única pista encajada en el fondo de un valle a 1700 metros de altitud, entre campos nevados y picos de roca granítica. Un gran 4 × 4 negro viene a colocarse al pie de la pasarela. En cuanto se abre la puerta del avión, Frickx baja corriendo la escalerilla, se encarama al 4 × 4 en el asiento del copiloto, y arroja su maleta en el asiento trasero. Un breve y caluroso abrazo al conductor, Parviz Malekeh, su amigo iraní.

Malekeh es propietario de minas de cromo, en Irán. Frickx empezó a relacionarse con él a partir de su llegada a Milán en 1967. Le ha conseguido nuevos clientes para su producción, facilitado los créditos que han acompañado paso a paso la modernización de sus instalaciones, y aplaudido el alza explosiva de sus ingresos. Los dos hombres se han hecho amigos, comparten los mismos intereses, los mismos gustos y los mismos placeres.

Hay reciprocidad en cuanto a inversiones: Malekeh es amigo personal del Sha; pasó varios años de su adolescencia en un internado, en Suiza, a su lado. Como es un empresario dinámico, lógicamente se ha convertido en uno de los asesores del Sha en asuntos económicos.

La economía, en Irán, es el petróleo. Malekeh es el más apoyo más ferviente de la operación que Frickx tiene entre manos en estos momentos.

—Estamos a diez kilómetros escasos de Saint-Moritz. ¿Estás muy cansado?

—No. Todo está yendo sin contratiempos, no hay razón para estar cansado. ¿Cómo están las cosas aquí?

—Bastante bien. Tu audiencia con el Sha se solicitó hace una semana. La confirmación se demoró. Yo llegué a preocuparme, pero ayer finalmente llegó la confirmación.

Frickx esboza una sonrisa.

—Ayer jueves... No, no había razón para preocuparse. No ultimé los detalles definitivos de mi dossier hasta ayer. El Sha es prudente y está muy bien informado, eso es todo.

Llegan ante el Palace Hotel, un mastodonte.

—El secretario del Sha te ha reservado una habitación, te van a atender bien. Tienes que estar en forma para mañana, descansa.

Malekeh saca un estuche de oro del bolsillo interior de su chaqueta, y se lo tiende a Frickx.

—Después de la sauna y la piscina del hotel, fúmate unos cigarrillos de esta mezcla de hierbas libanesas, las he preparado yo mismo, bien calentito en tu habitación. Es la felicidad garantizada.

Porque, te aviso, Saint-Moritz es un pueblecito muy pequeño, aquí todo se sabe, es preferible renunciar al Saint-Moritz *by night*, el Sha es muy estricto cuando viaja en familia.

Frickx guarda el estuche con una sonrisa.

—Gracias por avisarme.

—Bien. Tienes audiencia con el Sha mañana en la Villa Suvreta a las 16:30. Después de su jornada de esquí. Para un té o un chocolate caliente, imagino. El avión te devolverá a Milán el domingo por la mañana. No hay despegues en Samedan de noche, las montañas están demasiado cerca. Mañana, nos encontraremos aquí a las dos, y te ayudaré a revisar tus notas. Me juego mucho en este asunto, Michael.

—Yo también, Parviz. No estés tan tenso. Hasta mañana, y gracias por los cigarrillos. Son todo un detalle.

Frickx recoge su maleta, y desaparece en el interior del hotel. Mármoles de colores y maderas preciosas en todas partes donde es posible ponerlas, techos artesonados, tapices, muebles sobrecargados, es un verdadero palacio. A Frickx le resulta indiferente el decorado. Sigue los consejos de Malekeh, sauna, piscina, cena: una tortilla de queso y un strudel en su habitación. Menú de deportista. Se tumba en la cama desmesurada, en albornoz, medio hundido en un edredón de plumas. Descompresión brusca, la tensión nerviosa se diluye de golpe.

Seis días de acá para allá, de locura, para gestionar lo previsto, lo imprevisto, la muerte, sin un momento de reposo. Imposible parar antes de tener el contrato iraní. Quizás tampoco será posible parar después. Irrupción de Pieri, del brazo de Emily, en lo alto de la escalera del casino... *Stop*. Frickx tiende la mano hacia la mesita de noche, coge el estuche de los cigarrillos, enciende el primero, un sabor a la vez rasposo y dulce. Descarrila desde las primeras bocanadas. La fatiga, desde luego. Se ríe. Olvidar a los muertos es fácil.

Sábado por la mañana, Cap Ferrat

Emily se despierta poco a poco. Sensación de bienestar. No quedan huellas de los calmantes, tranquilizantes y otras mierdas que tomó los últimos días. David, sus brazos llevándola al cuarto de baño, la sensación del chorro de agua en la cara, los gestos tiernos de él para secarle el pelo.

Sonríe, se despereza. Reaparece la sombra de Pieri. Muerto. Una punzada de pena en el pecho. No te desanimes. Lo harás sin él. Se levanta, va a la ventana, descorre las cortinas. Cielo azul, mar azul, como de costumbre. En la terraza, está preparada la mesa del desayuno. Dos tazas de porcelana preciosa que David ha debido desenterrar del fondo de un armario, dos platos, vasos, cubiertos, un ramo de flores blancas. Toda una puesta en escena para nuestro encuentro. Una jarra de zumo, panecillos, mantequilla, mermelada, una cesta de fruta. Tengo hambre. Boca arriba en una tumbona, David dormita, la cara girada hacia el sol.

Hambre de tus labios. Se pone una camiseta larga y desciende, descalza, sin hacer ruido. Se coloca al lado de la tumbona, contempla a David y se inclina, su boca contra la de él, sigue el contorno de sus labios con la punta de la lengua, los muerde, las dos manos posadas sobre sus hombros. David se despierta sobresaltado. Ella se endereza, sonriente.

—He soñado con esto toda la noche. No te muevas, voy a hacer té.

Cuando vuelve con la tetera, David está sentado a la mesa, bien recostado en un sillón para intentar recuperar el equilibrio. Ella le sirve una taza de té.

—¿Suave, como de costumbre?

Coloca la tetera y, antes de sentarse, le besa en la nuca. Siente cómo él se estremece.

—Desayunamos, y luego bajamos a bañarnos.

—¿Hacías esto también con Pieri?

Ella lo mira, irritada.

—¿Estás completamente loco? —Vacila—. A Pieri apenas lo conocía.

La frase suena a falso, se dice David.

Una vez ha comido el último panecillo untado de mermelada de naranja amarga, y ha apurado la última taza de té, Emily se levanta, David la sigue. Bajan hacia el mar por un sendero muy empinado. El aire se embalsama con el olor de la pineda al primer calor de la mañana. Emily coge la mano de David, que se suelta, se detiene, se enfrenta a ella.

—¿Sabes bien lo que estás haciendo?

—Sí. Lo sé muy bien.

—No es una buena idea.

Emily se desprende de su camiseta con un solo gesto.

—¿De qué idea hablas?

Está ahí, de pie ante él, completamente desnuda, resplandeciente, como él siempre la ha soñado, como nunca la había visto, los contrastes de sombra y de sol bajo los pinos esculpen su cuerpo, su cuello, sus hombros, sus senos del tamaño justo para sus manos de hombre, sus areolas oscuras, su vello casi negro y profundo, sus piernas largas, musculosas, un poco pesadas, una mujer anclada en la tierra. Él busca aliento para decirle que no deben, que es peligroso, pero le falla la voz, y luego deja de buscar. Se inclina, la toma en sus brazos, baja por el sendero hacia el mar casi a la carrera, la tiende sobre una de las esterillas de playa colocadas entre las rocas, se echa sobre ella, besa su cuello, sus mejillas, sus labios, los mordisquea, gimiendo. Ella ríe.

—Nada de amores furtivos, mi hermoso primo. Déjame mirarte.

Le quita la camisa, resigue con la uña las líneas de los músculos compactos, busca el rastro del adolescente que conoció, se demora en las puntas temblorosas de los pezones. Bajo el pecho izquierdo, sigue con el dedo la señal oblonga de una quemadura superficial, la piel está agrietada en algunas zonas, ella la besa. Toma la cabeza del hombre entre sus dos manos colocadas sobre las sienes, la guía hacia sus pechos, su sexo. Siente golpear la sangre en el hueco de sus palmas.

Sábado por la tarde, Saint-Moritz

Malekeh ha llegado a la hora prevista, y los dos hombres están sentados a una mesa de la terraza del Palace, bebiendo café frente a las montañas. Frickx está mucho más relajado que Malekeh.

—¿De qué tienes miedo? No lo entiendo.

—De que un error grave moleste a Su Majestad, y lo reconsidere todo.

—¿No confías en mí?

—Esa no es la cuestión. La situación es tan complicada que en cualquier momento puedes caer en una trampa.

—Venga, explícamelo, te mueres de ganas de hacerlo.

—Nosotros, los iraníes, estamos inmersos en una batalla en dos frentes. Dos por lo menos. Estamos en el frente unido de todos los países exportadores de petróleo, agrupados en la organización de la OPEP, desde 1960, contra la dictadura de las grandes compañías extranjeras que monopolizan la explotación y la venta de nuestro petróleo, para obligarles a tener en cuenta nuestros intereses y a pagarnos correctamente.

—Lo sé.

—En ese frente hemos ganado la primera batalla, hemos forzado a las compañías a reconocer a la OPEP y a tratar con ella, y ya no con cada Estado por separado. Y eso no fue fácil.

—Lo sé.

—Ahora estamos en la segunda batalla: un alza general de los precios.

—No hay nada nuevo en lo que me cuentas.

—Pero hay también un segundo frente: en el interior de la OPEP, la lucha de cada uno contra los demás por la hegemonía en la organización. Nosotros, los iraníes, estamos en guerra contra todos los árabes. Arabia Saudí, por un lado, esos beduinos agarrados a los faldones de los americanos. Y por el otro, todos los revolucionarios recién llegados, más o menos nasserianos: Gadafi, Boumedienne... que quieren nacionalizar la economía, a esos los tememos más que a la peste. Esta batalla la ganará quien consiga el mejor acuerdo posible con las compañías petroleras.

—Eso también lo sé, todo el mundo está al corriente.

—Nuestro proyecto se basa en encontrar una tercera vía entre los dos bloques, los proamericanos de un lado, y los nasserianos de otro. Conseguir de las compañías mejores condiciones que nuestros vecinos nos permitirá ganar peso en el seno de la OPEP. Las compañías devuelven una parte del petróleo que extraen a los países donde lo extraen. Hemos peleado para obtener un reparto del 50-50, y ahora, del 55 para nosotros y el 45 para ellas. Eso ya lo hemos conseguido. Pero hasta el momento ese reparto es puramente teórico, porque no vemos por ningún lado el color de nuestro 55 %. Pero ese petróleo también lo venden las compañías, a precios que mantienen en secreto, y ellas nos liquidan después lo que les da la gana, nos roban de forma desvergonzada, porque no tenemos ningún control. De ahí nuestra idea: ese 55 % que nos pertenece, vamos a venderlo nosotros mismos. Nuestra divisa es: «Confiamos en el mercado». El gobierno americano está furioso, peor para él. En cuanto a las compañías, nos amenazan con boicotear nuestro petróleo. Están convencidas de que podrán impedirnos venderlo si eso es lo que deciden. Nosotros nos tomamos esa amenaza muy en serio, porque ya lo hicieron una vez, y consiguieron ponernos de rodillas...

—Fue en 1951, Parviz, cuando Mossadegh era primer ministro, el Sha de Irán se había dado a la fuga, y la CIA campaba a sus anchas. El mercado del petróleo era limitado. La situación hoy está muy lejos de ser la misma. La sed de petróleo se extiende a todo el mundo...

—Es posible, pero seguimos traumatizados. Para que lo comprendas: todos los responsables de la NIOC, nuestra compañía nacional del petróleo, tienen en sus despachos un retrato de Su Majestad el Sha en la pared. Y dentro de los armarios, un retrato de Mossadegh. No nos hemos olvidado.

—Yo voy a vender vuestro petróleo, te lo garantizo. Si las compañías intentan un boicot, se quedarán con un palmo de narices.

—Te he recordado todo esto porque el Sha, a veces, muchas veces, es desconfiado. Puede tenderte trampas haciéndote hablar de Arabia Saudí, de los americanos, incluso de Mossadegh.

—¿Vamos ya, Parviz?

El Sha los recibe vestido de manera informal, después de esquiar, en el salón de caza. Unos sofás anchos delante de una chimenea donde arde un auténtico fuego de leña. En la pared, trofeos de caza de gamos, corzos y ciervos en cantidades industriales. Frickx se mantiene vigilante, no debe tomar asiento hasta que le hayan invitado a hacerlo, ni tomar la palabra hasta que Su Majestad se la haya dado... El Sha tiene aspecto sombrío, preocupado, e inicia la conversación de una manera inesperada.

—¿Por qué ha elegido esa profesión, señor Frickx? El comercio...

Frickx sonríe, una sonrisa franca, la expresión muy ensayada del hombre que abre su corazón.

—Por casualidad, Vuestra Majestad. Llegué a Nueva York a la edad de diez años, y era huérfano. Mi tía, el único miembro de mi familia que me quedaba, conocía a un empleado de CoTrade. Entré a los trece años, para encargarme de distribuir el correo, estaba impaciente por ganarme la vida. Se presentaron oportunidades. Y sigo allí.

—¿Está usted casado?

—Sí, Vuestra Majestad, desde 1966. Mi esposa es Emily Weinstein, la nieta de Nat Weinstein.

—¿Las minas de Sudáfrica?

—Exactamente, Vuestra Majestad.

El Sha se vuelve hacia Malekeh:

—Nat Weinstein fue nuestro invitado en las fiestas de Persépolis, hace dos años. Un hombre encantador. Los diamantes de la diadema de la Shabanou vienen de sus minas. ¿Lo ve usted a menudo, señor Frickx?

—Por lo menos una vez al mes, Vuestra Majestad. Me ha confiado la comercialización del conjunto de la producción de la Sociedad Minera de Sudáfrica, a excepción del diamante, que es objeto de un mercado aparte, muy particular.

El Sha se pone en pie, los otros dos le imitan. El Sha se vuelve a Malekeh:

—Buena elección, querido Parviz. Pienso que el señor Frickx es el hombre adecuado a la situación.

En el camino de retorno, Malekeh guarda silencio, encantado de la conclusión de la entrevista, pero furioso por la forma en que se ha desarrollado.

A Frickx le divierte su actitud:

—Así pues, querido amigo, ¿gran debate estratégico? ¿Iba a tenderme trampas para sondear mis conocimientos en materia de política petrolera...?

No hay respuesta.

—... Basta con ser el yerno de Weinstein. Estaba seguro. Si quieres mi opinión, el Sha lo sabía antes de nuestro encuentro y su pregunta era una pura formalidad. No tenéis la Savak, una de las policías políticas más eficaces del mundo, para contemplar el vuelo de las mariposas.

Malekeh no abre la boca. Deja a Frickx delante de su hotel, y simplemente le dice: «Mañana aquí, a las nueve».

Después de una cena frugal, hay que mantenerse en forma, la carrera de fondo no ha terminado, Frickx sube a su habitación, mira la hora. Una hora decente para llamar a David y Emily. Llama, David contesta.

—Buenas noches, David, ¿qué novedades tienes?

—Emily está bien. Muy bien, incluso. Hoy ha nadado mucho, estaba cansada y ha subido ya a acostarse.

—¿Te has resfriado?

—No, ¿por qué?

—Tu voz parece ronca.

—No estoy seguro de que mi presencia en la villa sea una buena idea.

—Claro que sí. ¿Y los policías?

—Les sorprendió que te marcharas, pero no los hemos visto más.

—Entonces, perfecto. ¿Emily te ha dicho lo que hacía con Pieri?

—Habla de un encuentro casual en una galería de arte en Villefranche.

—¿Te imaginas a Pieri en una galería de arte? Es una gilipollez.

—La policía lo ha verificado, y al parecer lo da por bueno. De todas maneras, Emily no es muy habladora conmigo. Sigo convencido de que entre Pieri y ella hubo un flirteo, más o menos serio.

—Olvida esa idea, ya te he dicho que a Emily no le interesa el sexo.

10. DOMINGO, 18 Y LUNES, 19 DE MARZO DE 1973

Domingo, Marsella

Antes de ir al Obispado para sumergirse en los dosieres de la Somar, Grimbert llama a Casanova, a su casa.

—Paso a tomar un café rápido, en el bar de abajo de tu casa, y te invito. Tengo una foto que quiero enseñarte.

Casanova gruñe un poco para guardar las formas, pero acepta. Los dos hombres se sientan al fondo de la sala, lejos de la terraza demasiado concurrida. Grimbert pide dos cafés.

—¿Con una gota de *grappa*?

—Venga esa gota.

Luego coloca sobre la mesa la foto de un hombre con la cabeza rapada, de pie al lado de Maïté, toda de negro. Casa se pone imperceptiblemente en guardia, y no dice nada. Grimbert toma nota mental, y prosigue:

—Esta foto fue tomada durante la ceremonia por Pieri. La cara del tipo me suena de algo, pero no sé qué. ¿Tú lo conoces?

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Porque está claro que ese tipo es un amigo de Maïté. Como se trata de la ceremonia de homenaje a Pieri, no hay duda de que lo conocía también a él. Maïté, Pieri, el clan Guérini, la heroína no andará muy lejos, y en ese caso, hay muchas probabilidades de que tú lo conozcas.

Casa se toma su tiempo, bebe su café con *grappa* a sorbos muy pequeños. Lo conoce, piensa Grimbert, y la respuesta le plantea un dilema.

—Sí, me crucé con el Armenio hace varios años. Se había fugado de su casa muy joven, y se había ido al extranjero. Volvió a aparecer por aquí cuando Pieri hizo su gran retorno, en los años 59-60. Se trajo a Jo en la maleta, y le encontró un curro en la administración de los bares y los burdeles de los Guérini. No me pareció que estuviese muy interesado en las chicas. Pieri ejerció de protector suyo durante un tiempo, le gustaba ese papel de padre adoptivo.

Grimbert se pregunta si el papel de padre adoptivo implica que Pieri se follaba al Armenio, pero se guarda la reflexión para sí mismo.

Casa continúa:

—Pero creo que más tarde se perdieron de vista. El Armenio era un subalterno. Pieri estaba

mucho más arriba en la jerarquía, Antoine lo trataba casi como a un igual.

—Los bares, los burdeles, tuve que cruzarme con ese tipo cuando estaba en la Seguridad Pública.

—No lo reconoces porque en esa época lucía una espesa cabellera de pelo negro, y patillas anchas hasta la mandíbula.

—Cierto, ahora caigo.

—¿Qué es lo que quieres de Jo?

—Nada. Solo queríamos identificar al hombre que estaba al lado de Maïté en la foto. Hecho. Gracias, Casa.

El tiempo apremia, no se pueden colgar. Daquin acude muy pronto a su despacho, y se sumerge en los dossiers relativos a los trayectos de los barcos. Ha recuperado en la Somar algunos mapas en blanco que representan el Mediterráneo. Empieza por el Santa Lucia. El mercante se mueve por la zona del Mediterráneo oriental, navega entre Líbano, Chipre y Turquía. Una vez cada dos meses sube hasta el mar Negro, hace escala en Constanta, Rumania, en plena zona soviética, y allí descarga trigo turco procedente de Estambul, y carga maquinaria y herramientas con destino a Chipre.

Autorizaciones, múltiples albaranes repletos de sellos y firmas reglamentarias, todo parece perfectamente en orden. Daquin señala los distintos trayectos del Santa Lucia en rojo en su mapa en blanco, y luego los de otros dos mercantes: estos navegan por todo el Mediterráneo, hacen escala en Marsella con regularidad, y no penetran nunca en zona soviética. Son circuitos completamente diferentes. Los marca en su mapa en amarillo y en azul. Debería tratar de la misma manera la decena de mercantes de la Somar. Supone tiempo. Tiene claro que la prioridad es el Santa Lucia. Rumania, Chipre, comprobar con el servicio de aduanas, pero no es el olor del petróleo lo que se adivina. Daquin clava sus mapas del Mediterráneo en la pared justo enfrente de su escritorio, y va a almorzar deprisa a la terraza del Bar de las 13 Esquinas. Tiene una cita a las cuatro en Niza, delante del Palais de la Méditerranée, con Hervé Bontems, el inspector de los GIP. [13] No es cuestión de llegar tarde.

Domingo por la tarde, Niza

Hervé Bontems llega en una moto grande, inglesa, de carreras, que aparca con desenvoltura en la Promenade des Anglais, entre dos palmeras. Contempla la fachada monumental del Palacio mientras mordisquea un bastón de regaliz. Daquin se reúne con él, los dos hombres se saludan, y Bontems señala:

—Sus asesinos no han escatimado en la decoración.

—Sobre gustos no hay nada escrito.

—Adelante, cuénteme.

—Un hombre sale del casino con una mujer colgada de su brazo, a las tres de la madrugada; una moto llega en ese preciso instante, con dos hombres en ella. Diez balas del 11.43, todas en el blanco, la mujer ilesa, ningún cristal roto, duración de la operación veinte o treinta segundos según el informe policial.

—¿Qué quiere saber?

Daquin sonrío:

—¿Quién es el asesino?

El otro le devuelve la sonrisa:

—Sobre eso no se haga muchas ilusiones. ¿Hay testigos? ¿Dónde estaba la víctima?

Daquin le indica el lugar que ocupaba la pareja, sobre la flamante alfombra roja que desciende hasta el paseo por el que llegó la moto.

—¿La moto estaba circulando? ¿El que disparó estaba subido en la moto?

—Según los testigos, la moto se detuvo aquí, donde estamos nosotros, quien accionó el arma bajó por la izquierda de la moto, y disparó desde este lado.

—Bien. Vaya a colocarse donde estaba la pareja, y no se mueva.

Después de intercambiar unas palabras con los porteros del casino, Daquin se coloca sobre la alfombra, a la altura de una mancha gris en el mármol blanco. La sangre ha penetrado en la piedra. Bontems se aleja en dirección al centro de la ciudad, vuelve siguiendo el trayecto de la moto a lo largo de las jardineras de flores, se detiene frente a Daquin. Mira detenidamente su silueta. Mirada concentrada, estrecha el campo visual, mandíbulas apretadas sobre el bastón de regaliz, musita algo entre dientes, ligeros movimientos de hombros, brazos, manos, durante unos veinte segundos, una eternidad, piensa Daquin, hipnotizado. Luego el cuerpo se relaja, la mirada vuelve a ser panorámica. Bontems se acerca al blanco contando los pasos, examina el espacio de las arcadas, se adelanta hasta la puerta de entrada, examina el interior del casino. Se da la vuelta, coge del brazo a Daquin, y se lo lleva hacia la Promenade des Anglais.

—Resumo. Blanco distante un poco menos de diez metros, iluminación difícil, violenta bajo las arcadas, pero tamizada en el casino, fondo oscuro, por tanto, y la víctima vestía muy probablemente un traje gris o negro. Blanco en movimiento, la caída debió de empezar desde la primera bala. Tiros muy seguidos, diez en quince, veinte segundos, como máximo, de gran calibre, todos en la diana. El hombre que está buscando es un tirador excelente, muy seguro de sí mismo, eso seguro. Todo lo demás es mucho más impreciso. La puesta en escena es sorprendente. La elección del lugar, sobre todo. Este casino. Las jardineras que rodean la fachada y protegen el espacio bajo las arcadas dificultan la aproximación de la moto al blanco, y multiplican los riesgos. Si la moto intentaba acercarse, podía quedar bloqueada en las jardineras sin salida, y el tiro a quemarropa o desde muy cerca habría resultado una opción demasiado peligrosa. Por lo común, como los equipos de sicarios de las bandas conducen mejor que disparan, trabajan a quemarropa, o acribillan un lugar cerrado con armas automáticas. No conozco, en nuestra región, casos de tiro de precisión con arma corta y desde lejos. Por tanto, estoy intrigado. ¿Qué razones han podido tener los asesinos para elegir ejecutar a alguien aquí?

—El fiscal Coulon sugiere una forma de advertencia a los herederos de los Guérini implicados en el control de los casinos de Niza.

—Ese es su trabajo, no el mío. Lo que le digo, es que un buen tirador no se improvisa, se entrena mucho, repite los mismos gestos, cuida sus armas, las ajusta. Ese tipo de hombres se encuentra con mucha más frecuencia en un entorno de militares o de policías especializados que en el hampa, aunque siempre es posible tropezarse con un artista que trabaje en solitario.

—¿Por qué diez balas? Sobraban ocho.

—Es el número de balas que contiene el cargador de algunas pistolas, con una bala metida en el cañón. Vacío su cargador. Aquí no hay una respuesta clara. El asesino pudo moverse por un odio personal hacia el hombre al que abatió, un sentimiento de venganza, reacciones de ese tipo. Pero también se han visto tiradores de élite «compulsivos», quiero decir que disfrutaban al abrir

fuego, al sentir la violencia que crepita en sus manos, el poder de dar la muerte, y ya no pueden detenerse, se ven arrastrados por su arma, hasta agotar la munición. Drogados por una sensación de omnipotencia.

—¿Podemos pensar que ha querido copiar la manera en que fue abatido Antoine Guérini?

—Es posible, pero Antoine fue tiroteado a quemarropa, en su coche, parado, y su hijo, que estaba sentado a su lado, resultó herido. Un trabajo chapucero. Esto no tiene nada que ver, es el trabajo de un artista.

—La última pregunta: un asesino, ¿tiene tendencia a operar siempre de la misma manera?

—Tendencia sí, es posible, incluso probable. Hay una especie de firma. Pero puede también adaptarse a circunstancias muy diversas. No hay una regla absoluta en la materia.

Los dos hombres se separan con un apretón de manos.

Daquin no tiene prisa, tiene una cita al final de la tarde en el aeropuerto de Niza, el sol le da ganas de pasear. Cruza la avenida para llegar a la orilla del mar, echa una ojeada al pasar a un Renault negro parado a cierta distancia en un espacio prohibido a la sombra de las palmeras, dos hombres sentados delante. De vuelta de su paseo, el coche y sus ocupantes siguen en el mismo lugar. Polis en una operación de vigilancia. No son muy discretos, los colegas nizardos.

En el aeropuerto, Daquin deja su coche en el aparcamiento, camina despacio entre las hileras de vehículos, se agacha, se pone de pie, mira atentamente todo lo que hay a su alrededor. El asesinato se produjo de día, en un lugar de paso. Necesidad de actuar deprisa. La moto podía acercarse sin que la vieran, pero no podía correr el riesgo de detenerse. El asesino disparó tres veces, no podía en ningún caso tomarse el tiempo de vaciar su cargador. Así pues, ninguna certeza, podría tratarse del mismo tirador adaptándose a otras circunstancias, o bien de uno distinto, muy hábil también. Frickx es el que fija la cita con la víctima. Está en el aeropuerto durante el asesinato. Dos certezas. ¿Asiste al asesinato? Nada permite asegurarlo. Durante la hora que pasa en el aeropuerto, desde que su avión desembarca hasta su presencia constatada en el mostrador de la agencia de alquiler de coches, pudo también haber estado esperando a Simon en el *hall*. No avanzo...

Es la hora de su cita. Daquin se dirige al *hall* de llegadas. Entra en el momento en que los altavoces anuncian el aterrizaje del vuelo procedente de Beirut. Beirut. Él se fue de allí hace poco más de un mes. Los recuerdos le llegan a oleadas. Beirut huele a mar, especias, sudor, polvo, podredumbre y pólvora, todo mezclado; un olor entre la pasión y la náusea.

Pero Beirut se aleja, sin remedio. Al otro lado de la mampara de vidrio, distingue una silueta compacta, muy familiar. Beirut es él también, ese hombre cerca de los cincuenta, de melena canosa, que ahora le hace una seña. Daquin cierra los ojos. Vuelve a verlo acudir a su encuentro en los salones de la embajada, abriéndose paso a través de una pequeña multitud ruidosa, con dos copas de *champagne* en la mano.

—Me presento, Paul Sawiri. Tenemos un amigo común, Lenglet. Yo soy su «consejero del petróleo», muy extraoficial, desde luego. Y sé que usted adora el *champagne*, él me lo ha dicho. Bienvenido a Beirut.

Fue el inicio de un cortejo discreto y atento. Daquin se acostó con él bastante pronto, sin saber muy bien por qué. Sin duda porque pensaba que acostarse con «un amigo de Lenglet» no tendría consecuencias, y que recién llegado a Beirut, el hecho de follar con un libanés que declaraba tener ese deseo era una forma de cortesía. Y contra toda expectativa, había experimentado un intenso placer. Después de años de encuentros breves y repetidos con guapos chicos anónimos, simples

objetos de juegos sexuales, vividos entre el goce y el olvido programados, Paul le había abierto la puerta a otro mundo, la connivencia del placer compartido, el estremecimiento de deseo que sube al unísono por un rincón de piel que absorbe la luz, un gesto, una entonación, un roce, una risa, una alusión. El placer que se toma su tiempo, demorado y tierno. Su relación había durado casi un año, una eternidad.

Una mano se posa en su brazo. Daquin vuelve a abrir los ojos. El hombre está de pie a su lado, con un gran bolso de cuero al hombro, y lo observa, con una mirada penetrante.

—Sigues igual de guapo...

La voz grave acentúa ligeramente la última palabra. Media sonrisa.

—¿Cuándo te vas a Viena?

—Mañana. Tendré que reunirme con algunas personas para preparar la reunión de la OPEP del 22 de marzo.

—¿A qué hora sale tu avión?

—10.30.

—Perfecto. Tengo el coche en el *parking*, te llevo a cenar a Niza. He reservado mesa en un restaurante que te gustará.

—¿Y después?

Daquin ya no lo escucha, se ha alejado. Cuando llega al aparcamiento, echa una última mirada circular a la «escena del crimen» del asesinato de Simon. Y se topa con el Renault negro y sus dos ocupantes en doble fila, en un pasillo contiguo al que él tiene aparcado su coche. Ataque de ira. Se agacha, desaparece zigzagueando entre los coches. Los dos polis del Renault lo pierden de vista. El copiloto abre la puerta, sale, se coloca en la parte frontal del coche, lo busca con la mirada. Daquin reaparece por detrás del Renault, se inclina hacia el conductor por la puerta abierta.

—Buenos días, colega. He venido a esperar a un amigo, me lo llevo a cenar al Coco Beach, dormiré esta noche en Niza, pero aún no sé dónde, y mañana...

Paralizado al principio, el conductor reacciona, y arranca haciendo chirriar las ruedas. Daquin le grita:

—Salude de mi parte al inspector Leccia...

El copiloto alcanza el coche a la carrera, salta dentro, cierra la puerta de golpe, el coche desaparece. Daquin se reúne con Paul, que lo espera de pie en el pasillo central, con una sonrisa en el fondo de los ojos.

Daquin conduce en silencio, un poco más atento a la circulación de lo necesario. Vigila por el retrovisor los coches que lo siguen. Nada de particular. Paul, recostado en su asiento, mantiene los ojos fijos el rostro de Daquin.

—Te echo de menos. Vuelve a Beirut.

—¿Has hecho todo este viaje solo para decirme eso?

—Puedo ampliar el argumento, si quieres. No consigo estar sin ti, sin el peso de tu cuerpo en mi vida y en mi cama, sin tu violencia estremeciéndose bajo mis manos, siempre presente, siempre contenida. Sin el contacto de tu piel contra la mía y sin su sabor ácido después del amor.

La última palabra vibra, casi como un sollozo. Daquin calla durante unos instantes, el tiempo para que la emoción de Paul se disipe, y se inclina hacia él:

—Los libaneses sois poetas.

—Yo soy sirio.

—Es verdad. Entonces vamos a tomarnos las cosas con más ligereza. Me fui de Beirut porque me ahogaba. Necesitaba salir de allí. Ya te lo dije, no voy a volver. Y lo sabes.

—Yo pensaba, esperaba, que unos meses en Marsella te harían cambiar de opinión. Tú no estás hecho para la rutina policial, los golpes bajos, la guerra de guerrillas entre servicios. Ni para la soledad.

Daquin suelta una carcajada breve. Bien visto. Sí, el recuerdo de nuestros dos cuerpos entrelazados me persigue; sí, sufro la separación y la ausencia. Las cosas no dichas, las rivalidades, las trampas, las intrigas, los secretos, sí, estoy hartado, pero es el mundo que he elegido, no tengo que rendirte cuentas, es mi vida.

Aparca el coche en las proximidades del restaurante Coco Beach, que domina la bahía de Niza. Una escalera desciende hacia el mar, un sendero excavado en la roca. Los dos hombres entran en la sala del restaurante. El *maitre* los guía hasta la mesa reservada por Daquin, toman asiento al borde del vacío, frente al mar. Niza, el puerto y su muelle en primer plano, la bahía en segundo plano, y por fin, en el horizonte, el cabo de Antibes. A sus pies, rocas de caliza blanca salpicadas de palmeras y cactus, y el mar tan próximo que se oye su murmullo, se percibe su vibración. El mar, en el infinito.

Daquin pide un pouilly fumé de Ladoucette, que beben en silencio. Piensa que la suerte de su relación estaba decidida desde las primeras horas. Paul era el maestro, el más enamorado de los dos, y seguro de sus combates y de su lugar en la sociedad; yo era el discípulo, buscaba referencias en el amor y en un universo incomprensible para mí. Él disfrutaba siendo el piloto, y yo no podía soportar mucho tiempo ser pilotado. Era libre de romper con él, necesitaba hacerlo, lo hice. No fue fácil. Me siento orgulloso. El sol se pone, los colores vivos se difuminan en grisalla, el color de la nostalgia apacible, ideal para una cena de despedida. Daquin distingue el cubo blancuzco del Palais de la Méditerranée. Se sirve otra copa. Adora el pouilly fumé. Puede no ser un gran vino, pero lo adora. Hace una seña al *maitre*:

—Dos *foie gras*, dos langostas asadas al fuego de leña, y otra botella.

Luego se vuelve a Paul.

—Y dígame, ¿cómo va la OPEP, señor consejero del petróleo?

Paul se endereza en su asiento, apura su copa de vino, planta los codos en la mesa, y declara en un tono solemne:

—Théo, los pueblos árabes han llegado al punto de inflexión decisivo de su historia, y yo estoy en el corazón de la batalla.

—Sigues siendo el campeón de los arrebatos líricos. ¿Podrías ser un poco más concreto?

—¿Ahora te interesas por el petróleo? Eso es nuevo.

—Cuando nos acostábamos juntos no quería invadir tu territorio.

Paul hace una mueca.

—No me gusta ese uso del pretérito imperfecto.

Daquin no dice nada.

Paul se concentra en el *foie gras*, excelente, hay que reconocerlo. Y luego, el petróleo, es un tema que conoce bien, y del que le gusta hablar... Se decide a continuar:

—Todo se mueve, todo se rompe. El cártel de las grandes compañías petroleras que llamamos poéticamente las Siete Hermanas nos domina, nos aplasta desde 1928. Pero se ha acabado. Argelia e Irak abren la vía de las nacionalizaciones, Libia dicta las condiciones de los precios,

las pequeñas compañías petroleras se multiplican y se liberan de las imposiciones de las Siete Hermanas, nosotros nos apoyamos a veces en ellas, y el poder del cártel se resquebraja por todas partes. Tienes que comprenderlo, Théo... —Paul agarra la muñeca de Daquin, un gesto familiar en él, transmitir su entusiasmo mediante el contacto físico. En otro tiempo, el gesto estremecía a Daquin y le divertía. Hoy, constata, no hay estremecimiento, solo quedan los recuerdos—. La Historia avanza en el sentido de los pueblos árabes, y nosotros estaremos presentes en la cita. Nuestras vías y nuestros medios son diferentes, pero la meta es la misma. Hemos sido expoliados, pisoteados durante un siglo. Queremos nuestra revancha. Ahora Nixon, al prohibir la convertibilidad del dólar en oro,[14] ha provocado la devaluación de los precios del petróleo, y ha dado el pistoletazo de salida para la gran revolución. Las grandes compañías pretenden endosarnos el coste de la crisis del dólar; así que vamos a prescindir de ellas, recuperar el control de nuestras riquezas naturales, producir y vender nuestro petróleo a nuestros precios, por el bien de nuestros pueblos.

—Otros lo han dicho antes que tú, y cantando: «El mundo va a cambiar de base... Los nada de hoy todo han de ser».[15]

—Ríete. Yo acepto la apuesta. Y te fijo incluso el plazo: menos de un año. ¿Me oyes? —Tiende su mano abierta a Daquin—. ¡Chócala! Si gano, te vuelves a Beirut.

—Yo no apuesto. Admitámoslo. ¿Estás seguro de que entre tus emires y nuestros corruptos hombres de negocios no se merendarán toda la ganancia?

—No, no va a ocurrir así. Los tiempos han cambiado, Théo. Está llegando al poder una nueva generación de dirigentes árabes: Saddam Hussein, Boumedienne, Gadafi, todos ellos imitadores de Nasser, que incluso quieren ir más allá, preocupados por el futuro de sus pueblos. Laicos, trabajadores, progresistas, mucho más honrados, cuento con ellos para marginar a Arabia Saudí y a los emires, al bando americano y a sus aliados. Tengo confianza en ellos. Pero por supuesto la Historia no está escrita, estamos escribiéndola ahora. Es excitante, ¿lo ves?

Daquin libera su muñeca de la presión de Paul, bebe un sorbo de pouilly. Piensa que antes amaba esa claridad de pensamiento, esas certezas que daban sentido a un mundo confuso. Hoy constata, con un poco de irritación, que su examante nunca ha sabido tomar un poco de perspectiva, examinar los hechos con cierta distancia, matizar su pensamiento con una sombra de duda. En una palabra, Paul no tiene el menor sentido del humor.

—¿Cómo puedes creer eso con tanto fervor cuando, delante de tus ojos, tres países árabes, Arabia Saudí, Siria y el Líbano, son incapaces de entenderse para hacer funcionar correctamente un simple oleoducto entre los campos petrolíferos de Arabia y los puertos del Líbano, lo que garantizaría a su petróleo acceso al Mediterráneo y a la clientela europea? Aún más grave, los sirios, y tras ellos los palestinos, están haciendo explotar bombas en los dos extremos de ese oleoducto, por objetivos que no alcanzo a comprender, y ellos seguramente tampoco. Mientras tanto, Egipto, fascinado por su propio poder, juega a quien pierde gana con el canal de Suez. ¿Dónde está la Historia en marcha, en todo eso?

—Lo verás, yo tendré la razón, y mucho antes de lo que te imaginas.

—Si me hablas de todo eso, es que no es un secreto para nadie, e imagino que los ecos tienen que resonar con fuerza en las sedes de las grandes empresas petrolíferas.

—Es cierto. Este es un tiempo de gran confusión, como todos los periodos revolucionarios. Las Siete Hermanas ven que su monopolio se está erosionando, y no saben qué hacer para salvarlo. Desde hace tres años oscilan entre decisiones de boicot contra Libia o Irak que ya no son

capaces de hacer respetar, e intentos de negociar con la OPEP, a la que aborrecen y que ya han intentado destruir, sin conseguirlo. Están perdidas. Y como de costumbre, el gobierno americano hace un doble o triple juego.

—Un hombre con el que ando muy ocupado en estos momentos solía decir: «el mercado del petróleo está cambiando, luego el mundo va a cambiar». A propósito, ¿conoces CoTrade?

—Sí, es la primera empresa mundial en el comercio de minerales.

—¿Trabaja el petróleo?

—No, que yo sepa. ¿Te interesas por los *traders* ahora?

—Me intereso por los delincuentes.

—Son un factor desdeñable. Hablemos de lo que te decía el hombre que tan ocupado te tiene...

—No me acuesto con él, investigo su asesinato.

—... Haz lo que gustes, vuelvo a lo que te decía él, pero invirtiendo el orden de las proposiciones: el mundo cambia, el colonialismo se derrumba, y las Siete Hermanas con él. Consecuencia, el mercado del petróleo se mueve. De momento, barcos cargados de petróleo libio, iraquí, quizá también iraní, se dice pero no se sabe con certeza, circulan un poco por todo el Mediterráneo, fletados por pequeñas compañías, más o menos de contrabando. Refinerías independientes, sobre todo europeas, se proveen en ese mercado «gris». Y los *traders*, los comerciantes independientes, intermediarios de todo tipo casi inexistentes en el momento actual, intentan aprovechar la oportunidad para situarse en función de lo que adivinan como nuevas reglas del juego. Sabemos todo eso. Es inevitable, pero su cifra es insignificante, están destinados al fracaso. Esa gente no va en el sentido de la Historia. Los pueblos árabes van a convertirse en protagonistas de la nueva organización del mercado del petróleo, y sabrán hacer buen uso de su posición.

El sentido de la Historia. Tercera vez que Paul lo invoca, lo convoca, en una sola velada. Es demasiado. Daquin se dice que hizo bien escapando de Beirut.

Langosta asada al fuego de leña, untada en mantequilla fundida: un sabor para condenarse. Ha caído la noche, las luces de la ciudad dibujan con discreción la línea de la costa, los relieves. Daquin se deja llevar.

El placer de la ruptura evidente y tranquila como la noche en la bahía des Anges. Una nueva vida. Diferente. El rostro de Vincent: «¿Antes o después del aperitivo?». Llega del mar una ráfaga de brisa que huele a libertad.

Paul coloca de nuevo la mano sobre la suya.

—Dame aún una noche. Una noche de despedida. Esta noche.

Daquin lo mira, intrigado.

—Un juego peligroso.

—No sabía que tuvieras miedo del peligro.

Daquin come con deleite las últimas migajas de langosta, apura el vino. Me siento seguro de mí mismo, libre. No me siento en peligro. Tu cuerpo tan cerca, tu calor tan familiar, atractivo, deseable. ¿Por qué no follarte como si fueras un desconocido? ¿Con, además, un regusto de revancha? ¿Esta noche, por fin, yo el maestro en el juego?

—Peligroso para ti, no para mí. —Una pausa—. ¿Quieres un postre?

—No.

—Entonces, vámonos.

Algunas vueltas por las callecitas desiertas de la península, como una concesión a Vincent y a sus advertencias; está casi seguro de que nadie los sigue.

Lunes por la mañana, Cap Ferrat

La mañana siguiente, Daquin y Paul Sawiri toman el desayuno en la terraza del hotel Royal Riviera en Saint-Jean-Cap-Ferrat, frente al mar. Daquin, reclinado en su butaca, estira las piernas, bebe a sorbos muy cortos su café, menos malo de lo habitual; siente un bienestar físico intenso. Paul come y bebe, mudo. Daquin consulta su reloj.

—Te llevo al aeropuerto, tenemos que salir ya. No quiero que pierdas tu avión y tu cita con la Historia.

Paul recoge en la recepción del hotel un paquete de periódicos junto a bolsa de viaje, se instala en el coche, y empieza a hojear la prensa. No ha dicho una palabra desde que han dejado la habitación.

Durante todo el trayecto, Paul no levanta la vista de sus periódicos, y sigue callado. Saborea su pena de amor a pequeños sorbos, y empieza a aceptarlo. Daquin ya está en otro mundo.

Después de dejar a Paul en el aeropuerto, Daquin vuelve a Cap Ferrat, encuentra la villa de Emily, entra en un patio estrecho cuyo portal está abierto, detiene el coche. A la derecha ve un garaje disimulado bajo los árboles, con la puerta corredera abierta y dos automóviles, uno al lado del otro, un Renault y un Citroën de tamaño mediano, muy ordinarios, matrícula francesa. ¿Dónde está el de ese primo cuya ocupación principal es fundirse el dinero de la familia? Ante él, la parte de atrás de la villa, una construcción moderna, baja, un solo piso cercado por las buganvillas. Llama al timbre de la puerta de entrada.

Una mujer alta y joven sale a abrir a Daquin. Una maraña de pelo castaño oscuro despeinado, sin maquillar; viste una camiseta que le llega hasta la mitad del muslo; piernas largas desnudas, lisas y bronceadas; pies descalzos. Un cuerpo radiante, saturado de placer, como un eco de su propio cuerpo. Connivencia inmediata, intercambio de sonrisas.

—¿Es usted Emily Frickx?

—Eso creo. Y usted, ¿quién es?

—Comisario Daquin, investigo en el SRPJ de Marsella el asesinato de Pieri, pasaba por la zona y me he dicho que era la ocasión de conocerla y ver qué tal se encuentra. Quería hacerle algunas preguntas, si está de acuerdo.

Ella lo lleva a la terraza, frente al mar. Un hombre se levanta, ella le presenta:

—David Hammersfeld, mi primo.

Va vestido con camiseta y pantalón corto, pies descalzos él también, los restos del desayuno siguen sobre la mesa; su amante sin ningún tipo de duda, una pareja sorprendida en plena intimidad. Intercambian un apretón de manos. David lo observa, una mirada dura, precisa, profesional. Recoge la vajilla y se dirige a la cocina.

—Les dejo.

¿Un niño bien dilapidando la herencia familiar? No es creíble ni por un segundo. Daquin intenta plasmar en palabras la sensación que ha tenido al ver al primo. La mirada, la manera de

moverse, de desplazarse, la distancia que mantiene entre él y el visitante... Como si estuviera en una zona de combate. Extraña pareja.

Emily se ha sentado a la mesa.

—¿Le sirvo un zumo de naranja?

—No, gracias, señora. Acabo de desayunar.

—Le escucho.

—Después del asesinato, dijo usted a mis compañeros de Niza que Pieri mantenía relaciones de negocios con su marido, y que lo había conocido por casualidad en Milán. ¿Puede contarme con más detalle cómo ocurrió ese encuentro?

—Sí, desde luego. De la fecha exacta, no me acuerdo. Hará dos años, más o menos. Yo hacía unas compras en el centro de Milán, cerca de la oficina de mi marido. Subí a verle por una razón u otra, sin duda por un apuro momentáneo con el dinero, cuando una mujer sale de compras... Estaba ahí el señor Pieri, finalizaba en ese momento una reunión de trabajo con mi marido. Intercambiamos unas palabras en francés, le hablé de Niza y de esta villa, que alquilamos desde nuestra llegada a Milán. Y acabamos por almorzar juntos. Mi marido no nos acompañó, no tenía tiempo, nunca tiene tiempo. Me encontré de nuevo con el señor Pieri por casualidad, el día de su muerte.

La voz se vuelve ronca, ella calla.

—¿Y la invitó a cenar en el casino?

—Sí, claro...

—¿Por qué?

—No lo sé, supongo que mi compañía le resultaba agradable.

—¿Qué clase de negocios hacía con su marido? Flete de barcos, transporte de materias primas, de grano, de minerales, de petróleo, de otra cosa...

—No tengo la menor idea. Mi marido no me habla nunca de sus negocios, y el señor Pieri no tuvo apenas tiempo de hacerlo.

—¿Hay algún motivo especial por el que haya elegido residir tan a menudo aquí?

—Sí. Hablo bien francés, no conozco el italiano. Encuentro que Milán es una ciudad fea y triste, no conozco a nadie allí, me aburro. En Niza y sus alrededores hay muchos pintores y artistas amigos míos, a los que frecuento felizmente desde hace mucho tiempo.

—¿Artistas a los que Pieri frecuentaba también?

—No lo sé. No creo.

—¿No le sorprendió encontrárselo en una galería de arte, el día de su muerte?

—¿Por qué habría de sorprenderme? El arte pertenece a todo el mundo, las galerías están abiertas para todos.

—¿De qué hablaron durante la velada?

—De arte, justamente. Le conté algunas anécdotas sobre mis amigos artistas, todo ese grupo al que solemos llamar la Escuela de Niza. Sin duda, al señor Pieri le encantaba que le contaran historias.

Daquin se despide en un mar de dudas. ¿Es sincera la mujer, o no? ¿La visita ha sido útil, o no? Tiene un discurso muy ensayado de mujer frívola y derrochadora que no me creo ni por un instante, no sé bien por qué. Es algo físico, ella es densa, y no ligera. Y Pieri no tenía ningún motivo para invitar a cenar a una joven descerebrada. Ella parece sincera cuando habla de sus

amigos nizardos. Acuérdate del informe policial de la destrucción del piano en el Paseo, una historia que quizás ella contó a Pieri. Esos juegos de adolescentes le harían reír, y debió de sentirse muy sabio, justo antes de morir. Los dos personajes que representa Emily no encajan con facilidad. Y ese primo-amante...

En el patio, se detiene justo el tiempo suficiente para memorizar los números de las matrículas de los dos coches del garaje, y luego se instala al volante del suyo y conduce de vuelta a Marsella.

En la terraza, David ha vuelto a tumbarse en la hamaca, al lado de Emily.

—Insisten mucho, los polis, y me pregunto por qué razón. ¿No te parece extraño ese comisario marsellés que viene y te dice: pasaba por aquí, y he querido conocerla?

—No, no lo encuentro extraño en absoluto. Ha habido un asesinato, dos incluso, si hacemos caso de los periódicos. Está haciendo su trabajo, ¿no?

David duda un momento. Luego añade:

—No se atreven a presionarte de forma abierta, pero deben de preguntarse qué hacía la joven esposa de un *trader* rico en un casino con un viejo mafioso. Y esas historias de su afición al arte no son creíbles, Emily. Ni para ese poli ni tampoco para mí.

—Los polis de Niza se las creen. Me lo han dicho.

David, de pronto grave:

—Si hubiera el menor problema, ¿tú me lo contarías?

—¿Qué problema?

—No lo sé...

—Yo sí sé lo que te imaginas. Déjame tranquila con tus celos idiotas. Nunca ha habido ninguna relación amorosa o sexual entre Pieri y yo. No estropees los momentos maravillosos que estamos viviendo estos días.

11. LUNES, 19 Y MARTES, 20 DE MARZO DE 1973

Lunes por la tarde, Marsella

Otro trayecto Niza-Marsella. Tiempo para pensar. Con esta noche en un palacio de la Costa Azul, a dos pasos de Niza y de Leccia, incluso aunque no me hayan seguido, incluso aunque hayamos reservado dos habitaciones, no he respetado las normas de seguridad de Vincent y de Pieri. Y no consigo lamentarlo. Capítulo cerrado. El seguimiento policial: más complicado. Esos dos idiotas me esperaban en el Palais de la Méditerranée. ¿Quién les hizo el encargo? ¿El jefe? ¿Bontems, el hombre de los GIP? ¿Grimbert? ¿Qué significa ese seguimiento? ¿Es un acto de guerra o una costumbre local? En cualquiera de los dos casos, he reaccionado como un imbécil. Habría podido despistarles de manera sutil, y les ataco. ¿Qué sentido tiene una actitud agresiva cuando no se tienen los medios para hacer la guerra?

Informar a Grimbert de la visita de Leccia. No puedo rehuirlo por más tiempo, es urgente. Y a propósito, ¿qué grado de confianza puedo concederle? No, la pregunta está mal planteada. Si no confío en él, no hay equipo, no hay investigación, y entonces mejor dejarlo todo ahora mismo. La única opción que me queda es confiar en él, o actuar como si confiara.

De vuelta en el Obispado, Daquin sube a su despacho. Encuentra un mensaje garabateado por Grimbert: «Delmas ya de vuelta, estamos trabajando los dos con los dosieres de la Somar, en la casa, segunda planta. Puede contactar con nosotros en el 902, línea interior». Daquin le llama: Grimbert pasará a verle a última hora de la tarde.

Se pone a trabajar. Telefona a París, para consultar el fichero central de placas de matrícula. Habrá de esperar, su solicitud va a ser tramitada, lo llamarán. Luego vuelve a sus mapas de los trayectos efectuados por los mercantes de la Somar, y se ocupa de completarlos. Se confirma, el Santa Lucia es una excepción, ningún otro barco de la Somar sigue los mismos itinerarios, ni utiliza los mismos puertos. Tiene la sensación de acercarse a algo, ¿pero a qué?

Sin que le dé tiempo a una pausa para el café, el fichero central vuelve a llamar.

El Renault pertenece al Sr. y a la Sra. Frickx, un coche comprado de ocasión hace cuatro años, que dejan sin duda de forma permanente en la villa para que Emily pueda desplazarse durante sus estancias en Cap Ferrat. La nieta del multimillonario sudafricano no es ostentosa.

El Citroën Ami 8 es más interesante. Automóvil de alquiler, grupo Eurauto. Después de varias llamadas, Daquin consigue hablar con un interlocutor del servicio central de regulación del grupo, y averigua que la última localización conocida de ese automóvil es la agencia Eurauto de

Marsella-Estación Saint-Charles, la más importante de la región. El dossier no ha sido aún devuelto al archivo central, lo que significa que el alquiler sigue vigente. Llama a la agencia, habla con la responsable. Una voz encantadora.

—Desde luego, comisario. Pase ahora si lo desea. Estaré en la agencia hasta las ocho.

Daquin sale del Obispado, en dirección a la Estación Saint-Charles y la agencia Eurauto. A pie, para darse a sí mismo tiempo de respirar. Cruza el Panier, la vieja Marsella. Callejuelas estrechas, entre fachadas altas carcomidas por la pobreza, que la perspectiva hace gravitar amenazadoramente sobre los transeúntes como las piezas de un torno de sujeción. Muy arriba, muy lejos, una estrecha franja de cielo. Un barrio parapetado detrás de su folklore y sus redes mafiosas.

Pieri-Simon, una maraña de complicaciones. Simon, la sombra de un desconocido que parece prosperar en las oficinas. Pieri, una presencia abrumadora, pero un personaje del que sigue sin saber nada. El Santa Lucia, una promesa tempestuosa. Hay además uno o varios tiradores de élite en el paisaje. La pareja intrigante que forman Emily y su primo. Frickx, el gran ausente. Y esa sensación de opresión, sin duda relacionada con la configuración del barrio, de que lo peor está por venir, y que el torno de los muros leprosos de las calles del Panier acabará por cerrarse sobre él y aplastarlo. Unos pasos más adelante, las calles se ensanchan. Árboles. Un poco más lejos, la estación. Daquin respira mejor. Los papeles de la Somar; un promesa, encontrará en ellos el centro a partir del cual se articula todo.

Ese centro existe, por fuerza. Con este nivel de complejidad, no hay casualidades. A trabajar.

Daquin entra en el *hall* de la agencia donde dos empleados, detrás de un mostrador, atienden a la clientela. Pide ver a la responsable de la agencia, que le recibe inmediatamente, en un despacho pequeño y luminoso, muy ordenado y lleno de flores. Ella es preciosa, rubia y muy dispuesta a satisfacer a los representantes del orden público. ¿Un Citroën, 630 GT 51, en nuestra agencia, hará unos diez días? Con gestos dinámicos, encuentra el dossier y lo desliza en dirección a Daquin, con una sonrisa; ya ve lo eficaz que soy. El vehículo fue alquilado el 10 de marzo, por un periodo de quince días eventualmente prorrogable. Fotocopia del permiso de conducir del conductor: Leo Siebert, licencia americana. La foto no deja lugar a dudas, se trata de David Hammersfeld. Daquin pide una fotocopia del documento, y la obtiene sin dificultad.

Vuelta al Obispado. Excelente operación. Este individuo tiene varias identidades, y documentación falsa de calidad. Estaba en la zona en el momento de los crímenes. Nada resulta irrelevante. De ahora en adelante es una de las piezas principales del puzle.

Cuando llega a la comisaría, Daquin da un rodeo para pasar por los servicios técnicos, enseña la fotocopia del permiso de conducir de Leo Siebert, y pregunta si es posible que le hagan una foto retocada, más precisa, del rostro de ese individuo. Es posible. La tendrá mañana por la mañana sobre su escritorio.

Grimbert le espera bebiendo un pastís, y contemplando los mapas que se han multiplicado en las paredes.

—Verdaderamente interesante.

—Sí, sin duda, veremos eso en la reunión del equipo, mañana. Quería hablarle de otra cosa. Leccia vino a verme aquí, a mi despacho, el viernes pasado, bastante tarde, cuando ya no quedaba casi nadie en la comisaría.

—¿Qué es lo que quería?

—No lo sé. Me hizo un discurso de estilo mafioso. Como soy un extranjero en esta ciudad, mi

reputación es frágil. Ningún ataque preciso, ninguna petición clara, algunos pseudoconsejos de prudencia. Y tal vez, más o menos, una oferta de «apoyo amistoso».

—¿Qué le respondió?

—Nada, o lo menos posible, y en el mismo estilo. No he entendido qué es lo que buscaba.

—¿Se acuerda de que, durante el funeral de Pieri, yo me preguntaba por qué Leccia había decidido asistir? Ahora tenemos la respuesta: para verle a usted. Nuestra investigación le molesta. Hay varias hipótesis posibles. Debe de saber por Bonino que hemos mencionado el SDECE, pero no creo que se trate de eso. Si se ha enterado del carné del SAC de Simon...

—Tiene que saberlo.

—Estoy de acuerdo. Ahí hay un móvil más creíble. —De nuevo una mirada al mapa del Santa Lucia—. En mi opinión, la hipótesis más probable es que sabe lo que hay en ese barco. E intenta tomar sus precauciones.

—Quieres decir lo que había en el barco, antes de que la policía turca lo pusiese a buen recaudo.

Daquin se pone en pie:

—¿Café?

—No, a a esta hora no. Un pastís no lo rechazaría.

Daquin prepara un café, va a buscar agua y hielo a la nevera de la planta, coloca el vaso de pastís delante de Grimbert y la taza de café frente a él mismo, añade unas gotas de coñac, y continúa:

—Lo de ayer fue más intrigante. En el Palais de la Méditerranée me esperaban dos polis de Niza camuflados, y me siguieron hasta el aeropuerto, donde iba a buscar a un amigo. Allí desbaraté su juegucito, de una manera demasiado brutal, lo reconozco. ¿Es corriente, entre vosotros, esa clase de costumbres?

—Corriente, no; yo no diría eso. Leccia se toma muchas molestias para intimidarte. Se está haciendo urgente saber por qué, con certeza. Los dos nizardos, ¿te esperaban en el Palais de la Méditerranée?

—Sí.

—¿Quién les informó de la cita con el tipo de los GIP?

Daquin hace un gesto con las dos manos: ni idea.

—¿Te has preguntado si esa información podría venir de mí?

—No. He decidido no hacerme esa pregunta.

—Lo valoro mucho. —Un momento de reflexión—. Hay que tomarse esas maniobras en serio. No hacer un drama, pero sí en serio. Dame unos días, voy a consultar a mis amigos.

—¿Me aconsejas que hable con el director?

—No. No enseguida. No antes de que yo averigüe de qué va la cosa. Además tienes pocas posibilidades de encontrarle.

—¿Por qué? ¿Está de vacaciones?

—¿No te has enterado de la noticia? Hoy ha sido encontrado entre unos matorrales, en Pélissanne, el cuerpo de un turista inglés asesinado, John Cartland. Su hijo ha resultado herido y habían prendido fuego a su caravana. La investigación ha sido confiada a las dependencias de Aix-en-Provence del SRPJ, y el jefe ha salido pitando hacia allí con la idea de recuperar el caso para Marsella.

—¿Es importante?

—Mucho. Seguramente habrás oído hablar del *affaire* Dominici. O quizá no, después de todo. Pasó hace veinte años, tú no habías cumplido aún los diez. Toda una familia de turistas ingleses acampaba en las tierras de unos campesinos del lugar, los Dominici, y todos fueron masacrados en el bosque. Aquí, el asunto ha dejado cicatrices. La sucesión de errores y el desastre policial y judicial aún persiguen a todos los policías de la zona. Entonces, que unos turistas ingleses vengan de nuevo a hacerse matar en nuestros campos, es algo que degenera de inmediato en pesadilla.

—Excelente. Durante algún tiempo, nadie pensará en pedirnos cuentas de nuestra investigación.

—¿Una última copa para el camino, comisario?

—No diré que no.

Daquin observa a Grimbert mientras sirve los vasos. Pastís y coñac. ¿Cómo reaccionaría si Leccia viniera a decirle: «Tu comisario es maricón»? No sé la respuesta. Y no le haré la pregunta. ¿Por qué? No me gusta exhibir mi vida privada, es cierto, pero no es solo eso. No sé cómo gestionar las reacciones de Grimbert y de Delmas. ¿Tengo miedo?

Martes, Marsella

Cuando llega al Obispado, Daquin encuentra el correo sobre su escritorio. Lo revisa antes de la reunión del equipo, prevista para las diez. Primer sobre: el laboratorio le entrega una foto aumentada y retocada de David. Muy reconocible. Buen trabajo. La deja muy a la vista sobre el dossier Pieri. Luego abre un sobre más grueso, procedente del consulado francés de Nueva York.

Nota a la atención del comisario Daquin.

CoTrade es una empresa de comercio de minerales de gran envergadura, tal vez la primera del mundo, y tiene su sede social en Nueva York, donde su reputación es muy buena. Frickx está considerado el hijo espiritual del actual presidente, Appelbaum, y su muy probable sucesor. La empresa y sus dirigentes se mantienen cuidadosamente apartados de la jet set neoyorquina, y su política de comunicación se resume en: sobre todo, no comunicar nada sobre nada. Así pues, no sabemos gran cosa sobre ellos.

Daquin suspira, se prepara un café, continúa.

He descubierto una sola excepción: la boda de Michael Frickx con Emily Weinstein, nieta del magnate de la Sociedad Minera de Sudáfrica, celebrada con gran pompa en 1966, en la sinagoga de la Quinta Avenida, y a la que fue convocada toda la prensa. Esa noche, Appelbaum y Weinstein dieron una cena de 500 cubiertos en el Waldorf Astoria. Se trataba de generar ruido en torno a la asociación de dos gigantes de la extracción y el comercio de productos mineros, mucho más que alrededor de los contrayentes, que desaparecieron de la esfera pública y de los medios desde el día siguiente de la boda. Adjunto a esta nota los recortes de prensa relacionados con el acontecimiento. La cosecha es magra, lo siento, y le deseo buena caza.

Comisario Raoul Dupuis

Daquin hojea las páginas de periódicos y las fotos, primero distraído, y de pronto más atento. En la foto que tiene en las manos, la novia, el rostro oculto bajo el velo, sale de una berlina delante de la entrada de la sinagoga, y se apoya en el brazo de un joven de uniforme militar que sostiene la puerta abierta para ella. David. Daquin mira por segunda vez. No hay error posible, es David. Vuelve a verlo en la terraza de Cap Ferrat, la mirada dura, esa sensación extraña de encontrarse frente a un guerrero. Interesante, muy interesante. Pero ¿de qué ejército? Guarda la foto en el cajón de su escritorio.

Cuando los tres hombres se encuentran para ponerse mutuamente al día, una hora más tarde, Delmas rebosa la felicidad de un chiquillo después de su escapada. Daquin le da la palabra.

—La viuda se consolará bastante deprisa, y jura que nunca más se casará con un marino...

—Me la suda —dice Grimbart, con aire siniestro.

—Pasa deprisa por tus hazañas de seductor, Delmas, y haznos una valoración de conjunto sobre lo que has averiguado.

—El barco fue custodiado de forma permanente por la policía turca, no se me autorizó a visitarlo. Sí se me permitió echar una ojeada al cuaderno de bitácora, y en él vi consignadas la comunicación por radio con Simon, y la orden de regresar a Marsella. Está en curso, a pesar de que la tripulación no trabaja al completo. Dos marinos desertaron el día, o más exactamente la noche, del accidente.

Daquin alza la cabeza.

—Caramba... ¿Y qué sabemos de ellos?

—Casi nada. Busqué en el cuaderno de bitácora. Al parecer embarcaron en Estambul dos meses antes. Pero no hay prácticamente ninguna otra información sobre ellos. Uno de los dos tendría la nacionalidad paquistaní...

—¿Nuestros principales sospechosos?

—Es lo más probable. Les tres marineros chipriotas restantes fueron recluidos a bordo, y son ellos quienes se encargan de la repatriación del barco.

—¿Cuándo vuelve el Santa Lucía?

—Debería haber salido de Estambul anteayer. Los policías turcos con los que he hablado parecían tener prisa por librarse de él.

Y un regalo sorpresa: el cuaderno de poesía de Nicolas, que Delmas saca de su bolsillo y tiende a Daquin, abierto por la página de la oración por Pieri. Daquin lee en voz alta las últimas líneas:

Tú me recogiste, me albergaste, me cuidaste. Tú me diste un oficio en la marina mercante. Tú me confiaste uno de tus barcos, el más secreto, el más peligroso. He sabido protegerlo. Me siento orgulloso de tu confianza. Orgulloso de no haberte fallado nunca. Descansa en paz. Yo guardaré tu memoria.

14 de marzo de 1973, Estambul

Capitán Nicolas Serreri

—Hermoso homenaje. ¿Algún comentario, Delmas?

—Tenemos su mapa, comisario, luego la alusión al secretismo del barco en la oración de recuerdo de Nicolas a Pieri, y por fin el asesinato del capitán. Chipre. Leí en la prensa que hace unos días un mercante chipriota atiborrado de armas había sido interceptado en aguas irlandesas. Por fuerza, uno piensa en el tráfico de armas.

Daquin interroga con la mirada a Grimbert, que responde:

—Los tres pensamos lo mismo. Chipre es el mayor mercado de venta de armas de contrabando, en dirección a los movimientos terroristas, los palestinos, el IRA en Irlanda, y ETA en el País Vasco, entre otros.

—Buen trabajo, Delmas. —Daquin se toma un tiempo de reflexión, y luego añade—: Por si acaso, propongo que no incluyamos este cuaderno en el procedimiento. Lo guardaremos bajo mano para sonsacar a Maïté, si se presenta la ocasión. Ella quería mucho a ese Nicolas. Digamos que tanto como al hijo que no tuvo con Pieri. —Cierra el cuaderno—. ¿Estás de acuerdo con el informe de Delmas, Grimbert, o vas a seguir gruñendo?

Grimbert sonrío:

—Estoy muy de acuerdo. Y antes de centrarnos en lo esencial, los papeles de la Somar, dos palabras: me encontré con Casanova el domingo por la mañana, y él identificó al tipo de la foto, el que estaba al lado de Maïté. Le llaman Jo el Armenio.

Delmas le interrumpe:

—¡Jo el Armenio! Catherine Serreri me habló de él. Nicolas lo consideraba como su hermano. Luego Nicolas y él tuvieron una disputa violenta a finales del año pasado, y Nicolas le echó de su casa.

—Interesante. Hermano de Nicolas, íntimo de Maïté... Jo forma parte de la familia. Casa me pareció incómodo durante nuestra charla, como si sopesara todo el tiempo lo que podía decirme, y lo que no debía decirme...

—¿Tenemos una ficha de Jo el Armenio?

—No, lo he verificado; pero si conociéramos su estado civil...

—Puedo preguntarle a Catherine.

—Hazlo, Delmas, hazlo. Hablemos de la Somar.

—Hemos trabajado el tema entre tres, mi colega de delitos económicos, Delmas, cuando no consolaba a la viuda, y yo. Aún no lo hemos podido examinar todo. Pero hemos captado ya lo esencial del funcionamiento de la Somar. Primera fase, la actividad de los barcos genera beneficios muy importantes, mucho más importantes que para la competencia. ¿Cómo es posible? Una parte de los gastos incluidos en este apartado (abastecimiento, gasóleo, sueldos) está manifiestamente infrafacturada. Hemos comparado los precios corrientes por esos asuntos y los que constan en las facturas. La Somar trabaja con tarifas que no llegan más que al 10% de los precios habituales. Quizás podría existir la misma diferencia en los precios de las mercancías transportadas, pero no hemos tenido tiempo de hacer las comparaciones, que resultan mucho más complejas. ¿Cómo es posible esa diferencia entre precios reales y precios facturados? Una certeza: la mayoría de las compras se paga sin factura, con dinero en efectivo que no deja ninguna huella en la contabilidad de la Somar. Nuestra hipótesis: se trata de dinero negro líquido, procedente de corruptelas y tráfico diversos. ¿Me sigues?

—Hasta ahora, todo va bien.

—Como esos gastos no se facturan, las ganancias que registra la Somar están infladas artificialmente. ¿También de acuerdo?

—También.

—Segunda fase, la Somar tiene una filial en Malta...

Daquin levanta los ojos de las notas que está tomando, y mira a Grimbert, que marca una

pausa, y luego continúa:

—... la Serval, que le presta servicios del tipo de gastos de publicidad, comunicación y, mejor aún, asesoramiento, facturados a precios astronómicos. La Somar no hace ni publicidad ni comunicación, y seguramente no necesita asesoramiento; pero paga. Sumas considerables transitan así en dirección a Malta, y allí quedan al resguardo de las miradas del fisco, o de la policía. Nuestra hipótesis: existe todo un conjunto de personas que prestan dinero negro líquido de antemano a la Somar, y lo recuperan limpio y blanqueado en un banco maltés, o suizo, o luxemburgués, el abanico de posibilidades es amplio, mediante una modesta comisión del orden del 20 %, tarifa base en este tipo de transacción, según me dice mi colega de delitos económicos. La Somar es lo que se llama una lavadora, una empresa de evasión fiscal. Recordemos que Pieri la creó en el momento en que la French funcionaba a toda marcha. Mi hipótesis es que montó la Somar para blanquear y colocar el dinero del clan Guérini en un lugar seguro fuera de Francia. Luego, la empresa ha seguido una pauta de desarrollo autónomo. Pero sigue blanqueando dinero.

—¿El dinero de quién?

—La respuesta está sin duda en Malta. En todo caso, no está en las cuentas que hemos requisado. No tenemos nada sobre la filial maltesa, aparte de su nombre y la dirección que aparece en las facturas.

—¿Cabe pensar que el nombre del asesino estará en esa lista de clientes de la empresa que blanquea?

—Tengo mis dudas. Eran clientes de la confianza de Pieri, que hizo funcionar la lavadora sin contratiempos y sin indiscreciones durante años. El peligro para ellos aparece más bien ahora, después de su asesinato.

—Podremos aclarar el tema cuando hayamos identificado a los beneficiarios. Los asesinatos podrían estar relacionados con un conflicto de dinero con uno de ellos.

—Es posible, pero en mi opinión poco probable.

—Necesitamos esas listas. Darían una enorme potencia a nuestra investigación.

Daquin cambia de tema:

—¿Por qué Hacienda no ha visto nada?

—Hay facturas para todas las transacciones realizadas. Si uno se contenta con hacer sumas y restas, sin preocuparse de lo que representan esas facturas, las cuentas cuadran. Hacienda no ha buscado más allá.

—¿No ha podido o no ha querido buscar?

—Imposible responder a esa pregunta, por ahora. Eso no es todo. La Somar tiene otra filial en Malta, la Mival, que explota, al parecer, dos mercantes petroleros, con bandera maltesa.

—Ahí aparece por fin el petróleo del que hablaba Thiébaud...

—Pero no hemos tenido tiempo de desenmarañar las cuentas, que parecen terriblemente complicadas. Los petroleros no pertenecen a la Somar, sino a una sociedad con sede en Curaçao; reciben las órdenes de la Somar, y la explotación está confiada a la Mival. Un auténtico galimatías. Pero esa parece ser la regla en el sector, por lo que me ha dicho mi colega.

Grimbert calla. Daquin reflexiona en voz alta:

—¿Por qué Malta? No tiene consideración de paraíso fiscal. ¿Por qué no Panamá, o Jersey? Tú eres de origen maltés, Pieri se instala en Malta, me gustaría entenderlo. ¿Es pura casualidad, o Malta es el centro del mundo?

—No es casualidad en absoluto. Las relaciones entre Marsella y Malta vienen de lejos. Después de la guerra, muchos malteses en la miseria vinieron a buscar fortuna a Marsella, en concreto como marineros en el contrabando de tabaco con base en Tánger, un negocio de gran volumen, dirigido por marseleses, que empleó a centenares de personas. Los Guérini estaban allí. Pieri tuvo su bautismo de fuego en ese negocio, y debió de trabajar con malteses. Ya empiezas a conocer el espíritu familiar de Pieri; imagino que se acordó de sus compañeros de armas en el momento de crear sociedades alejadas del fisco francés. Cada cual trabaja con sus propias redes.

Grimbert recupera el aliento, duda, y finalmente añade:

—En mi caso, la relación entre Malta y Marsella tampoco es en absoluto fruto de la casualidad. Después de la guerra, mi padre no soportaba ya la miseria, quería ganar dinero. Cuando se vino con su familia a Marsella, no eligió este punto de aterrizaje por casualidad, tenía una idea en la cabeza, se hablaba mucho del tráfico de tabaco en nuestra isla. Al poco, nos abandonó, a mi madre y a mí, y dicen los rumores que se fue a buscar fortuna a Tánger, con sus vecinos corsos, en las bandas de marseleses. Nunca más tuvimos noticias suyas. Así pues, propongo que no hablemos de casualidad, sino más bien de una confluencia de circunstancias.

—Lo anoto.

—Y si Malta no está clasificada aún como paraíso fiscal, no tardará en estarlo. La base militar británica que la mantenía a flote, está siendo desmantelada progresivamente desde que la isla se hizo independiente. No posee ningún recurso natural, está muy poblada, los malteses son marinos y comerciantes experimentados con el añadido de una sólida herencia inglesa de liberalismo amoral y eficiente en el ámbito de los negocios, y tienen una situación geográfica ideal, en el corazón del Mediterráneo. Pieri intuyó todas las posibilidades del lugar, a dos pasos de su casa. Tal vez muy pronto le dediquen una estatua en la isla como pionero de la nueva prosperidad maltesa.

Daquin refunfuña:

—Entonces, nos encontramos en un callejón sin salida.

—No necesariamente. Cuando entré en la policía, mi madre, tranquila por mi futuro, se volvió a Malta; nunca consiguió hablar francés correctamente. Sigue viviendo allí, con toda su familia. Yo voy con mi mujer y los niños una vez al año, por vacaciones.

—Ya veo a dónde quieres ir a parar, Grimbert. Me interesa.

—Conozco bien las costumbres de la isla, La Valeta es una capital muy pequeña, 5000 habitantes, una aldea, de hecho, todo el mundo se conoce, y yo tengo allí parientes y amigos. Pienso que, con su ayuda, podré encontrar a las personas que dirigen la Serval y la Mival, visitarlas y conseguir informaciones. Trataré el asunto a la marselesa. O a la maltesa, si lo prefieres, que viene a ser lo mismo.

—Adjudicado. Y no quiero saber más sobre cómo lo haces. Por mi parte, tengo dos informaciones que daros. La reconstrucción informal del asesinato de Pieri con el especialista de los GIP no deja lugar a dudas. El ajuste de cuentas entre mafiosos le parece muy improbable. Podemos considerar como probada su hipótesis, Grimbert, de una puesta en escena de asesinato siguiendo el modelo de los ajustes de cuentas entre bandas para despistar a los investigadores. O para facilitarles una salida cómoda.

Se hace el silencio, y al poco Daquin continúa:

—Otro punto, he conocido a David Hammersfeld, el primo de Emily. Un tío guapo. Ahí tenéis

su foto. Alquiló un coche en Marsella el 10 de marzo, bajo el nombre de Leo Siebert, con documentación falsa de excelente calidad, podéis ver la fotocopia en el dossier. No llegó a la casa de su prima hasta el 15 marzo, por tanto, cuando se produjeron los dos asesinatos, él estaba dando vueltas por ahí. Es un personaje clave de nuestra investigación. Nos ocuparemos de él al tiempo que hacéis una visita a su familia. ¿Algo que añadir? Se levanta la sesión, vamos al anexo a celebrar esos días de permiso, Grimbert.

El bar-estanco, el anexo, está repleto de gente, polis de la PJ y periodistas mezclados, todos de pie, arracimados alrededor del mostrador del bar. El pastís corre a raudales, todo el mundo habla, hay mucho ruido. Un único tema en todas las conversaciones: el caso Cartland. Los periodistas van a la caza de la exclusiva, como de costumbre, pero todavía no hay primicias y el tono deriva hacia la broma. El jefe de la PJ es el blanco de todas las pullas. Está peleando por recuperar el caso, no ha entendido que los ingleses traen mala suerte a la zona, desastre seguro, los polis de la PJ van a quedar otra vez como unos vagos inútiles. Un periodista acepta apuestas, y las anota en un pequeño cuaderno negro: el fiasco policial y judicial se cotiza diez a uno.

Daquin, Delmas y Grimbert se instalan en la terraza, al sol, como de costumbre; piden un coñac y dos Ricard, brindan. Grimbert disfruta de este momento de relax antes de lo que va a ser, se diga lo que se diga, un salto a lo desconocido.

En un rincón de la sala el tono sube bruscamente, empieza una pelea, se cruzan insultos.

—¿Qué estás haciendo aquí? Gilipollas...

—Tocacoj...

—Vete a vender tus podridos soplos a los yanquis.

Dos inspectores empujan a un tipo con aire asustado, lo agarran del cuello, lo arrastran, lo empujan hasta la terraza sin dejar de darle golpes. El grupo pasa al lado de la mesa de Daquin y su equipo, que solo tienen tiempo de ver una cabeza rapada, un rostro de piel morena desencajado por el miedo, ojos desorbitados, el hombre se protege la cabeza entre los brazos.

—No os mováis —murmura Daquin.

Al llegar al extremo de la terraza, los dos inspectores se apoderan cada uno de un brazo y una pierna, y arrojan al hombre sobre el pavimento de la plaza, sin contemplaciones.

—No te atrevas a volver a poner un pie aquí. No estamos de broma.

Aterrizza boca abajo, se levanta, tropezando, se larga sin darse la vuelta.

Uno de los dos inspectores se dirige a Grimbert, al tiempo que se coloca bien la ropa. Se detiene a su lado:

—¿Lo has reconocido?

—No.

—Jo el Armenio, un segundón de la banda de los Guérini. Siempre ha conspirado más o menos con todo el mundo. Desde hace algún tiempo, ejerce de soplón para los yanquis. Y cuando digo yanquis quiero decir el consulado, directamente. Un mierda, vamos. Estaba tratando de pillar algún soplo sobre el caso Pieri, no os fiéis de él, tíos.

—Gracias por la información, Gordo, lo tendremos en cuenta.

El inspector se aleja. Grimbert se vuelve hacia Daquin.

—Se llama Noël Legras. Lo llaman Papá Noël, o el Gordo. Parece que Jo el Armenio está pillando importancia.

—Eso parece.

—Antes de que me vaya de vacaciones, podríamos ir a almorzar los tres donde Étienne, para mí sería un placer. ¿Lo conoces?

—No.

—Te va a gustar. No está lejos, se come deprisa y bien: sepietas fritas con ajo y perejil, albóndigas con espaguetis, pizzas de queso o de anchoas...

Daquin se pone en pie.

—Te seguimos.

Las dos salas del restaurante están repletas. Muchos polis de paisano, y militares en traje de faena, o más o menos de uniforme, en un ambiente muy relajado.

—Sobre todo tipos de la Legión —precisa Grimbert—, muchos miembros de la tropa, o suboficiales que están pasando una temporada en el centro de reposo de la Legión extranjera, en la Corniche, justo antes del Vallon des Auffes.

También hay marseleses que no pertenecen ni a un grupo ni al otro. El ambiente es cálido y ruidoso. Se habla en voz muy alta, se bromea, se ríe, hombro con hombro, palmadas en la espalda, se siente uno bien, como en casa. Étienne encuentra enseguida una mesa en un rincón, no es cuestión de hacer esperar a Grimbert, un habitual. Los tres hombres se instalan, y ajustan el diapasón al de sus vecinos. No se habla de trabajo, durante el ratito de comerse una *pizza* y una jarra de tinto se olvidan las arenas movedizas y la marea que sube.

Al final del almuerzo, Delmas y Daquin estrechan la mano de Grimbert: «Manda noticias en cuanto puedas», y vuelven al Obispado.

Daquin llama al puerto autónomo: se espera la arribada del Santa Lucia para dentro de dos días, a primera hora de la mañana.

Delmas se aísla para llamar a Catherine en privado.

Cuando vuelve al despacho, Daquin está sumergido en el dossier de la investigación; rebusca, clasifica algunos documentos, aparta otros, y por fin se vuelve a Delmas:

—¿Qué hay de Jo el Armenio...?

—Se llama Joseph Stepanian. Es todo lo que sabe Catherine.

—Mientras Grimbert disfruta de sus vacaciones, vamos a adelantar la faena. Tengo para ti un programa cargado y sin mucho *glamour*. —Coloca un dossier delante de él—. Vas a averiguar todo lo que puedas de David, el primo de Emily Frickx. Te he puesto las informaciones de que disponemos ahí dentro. Se le conoce bajo dos identidades diferentes. Emily lo presenta bajo el nombre de David Hammersfeld, sudafricano. Tiene un permiso de conducir a nombre de Leo Siebert, ciudadano norteamericano. Te he incluido la fotocopia. He visto el permiso, lo he tenido en la mano, y o bien es verdadero, o bien una falsificación excelente. Tenemos una buena foto suya, es esta, te la confío. Lo último que sabemos es que alquiló el 10 de marzo un Citroën Ami 8 blanco, matrícula 630 GT 51, que sigue utilizando, al parecer, he incluido la fotocopia del contrato de alquiler. Quiero saber dos cosas:

»La primera es relativamente sencilla. Cuando el hospital Saint-Roch mandó a Emily a su casa, después el asesinato, la dejó con una cuidadora. Con un poco de suerte, esa mujer estuvo presente en el momento de la llegada de David y de Michael Frickx. Identifícala, encuéntrala, interrógala, nadie lo ha hecho aún, insiste para tener un relato lo más completo posible. Como no sabemos lo que buscamos, el menor detalle puede resultar importante.

»La segunda es más complicada. David está en esta zona como muy tarde desde el 10 de

marzo, la fecha en que alquiló el coche. Al parecer no llegó a casa de su prima hasta el 14 o el 15 de marzo, fecha por precisar. ¿Dónde estuvo, qué hizo mientras tanto? Estrújate la cabeza y haz lo que puedas. Yo voy a ver al director, si consigo atraparlo, y me ocuparé de preparar el recibimiento del Santa Lucia, con las aduanas.

»Te digo lo mismo que a Grimbart: manténme informado. Y vuelve con respuestas a mis preguntas.

Luego Daquin se pone a redactar un breve informe para el jefe de la PJ.

No consigue que le conceda una entrevista hasta el final de la jornada.

—¿Cómo van su equipo y su investigación, Daquin?

—Trabajo interesante y excelente equipo, señor director. Le he preparado un breve informe, aquí lo tiene. Después de los registros, la investigación va ganando en amplitud. Estamos analizando los documentos requisados a la Somar, un trabajo de larga duración. La contabilidad está en orden, pero solo en apariencia. La Somar se dedica al blanqueo, señor director.

—Aquí en Marsella todo el mundo lo sospechaba, más o menos.—Daquin, con el rostro inexpresivo, recuerda al fiscal Coulon diciéndole: «No hay que perjudicar la imagen de una empresa marsellesa dinámica»—. Supongo que asistió usted a la ceremonia de homenaje a Pieri en la Cámara de Comercio, el viernes pasado, ¿es así?

—Sí, señor director.

—Por lo que me han dicho, muchos clientes sospechosos de la Somar estaban allí. Ya ve la complejidad de la cosa. Bien, ¿algo más de que informarme?

—El inspector Grimbart tiene un problema familiar, y hará un breve viaje a Malta.

—¿Desea que lo sustituyamos?

—No, señor director. Será cosa de un día o dos, todo lo más. Delmas y yo nos apañaremos.

—Tanto mejor. Tenemos un caso importante entre manos, le supongo al corriente, he luchado porque nos asignen el caso Cartland. Desde ahora, la investigación es cosa nuestra. Eso va a movilizar a muchos de nuestros efectivos... Lo verá todo en la prensa mañana.

—El inspector principal Leccia, de la comisaría central de Niza, pasó a verme la otra tarde.

—¿Otra vez él!

—No entendí muy bien qué es lo que quería.

—No me gusta que ese personaje ronde por los servicios de la Policía Judicial del Obispado. Si vuelve, despáchelo, pero con educación. Bien, déjeme su informe, lo leeré cuando tenga un poco de tiempo.

12. MIÉRCOLES, 21 DE MARZO DE 1973

Miércoles, Niza, Saint-Tropez

Delmas sale pronto de Marsella y llega a Niza por la mañana temprano, de muy buen humor. Al menos dos días lejos del Obispado, eso siempre viene bien. Luego todo fluye, deprisa y con facilidad, desde el servicio de urgencias de Saint-Roch hasta la oficina de empleo de profesionales de la salud, y de la oficina al domicilio de la señora Dupâquier, un gran piso de fin de siglo en el barrio viejo. Allí encuentra a la enfermera que velaba la cabecera de Emily, Sophie Clout. Ella acepta de inmediato hablarle de sus cuarenta y cuatro horas de presencia en casa de la familia Frickx, sin preocuparse mucho de si se ajusta o no a la deontología de las profesiones médicas contar a la policía los secretitos de sus pacientes. Como la señora Dupâquier está profundamente dormida después del minucioso aseo de la mañana, Sophie lleva a Delmas a la cocina, y le prepara un café. Se instalan con toda comodidad en torno a una mesa grande de roble, a la antigua, y ella se lanza a un relato detallado, contenta de que alguien se interese al fin por sus hechos y sus gestos. Una avalancha imparable de palabras; Delmas practica una atención selectiva. Retiene de pasada que Emily estaba realmente muy afectada, no hacía teatro, y se concentra en el relato de las últimas horas. Frickx llega tarde, hacia las 22:30. La avisa de inmediato de que se marchará de nuevo, temprano, por la mañana del día siguiente, y de que un primo de Emily vendrá a hacerle compañía.

—Un hombre al que Emily y él no han vuelto a ver desde hace mucho tiempo, porque vive en el extranjero. Es la frase que me dijo. Me acuerdo, porque no entendí qué necesidad tenía de darme esa información. De modo que me levanté temprano para despedirme del señor Frickx antes de su marcha. Estaba en la escalera cuando llegó ese David. El señor Frickx fue hacia él y le dijo: «¿Todo bien? ¿Aguantas el tirón?». Me pareció muy rara esa manera de recibir a alguien al que se pretende no haber visto en mucho tiempo.

—¿En qué lengua hablaba?

—En inglés.

—¿Entiende usted el inglés?

—Claro que sí. Sabe, en Niza, cuando una trabaja con viejos y enfermos, es casi indispensable, con todos los ingleses que corren por aquí. La oficina de empleo me envió a la casa de la señora Frickx porque ella es americana y yo conozco su lengua. Pero no fue necesario, habla un francés perfecto. Él también habla francés. Pasa de una lengua a la otra sin problema. Siempre se dirigió a mí en francés. Quizás no sabía que yo podía entenderle cuando hablaba inglés.

—¿Qué dijo, exactamente?

—Primero: «*How are you?*». Luego insistió: «*Are you holding on?*». ¿Aguantas el tirón? El otro le contestó hablando del encanto de Saint-Tropez, con una frase que no recuerdo con exactitud. ¿Pero por qué el señor Frickx me habló de un hombre que vivía en el extranjero? Saint-Tropez no está tan lejos... Si me pide mi opinión, esos dos tenían el aspecto de haberse separado la noche de antes, después una buena juerga, y no querían que se supiera.

Delmas va a comer una tortilla y beber un café a la cervecería más próxima, y toma algunas notas sobre su conversación con Sophie Clout. «¿Aguantas el tirón?», pocas horas después del asesinato de Simon. ¿Prometedor?

Tarea siguiente: localizar a David entre el 10 y el 15 marzo. «Estrújate la cabeza... Encuentra respuestas...» el encanto de Saint-Tropez... Saint-Tropez. ¿Lo intento? ¿Por qué no? No tengo alternativa. Concentrarse en los hoteles de dos estrellas, tres como máximo. Él eligió un Citroën Ami 8, un coche que llamaría la atención en los palacios. Delmas se pone de nuevo en marcha, después de tragar el último bocado.

En Saint-Tropez, se dirige a la oficina de turismo, consigue una lista de los hoteles de dos y tres estrellas en la localidad y los alrededores, tiene cerca de una cincuentena de nombres, y no está seguro de que sea exhaustiva. Se provee de un buen mapa de carreteras, y ataca la lista empezando por el centro urbano. Curro de poli, del que fastidia.

Presenta primero la foto de David, sus dos nombres conocidos, las fechas eventuales de su estancia, los datos de la agencia de alquiler sobre su coche. Un interlocutor, dos o tres en ocasiones. Contar un cuarto de hora por hotel. A las ocho de la tarde, Delmas ha visitado sin resultado una decena de establecimientos, más o menos. Llama al Obispado para hablar con Daquin. No está. Deja un mensaje en la centralita, para anunciar su regreso al día siguiente por la tarde, y pasa una velada y una noche solitaria en el Hotel des Vagues Bleues, con vistas al mar.

Miércoles, Marsella

El puerto autónomo de Marsella anuncia que esperan la llegada del Santa Lucia al día siguiente, el 22 de marzo, a primera hora de la mañana. Daquin ha concertado una cita con Jaland, el director de las aduanas, en su sede del bulevar des Dames. Menos de diez minutos a pie desde el Obispado. Los dos hombres se dan un apretón de manos, muy frío. El aduanero está en guardia: desde el inicio de la «guerra de la droga», existe una fuerte rivalidad entre la aduana y los Stups, y las relaciones humanas están francamente degradadas. ¿Dónde se sitúa Daquin? ¿Con los parisinos y los americanos de los Stups? ¿O con los marseleses del Obispado, cosa poco probable, dado que es parisino? Le invita a tomar asiento, y luego:

—¿Deseaba verme?

—Necesito su ayuda. En relación con la Somar. Hemos registrado sus oficinas.

—He oído hablar de eso.

—Y ahora tengo que gestionar una historia fea. Uno de sus mercantes, el Santa Lucia, arriba mañana a la Joliette, y me gustaría saber su opinión sobre las rotaciones regulares de ese barco.

—¿El Santa Lucia es el mercante cuyo capitán fue encontrado muerto, ahogado en el puerto de Estambul?

—Exacto.

—Después de los asesinatos de Pieri y de Simon, una desgraciada sucesión de golpes de mala suerte.

—Yo no lo llamaría así, no. —Sonrisa—. Pero no tenemos ningún motivo para poner en duda la versión de la policía turca, que ha calificado que su ahogamiento fue accidental, debido a una fuerte ingestión de alcohol. ¿Quiere echar una mirada a este mapa? —Daquin desliza el mapa de los trayectos del Santa Lucia por el Mediterráneo hacia el aduanero, que lo examina en silencio—. ¿Qué piensa usted?

—Y usted, ¿qué busca?

—¿Un tráfico de armas en el trayecto Constanta-Chipre?

—¿Tiene usted indicios?

—Ninguno. Simplemente interrogantes.

—Es una posible explicación. Las firmas búlgaras producen muchas armas ligeras y semiligeras para el consumo interior soviético. No es impensable que busquen también salidas exportadoras hacia Occidente. Sin duda, de contrabando. Sobre todo porque, con los palestinos, el IRA en Irlanda y ETA en España, existe una fuerte demanda no oficial para ese tipo de armas, que se venden bien. Como la exportación está prohibida, o por lo menos sometida a un fuerte control en su país, los búlgaros suelen utilizar para ese tráfico los puertos rumanos. Y Chipre es una plataforma muy activa en dirección a los distintos movimientos que le comentaba. ¿Qué más quiere que le diga?

—Nada más, pero necesito su ayuda. Sabemos que Simon, el número dos de la Somar, hizo una llamada al Santa Lucia el día antes de su asesinato. Sabemos también que el Santa Lucia, procedente de Constanta, se dirigía a Chipre, con una escala prevista en Estambul. Justamente el trayecto que nos interesa. Simon le ordenó volver directamente a Marsella, después de la escala de Estambul, sin pasar por Chipre, y eso es lo que está haciendo el barco. Si el Santa Lucia recibió la entrega del cargamento de armas en Constanta, como podemos suponer, existe la posibilidad de que aún estén a bordo cuando llegue aquí.

—¿Después de una escala y un asesinato en Estambul?

—El barco ha estado constantemente bajo vigilancia de la policía turca desde la muerte del capitán.

Jaland sonríe con todos los dientes.

—¿Es humor o ingenuidad?

Daquin sonríe a su vez.

—Ni una cosa ni la otra. En mi caso, el optimismo de la voluntad se impone a veces al pesimismo de la razón.

—Buen lema. ¿Por qué no lleva a cabo un registro, como prolongación del de la Somar? Sería lo lógico.

—Por una razón importante. Quiero que la operación sea discreta. Creo que existe una pequeña posibilidad de que alguien acuda para recibir la mercancía a la arribada del Santa Lucia, y quiero tomar medidas para descubrirlo. Si hago el registro yo mismo, la oficina del fiscal de Niza lo sabrá de inmediato, el Obispado también, y después, todo Marsella. Y nadie irá a esperar al Santa Lucia. Si usted improvisa un pequeño control reglamentario...

—Un control rutinario. Es el término que utilizamos.

—... eso es, un control rutinario, aleatorio, sin hacer constar que busca armas, yo conservo

mis oportunidades.

—Son muchos «si».

—Cierto.

—¿Pero por qué no? Es usted directo, me gusta. Las relaciones entre nuestros servicios de aduanas y los policías encargados de determinados servicios del Obispado no son siempre fáciles.

—Lo sé, me han contado alguna cosa.

—Podemos programar un control rutinario de las aduanas, en un navío procedente de Estambul, nunca controlado hasta ahora. En este periodo de intensa actividad antidroga, la iniciativa me parece plenamente justificada. Sería posible incluso que encontráramos droga.

—Todo puede ser.

—¿Usted se encarga de montar un dispositivo de vigilancia discreto para averiguar si se presenta algún cliente?

—Exactamente.

—Avíseme, y nos coordinaremos.

Apretón de manos, sonrisas.

—Ha sido un placer conocerle. Vuelvo de inmediato al Obispado, para montar un pequeño equipo para recibir al Santa Lucia con lo que queda del SRPJ.

—Lo que queda del SRPJ... ¿Es que ha sido desmantelado y yo no me he enterado?

—No. Pero hay una movilización general para el caso Cartland. Al parecer son las secuelas de la pesadilla del caso Dominici. Le tendré al corriente.

Cuando Daquin deja la dirección de las aduanas, es ya la hora de almorzar. Ha guardado un buen recuerdo de la comida de la víspera en Chez Étienne, y sabe que encontrará allí la misma clientela de militares y legionarios. Cruza el Panier, entra en el restaurante, ve tres mesas juntas de hombres de uniforme. Se acerca, se presenta, saca del bolsillo la página de periódico que contiene la foto de Emily vestida de novia, cogida del brazo de su primo de uniforme, la hace circular y pregunta si alguien puede decirle el país al que corresponde el uniforme de ese guapo soldado. Algunos comensales no lo saben y lo confiesan. Los demás son unánimes: uniforme de teniente del ejército israelí. Daquin invita a un aperitivo a las tres mesas, y almuerza con uno de los grupos. En el menú, hoy hay albóndigas con espaguetis. El ambiente es fraternal, en el establecimiento de Étienne.

De vuelta en el Obispado, Daquin busca y acaba por encontrar cuatro inspectores de la PJ para vigilar con él la arribada del Santa Lucia, sin darles mucha información sobre el objetivo y la organización de la operación.

Ahora hay que esperar la llegada del barco. Estos tiempos de espera son inevitables, y desgastan. David, teniente del ejército israelí, doble identidad, doble nacionalidad, documentos verdaderos-falsos muy buenos, quizás presente en los alrededores durante los dos asesinatos. Es mucho y no es nada. Necesito más y no sé dónde encontrarlo. Desconecta, tío, lo necesitas.

El rostro de Vincent, en sus ojos hay reflejos azulados de agua corriente cuando naufragan. Guardar nuestra relación en secreto, «estricta clandestinidad», decía Thiébaud. Vuelvo a Pieri. No lo tengo suficientemente perfilado. Necesito sentirlo más cerca, tocarlo. Quería visitar su apartamento. Grimbert y Delmas no están, Maïté sigue en Córcega, es el momento.

Pieri vivía en la calle Paradis, «una de las más bellas de Marsella», según Grimbert, una calle

más bien discreta, le parece a Daquin. Una construcción de principios de siglo. Daquin empuja la pesada puerta del porche, no hay portero a la vista. El apartamento está en el cuarto y último piso, puerta de la derecha, indica el informe del registro. Sube por la escalera para tener tiempo de asimilar la atmósfera del edificio. Mucha calma en esta primera hora de la tarde, si bien con algunas huellas sonoras de vidas al ralenti detrás de las puertas de cada rellano. Cuarto piso, Daquin se hace rápidamente con la cerradura, ordinaria. Ninguna medida de seguridad especial. Abre la puerta; un impacto. Con la luz tenue que viene del rellano entrevé una silueta frente a él, como la huella inmaterial de Pieri. Vacila, confuso, cierra la puerta tras de sí, enciende la luz.

Un gran espejo de pared le devuelve su propia imagen, maciza, sólida, impecablemente encuadrada. Un espejo en la entrada; Pieri debía de ser una persona atenta a su apariencia, que verificaba por última vez su atuendo en el momento de salir. ¿Su misma envergadura? Se da cuenta de que no ha visto nunca más fotos de Pieri que su retrato en la ceremonia de despedida. Insuficiente.

La entrada es pequeña, funcional. A la derecha, una mesa baja en la que dejar las llaves y el correo; al lado del espejo un perchero de bar, de madera oscura. Entra en un cuarto de estar grande. Bonito suelo de madera clara. Frente a él, tres puertas acristaladas. Las persianas han sido bajadas, la habitación está en penumbra, la atmósfera es pesada, inmóvil. Daquin se acerca, ve a través de las láminas un balcón de cemento, una barandilla de hierro forjado. Ni flores ni muebles, un espacio muerto. Más allá, un jardín de vegetación profusa, algunas palmeras con buena salud y un platanero suntuoso, poco corriente en la región. Silencio absoluto. Se da la vuelta. A la derecha se sitúa la parte del comedor; en la pared hay un gran mapa muy detallado, en blanco y negro, del archipiélago de Malta, delante una mesa de mármol blanco y seis sillas Knoll; a la izquierda, en la parte de la sala, un sofá, sillones de cuero rojizo, una mesa baja delante de una chimenea de piedra blanca.

Una impresión de comodidad elegante y aséptica: Pieri debió de pasar el encargo a un decorador y no se ocupó de nada. Ningún desorden, ninguna huella personal, salvo el mapa de Malta.

Daquin entra en el dormitorio. Más pequeño, una sola puerta acristalada que da al balcón. Cama Luis Felipe de caoba, un cobertor de algodón blanco, una alfombra persa en tonos rojo oscuro, soberbia, una mesita de noche de caoba, una lámpara de cabecera de cobre. Frente a la cama, un gran mapa en blanco y negro de las *calanques* de Marsella hasta Cassis sirve de eco al de Malta del comedor.

Malta en la vida pública, y Marsella en el territorio privado, asombroso.

En ese espacio íntimo, el mismo orden maniaco. A pesar de la muerte brutal del propietario, de un registro solapado y de otro oficial, nada aparece fuera de su lugar.

Un libro colocado en la mesita de noche, *Sociología del arte*, de Jean Duvignaud. Le viene de inmediato a la mente la imagen de Emily: «El arte pertenece a todo el mundo». Chorradas, y ella lo sabe... Toma el libro. Un marcapáginas en la página 72. Emily-Pieri, nada encaja, un agujero negro. Deja el libro en su lugar.

Abre el cajón de la mesita de noche, cajas de medicamentos bien ordenadas, analgésicos a la izquierda, dificultades respiratorias a la derecha, las secuelas del Combinatie, lógico, nada nuevo. De pronto, surge un recuerdo: ese orden maniaco es el de los despachos de Maïté y Pieri en la Somar. Maïté estaba segura de ser capaz de reconocer una visita discreta de profesionales de la discreción, tanto en casa de Pieri como en la suya. Vuelve a cerrar el cajón. Una evidencia: el

orden, aquí como en la Somar, es ella. Maïté ha venido a poner orden en el apartamento después del paso de los polis. Por respeto y afecto a Pieri. Y porque estaba acostumbrada a hacerlo.

Se sienta en la cama, un metro o metro diez de ancho, confortable para una persona. Pero una persona sola. «No era ni inexperto ni tímido», le dijo Thiébaud. Imposible imaginarlos a los dos, ambos corpulentos, echando un polvo con total libertad en una cama de esas dimensiones. De golpe, una certeza: Thiébaud nunca ha venido aquí. «Pieri se atenía a una clandestinidad estricta en sus relaciones amorosas». Por necesidad, sin duda, Daquin ya lo ha entendido bien, pero quizás también por gusto y por costumbre. La regla de la compartimentación. Maïté no conocía a Thiébaud, y respetaba la vida privada de Pieri, por obligación, él no le dejaba elección. En alguna parte existe otro lugar donde Pieri vivía con mucha más intensidad que aquí. Lo descubriré.

Daquin se pone en pie. Ha encontrado lo que había venido a buscar, un rastro, una presencia, una ausencia. Se acerca a ese hombre. Fin de la visita.

Atardecer en el Obispado, Daquin busca alguna huella de Joseph Stepanian, llamado Jo el Armenio, en los ficheros de la policía, y la encuentra.

En 1954, los padres Stepanian denuncian la desaparición de Joseph, de diecinueve años, por aquel entonces. Es el tercero de una fratría de cinco hijos, sus padres son armenios ortodoxos que huyeron de Armenia muy jóvenes, durante el genocidio de 1915, y se establecieron en Marsella. El padre creó en 1945 una empresa de suministro de vinos y de gasóleo. Al parecer Joseph trabajó desde los quince años en la empresa familiar, mientras sus hermanos y hermanas seguían sus estudios; luego desapareció. Reaparece en los ficheros de la Seguridad Pública en los años sesenta. Es arrestado en varias ocasiones en redadas en el barrio de la Ópera. Trabaja entonces en diferentes establecimientos de los hermanos Guérini. Nunca es condenado. Se menciona que en 1969, a la muerte de su padre, se hace cargo, con el acuerdo de sus hermanas y hermanos, de la empresa familiar de suministro de vinos y gasóleo. Desaparece entonces de los ficheros de la Seguridad.

Pasada la crisis de la adolescencia, es un comerciante al por menor en versión marsellesa, un don nadie. Pero es íntimo de Maïté. Pero Nicolas lo consideraba un hermano. Pero Casanova se resiste a hablar de él. Pero busca información reservada sobre el dossier Pieri. Daquin recuerda su rostro aterrorizado, la cabeza que se esconde entre los brazos para protegerse, en un gesto casi infantil.

Conclusión: en los ficheros de la policía faltan datos.

13. MIÉRCOLES, 21 Y JUEVES, 22 DE MARZO DE 1973

Miércoles por la mañana, Cap Ferrat

Emily trepa hacia la villa, por la pinada en sol y sombra. Calor, olor de pereza. Una mañana de baños de mar interrumpidos por breves siestas, con un libro en la mano. David, por su parte, ha nadado varios kilómetros, para mantenerse en forma, dice él, para castigarse, piensa ella, y ahora duerme sobre una roca plana, al borde del agua.

La senda es empinada. Emily redobla sus esfuerzos, tensa su cuerpo, encuentra su ritmo, disfruta. Al llegar a la terraza, le asalta el recuerdo del comisario Daquin, con una pizca de inquietud. ¿Qué busca? ¿Es extraña, la muerte de Pieri? ¿Extraña, la fuga de Frickx? ¿Extraña, la presencia de David? Evidentemente son extrañas.

Tendrá que pensar en eso algún día. Hoy no.

Entra en la cocina, prepara dos sándwiches, los coloca en una cesta con algunos bizcochos y una botella de agua. Por la ventana, ve al cartero que le hace una seña amistosa, desliza una carta en el buzón y se va. Ella atraviesa el patio, la coge. El sello es de Sudáfrica. Su corazón late con más fuerza. La abre, la lee muy deprisa, lanza un grito, ensaya unos pasos de baile, y corre a la cocina. Pone una botella de *champagne* en la cesta, dos copas altas, y baja hacia el mar, con la cestita al brazo, canturreando.

David sigue durmiendo, tendido de espaldas, el rostro ladeado. Bello. Un regalo de los dioses. Ella descorcha la botella, se inclina hacia ese cuerpo desmadejado, y vierte unas gotas de *champagne* en los labios entreabiertos. Él se despierta sonriente.

—Bueno, señor gruñón, ¿no eran creíbles esas historias de aficionada al arte? Es lo que me dijiste, ¿no? Pues bien, acabo de realizar mi primera venta. —Mueve la carta africana como un abanico—. No te imaginas lo feliz que soy. *Champagne*.

David conduce, Emily habla. Un artista formidable, a ella le encanta lo que hace, cree en él. Y es un amigo. Cuando expuso en una de las mejores galerías de Niza, hizo fotografías y las envió a algunas personas de Johannesburgo y El Cabo, amigos de la familia que ella pensaba que podrían estar interesados.

—Y ha funcionado. —Le muestra el sobre—. Weissmann compra.

—¿Caro?

—No, caro no. 3 000 dólares. —David tiene un sobresalto—. Pero le he garantizado que en

cinco años el valor de la obra se doblará, como mínimo. —Hace un guiño a David—. Pensé en Weissmann porque su mujer es americana.

—¿Y qué?

—Él no quiere quedar ante ella como un paleta. Y ella, ella es muy sensible a la plusvalía prometida. Para aquí, hemos llegado.

En la planta baja de un edificio burgués, en pleno centro de Niza, una entrada discreta. David acompaña a Emily. En el vestíbulo, una mujer joven y bonita recibe a los visitantes, sentada detrás de un escritorio. Se levanta, se dirige a Emily, la besa, le indica la puerta detrás de ella:

—Augusto te espera.

—Solo un minuto. Te presento a David, mi primo. Quiero enseñarle la obra.

Ella le lleva a través de una sucesión de vastas salas, muy blancas, muy iluminadas, con algunas esculturas en los espacios centrales y, en las paredes, presentadas como cuadros, unas obras que David no sabría cómo definir. Aquí, una especie de caja de cristal llena de guantes de albañil usados. Allí, una plancha pintada de negro sobre la que se ha escrito en blanco, con una letra redonda y aplicada:

Ben duda de todo

Muy bien, ¿y qué?

En la segunda sala, Emily se detiene delante de un tejido que cuelga del techo hasta el suelo, hecho con pedazos y retales de colores chillones, que a David le parece una colcha de patchwork.

—Magnífico, ¿no?

—¿Esto es lo que has vendido por 3000 dólares?

—Sí. Esto, como tú dices, se llama *Fragments*, y es una obra de Alocco. Mira. —Señala con el dedo esta o aquella parte de la obra—. El tejido está pintado en unos lugares, desgarrado, luego recosido a mano como aquí, o mecánicamente ahí y ahí. Se juega con el continuo-discontinuo, con la yuxtaposición de los disímiles, con la pintura y la materia, es magnífico, ¿no?— David permanece mudo—. Te dejo durante cinco o diez minutos, no más. He avisado a Augusto, está al corriente y ha preparado todos los papeles, solo nos falta firmar. Aquí no te vas a aburrir.

En cuanto Emily desaparece, David se deja caer en el suelo, se queda sentado con la espalda apoyada en la pared, y cierra los ojos. La nieta de un multimillonario sudafricano juega en el casino con un viejo traficante de armas, viola a su primo que es un guerrero y tendría que saber defenderse, y vende una colcha hecha jirones por 3000 dólares a un amigo de la familia. Yo me pierdo.

Miércoles por la tarde, Ginebra

Michael Frickx y Antoine Pélissier, su banquero, están de pie juntos en la salita donde se reúnen habitualmente, en la séptima planta de la sede de la Banque Parillaud en Ginebra.

Frickx fuma un cigarrillo tras otro, Pélissier consulta su reloj.

—Llama a Jos, son las ocho en Nueva York, una hora correcta. Y necesitamos su respuesta antes de que llegue Malekeh.

—Hemos quedado en que no le digo nada de nuestro acuerdo con los israelíes, ¿verdad?

—No, nada mientras Jos no diga si entra, sí o no, en el gran juego. Es lo que hemos convenido con nuestros socios.

Frickx toma asiento, aplasta su cigarrillo, adopta la actitud del hombre de negocios tranquilo y seguro de sí mismo, respira hondo dos veces, carraspea; controlar la respiración y la voz es muy importante, descuelga el teléfono y marca el número de la línea directa de Jos en la sede de CoTrade, en Nueva York. Le responden a la segunda señal.

—Buenos días, Jos. Te llamo para proponerte un negocio nuevo, en el mercado del petróleo.
—Jos gruñe—. Un gran mercado. —Nuevo gruñido—. El negocio del siglo...

—El negocio del siglo... No me gusta nada eso, nada en absoluto...

—La compañía nacional iraní, la NIOC, nos propone vendernos su producción de un año...

—No.

—... con el acuerdo explícito del Sha...

Jos grita:

—Me cago en el Sha, me cago en el acuerdo con el Sha. Lo repito: no. ¿Cómo hay que decírtelo?

—... Estimo esa producción en 200 000 barriles al día.

Jos exhala un ruido ronco al otro extremo de la línea, un jadeo, ha recibido un golpe en la boca del estómago. Frickx continúa:

—... Y te propongo comprar a 5 dólares el barril, contrato por un año a partir de octubre.

—Dos dólares más que el precio fijado por las compañías. ¿Por qué no 10 o 15 dólares, ya que estamos? ¿Has acabado con tus estupideces? Tu oficio es el mineral.

—Jos, escúchame, te lo ruego. Nixon deja caer el dólar, el dólar está en crisis, los europeos acuden al rescate *in extremis*, y las monedas de todo el mundo van a devaluarse. Lo quieran o no, ¿cómo piensas que las compañías podrán mantener fijos los precios a largo plazo con monedas devaluadas? La única solución será el mercado libre en el que se fijarán los nuevos precios. Como la demanda sube en todas partes, los precios se dispararán, y nosotros, nosotros estaremos ahí con nuestro contrato iraní a 5 dólares, muy por debajo de los precios que el petróleo va a alcanzar a partir del próximo otoño...

—Cállate. Aquí el jefe soy yo, no te olvides. El petróleo, déjaselo a las grandes compañías, cada cual a su oficio. El nuestro es el mineral, estamos casados con él desde hace más de cincuenta años. Nos conocemos. No me gustaría que las grandes compañías petroleras vinieran a meter las narices en mis asuntos de minerales, de modo que déjalas tranquilas en su terreno, ¿está claro? Nosotros no conocemos nada del petróleo, es demasiado caro, demasiado complicado, demasiado arriesgado, nuestro consejo de administración no quiere oír hablar de eso.

—Desde hace dos años, cuando aceptaste dejarme crear la Fimex, he llevado a cabo docenas de operaciones de compra y venta de petróleo, y no te he hecho perder dinero ni una sola vez, al contrario; te he dado mucho a ganar.

—Pero nunca has entrado en mercados de este tamaño. ¡Y a dos dólares por encima del precio de las compañías! Me estás proponiendo un cliente, un solo cliente, a un millón de dólares por día, 365 millones al año, has perdido la cabeza.

—Para ganar mucho dinero, hay que poner mucho también. Vamos a ganar una cantidad enorme de dinero. El petróleo es la energía de la nueva sociedad, todo el mundo lo necesita, la sed de petróleo es un fenómeno mundial, te apuesto a que los precios fijados van a subir sin parar, y mucho más deprisa el año que viene que esos miserables 5 dólares.

—Tú apuestas, pero nosotros somos una empresa comercial, no un casino.

—Nuestros contactos en la OPEP...

Jos emite un grito de rabia:

—¡En la OPEP! ¡Por Dios bendito! Te prohíbo tener el menor contacto con la gente de la OPEP. Escúchame bien, Mike, es una orden. Acaba de inmediato con toda esta historia, y por mi parte olvidaré esta conversación de locos.

—Jos, eres tú quien va a escucharme, ahora. Tu manera de tratarme, como a un chico de los recados medio tarado, sin escuchar siquiera las informaciones que quiero darte, tu falta de confianza, me humillan, me hieren. Lo encuentro intolerable, tú lo has querido, me voy de CoTrade.

—Estás delirando, Michael. No puedes hacer eso. Recupera el sentido. Te considero como un hijo mío, me sucederás un día...

—Tomo el contrato iraní por mi cuenta, y lamentarás haberme echado.

—Mike, voy a colgar, vuelve a llamarme cuando tu crisis de locura delirante haya terminado.

La línea se corta. Frickx arroja el teléfono contra la esquina de la mesa de cristal y acero, el aparato se hace añicos, él se vuelve hacia el ventanal acristalado, boxea contra el vacío, da dos puntapiés al radiador.

Pélissier recoge el teléfono hecho pedazos, y sale de la sala para pedir cafés, un surtido de bombones, y un nuevo aparato telefónico. Cuando regresa, Frickx se vuelve hacia él; tiene el rostro pálido, crispado:

—Sabía que iba a reaccionar así, como un cagado y un capullo. Pero esperaba que por lo menos me escuchara.

—Michael, no es verdad. Hace dos años que construyes una red de clientes para ti solo, sin decirle nada. Los dos esperábamos la ruptura.

—Quizás, pero no en esos términos. ¿Lo has oído? Le haré pagar su desprecio, su prepotencia. Le odio. Voy a matarlo, me comeré su corazón a mordiscos.

—El asesinato del padre por el hijo, un clásico. Antes de llegar a ese punto, tendremos que llevar a buen fin nuestro negocio.

Frickx cambia de cara, se obliga a respirar con más tranquilidad.

—Antoine, tenemos la vía libre, nos vamos a forrar las pelotas de oro.

—Dios te oiga.

Llega el café. Un momento de pausa. Luego los dos hombres se ponen a trabajar, y retoman el dossier punto por punto.

La sociedad Frickx and Co. acaba de abrir sus oficinas, un piso discreto en una planta alta de un edificio de la Rue du Rhône. Contrato de alquiler en toda regla. El bufete Charbonnier e Hijo ha depositado, como estaba previsto, el millón de dólares en especies del que Pélissier no conoce el origen y sobre el que sigue sin hacer preguntas. El recibo consta en el dossier. El crédito prometido por Parillaud está abierto. Tres grandes clientes potenciales, España, Italia y Rumania, piden auxilio por falta de petróleo, y dos *traders* de CoTrade, los mejores, solo esperan una señal para incorporarse a Frickx and Co. Todo está en orden. Es posible arrancar de inmediato con cantidades aún modestas, y completar el rodaje de la maquinaria antes del gran contrato con Irán en el otoño. Solo queda recibir al tercer hombre, el hombre clave, el que posee la información.

Unos golpes discretos a la puerta de la salita; es Parviz Malekeh, el hombre de la NIOC, de la OPEP y de la corte del Sha. Sin él, nada es posible. Los tres hombres se abrazan.

—Está hecho —dice Malekeh—. Su Majestad me ha confiado esta mañana el encargo de anunciar mañana, en la reunión de la OPEP, la decisión de vender directamente su petróleo sin recurrir al cártel de las grandes compañías. La decisión se hará pública mañana, y será efectiva en el otoño próximo. Los acuerdos que has negociado con la NIOC son ya operativos. —Malekeh extrae una carpeta verde de su maletín de piel, y la coloca sobre la mesa—. He sido oficialmente encargado de transmitirme un ejemplar. Michael, ¿CoTrade te cubre, o actúas en solitario?

Frickx está de pie, con una mano colocada muy plana sobre el texto del acuerdo. 365 millones de dólares el año que viene. Los siente palpar en el hueco de su palma. La rabia, la amargura quedan lejos; queda, absolutamente pura, la excitación que vibra en su voz:

—He propuesto el contrato a Jos Appelbaum. Se niega. Actúo solo. —Un largo silencio—. Y Parillaud me cubre.

Malekeh se vuelve a Pélissier.

—¿Los grandes jefes, ahí arriba, siguen estando de acuerdo?

—Siguen. Cada vez más.

—Buena jugada, amigo mío, no estaba todo cantado.

Malekeh se vuelve a Frickx:

—¿Qué lugar ocupo yo en tu montaje?

—Capital. Mi propuesta es esta. Yo me he quedado sin un céntimo. Todo lo que tenía en propiedad, lo he invertido en la creación de Frickx and Co.: dos millones de dólares, es decir la mitad del capital inicial, el resto es un préstamo de Parillaud a título personal. Hablamos pues de un capital de partida de cuatro millones. Yo te cedo a título de préstamo una cuarta parte del capital de Frickx and Co., poniendo a tu nombre uno de los dos millones que he invertido. Pasamos por los plazos intermedios de rigor, y tú me lo devuelves en enero próximo. Y yo te abono la diferencia entre el millón actual y el precio que valdrá entonces la cuarta parte de mi empresa de *trading*. Mucho, si ha habido una escalada del precio del petróleo, poca cosa si apenas se ha movido. En suma, tú apuestas conmigo.

Malekeh acepta, sin vacilar. Sigue de cerca las negociaciones internas en la OPEP sobre los precios del petróleo, está seguro del alza. Sabe ya, con solo unos días de margen, la fecha en la que se hará pública la decisión. En una primera instancia, el precio del petróleo se multiplicará por cuatro. Después, sin duda mucho más.

Pélissier se vuelve hacia la ventana, mira, sin verla, la cordillera de los Alpes. He hecho bien al no hacer ninguna pregunta sobre el origen del millón en efectivo. Ya está blanqueado. Frickx es un mago.

Ahora, la mecánica ya está en marcha. En juego: quebrar el monopolio de la venta del petróleo que ostentan las grandes compañías todopoderosas, y su política de precios bajos y estables, a través de contratos de larga duración a precios fijos, manteniendo en secreto los precios realmente vigentes. En juego: crear un nuevo mercado del petróleo, público, libre, fluctuante; especulativo, en una palabra. En juego: miles de millones de dólares. Los jugadores son tres hombres jóvenes de apenas cuarenta años: un gran propietario iraní, un *trader* americano y un banquero francés.

—Hay que celebrar dignamente la entrada en este mundo nuevo dice Pélissier.

—Y la apertura de la caza del tesoro —dice Frickx—. Os invito a cenar en mi *suite* del hotel, lo tengo todo organizado, chicas a los postres.

—Soy tu hombre —dice Malekeh.

Pélissier, consciente de la importancia del momento, les toma a los dos por los hombros, con una especie de gravedad fraternal. Salen de la sala, hombro con hombro, cuerpo contra cuerpo, y recorren el pasillo hasta el ascensor. Pélissier, que es culto, dice riendo:

—La Conspiración de los Iguales[16]

Los otros dos asienten entre risas, el nombre suena bien, y la referencia histórica se les escapa.

Michael se aloja esa noche en el Hotel Palace de Ginebra, en una *suite* compuesta por una habitación y un salón. Ahí ha organizado una cena íntima para los nuevos socios. Comida ligera, ha advertido, hay que reservarse para el postre. El aperitivo empieza bien. Malekeh ha aportado caviar iraní, Michael proporciona el vodka, que los tres hombres beben solo, sin mezclar. La conversación se centra en las intrigas de la corte del Sha, ríen mucho, hablan muy fuerte. Después Malekeh lleva la conversación a las bambalinas de las reuniones de la OPEP. Frickx, agazapado detrás de su vaso de vodka, memoriza cada retrato, cada anécdota.

Pasan a la mesa. Dos *maîtres*, sombríos y ceremoniosos, traen unas truchas alpinas regadas con vino blanco de Saboya, chignin-bergeron, que son consumidas con rapidez. Viene a continuación una degustación de quesos, pero los comensales ni siquiera los prueban, con prisas por llegar a los postres.

Mientras los *maîtres* despejan la mesa con mucha rapidez, Michael coloca sobre la mesita baja un estuche de oro, abierto, repleto de cocaína, un espejo, y un bastoncito hueco de oro. Utiliza la tapa para trazar la primera línea, esnifa, nota el calor que estalla en su cabeza, y pasa el bastoncito a Malekeh, que lo rechaza.

—Para mí, la pipa de opio, ya lo sabes, he traído mi material, pero será más tarde, de noche, después de los postres.

Pélissier, por su parte, no consume ninguna de esas sustancias.

Llega por fin el momento esperado. Cuatro preciosas muchachas traen en una gran bandeja una tarta helada que rezuma *chantilly*, acompañada por un *jéroboam*, una botella de tres litros de *champagne*. Están montadas sobre acrobáticos tacones de aguja, lucen medias negras sobre piernas interminables, ligeros negros, minúsculos delantalitos rosas anudados a la cintura, grandes pechos desnudos, cabellos sujetos en largas cola de caballo. Malekeh aplaude la entrada triunfal del postre, mientras Pélissier murmura: «Comamos de esto», y aferra un seno al pasar. Michael se apodera del *jéroboam*, lo agita, hace saltar el tapón, riega generosamente a sus socios, muertos de la risa. Aúlla: «¡A la salud de los conspiradores!». Luego bebe a morro, sujetando la botella con las dos manos, un largo trago, se atraganta, se seca la boca con el revés del brazo, deja a un lado la botella, se tambalea, se agarra a la cintura de una de las chicas para no caerse, desgarrar el delantal rosa, y rueda por el suelo con ella. Apenas tiene tiempo de liberar su bragueta y encontrar a tientas el sexo de la chica, y ya descarga, con un aullido de triunfo: «¡Estoy a tope!». Dos de las chicas se dedican a desnudar a Malekeh, que se deja hacer como un bebé. Ha embardunado de *chantilly* todo el torso de una de ellas, se frota el rostro entre sus senos con una sonrisa de éxtasis, y ronronea de placer al contemplar a Pélissier, tumbado en el sofá, con los brazos en cruz, cabalgado por una chica. Ella aún conserva su delantal rosa, y lleva el compás con su cola de caballo. El sexo, el riesgo, el dinero y el mundo, les pertenecen. La noche no ha hecho más que empezar.

Jueves por la mañana, Cap Ferrat

Hoy el tiempo es fresco y lluvioso. Emily y David toman el desayuno de pie en la cocina, picoteando ahora un bizcocho, luego una fruta o un yogur, y bebiendo litros de té. Se cruzan sin hablarse. Desde la visita a la galería de arte, ha surgido entre ellos un malestar. Ninguno de los dos lo menciona, pero saben que se ha roto el encanto, y buscan alguna salida a la situación. Suena el teléfono. Emily descuelga.

—Emily, querida... —Ella se pone rígida. Es la voz de Michael...—. ¿Te he despertado?

—No. Simplemente, casi me había olvidado de que existías.

—Yo no, ángel mío. He estado pensando mucho en ti... —Emily suelta una carcajada irónica—, en lo que has vivido, ese *shock*. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Bien.

—¿Sigues igual de fuerte? Eres una mujer maravillosa, eres mi mujer. Te echo de menos, si supieras cómo te necesito en este momento, para calmarme, reconfortarme. He viajado y he currado como un animal. A partir de hoy, quiero recuperar mi ritmo normal —una risita—, dieciocho horas de trabajo al día, ni una más. Ya sabes cómo es eso...

Emily deja de escucharle. Mira a David inmóvil, plantado al fondo de la cocina, las mandíbulas apretadas, la mirada dura. Constatación: el amante adolescente ha desaparecido. Quizás lo había inventado yo. Igual que había olvidado la existencia de Frickx. He vivido durante unos días en un sueño feliz... Una voz fuerte, imperiosa:

—Emily, ¿estás ahí?

Vuelta a la vida real.

—Sí.

—Emily, he dejado CoTrade...

Un grito:

—¿Qué?

Desfilan a toda velocidad las imágenes de su boda, Jos, el jefe de CoTrade, su sonrisa de hombre bueno, se parece a mi abuelo, me quiere como si fuera su nieta, el apartamento en lo alto del rascacielos, la vista de Nueva York, la esperanza de volver allí un día...

—Fundo mi propia empresa de *trading*.

—¿Sin haberme dicho nada antes?

—No quería aburrirte con todas mis historias de dinero, de oficinas, de barcos. Tú te mereces algo mejor.

—Todo un detalle por tu parte.

—Nos instalamos en Ginebra.

—¿Nos? ¿Quiénes?

—Las oficinas de Frickx and Co., tú y yo.

De pronto ella no soporta oír más esa voz, no soporta más esa vida. Acabar con todo.

—Te paso a David.

Le tiende el teléfono, David lo coge, le da la espalda, habla en voz baja.

Ella sale a la terraza. Le tiendo el teléfono, ni siquiera sé por qué razón, solo para librarme de Michael, y él lo coge, y se pone a hablar, como si fuera lo normal. David conoce mucho mejor a Michael de lo que me ha contado. Están juntos en los negocios, de una manera o de otra. ¿Está

aquí para vigilarme? Ginebra, nunca. Maxime, te echo de menos. Calma, reflexiona. Ginebra, es la guerra. No estoy en una posición de fuerza. ¿Es demasiado pronto? ¿Estoy preparada?

No hay elección. No me da derecho a negarme. Lo veía venir. La ruptura, ahora mismo.

David se siente más libre cuando Emily sale de la habitación.

—Me alegra oírte. Podrías llamar más a menudo.

—Tengo demasiado trabajo. En momentos como estos, no tienes ni tiempo ni capacidad para pensar en otra cosa, ya sabes cómo va. ¿Cuál es la situación en Niza?

—Globalmente buena, pero la policía pregunta regularmente por ti. Y he oído una alusión al petróleo.

—¿Me vuelvo a Francia?

—No te lo aconsejo.

—¿Emily?

—Estupendamente.

—¿Su relación con Pieri?

—He investigado. Me parece que no hay nada más que lo que contó a los policías. En todo caso, lo que cuenta es verosímil. He podido comprobar que tiene muchos contactos en el mundillo de los marchantes de arte.

—Ella sí, quizás, ¿por qué no? Son ocupaciones de buena esposa. Pero Pieri, seguro que fue él quien contactó con ella, ¿qué es lo que buscaba...?

—De todo eso, Emily no va a decir nada, está bastante enfadada contigo, y la comprendo.

—Yo también la comprendo. Procura arreglar eso, es importante. Me mudo esta semana, como estaba previsto, y ella debe venir a reunirse conmigo en Ginebra, digamos, la semana próxima. Llamaré mañana.

Cuando David cuelga, y se da la vuelta, la sala y la terraza están vacías, Emily ha subido a su habitación. Reaparece poco después en vaqueros, camiseta, sandalias, y con un gran bolso al hombro.

—Estaré fuera todo el día, pienso recorrerme las galerías de Niza. Me ha parecido entender que ese plan no te divierte gran cosa. ¿Nos encontramos por la tarde en la ciudad para cenar juntos? Adiós, te llamo luego.

David se siente aliviado. Una jornada de descanso, solo, absolutamente solo, al borde del mar, sin pensar ni en Michael ni en Emily, con la mente vacía y el cuerpo en paz.

14. JUEVES, 22 DE MARZO DE 1973

Jueves, Malta

El pequeño aeródromo es el primer contacto con la isla. Grimbert desciende de un aparato monomotor antiguo hacia las ocho de la mañana de un día soleado y ventoso. La víspera, ha pasado la jornada entera dando vueltas en busca de vuelos a Malta. Una pista trazada sobre un altiplano pedregoso y semidesértico, un tráfico soñoliento, aún muy ligado a los restos de la presencia militar británica, y algunos hangares más o menos acondicionados; nada ha cambiado desde su última visita, hace menos de un año. Pero ahora, sabe que una parte del dinero de la French ha transitado por aquí. Y eso cambia su forma de mirar su isla natal.

De pie bajo el sol, su primo Samy le está esperando a la salida, como han acordado por teléfono. Muy flaco, muy moreno de piel y de cabellos negros, apenas dieciocho años. Los dos se abrazan. Samy dice:

—¿Seguimos estando de acuerdo, yo te llevo a todas partes durante un día o dos aquí, y tú me das alojamiento en Marsella este verano durante un mes?

Placer de reencontrar la lengua maltesa, la lengua de su infancia.

—Claro que sí. ¿Y estamos también de acuerdo en que tú no hablas de mi presencia aquí, ni a la familia, ni a nadie? Ni siquiera a mi madre. Y si te preguntan, no me has visto.

—De acuerdo.

—Adelante, entonces. No perdamos el tiempo.

Samy coge una *scooter* apoyada en un poste, una moto tuneada, recompuesta, de silueta prehistórica, que arranca al primer intento y suena bien, sin ahogarse. Grimbert sube detrás, y se dirigen a la ciudad vieja de La Valeta.

El ciclomotor se porta bien en la carretera llena de baches y pedregosa, y los dos hombres llegan enseguida a la muralla de la ciudad vieja: la hermana pequeña del viejo Marsella. El mismo cielo, el mismo sol, las mismas piedras calizas, las mismas calles estrechas y rectilíneas entre casas altas de fachadas agrietadas a veces miserables; pero la vida late aquí con mucha menos fuerza, rozando incluso el letargo. Y luego el puerto, el mar, el cielo, aparecen al final de cada calle. Y las *calanques* nunca están lejos. Pieri el marsellés debió de amar los ecos perceptibles entre las dos ciudades, como él mismo, Grimbert, las ama.

—Vamos primero a Triq Zekka, 4 —dice.

Una calle como las demás, recta, hecha polvo y desierta; se detienen delante del número 4. Entran. No hay nadie. Bajo el porche, una hilera de buzones metálicos. En uno de ellos: Serval-

Mival.

—Esto es lo que busco.

No hay indicación de piso, y tampoco otras sociedades en el edificio, por lo que parece.

—Vamos a dar una vuelta por los pisos.

En el primero, dos puertas. En una de ellas, una especie de tarjeta de visita:

Sres Baldocchino y Theuma

Gerentes de sociedades

Grimbert nota que Samy se tensa a su lado. Rápida mirada de reojo. No hay duda, hace una mueca de disgusto. Pero no dice nada, rehúye su mirada.

Uno, dos, tres timbrazos que resuenan en el vacío detrás de la puerta, ninguna reacción. Grimbert examina con atención la cerradura, muy común. Normal, el dinero no está guardado aquí, con seguridad. Saca de su bolsillo un manojo de llaves, provisto de dos ganzúas; Samy sigue bloqueado y mudo a su lado. Después de tres o cuatro intentos, la cerradura cede, Grimbert empuja la puerta y entra. Samy vacila, le sigue con la cabeza baja. Las oficinas de la Serval y de la Mival se reducen a una única habitación, apenas amueblada, oscura; las dos ventanas dan al patio trasero. En el centro, una gran mesa, cuatro sillas, dos teléfonos. A lo largo de las paredes, un embrión de cocina, platos en el fregadero, botellas por el suelo, algunos estantes vacíos. Samy se relaja. Grimbert husmea aquí y allá, abre un cajón; ni un papel, ni un lápiz, vacío. Descuelga un teléfono. Da el tono. Las líneas todavía no han sido cortadas, la mudanza es reciente. Grimbert pregunta:

—¿Tú sabes dónde puedo encontrar a Theuma o a Baldocchino?

—No. No los conozco.

Salen del lugar, cerrando la puerta lo mejor posible detrás de ellos.

En el porche de entrada al edificio, un anciano se dispone a abrir la puerta de su casa. Observa cómo bajan.

Grimbert lo saluda.

—Buscamos la Mival o la Serval, he llamado arriba pero no hay nadie en la oficina, por lo que se ve. ¿Sabe si estarán esta tarde?

—No, no van a volver, se lo han llevado todo, cajas llenas de papeles.

—¿Hace mucho tiempo?

—Tres, cuatro días.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlos?

—No han dejado dirección.

—Gracias señor, es usted muy amable.

En la calle, Grimbert se para de golpe.

—El buzón. Hay que abrir el buzón. ¿Tú puedes distraer al viejo?

—¿Cuánto tiempo?

—Un minuto más o menos.

—Sin problema.

Los dos hombres se coordinan. Samy llama a la ventana, que se abre, y Grimbert se mete bajo el porche. Se abre una negociación con el viejo para que le permita aparcar la *scooter* en el patio trasero del edificio, y mientras tanto Grimbert fuerza el buzón, y encuentra una hoja de papel

doblada en cuatro. Contra todo pronóstico, el viejo le da permiso y vuelve a cerrar su ventana, dejando a Grimbert el tiempo justo para guardarse el papel en el bolsillo y salir a la calle, mientras Samy aparca el valioso ciclomotor.

Bajan hacia el puerto, la parte más animada de la ciudad, y se instalan al fondo de un bar bastante frecuentado. Dos cafés. Grimbert coloca la hoja de papel abierta sobre la mesa. Lleva el membrete de la Banque de l'Archipel, con una dirección en el centro de la ciudad, y dos líneas de teléfono.

No es ninguna sorpresa, es el banco cuyo nombre aparece en los papeles de la Somar, para todos los pagos efectuados a Malta. Hay una fecha y una hora escritas a mano arriba a la derecha: 20 de marzo, mediodía. Así pues, después de la mudanza; el viejo dijo: «Hace tres, cuatro días» y estamos a 22. Solo una línea de texto manuscrito: «Cris, he pasado, no hay nadie. Tenemos que vernos. Urgente». Y una firma: Jonni.

Grimbert reflexiona, deprimida. Todos los días 15 de cada mes, la Somar liquida sus cuentas con la Serval, y envía el pago a la Banque de l'Archipel. Las órdenes de pago parten de Marsella el 15 de marzo, y llegan aquí alrededor de tres días después. Es posible, verosímil incluso, que, dado el pánico que siguió a los asesinatos, las órdenes se hayan dado con un día o dos de retraso, y hayan llegado aquí el 19 o el 20 de marzo. En ese momento, Jonni el banquero y la Serval saben ya que Pieri ha sido asesinado; Jonni se pregunta qué hacer con el dinero, y busca a Cris en busca de consejo. ¿Cuál ha sido el consejo de Cris?

Grimbert se vuelve a Samy: ¿quién es Cris?

—Tiene que ser Theuma. Baldocchino se llama Marco.

Grimbert le sonrío.

—¿De verdad? Marco. ¿Y tú no lo conoces? Ya me extrañaba a mí, en un pueblo como La Valeta, ¿cómo es posible que Samy no conozca ni a Theuma ni a Baldocchino? Un chaval tan espabilado y bien informado... Bueno, ahora, cuéntame un poco quién es ese Baldocchino.

Samy sabe que está atrapado.

—Sí, a él lo conozco. Es un viejo repugnante. Está bien considerado porque es rico.

—¿Rico? ¿Rico de verdad? ¿Has visto qué oficina tan cochambrosa?

—Tiene dos barcos, dos petroleros. Aquí es una fortuna.

—No son suyos.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Pertenecen a un marsellés, que le ingresa algo de dinero para que le preste su nombre. Como mi marsellés acaba de morir, tu Baldocchino se va a quedar con el culo al aire.

—Es una buena noticia.

—¿Por qué?

—Porque esa momia de sesenta tacos vive con Lila, que tiene veinte, y ella lo va a mandar a la mierda en cuanto se le acabe el dinero.

—¿Y piensas que entonces tendrás una oportunidad?

—Quizás. Pero no seré el único. Lila vuelve locos a la mitad de los tíos de La Valeta.

—¿Cómo crees que tu Baldocchino conoció a mi marsellés?

—Ni idea.

—No te hagas el tonto, seguro que Lila te ha contado cosas.

—Todo lo que sé, es que nació en Malta, se fue muy joven a Italia para encontrar trabajo, y ha

vivido en Italia y en Tánger. Una ciudad muy hermosa, por lo que cuenta. Le ha prometido a Lila llevarla allá abajo. Volvió en el 69, para crear la Mival. Marsella no aparece en toda la historia.

Exactamente lo que me imaginaba, piensa Grimbert. Treinta años cuando estalló la guerra, era fascista quizás, y más o menos matón, sin duda. Luego Tánger, en la banda de Renucci y su tráfico de tabaco. Y se cruzó con Pieri. Que fue a buscarlo allá abajo para construir sus filiales maltesas. Como a Theuma, probablemente. Siempre atendiendo las viejas costumbres, confiando en la familia. Nada de aprendices financieros, sino dos matones jubilados. Tengo una oportunidad. Allá voy, de cabeza.

El teléfono está en la barra. Grimbert introduce una moneda en el *jukebox*, justo al lado del teléfono. Una canción ligera italiana. Llama al banco, pregunta por Jonni. Mientras sigue sonando la canción, él habla muy bajo, cubre el aparato con la mano, y respira ruidosamente.

—Soy yo, Cris. Hay novedades, tenemos que vernos enseguida, en la Serval.

El truco funciona.

—Samy, volvemos a la Serval. Recupera tu moto, y ocúpate del viejo durante un buen rato. Por lo menos una hora.

—Le he prometido darle una vuelta en moto. Me lo llevaré.

—Luego nos vemos aquí, en el bar del puerto.

En la oficina de la Serval, Grimbert arranca los cables de los teléfonos, los pone sobre la mesa, llena de agua una botella de plástico, se mete una bayeta en el bolsillo de sus vaqueros, se sienta junto a la puerta de modo que queda oculto detrás cuando la abran desde fuera, deja la botella de agua a sus pies, y espera. No mucho tiempo.

Ruido de pasos en la escalera. Se pone en pie, botella en mano, alguien llama con los nudillos, empuja la puerta, avanza un paso, mira dentro con desconfianza, Grimbert le golpea con la botella de agua, no demasiado fuerte, el tipo no parece especialmente robusto. Lo sostiene antes de que caiga, lo sienta en una silla, lo ata con los cables del teléfono, le embute un pedazo de trapo en la boca, y acaba duchándolo generosamente con el agua de la botella para poder entablar conversación. El tipo recupera poco a poco la conciencia, y mira a Grimbert con ojos dilatados por el terror.

—Cálmate. Si todo va bien, no voy a hacerte daño. Te he amordazado para que me escuches sin gritar, hay gente en casa. —La mirada se calma un poco—. Pieri ha sido asesinado. ¿Lo sabías?

Jonni asiente con la cabeza.

—Nosotros, sus amigos de Marsella, estamos buscando a su asesino. —Jonni gruñe. Grimbert se adelanta un paso. Romper toda pretensión de resistencia. Se inclina, hunde un dedo en un punto del plexo de Jonni, presiona aún más, el hombre gime—. Sí, ya lo sé, el asesino no eres tú, ni tus socios. Pero tú lo has desplumado, y a mis amigos, en Marsella, no les va a gustar cuando se lo cuente. De modo que, si quieres que no diga nada, vas a darme la lista de los beneficiarios de los pagos de la Serval. El asesino está en esa lista. —Grimbert abandona el plexo de Jonni, y coloca las dos manos alrededor de su cuello. Presión sobre la carótida—. ¿Comprendes lo fácil que es para mí estrangularte?

Jonni, con los ojos fuera de las órbitas, ve la oscuridad subírsele a la cabeza. Grimbert le suelta, se incorpora, recoge la botella de agua, la llena de nuevo.

—Ahora, te voy a quitar la mordaza. Si gritas, te atizo con esto, te dejo en el suelo, y vuelvo

directamente a Marsella a contar a mis amigos que has metido la mano en la caja. Como no les gustan las bromas, no doy un duro por ti. Te interesa escucharme, y obedecerme. ¿Comprendido?

Inclinación de cabeza.

Grimbert retira la mordaza. Jonni gime:

—¿Puedo beber un vaso de agua? —Después de beber—. Yo no estaba solo. He repartido con Theuma.

—No me sorprende nada. Dame las listas.

—En las listas no encontrará al asesino, no hay nombres.

—¿Cómo es eso de que no hay nombres?

—No, no los hay. Además, no es usted el primero en pedírmelas. Pero el otro, era más... amable, por así decirlo, y lo entendió.

—Cuenta.

—No hablaba ni maltés, ni inglés, era un francés, con nombre italiano. Fue a ver al director, pero el director no habla francés. Yo, lo hablo un poco. El director me llamó.

—¿Qué día era?

—El 15 de marzo. Enseñó sus credenciales de inspector de Hacienda francés, y empezó a meternos miedo. Quería que le diéramos los listados. Yo le dije que no había nombres, solo una relación de cuentas con números, con el nombre del banco y su dirección, y el montante del pago a efectuar. Le enseñé las listas del mes de febrero, y con eso se conformó. Nos dio un apretón de manos, y se marchó.

Grimbert recuerda a Micchelozzi en la ceremonia de Pieri, el día siguiente, 16 de marzo; se inclina, murmura, hace circular las informaciones a su alrededor. Algo rápido. Y conocía la filial maltesa mucho antes que la Policía Judicial. Debió de costearse un avión-taxi, ida y vuelta en el mismo día. Qué cabrón.

—Y cuando recibiste el ingreso, el 18 por la tarde o el 19 por mañana, te dijiste que debía por fuerza haber algún medio para hacer desaparecer los recibos, listillo. ¿Baldocchino ha hecho lo mismo con los petroleros?

Jonni se recupera, la presión física desciende, el desconocido no lo sabe todo. Baldocchino, ¿una vía de escape? Dos petroleros, eso es mucho más gordo que un desembolso mensual de la Serval. Ríe:

—Igual sí. Le contó a Theuma que había venido un abogado el 16 marzo, tres días después de la muerte de Pieri...

—¿Tan pronto? Ha habido una gran aglomeración aquí, después de la muerte de Pieri.

—Sí, Theuma me dijo, que poco faltó para que viniera antes de que lo mataran, a Pieri. Bueno, tenía papeles en regla, el propietario era una sociedad de Costa Rica, o de Panamá, no sé, por ahí. Y recuperó todos los documentos de los petroleros. Por lo menos, es lo que le dijo Baldocchino. Pero Theuma no estuvo allí, vete tú a saber si se lo repartieron.

—Muy bien. Voy a ver a Baldocchino más tarde. Ahora, tú vas a darme tus listas. Si te portas bien, te dejo la de marzo, y digo a mis amigos de Marsella que ese ingreso no llegó nunca.

Grimbert acompaña a Jonni hasta el banco, con una mano soldada a su codo. El banco está cerrado, una vieja está limpiando los despachos. Jonni le pide que le abra.

—Se me ha olvidado un dossier, tengo que trabajar esta noche en casa.

Grimbert no lo suelta. Pasan juntos por detrás del mostrador de la ventanilla, entran en una

minúscula habitación interior, Jonni saca un manajo de llaves del bolsillo, abre un armario metálico. Grimbert vigila. Estantes de archivadores clasificados por orden alfabético. Jonni extrae el archivador «Serval», toma el dossier de 1972, vuelve a colocar el archivador en su lugar, y cierra el armario. Grimbert no le ha quitado los ojos de encima. La vieja de la limpieza, de pie en el umbral de la puerta abierta, les observa con una mezcla de sospecha y de cólera. Cuando salen, se aparta de malhumor, murmurando, para dejarles pasar.

En la calle, Jonni tiende el dossier a Grimbert, con un gesto casi natural.

—Me da miedo la vieja. Me va a traer problemas.

—Tu director ha debido cobrar el peaje por informar al otro, al francés. Sois tan gallinas el uno como el otro. No tienes nada que temer.

Jonni palidece de rabia. Aspira aire a fondo, se sacude la mano de Grimbert de su brazo, se aparta unos pasos.

—No soy un gallina, soy un empleado de un banco honrado. Los gallinas sois vosotros, los marseleses. Te vas a enterar, cabrón, te lo garantizo.

Grimbert ve alejarse a Jonni. Es consciente de haberse dejado llevar por su impulso, y haber exagerado un poco demasiado. Tampoco contribuye a tranquilizarle la actitud de la mujer de la limpieza. Sería peligroso entretenerse en la isla. Baja al bar del puerto. Samy está allí, esperándolo.

—Encuétrame un pasaje a Catania o Siracusa, para esta misma tarde. Tengo que irme enseguida.

—Ningún problema, ahora me ocupo.

15. JUEVES, 22 DE MARZO DE 1973

Jueves, Saint-Tropez

Delmas reemprende su *tour* por la mañana. Después de una veintena de fracasos, de mucho tiempo perdido en carreteras secundarias, y de un almuerzo frugal, va a dar con una anciana señora encantadora, en la recepción del hotel Materassi, muy de estilo antiguo, que reconoce de inmediato a David en la foto, y se acuerda perfectamente de él: un atleta, un hombre guapo. Corría cada mañana por lo menos una hora al despertarse, en el campo, de modo que, imagínese, tenía un hambre de lobo al desayunar. ¿Su nombre? Busca la ficha, cuidadosamente ordenada. Terry Sloane, ciudadano británico. Llegó el 10 de marzo por la tarde, y se marchó el 15. Acepta entregar la ficha a Delmas.

—¿Presentó algún documento de identidad?

—Sí, un pasaporte británico.

—¿A ese nombre?

—Evidentemente, joven.

—¿Puede decirme si durmió fuera alguna noche?

—Eso, es imposible saberlo. No tomaba ninguna comida en el hotel, salvo el desayuno. Se paseaba mucho, en coche o a pie. Es normal, la región es muy bella, merece ser visitada, ¿no cree?

—¿A qué hora volvía?

—De noche el hotel está cerrado, pero no hay vigilante nocturno, y los clientes tienen una llave. El 15, cuando abrí el hotel, a las seis y media de la mañana, él ya se había ido. Me había avisado la víspera, y abonado su cuenta.

—¿Con un cheque?

—En metálico. Total, no era mucho, ¿sabe?. Nada de extras.

—¿En qué momento pagó?

—Me es difícil recordarlo. Yo estaba colocando la vajilla. Quizá después de cenar. O antes, después del almuerzo.

La anciana señora no puede decir más. Hammersfeld eligió bien su hotel. Aparte de su presencia continuada en la región, confirmada entre el 10 y el 15 de marzo y de una tercera identidad, ligada a una tercera nacionalidad, ningún indicio seguro. Pero lo que hay no está tan mal. Es hora de regresar a casa.

Jueves, Marsella

Se espera la llegada del Santa Lucia a lo largo de la mañana. El dispositivo de recepción está en marcha desde las nueve. Es un dispositivo discreto: Daquin espera en un local de los servicios de gestión del puerto, desde donde tiene una magnífica vista del muelle en el que amarrará el Santa Lucia.

Dos coches de la PJ están estacionados, cada uno en las proximidades de una de las dos verjas de salida del espacio portuario más próximas al muelle en el que está previsto que atraque el Santa Lucia. A bordo de cada coche, dos inspectores leen los periódicos regionales, cuyos titulares en portada se refieren aún al «caso de Pélissanne». Se sienten más bien satisfechos de escapar por un tiempo del fracaso que todos predicen en ese asunto. Se ha puesto a punto una comunicación por *walkie-talkie*, y previsto una cita al finalizar la operación en el despacho de Daquin. Solo queda cruzar los dedos.

A las once, dos hombres con el mono azul de trabajo en los muelles, chaleco fluorescente, botas de seguridad, guantes colgados del cinturón y gorros encasquetados en la cabeza se paran a unos metros del puesto de observación de Daquin. Están de espaldas a él. A las 11:10, el Santa Lucia está ya a la vista. Los dos hombres siguen en el mismo sitio. Daquin se da cuenta de que han sido informados con más precisión que él sobre la hora de llegada del Santa Lucia. Las 11:30, el Santa Lucia está amarrado y un grupo de aduaneros, desde el muelle, hace señas a los marineros; se coloca una pasarela, y los aduaneros suben a bordo: control rutinario.

Un aduanero se dedica a verificar los papeles de los marineros, que parecen muy sorprendidos. El diálogo se da en un inglés aproximativo, teñido de acentos improbables. Los dos hombres en mono de trabajo se hacen señas, y se acercan unos pasos. Cuando ven al grueso de los efectivos de los aduaneros bajar a las profundidades del barco, abandonan. Daquin previene a los dos equipos que vigilan las salidas, y vuelve a su despacho, a esperar noticias de unos y otros.

A bordo del Santa Lucia, el ritmo se acelera. Un equipo de aduaneros, al proceder a la inspección de la bodega, da con un centenar de cajas de dimensiones medianas, alineadas, cubiertas por una lona, e identificadas con grandes letras negras: «*machine tools*».

Se llevan una caja al puente, y la abren delante de los marineros. Contiene una decena fusiles de asalto, desmontados, engrasados, y cuidadosamente envueltos en trapos y plásticos. Las armas están alineadas unas al lado de las otras al sol, sobre el puente, y excitan la curiosidad de los aduaneros. Son de un modelo que nunca antes habían visto.

—Kaláshnikov —dice un aduanero aficionado a las armas—. Los había visto en foto. —Se acerca a las piezas sueltas, y monta el fusil con mucha facilidad—. Qué arma tan bella. Es la primera vez que toco uno. Mirad qué simple es, qué ligero. Parece que lo resiste todo. Estas armas las fabrican en la Unión Soviética y en Bulgaria. Aquí, deben de costar un riñón.

Las cien cajas, una vez abiertas, contienen todas las mismas armas. Efervescencia. La captura es magnífica. Los aduaneros dan aviso a Jaland, su jefe, y emprenden a continuación un registro sistemático del barco, que dura varias horas. No encuentran más que cinco tabletas de pasta, probablemente morfina base, disimuladas en unas cajas de mantequilla, en la nevera. Una nadería.

Los dos hombres en mono de trabajo se acercan a la salida más cercana al puerto. Uno de los dos se desprende del chaleco fluorescente y de los guantes de seguridad, que el otro recoge, y luego cruza la verja. Empieza el seguimiento. El hombre se dirige a pie hacia el Vieux-Port, gira delante de la catedral, llega al Obispado, rodea el edificio, se detiene delante de la puerta de

acceso de los proveedores del Garaje, llama. La puerta se abre al instante, y él entra.

Los dos inspectores que le siguen se miran, hacen una mueca y, sin intercambiar una sola palabra, entran en el Obispado por la entrada principal, y suben al tercer piso. Daquin les espera en su despacho.

—¿Y bien?

—Efectivamente, estaban esperando a su hombre.

—¿Dónde? ¿Quién?

—Aquí, en el Obispado. Ha entrado por la puerta de servicio de los proveedores del Garaje, le han abierto desde el interior, al primer timbrazo.

Daquin asimila como puede la información.

—Buena suerte —le dicen los dos inspectores al irse.

¿Qué me diría Grimbert? ¿Sorpresa? Recuerde, Simon, el carné del SAC. ¿A quién previno de la llegada de un suministro de armas, justo antes de morir? ¿Por qué no a miembros del SAC, polis en sus horas perdidas? Lógico. Y añadiría: Marsella es así.

No tiene tiempo de deprimirse, el teléfono suena, es Jaland.

—¿Está al corriente del resultado de nuestro control de rutina?

—No.

—En ese caso, tengo el placer de anunciarle la captura de un centenar de cajas de fusiles de asalto en el Santa Lucia. Mis hombres siguen registrando. Y usted, puede venir a hacerse cargo de tres marineros chipriotas traficantes de armas. ¿Feliz?

—Puede llamarlo así. Voy ahora mismo.

A media tarde, los marineros son conducidos al Obispado. Daquin les observa cuando entran en las jaulas, en el sótano. Se ha abierto la veda, olor a sangre, no pensar más en el SAC durante una hora o dos, un regalo del cielo. Dos hombres sólidos, sobre los cuarenta, chaparros, curtidos, y uno más joven, unos veinte años, flaco, cabellos negros revueltos demasiado largos, ojos marrones demasiado brillantes, como al borde de las lágrimas. «Les dejamos madurar durante una hora —dice Daquin al vigilante de los calabozos—, y luego me traes al jovencito».

Delmas vuelve de sus dos días de investigación en Niza y Saint-Tropez justo en el momento en que va a empezar el interrogatorio del jovencito, que un policía ha introducido en el despacho. No hay tiempo de proceder a un intercambio de informaciones, y es preferible así. Daquin se siente aún demasiado desestabilizado para controlar la situación. Así pues, se limita a preguntar a Delmas:

—El inglés, ¿lo entiendes?

—Como todos los escolares franceses, sección inglés primera lengua extranjera; es decir, nada en absoluto.

—Intenta redactar un informe, arréglateñas como puedas, luego lo repasamos.

Daquin invita al chaval a sentarse en una silla, frente a él, sin quitarle las esposas, y se pone a releer despacio los primeros informes entregados por los aduaneros, mientras lo vigila por el raballo del ojo.

Nacionalidad griega. Nombre de pila, Raphaël. Familia numerosa y miserable que vive en Chipre. El muchacho cruza y descruza las piernas, se retuerce las manos, con los ojos fijos en el suelo, a veces sus labios se tensan como por efecto del dolor. Daquin empieza:

—¿Hablas inglés? (Cabezada afirmativa.) ¿Qué hacías en ese barco?

—Trabajaba, me ganaba la vida.

Un inglés que recuerda a Daquin ciertas escenas de la vida libanesa.

—Un oficio demasiado duro para ti, por eso has preferido robar armas.

—Yo no he robado, no he hecho nada, Nicolas decía que yo era un buen marino.

La voz se quiebra en algunos momentos, y sube en los agudos.

—¿Nicolas?

—El capitán.

—Pero después de su muerte, los otros dos, Silas y Petridis, más veteranos, más duros, más fuertes, te hicieron la vida difícil. —El joven se hunde un poco más en su silla. Tocado—. ¿Te han dado por culo?

Grita: «No», sus manos se se retuercen por los temblores. Sí, no, Daquin es incapaz de averiguarlo, pero tanto le da, y continúa.

—En chirona será peor, tienes la pinta adecuada. Y será para mucho tiempo. ¿Quieres ir a parar allí?

—No.

—Yo puedo librarte. ¿Lo sabes?

—Sí.

—Cuéntame cómo llegaron esas armas al barco, y el papel de Silas y Petridis, esos dos brutos; si no, irás a la cárcel. Con ellos. Tú eliges. ¿Vas a hablar?

—Quiero hablar, pero no sé nada.

—Lo veremos. Yo hago las preguntas y tú respondes, eso es todo. ¿El Santa Lucia cargaba las cajas de armas en Constanta?

—Sí.

—¿Cuántas en cada viaje?

—Doscientas cajas de diez.

—¿Por qué no hay más que cien?

—Porque los policías turcos de Estambul, después de la muerte de Nicolas, nos dijeron que lo justo era repartir, y que dejarnos la mitad era muy generoso por su parte. Petridis dijo: de acuerdo. Los policías no querían que nos quejáramos a sus superiores, por eso dejaron la mitad, y Petridis dijo que si nos quejábamos, los superiores se llevarían el resto.

—¿Quién os dijo que vinierais a Marsella?

—Nicolas. Recibió un mensaje por radio antes de llegar a Estambul. Nos avisó: ya no íbamos a Chipre, sino a Marsella, y lo escribió en el cuaderno de bitácora. Y dijo que en Marsella alguien nos esperaría. Cuando Nicolas murió, Petridis decidió hacer lo que él había dicho. Tenía miedo de que los compradores, en Chipre, nos acusaran de haber robado las cajas.

—¿Quiénes eran los compradores?

—No lo sé, nunca les he visto.

—Cuando llegabais a Chipre, ¿los compradores no venían a hacerse cargo del suministro?

—No, nunca. Descargábamos las cajas, y las depositábamos en un almacén pequeño.

—¿Siempre el mismo?

—Sí. Siempre vacío.

—¿Abierto a todos los vientos?

—No. Cerrado con llave.

—¿Quién tenía las llaves?

Silencio. Raphaël se retuerce en su silla. Daquin insiste:

—¿Petridis?

—Me matará.

—Claro que no. Tardará mucho en volverte a ver.

—Sí, Petridis. Él tenía las llaves, abría y cerraba. Nosotros nunca vimos a nadie.

Daquin echa una ojeada a Delmas, que parece perdido, y le sonríe. Nada grave.

—¿Y los paquetes de morfina base en la nevera?

Raphaël se incorpora de golpe, la voz es más firme de pronto.

—Yo no sé nada. Nunca los he visto.

—Me cuesta creerte.

—Yo tenía prohibido acercarme a la cocina.

—Está bien, me importa un bledo. Una última pregunta. ¿Quiénes eran los dos marineros que desertaron del Santa Lucia la noche de la muerte de Nicolas?

El chico cruza las manos, se frota los pies uno contra otro, mueve la cabeza, inquieto.

—No lo sé.

—¿Chipriotas?

—No, no eran chipriotas. Me daban miedo. Daban miedo incluso a Petridis.

—¿En qué lengua hablabais?

—En inglés. Un poco. Era difícil entenderles. No hablaban árabe entre ellos.

—¿Qué hablaban, entonces? ¿Turco?

—Turco, no. Yo hablo un poco el turco.

—Decídetes. Sé que lo sabes. ¿Quieres que te suelte?

—Les oí hablar entre ellos, una noche, durante una guardia. Hablaban farsi. Yo no lo entiendo, pero lo reconocí, tengo un amigo, en mi barrio, solía ir a su casa, y sus padres eran iraníes.

Fin del interrogatorio. Daquin y Delmas redactan un informe en el que mejoran considerablemente las capacidades de expresión de Raphaël, que lo firma sin leerlo. Luego vuelve al calabozo, separado de los otros dos.

Daquin reflexiona en voz alta.

—Chipre quizás solo era una etapa, otro traficante podía tomar el relevo hacia Europa. ¿Simon habría intentado cortocircuitarlo, por su cuenta y riesgo?

Delmas no dice nada.

Se hace tarde. Daquin quiere ver al jefe del SRPJ antes del final de la jornada, los inspectores movilizados para el seguimiento ya deben de haberle pasado su informe, y seguramente está irritado, no hay que dejar pasar más tiempo.

—Delmas, escribe un informe breve, pero preciso sobre tus dos jornadas de investigación, y déjalo sobre mi escritorio. Y mañana, día libre. No estás al corriente porque has estado de picos pardos los últimos días, pero nuestros jefes han previsto una operación espectacular e inútil de limpieza del barrio de la Belle de Mai, que debe movilizar a todo el Obispado, y que han bautizado como «Operación Manguera». No vale la pena que pierdas el tiempo, yo me encargo de representar a todo el equipo. Ve a interesarte por la salud de la viuda, y nos vemos aquí mañana a

media tarde.

El director recibe a Daquin con cierta frialdad. De entrada, le hace patente su descontento por encontrar a la aduana metida en el caso.

—Nuestro ministro nos va a echar una bronca, no tenemos por qué hacerles publicidad a los servicios de aduanas y al ministro de Finanzas del que dependen. Ha recurrido usted a ellos sin consultarme, ¿cómo justifica esa decisión?

El ataque estaba previsto, y la respuesta preparada, lo justo para resultar creíble:

—La información de los horarios de llegada del Santa Lucia me llegó muy tarde, tenía poco tiempo para actuar, usted estaba ocupado en el caso Cartland, no pude contactar con usted y el paso por el fiscal, en Niza, podía resultar demasiado lento. La aduana me pareció la única salida para actuar de manera totalmente legal y ágil. El resultado no ha sido desdeñable.

—Ese individuo que ha hecho seguir hasta el Obispado...

—La aduana no está al corriente. Venía a hablarle de eso. ¿Qué hago con él?

El jefe se tranquiliza, es exactamente lo que quería oír.

—Envíeme una nota, y no la incluya en el dossier. Yo me encargo de la organización de la vigilancia y de la investigación sobre la red de compraventa de armas con el equipo especializado de la PJ, lo que permitirá recuperar el caso para el balance del servicio. Informaré también a los Stups de la incautación por la aduana de algunas placas de morfina base.

El jefe marca una pausa, vacila, Daquin espera. Añade:

—No hace falta decirle que aquí, en Marsella, nadie imaginaba que Pieri se dedicaba a ese tipo de actividades. Una contabilidad algo mentirosa, evasión fiscal, bien, quizás no sea tolerable, pero se tolera. El tráfico de armas, eso ya es otra cosa. Y eso refuerza evidentemente la tesis de unos asesinatos relacionados con un ajuste de cuentas entre mafiosos. Ese es también el punto de vista del fiscal Coulon. ¿Es la vía que está siguiendo usted, Daquin, con su equipo?

—Es una pista que no descuidamos, señor director, pero no es la única sobre la que trabajamos, como puede ver en la nota que le envié.

—No he tenido tiempo de leerla. No se disperse. El asunto que interesa a la prensa y al público hoy es Pélissanne. Ahí, estamos obligados a conseguir resultados. Los asesinatos de Pieri y Simon ya están olvidados. En cuanto al fiscal Coulon, me parece que sobre todo desea evitar cualquier complicación en su ciudad, en Niza. ¿Cuento con usted mañana, Daquin, para la «Operación Manguera»?

—Por supuesto, señor director.

Daquin sube a su despacho, y se prepara un café. Se sienta delante de la ventana abierta, con los pies sobre la barandilla. Es ya de noche, el fresco entra en la habitación, la ciudad ronronea. Bebe su café. Oleada de pensamientos contradictorios. El Santa Lucia y sus Kaláshnikov, una bonita captura, a pesar de todo. Una pieza más en el rompecabezas. Frickx y Pieri, Frickx y Simon, David y sus dobles identidades, el dinero negro, el petróleo, y ahora, las armas, la sombra del SAC, las ramificaciones en el interior del Obispado y quizás en Niza, todo ello con el trasfondo de la guerra entre clanes mafiosos por el control de la Costa Azul. Solo nos quedan cinco días de investigación preliminar, y todos esos elementos siguen amontonándose sobre mi escritorio, sin que sea capaz de descubrir cómo encajan. Y el jefe: «Pieri ya está olvidado». En cristiano: cierra el caso deprisa y de cualquier manera. No voy a hacerlo, eso está claro. Porque ahora Pieri está muy cerca. Pélissanne es una suerte para nosotros: mientras dure el caso, las altas

esferas estarán demasiado ocupadas para pedirnos más explicaciones. Solo cinco días...

Hay que dejarlo madurar, esta noche estoy demasiado cansado. Una buena noche... Un cuerpo en movimiento que observar, acariciar... Me gustaría salir de caza, sorprenderme, gozar, y olvidarme de inmediato. Imposible. Quizá «te estén vigilando». Sé razonable.

Alarga el brazo hacia el teléfono.

16. VIERNES, 23 MARZO 1973

Viernes por la mañana, Marsella

Al despertar, Daquin contempla a Vincent dormido a su lado. Se levanta sin hacer ruido para no despertarlo. Ducha caliente, luego fría. Sesión de afeitado, momento de la verdad. Anoche, ganas de salir de caza, de ligue con hombres desconocidos; llamó a Vincent porque no está en su terreno, porque hay que ser prudente, porque Leccia...

Una noche poco inspirada. Contempla su rostro liso y limpio en el espejo, y le dice:

—Esta ciudad acabará por volverte impotente.

La jornada se anuncia difícil, entre una investigación que se parece cada vez más a un laberinto sin salida, y la participación obligatoria en una operación de policía que presiente ridícula. Necesita vestirse de un modo que le permita mantener la moral alta, nada de los vaqueros y la chupa de cuero habitual, demasiado informal. Elige una chaqueta y un pantalón de tela *marron glacé*, bien cortados, que ponen de relieve la potencia de los hombros y la estrechez de sus caderas, combinados con un polo azul claro, como una pizca de ligereza, y mocasines de piel. Vincent aún no se ha despertado. ¿O finge estar dormido? Cierra la puerta, sube a pie hasta el Obispado sin prisas, y se instala en la terraza del bar-estanco para desayunar: café crema, dos cruasanes, y un rayo de sol.

Sobre su escritorio, hay correo.

En primer lugar, la transcripción por la centralita de un mensaje lacónico de Grimbert: espera estar de regreso a media tarde. Respeta escrupulosamente las consignas de discreción que le ha dado Daquin: no alimentar el chismorreó con mensajes demasiado explícitos que se extravían y circulan desafortunadamente por los despachos antes de llegar a su destino.

Luego un telegrama de Paul:

«Bombazo. Irán anuncia en OPEP decisión Sha comercializar directamente petróleo NIOC. Fin monopolio del cártel. No apostaste. Lástima».

Irán. Ayer los marineros sospechosos del asesinato del capitán del Santa Lucia eran probablemente iraníes. Hoy, el Sha de Irán revoluciona el mercado del petróleo. El mercado del petróleo que obsesionaba a Pieri. Una semana después de su asesinato.

Finalmente, lee los dos folios del informe de Delmas. Un informe excelente. Con su pinta de paleta ingenuo, ese tipo tiene madera de auténtico policía.

De modo que David y Frickx son más o menos íntimos. El testimonio de la enfermera es decisivo. ¿Habrá sido el reencuentro, no entre dos crápulas de juerga como ella piensa, sino entre

dos cómplices del asesinato de Simon? ¿Se convierte David en un personaje central de nuestra investigación?

Daquin pivota sobre su sillón, con los pies en la barandilla de la ventana y la mirada perdida en el azul de su pedacito de cielo.

David, una pieza más del rompecabezas que no encuentra su lugar. Grimbert nos va a traer otras. No debo intentar precipitar el momento de encajarlas. Esperar. Atender a una sola pieza cada vez, y trabajarla. David. Contamos con algunos datos firmes. Es una persona muy próxima a Frickx, cuya implicación en los asesinatos está documentada. Está por la zona durante los asesinatos. Intenta disimular esa presencia. No existen aún certezas, pero sí puedo considerar ya que él forma parte del cuadro.

Pero su presencia introduce elementos completamente nuevos. Dispone una serie de documentos falsos a la altura de un profesional de los servicios secretos. No son las herramientas de un aficionado. Es militar, se alistó como voluntario en el ejército israelí, y tiene grado de oficial. Un perfil más próximo al del tirador de élite que los de los sicarios de la mafia. Para rematar, las tres víctimas están implicadas en el tráfico de armas cuyo punto de llegada es Chipre, en la proximidad de los campos de entrenamiento de los palestinos, en un contexto internacional de tensión extrema.

Después de un estallido de terrorismo palestino, estamos en plena ofensiva contra-terrorista israelí. Después de la masacre de los atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Munich el septiembre pasado, Golda Meir, la primera ministra israelí, confeccionó una lista de los responsables políticos palestinos a eliminar, y la confió al Mossad, que los va asesinando, uno tras otro, más o menos por toda Europa. Hace unos días, el ejército israelí derribó por error un avión comercial sobre el Sinaí, con más de cien personas a bordo, y se ha limitado a presentar excusas vagas. En una palabra, todo está en ebullición, todo es posible. Incluida la ejecución de dos personas en suelo francés. Conclusión: si pienso en David, me parece imposible no evocar la sombra del Mossad. Y surge de inmediato una pregunta: ¿puede existir una relación entre el petróleo y el Mossad? ¿Lo que explicaría la relación entre Frickx y David? Segunda pregunta: Bontems me habló de la «firma» de los tiradores de élite. ¿Se podría encontrar un *modus operandi parecido*, en las ejecuciones recientes del Mossad?

Daquin se aparta de su ventana y de su pedacito de cielo azul, descuelga el teléfono, y consigue contactar con Lenglet, en Beirut.

—Me estás molestando, Théo.

—Lo siento. Pero necesito respuestas concretas que tú puedes darme muy deprisa, respecto a dos puntos; después, te dejo.

Suspiro resignado.

—Te escucho.

—El Mossad, ¿tiene algo que ver con el comercio del petróleo?

—Supongo que estás de broma. El petróleo es una cuestión de vida o muerte para Israel, que no tiene nada, o muy poco, y vive en medio de países hostiles que tienen mucho. Fue porque Nasser bloqueó su puerto petrolero de Eilat sin que los americanos reaccionaran, por lo que Israel hizo la guerra de los Seis Días, en 1967. Y su situación no ha mejorado desde entonces. Cuanto mayor es el poder de la OPEP, que está dominada por los países árabes, más amenazado se siente Israel. Y cuando Israel se siente amenazado, el Mossad nunca está lejos.

—Si te hablo de una ejecución con arma corta a una distancia de ocho a diez metros, diez

balas, todas en el blanco, ningún daño colateral, ¿eso te recuerda a algo, en el entorno del Mossad?

—Claro que sí. El octubre pasado, en Roma, Abdel Wael Zwaiter, representante de la Organización para la Liberación de Palestina en Roma, fue abatido en el vestíbulo de entrada del edificio en el que vivía, cuando estaba en medio de un grupo de amigos; diez balas disparadas desde la puerta de la calle. La ejecución fue reivindicada por el Mossad.[17] Zwaiter estaba en la lista de Golda Meir.

—¿El asesino fue identificado?

—Un poco de seriedad, Théo...

—Gracias. Te dejo. Vuelve a tus amores.

Lenglet se ríe:

—¿Tanto se me nota en la voz? Siempre tan perspicaz, Théo. Voy a seguir tu consejo.

Y cuelga.

De modo que la hipótesis del Mossad, si bien no está aún comprobada, tampoco es totalmente impensable. Y quizás el petróleo no anda lejos, quizás. Falta saber de qué manera. El asesinato de Zwaiter y el de Pieri, muy parecidos en el *modus operandi*; pero como el tirador de Roma no ha sido identificado oficialmente, eso no me ayuda mucho. La CIA debe de saberlo, pero no se lo dirá nunca a un poli francés de provincias.

Daquin se prepara un café con coñac, tiene la impresión de que le ayuda a reflexionar. Si David está implicado en la muerte de Pieri, de una manera o de otra, ¿por qué sigue aún por Niza? Frickx, sin embargo, se larga. Dos posibilidades para David: tiene cobertura y no teme nada, o bien tiene una manera muy personal de gestionar el riesgo. En los dos casos, puede haber procedido a una inspección personal del lugar del crimen antes de disparar o hacer que otro disparara a Pieri, eso es más útil y menos arriesgado que permanecer en los alrededores después. Puedo ir al casino a preguntar si alguien lo reconoce.

Viernes por la tarde, Marsella

Las altas instancias de la Seguridad Pública y del SRPJ han decidido dar un gran golpe ante la opinión pública. La imagen de la policía marsellesa no pasa por un momento brillante. Los atracos, a veces miserables pero casi siempre violentos, se multiplican, proliferan las agresiones y extorsiones de todas clases, y la «policía de los corsos» es vista por la población como inepta y chanchullera, demasiado parecida a los mafiosos que pueblan la ciudad. En cambio, los policías de los Stups, los parisinos, tienen el viento de cara, y aparecen como el modelo a seguir. Ellos no se pringan con las mafias. Ellos trabajan, y detienen a los grandes jefes de la droga. Pero sobre todo la población les agradece el esfuerzo por hacer el aire un poco más respirable llevando a cabo redadas espectaculares a gran escala en los bares, en el puerto o en los barrios, que frecuentan los camellos y los yonquis. De ahí la idea de los jefes del Obispado, de copiar los métodos de los Stups llevando a cabo una gran operación de rastrillado antidelinuencia, para exhibir la fuerza de la policía y emprender la reconquista del corazón de los marselleses. Una gran operación conjunta, PJ y Seguridad Pública, para mostrar su unidad, según el buen principio de que la unión hace la fuerza. Las altas instancias han elegido un nombre que sin duda les parece sugerente. Será la «Operación Manguera».

Todos los efectivos del Obispado han sido convocados en el patio a las 16:30 horas. Daquin acude sin entusiasmo, e informa a sus superiores de la ausencia de sus dos inspectores, «actualmente en situación de desplazamiento, en el marco de nuestra investigación». El personal se pone en marcha a las 16:45 en punto. El barrio elegido por los jefazos para su demostración de fuerza es el de la Belle de Mai, uno de los núcleos populares y obreros de Marsella cuando el puerto de la Joliette y los astilleros navales funcionaban a toda marcha, si bien después del fin de la era colonial vino el declive, y la degradación es ya visible en las fachadas de las casas, en las de las fábricas casi desiertas, y en los cuerpos y las miradas de los habitantes. ¿Por qué la Belle de Mai? El último ajuste de cuentas sangriento, en Marsella, ocurrió en este barrio, y Daquin puede atestiguarlo, fue el día de su llegada a la sede de la PJ, su bautismo de fuego antes de que el juez Bonnefoy echara un jarro de agua fría sobre su entusiasmo. Balance: dos muertos, los autores aún no han sido identificados a día de hoy. Los robos con asalto más o menos violentos se han multiplicado también en el barrio, cinco registrados en el último mes, y la prensa escribe: «Se ha informado a las fuerzas policiales de la presencia de numerosos reincidentes y prófugos de la justicia en esta zona». Así pues, el barrio ha sido acordonado por los salvaguardas de la paz en uniforme. En la Placide-Caffò, el centro del dispositivo, una gran plaza rectangular contigua a una fábrica en proceso de cierre, los policías de paisano de las brigadas criminales de los dos servicios han sido movilizados para controlar las identidades de los peatones, bajo la protección vigilante de los nuevos Grupos de Intervención de la Policía, con pasamontañas y armados con metralletas, que hacen su primera aparición pública. Los grandes jefes deambulan por el lugar, con aire de concentración.

¿Esperan encontrar en la redada a los autores del último ajuste de cuentas, que habrían vuelto a merodear por el lugar del crimen, ametralladora en mano? Poco probable... Pero la prensa regional está presente, y en su honor se ha montado la operación. ¡Que empiece el espectáculo! Los peatones desfilan. Daquin, con una atención dispersa, realiza uno, dos, tres controles de identidad. Una multitud mediterránea, franceses, corsos, italianos, argelinos, todos bronceados y surcados de arrugas, hombres jóvenes en vaqueros y sudaderas, que arrastran los pies calzados con zapatillas de deporte, y viejos proletarios cansados, una mezcla de lenguas y de culturas en un clima de pobreza inquieta. Se prestan al control y al cacheo con una sonrisa de lado y un aire burlón que Daquin siente como una quemadura. Recordaré mucho tiempo esas miradas. ¿Qué decía Paul? «Tú no estás hecho para la rutina policial». Si esto es la rutina policial, entonces tenía razón.

Y luego, breve señal de alarma, un hombre de unos cuarenta años tropieza con él, y cuando Daquin le pide los papeles, tarda mucho en atender la orden, demasiado, rebusca en los bolsillos, jadea, le increpa en voz alta con gestos exagerados:

—No tienen nada mejor que hacer...

Justo en ese momento, un grupo de policías de la Seguridad Pública pasa detrás de Daquin, y le empujan. Recibe un golpe violento con un objeto metálico en los riñones, y una sombra murmura a su oído: «Tómalo con calma, maricón, si no...». Mientras el hombre al que trata de identificar intenta escapar y perderse entre la multitud. Sin darse la vuelta, Daquin lo sujeta por la muñeca, y lo inmoviliza retorciéndole el brazo.

—Los papeles, tú, rápido, date prisa o te enchirono.

El hombre acaba por extraer un documento de identidad sobado del bolsillo trasero de su pantalón, entre gruñidos. Daquin anota su nombre y dirección, y le deja ir. No hay rastro del grupo

de la Seguridad Pública ni del susurrador. La operación continúa. Pasada una hora, los equipos de la policía han controlado veinticinco bares y a trescientos cincuenta peatones. Ninguna detención, nada, cero, resultado nulo. Los atracadores no son como los yonquis y los camellos. Se levanta el dispositivo.

—«Manguera», no te jode, no somos barrenderos municipales, no limpiamos las aceras —gruñe un poli.

—La próxima vez iremos de modernos, vendremos con aspiradoras para limpiar el barrio —bromea un inspector—, y entonces veréis lo impoluto que queda todo.

Mientras, la gran limpieza de la «Operación Manguera» ha derivado en la fábula del cazador cazado.

Daquin vuelve al Obispado, de un humor de perros y con pinchazos eléctricos en el nervio ciático.

Viernes noche, Marsella

De vuelta en el patio del Obispado, los efectivos policiales se dividen en dos grupos. La Seguridad desciende hacia el Garaje, la PJ sube a sus plantas. Daquin llega al tercero arrastrando la pierna. Evita en la medida de lo posible toda discusión con los «colegas» y se reúne con Delmas y Grimbert, que le esperan en el despacho leyendo las últimas informaciones sobre el caso Cartland, que se estanca hasta la desesperación, pero sigue ocupando la primera plana.

Brusco cambio de humor. Queda olvidada la calamitosa «Manguera». Después de dos días de caza más o menos en solitario, ha llegado el momento de exponer los trofeos: la caza ha sido abundante, y nadie vuelve de vacío. Grimbert extrae de su bolsa una botella de marsala, comprada en el aeropuerto de Palermo. Un viaje agotador de treinta y seis horas, un barco, con zozobranante navegación nocturna incluida, y dos aviones. Malta está aún en la otra punta del mundo. Sirve el vino en vasos de plástico:

—Los sicilianos lo llaman el vino de la meditación.

—Me hace mucha falta —gruñe Daquin—. A vosotros también, supongo.

El despacho es una burbuja protectora y fraternal en medio del caótico alboroto de la operación. A medida que la hora avanza, el edificio se vacía poco a poco, y la calma se instala de nuevo. Daquin se siente mejor. Esta rutina entre hombres le viene bien.

Mientras los tres paladean su primer vaso, Grimbert habla de Pieri.

—Un personaje. En la punta de lanza de la modernidad, en un sentido. Blanqueo, evasión fiscal, petróleo, banderas de conveniencia, lo ha asimilado todo acerca de la economía del futuro. Y todo eso lo lleva a cabo con un equipo de viejos mafiosos de vuelta de todo, y miembros de la familia corsa. Una pizca de ingeniería financiera, hecha con medios caseros. Funcionó durante un tiempo, hasta dio con alguien más duro que él, probablemente. Un tipo provisto de toda clase de recursos. Un profesional que le eliminó y se ha quedado con el control.

Largos intercambios de información, muchas anécdotas, sin presión, cada cual se toma su tiempo mientras degusta el vino de la meditación.

Daquin cuenta brevemente la captura de las armas del Santa Lucia, sugiere la posibilidad de un eslabón chipriota en una cadena más amplia, le dedica más tiempo al falso estibador que fue a refugiarse en el Obispado.

—Grimbert, esto es de tu competencia. El jefe me ha dicho que lo olvide. ¿Qué hacemos?

—Teniendo en cuenta los antecedentes de Simon, y a dónde ha ido a caer en el Obispado, la presencia del SAC en la operación para mí ya no es una hipótesis, sino una certeza. A partir de ahí, es posible imaginar dos escenarios. Escenario de intensidad débil: Simon conoce la naturaleza del cargamento del Santa Lucia, sin estar implicado a fondo en el tráfico. Cuando se entera de la muerte de Pieri, aprovecha la ocasión para hacer regresar el barco a Marsella, y recuperar algunas armas para el SAC. Es una operación «de un golpe de suerte». Escenario de alta tensión: el SAC colabora con un clan marsellés en un circuito regular de tráfico de armas una de cuyas etapas es Chipre.

Podríamos averiguarlo si investigáramos, lo que me parece difícil, y es poco probable que nos lo dejen hacer. En los dos casos, el SAC sabe desde el martes 13 de marzo, es decir mucho antes que nosotros, que el Santa Lucia va camino de Marsella con un cargamento de armas a bordo. Pienso que ahí tenemos la explicación de las presiones de Leccia. Con lo que sabemos ahora, apoyado por testimonios y pruebas materiales, si no conseguimos que nos deje en paz... es que yo soy un inútil.

En la ventana es ya de noche, apenas coloreada de malva por las luces de la ciudad.

—Bien —dice Daquin—. Ahora, pasemos a las cosas serias. Grimbert, te toca. Cuéntanos la versión maltesa de la epopeya de tu héroe marsellés.

—Imposible de momento identificar a los beneficiarios de los tráficos de la Somar, no he encontrado ninguna lista nominal.

Grimbert cuenta en pocas palabras cómo se coordinaban la Somar, la Serval y la Banque de l'Archipel, y la visita de un francés, quizás Micchelozzi, probablemente Micchelozzi, dos días después del asesinato de Pieri. Los clientes de la Somar son rápidos.

Delmas pregunta si han de seguir buscando los nombres. Grimbert responde:

—Creo que tenemos cosas mejores que hacer. El petróleo. Pieri era copropietario de dos barcos petroleros. Eso representa un dineral, la verdad. Su socio, del que no sabemos absolutamente nada, pero que reacciona con una rapidez asombrosa, liquida la asociación y vende los petroleros por medio de un abogado solo tres días después del asesinato de Pieri. ¿Qué os parece?

—Solo disponemos de las declaraciones de un testigo de segunda o tercera mano.

—Cierto. Pero los dos gerentes malteses no me parecen personas capaces de concebir y gestionar grandes tinglados financieros.

—Eso es bastante convincente.

—Si me dejo llevar, me digo a mí mismo que el socio sabía que Pieri iba a ser asesinado antes de que ocurriera. Ese socio es la persona que buscamos.

—En el mismo momento, Irán pone patas arriba el mercado del petróleo. ¿Podemos establecer una relación entre los dos sucesos?

—Demasiado azaroso. Hablamos solo de dos petroleros de tamaño medio. Nada que ver con los superpetroleros que cargan el petróleo en Irán.

—El Mossad también se interesa por el petróleo, al parecer —añade Daquin, y causa sensación en el despachito.

Daquin muestra la página de periódico enviada por el consulado francés de Nueva York; da todas las informaciones de que dispone, más los interrogantes, y concluye:

—No olvidemos a Frickx. Trabaja con Pieri, está incontestablemente implicado en el asesinato de Simon, que contaba con él para afrontar el futuro de la Somar, y está muy ligado a David. ¿Por qué no sería él ese socio que estamos buscando?

—Los comercializadores de materias primas no «trabajan» el petróleo.

—Hasta ahora. Pero si el mercado está revolucionándose, quizás están tratando de adaptarse a las turbulencias.

»Señores, resumo. Frickx es un personaje inaccesible. El petróleo es una materia sobre la que no sabemos nada, es el terreno de juego de las superpotencias, de sus servicios secretos y de diversas oficinas privadas. Nos quedan cinco días, y no podemos esperar ningún apoyo dentro de la casa. ¿Conclusión?

Grimbert sonrío:

—Seguimos por esta vía, comisario.

Última ronda. La botella de marsala está vacía, y la noche negra. Delmas es el primero en salir del despacho, Daquin medita de pie delante de la ventana, Grimbert ordena los vasos y limpia los escritorios. Cuando están los dos solos, Daquin se vuelve:

—¿Puedo retenerte aún unos minutos?

Grimbert se vuelve a sentar:

—¿Estás de broma, comisario?

—Esta tarde, durante la operación propagandística de la Belle de Mai, estaba haciendo una identificación cuando me han empujado por la espalda un grupo de la Seguridad Pública. Me he llevado un golpe en los riñones, nada grave, pero la intención era hacerme daño, y en el mismo momento alguien me ha murmurado al oído: «Tómatelo con calma, maricón, si no...».

Grimbert hace crujir las articulaciones de sus manos.

—¿Cómo has reaccionado?

—He agarrado al tipo que tenía delante, y que intentaba escabullirse; me pareció que estaba conchabado con los agresores. Esta es su identidad: Pierre Henri, nacido en 1932 en Marsella, domicilio en calle Crudère 11, empleado en el Olympique de Marsella. Evidentemente, no he podido identificar a ninguno de los agresores. ¿Qué piensas del incidente?

—Una operación de intimidación brutal y grosera, al estilo del SAC de Marsella, sensiblemente distinto del de Leccia. Sin la menor duda relacionada con el asunto de las armas del Santa Lucia. Tenemos las agendas y los carnés de Simon, incautados en el registro de su domicilio. Vamos a ver si encontramos algo relacionado con ese Pierre Henri.

Grimbert saca las fichas de direcciones de uno de los armarios, las coloca sobre el escritorio, los dos hombres se inclinan sobre ellas. Los nombres no están ordenados por orden alfabético, sino por grupos de base.

Al cabo de unos minutos, Daquin señala:

—Pierre Henri, está aquí.

Muestra la lista de los nombres que figuran en el grupo de Henri. Uno llama la atención de Grimbert.

—Bartoli... Le conozco bien. Es el indicio que esperaba encontrar. Me ocuparé de eso. Y no te tomes en serio que te llamaran maricón, aquí es un insulto común.

17. SÁBADO, 24 Y DOMINGO, 25 MARZO DE 1973

Sábado por la mañana, Cap Ferrat

Cuando el teléfono suena, hacia las nueve, David y Emily están en la cocina, como la víspera, desayunando. Emily ordena, con una amplia sonrisa:

—Contesta tú, David. Yo he salido a hacer unas compras.

David vacila, descuelga. No hay sorpresas, es Michael quien llama:

—¿Emily no está?

—No. Ha salido de compras.

—¿Tan pronto?

—Es fin de semana, hay mucha gente, quería evitar las aglomeraciones.

Desde el otro lado de la mesa Emily asiente, risueña. Michael responde:

—Mejor, así podemos hablar con más libertad. Dile dos cosas. La primera, que dentro de unos minutos salgo para Joburg y Pretoria. Veré a su abuelo, y lo saludaré de su parte.

—Perfecto. ¿La otra cosa?

—Ginebra. Nuestra nueva casa. ¿Anotas la dirección? Carretera de Lausanne, en Bellevue. La terraza da al lago y al Mont Blanc, espléndido. Estaré de vuelta a partir del 29, dile que venga a reunirse conmigo en esa fecha.

—Apunto la dirección. Pero ya sabes que no quiere ir.

—Te toca a ti convencerla.

—No sé si conoces bien a tu mujer.

—La conozco muy bien. Sé que es capaz de querer quedarse en Niza. Pero he rescindido el contrato de alquiler de la villa. Tendrá que haberla vaciado para el 31 de marzo. Milán no le gusta. Así que, vendrá a Ginebra. Es sencillo. Bueno, tengo prisa, dale un montón de besos de mi parte. Nos veremos a mi regreso.

Michael ha colgado ya.

—¿Qué ha dicho?

—Va a ver a nuestro abuelo en Joburg.

—¿Y después?

—Te espera en Ginebra a partir del 29 de marzo.

—No iré.

—Ha rescindido el contrato de alquiler de la villa para el 31 de marzo.

David espera gritos. Emily, sin embargo, está muy tranquila. Prepara más té, sirve dos tazas, abre un nuevo paquete de bizcochos.

—Vamos a sentarnos y a hablar —David se sienta—. Estos días hemos revivido algunos recuerdos de nuestra adolescencia, de hecho muy mejorados. Ha sido un paréntesis inesperado. Te estoy muy agradecida. Ahora, se acabó, vuelta al mundo real. Yo soy una mujer mal casada. Y tú, ¿quién eres tú?

David necesita tiempo para encontrar la respuesta.

—Cuando no soy tu primo, soy un amigo de Michael. Le encontré por casualidad una noche en un bar de Joburg, bebimos mucho juntos, y luego me he encontrado varias veces con él, estos últimos años. Cuando Pieri fue asesinado, estábamos los dos juntos en Sudáfrica. Él sabía que no iba a poder acompañarte, porque estaba con negociaciones muy importantes en marcha, que no podía retrasar. Me pidió que viniera. Acepté. No lo lamento. Entre él y yo, no se ha hablado nunca de Ginebra, y no tengo intención de raptarte para llevarte allá a rastras cogida de los pelos.

Emily reflexiona mientras bebe una, dos, tres tazas.

—Gracias a ti, me siento bien, muy bien. Puedes marcharte cuando quieras, pero también puedes quedarte aquí tanto tiempo como quieras, con una condición: no me hables más de Ginebra. Yo voy a empaquetar mis cosas, buscaré un guardamuebles y trabajo en Niza. Veremos. Administraré el día a día. No pongas esa cara, David, soy yo quien tiene problemas, no tú. Ven, vamos a bañarnos. Mejor será aprovechar los últimos días.

Domingo noche, Johannesburgo

Mañana, lunes, Frickx tiene una cita con los ministros sudafricanos relacionados con los temas del petróleo, en Pretoria. Pero antes ha querido ver a Weinstein, que le ha citado en su casa, en los barrios residenciales y vigilados de la ciudad, al final de la jornada.

Es su primer encuentro después de la ruptura con Jos. Una situación difícil. Jos y Weinstein están muy compenetrados. Son dos hombres de la misma generación, y con la misma visión de los negocios: apoyarse en empresas fuertes, bien establecidas, y en colaboradores leales; y desconfiar de los francotiradores.

Pero Weinstein sabe también que Frickx ha sido el artífice, tanto de la extensión de la red africana de la Sociedad Minera de Sudáfrica hasta el Sahara, como de la creación de las primeras sucursales de la sociedad fuera de África y de una dirección regional descentralizada en Australia. Una hoja de servicios brillante, en menos de diez años. Weinstein no se ciega, y está más abierto a los cambios que Jos. Y además Frickx es el marido de su queridísima nieta.

La partida sigue abierta. Hay que ganarla. Se traga dos píldoras rosas cuando el coche está accediendo a la gran propiedad de Weinstein.

Weinstein le espera en su despacho. Una biblioteca de madera oscura abarrotada de libros, muchos de los cuales ha leído; gran escritorio macizo, sillones y sofá de cuero, moqueta espesa. Un decorado de club londinense. El viejo siempre ha adorado las referencias a Inglaterra.

Aparece un mayordomo negro vestido de negro para servir los *whiskies*. Frickx piensa que, decididamente, a él no le gusta Inglaterra.

—Gracias por recibirme tan pronto. Para mí era importante hablarle de mi marcha de

CoTrade.

—Ese me parece el menor de los problemas. Hemos hecho excelentes negocios juntos durante seis años y siento una gran estima por ti, pero Jos es mi amigo, y yo he dado la mano de mi nieta al hombre que él consideraba su heredero. Estuvo aquí hace dos días. Ve tu marcha como una traición. Le he encontrado profundamente dolido.

—Yo no le he traicionado. En ningún momento, ni una sola vez. Desde 1969, he construido pacientemente redes en el mercado del petróleo, con el acuerdo de Jos, en el marco de una filial de CoTrade, que creé en 1970 con su beneplácito y con total lealtad, la Fimex. La situación internacional, durante estos cuatro años, ha evolucionado. El mercado internacional del petróleo va a estallar y a escapar del monopolio de las grandes compañías, es una evidencia para cualquiera que mire de frente la situación actual. Hay que adaptarse a estas evoluciones, no se pueden seguir aplicando todo el tiempo las mismas fórmulas. Al habernos convertido antes que todo el mundo en actores principales en el mercado libre, tenemos hoy la oportunidad de llevar a cabo una fabulosa operación de *trading*, con centenares de millones de dólares en juego a muy corto plazo, y miles de millones a medio plazo. Miles de millones, ¿me oye? La red que he construido en estos últimos años con CoTrade no es lo bastante sólida para llevar adelante toda la operación en solitario, pero sí permite lanzarla. ¿Qué es lo que hago? Llamo a Jos para hablar de la puesta en marcha con él. Y se niega, no ya a hacer la operación, se niega a escucharme, me cuelga el teléfono en las narices. No sabe nada de lo que pretendo hacer, porque no ha querido saber nada. Y me ha humillado con su actitud despreciativa.

Se produce un largo silencio durante el cual los dos hombres beben unos sorbos de *whisky*, cada cual con los ojos clavados en su vaso. Luego Frickx se lanza:

—Estoy citado mañana con los ministros responsables en Pretoria. Sé que te debo mucho. Me reciben con buena disposición porque he entrado por alianza en tu familia. ¿Aceptas que te informe sobre el contenido de las negociaciones que voy a tener con ellos?

El viejo carraspea, se remueve en su sillón.

—Adelante.

Frickx ha marcado el primer punto. Sin alardes, con un perfil bajo, he hecho la mitad del camino, le conozco, no se resistirá al tintineo de los dólares. Se inclina hacia su maletín, y saca un grueso dossier cuidadosamente preparado con Pélissier, su banquero. Desliza una carpeta hacia Weinstein.

—Lo que está en juego a nivel internacional, los puntos que he enumerado hace un momento, estudios con cifras. ¿Quieres que te cuente más al respecto?

—No. Déjame esos papeles, les echaré un vistazo. Cuéntame lo esencial, es decir Frickx and Co. Nos están esperando para cenar.

Frickx expone que ha conseguido prácticamente el monopolio del comercio del petróleo iraní. La clientela de los refinadores independientes de Europa, en plena expansión, a los que puede garantizar el petróleo a un coste menor, pero manteniendo, a pesar de ello, unos beneficios más elevados gracias a un acuerdo secreto de cooperación con Israel «que no estoy autorizado a detallar», precisa. Y la firma, para el día siguiente, de un contrato de casi exclusividad con el gobierno de Sudáfrica.

—¿Cuál es el interés de Sudáfrica?

—El gobierno necesita seguridad y estabilidad. Ha estudiado la evolución de la situación en Estados Unidos, las luchas por la igualdad de derechos para la población negra. Sabe que su

política de *apartheid* es criticada en el ámbito internacional. Sabe también que tiene una necesidad absoluta de petróleo, en particular para su ejército. En el mercado del petróleo, el *trader* Frickx and Co. desempeñará el papel de pantalla y lo protegerá antes cualquier represalia. Con un buen *trader*, nadie sabe de dónde vienen las mercancías ni adónde van. El gobierno sabe también que yo trabajo con Irán e Israel, dos aliados, para él es una prueba de seriedad, y para Irán es la garantía de una vía de exportación que las compañías no van a poder boicotear.

—Tienes un talento innegable para la construcción de redes eficaces. Pero estás jugando muy fuerte, los riesgos son enormes si se produce una inversión de la tendencia.

—No, yo no asumo ningún riesgo. Juego sin correr riesgos.

—¿Te crees más listo o más afortunado que todos los demás?

—En absoluto. Simplemente, estoy mejor informado. Esa es la clave. Sé que la OPEP subirá el precio del petróleo el próximo otoño. No es una apuesta, es una información. No sé todavía si los precios base se fijarán en tres o cuatro veces más que los precios actuales; de todas maneras subirán muy por encima de lo que firmo en este momento, y sabré el monto exacto antes que los demás, antes que las propias compañías. He invertido cuatro años en crear mis redes de información. Funcionan a pleno rendimiento. Y cuando se invierta la tendencia, lo que ocurrirá un día, yo también lo sabré antes que los demás, y jugaré a la baja. Ya lo ves, el juego es fácil. Puedo también decir, sin presumir, que soy más trabajador que la competencia.

»Me has visto trabajar durante seis años, me conoces. En los tres días que han pasado desde que se hizo pública la decisión iraní, ya he visitado a mis futuros clientes, y he firmado contratos importantes en Italia y en España. Y mañana, espero, firmaré con Sudáfrica. En cinco días. Cuando la competencia despierte, será demasiado tarde.

—¿Puedes dejarme esos documentos, para tener tiempo de mirarlos?

Frickx se regodea. Weinstein ha mordido el anzuelo. Se debate, le doy un poco de carrete, se fatiga, yo recojo hilo, y lo saco del agua. El tintineo de los dólares.

Me pedirá entrar en la compañía. Con toda discreción. Y cuando Jos lo sepa, por casualidad, claro está, reventará de envidia.

—Vamos a cenar, mi mujer nos espera desde hace rato, nos va a regañar.

Al tiempo de levantarse de su sillón, el viejo pregunta:

—¿Cómo va Emily?

—Muy bien. He hablado por teléfono con ella ayer, y me ha parecido totalmente recuperada de ese episodio lamentable. David, su primo, le hace compañía.

Weinstein mira atentamente a Frickx, y tuerce el gesto:

—Lo he sabido por mi secretaria. No debería durar demasiado, esa convivencia. Los dos fueron muy cómplices en su juventud. Los fuegos mal apagados... No sé si conoces bien a tu esposa, Michael. Lleva mi sangre, es una mujer capaz de todo. Otra cosa, unos amigos me han dicho que Emily les había vendido lo que en nuestros días se llama una obra de arte. Me han enseñado fotos... ¿Estás al corriente?

Frickx, sorprendido, duda, y se decide por la franqueza, el riesgo menor:

—No sé nada.

—Tienes que ocuparte de eso. No quiero que mi nieta se pierda en esos ambientes de tarados. Sé que estás muy ocupado; sin embargo, tómate un poco de tiempo para hablar con ella, ¿de acuerdo? Dile que yo deseo que deje esas tonterías, y tenme al corriente.

18. SÁBADO, 24 DE MARZO DE 1973

Sábado, Marsella

Desde su visita «oficiosa» al apartamento de Pieri, Daquin piensa con frecuencia en ese «otro lugar» en el que debió de esconder su vida privada y sus amores, obligado por la clandestinidad. Se dice que tal vez encontrará allí las listas nominales de los «blanqueados», que no están ni en la Somar ni en Malta, pero que existen en alguna parte, porque no es posible hacer funcionar una maquinaria semejante fiándolo todo a la memoria.

Pero sobre todo desea desvelar el secreto, descubrir el lugar, pasear por él, tocar los muebles, aspirar el aire, sentirse lo más cerca posible del muerto. Además, siempre existe la posibilidad de que aparezcan sorpresas.

La noche anterior, ha intentado comunicarse con Thiébaud por teléfono, sin conseguirlo. De modo que le llama muy pronto por la mañana, y le despierta. Voz ronca, chirriante, quizás un «día después» resacoso. Thiébaud se pone a la defensiva. Después de algunas frases de cortesía, Daquin arranca:

—Estamos avanzando. Pero me es absolutamente necesario tenerle aquí, en Marsella.

—¿Para qué?

—Se lo contaré cara a cara. Venga.

Thiébaud gruñe, carraspea, tose, jadea, pero cede. Los periodistas son por definición personas curiosas. Quiere saber en qué punto se encuentra Daquin.

—Hoy, imposible. Puedo tomar el tren nocturno esta tarde.

—Le esperaré en la estación mañana por la mañana.

Al llegar al Obispado, Grimbert entra en un despacho desocupado de la PJ, y llama por teléfono a un amigo periodista en el gran diario regional.

—Pierrot, necesito que me hagas un favor. Te recuerdo que estás en deuda conmigo.

—Lo sé, ahórrame tus cálculos miserables.

—Un artículo sobre Mairand, el comisario de la Mundana, su amiguete Bartoli, y sus historias de putas.

—Ya hice uno sobre el tema para ti.

—Sí, y no tengo nada nuevo, aún no, pero necesito un empujoncito. Puedes reciclar la información que te di la última vez. No lo utilizaste todo. Y por supuesto tendrás la primicia de las repercusiones que tenga.

—¿Para el lunes?

—Perfecto. Te lo compensaré.

Pierrot ya ha colgado.

Daquin, Grimbert y Delmas se reúnen en su despacho. Grimbert ha pedido a la Brigada de Delitos Financieros que les envíe a su especialista en petróleo. Será el inspector Costa, el encargado de seguir, desde la creación del puerto petrolero de la zona de Fos, hace una decena de años, la criminalidad financiera relacionada con las actividades portuarias, en las que el petróleo tiene una importancia preponderante. Mientras lo esperan, los tres hombres leen la prensa en silencio, antes de ponerse a trabajar. Dos temas ocupan las páginas de actualidad. El primero, la notable Operación Manguera, demostración convincente de la unidad y la fuerza de la policía marselesa. Los recién creados Grupos de Intervención de la Policía, en uniforme de combate, han impresionado particularmente a los periodistas, que se deshacen en alabanzas a «esos hijos espirituales de James Bond y de Maigret». Daquin divaga. Ese artículo no tiene ninguna relación con la realidad, algo que, por otro lado, carece de importancia, no está hecho para eso. El artículo ha sido escrito antes incluso de la Operación Manguera. Que por otra parte ha sido programada solo para que se escribiera el artículo. ¿Y por qué no simplemente planear la operación, plantear la propuesta a los periodistas, para que escriban sus artículos, y no tomarse el trabajo de llevar a cabo la operación? La eficacia sería la misma, y se ganaría tiempo. La página siguiente vuelve a estar enteramente dedicada a la tragedia de Pélissanne, variaciones sobre el tema «las fuerzas policiales están en punto muerto». ¿Cuánto tiempo conseguirán los periodistas alargar un tema en el que no ocurre nada?

Pero mientras el director siga enfrascado en el caso, el equipo mantiene un poco de autonomía.

Llega un hombre, que ya ha sobrepasado los cuarenta, algo de tripita y calvicie incipiente, más bien jovial. Se presenta:

—Inspector Costa, de la Brigada de Delitos Financieros. Vengo a relevar a mi colega. Al parecer les interesa el petróleo. Si les parece que me necesitan...

El recibimiento es caluroso.

Los dosieres de la Somar relacionados con la Mival y el petróleo han sido seleccionados, y trasladados al despacho del equipo de Daquin. Los cuatro hombres se distribuyen entre los tres escritorios pequeños, que han sido despejados; teléfonos y máquinas de escribir están dentro de los armarios o colocados en el suelo en un rincón, y la ventana está abierta de par en par, a fin de escapar de la asfixia.

—Tenemos que trabajar deprisa —anuncia Daquin para empezar—. El jefe nos va a pedir cuentas el lunes, el martes, como muy tarde, en el momento en que finalice el procedimiento preliminar. Debemos tener algo concreto sobre el petróleo que enseñarle en ese momento.

Costa reparte las tareas. Tres ejes: la estructura financiera y la cadena de mando del sector del petróleo (Costa con la ayuda de Delmas), los trayectos de los dos petroleros (Daquin), y las listas de clientes y proveedores (Grimbert).

Los cuatro hombres trabajan en silencio toda la mañana. Hacia el mediodía, han avanzado bastante. Grimbert sugiere hacer una pausa, y que todo el equipo vaya a almorzar donde Étienne. Aprobado por unanimidad.

Reina el mismo ambiente cálido. Relax. Prohibido sobre todo hablar de trabajo: hay que dejar reposar todo lo realizado por la mañana, de modo que madure a su ritmo.

A la una, los cuatro hombres vuelven a encontrarse embutidos en el despachito. Ir a lo esencial, y darse prisa. Al trabajo.

Costa resume:

—La estructura financiera es la clásica en el sector. Los petroleros pertenecen a Misma, sociedad nominal colectiva con sede en Curaçao. Socios: Pieri y un desconocido representado por el abogado Jean Charbonnier, de Ginebra, del bufete Charbonnier e Hijo. Es sin duda el abogado que se ha desplazado para recuperar los barcos por cuenta de su cliente, incluso antes de que Pieri haya sido enterrado. Los estatutos de la sociedad le otorgan ese derecho. Llama la atención que fue él mismo quien depositó los citados estatutos. Curaçao, Ginebra, se necesitará mucho tiempo para identificar al socio de Pieri, y sin garantía de obtener resultados.

—No hay tiempo, lo dejamos correr.

Costa continúa.

—Misma alquila los petroleros a la Somar, un contrato de larga duración, quince años, firmado en 1970. La Somar los subalquila por un año a Mival; la única función de ese subarriendo es proteger a la Somar y deslocalizar los beneficios hacia Malta, que está en camino de convertirse en un paraíso fiscal y bandera de conveniencia. Las hojas de ruta de los petroleros son elaboradas por la Somar, que las transmite a Mival, que se contenta con repercutirlas a los capitanes de los barcos. La Somar solo guarda sus archivos del año en curso, todo el resto es enviado a Malta. Apunto: la recuperación y la venta de los petroleros, después del asesinato de Pieri, eran legales según los estatutos de Misma, que parecían haber sido redactados a medida para la circunstancia. Pero no lo era la ruptura unilateral del contrato de alquiler con la Somar. Conclusión: el socio sabía que la Somar era en esencia una tapadera para el blanqueo que no sobreviviría a Pieri. El socio ha sido, por lo menos, cómplice. ¿La recuperación de los petroleros puede constituir un móvil? Se habla de una suma aproximada de un millón de dólares, en copropiedad. Por tanto, de un beneficio del orden de los 500 000 dólares para el socio superviviente.

—Una bonita suma y un posible móvil.

—Posible, pero quizás no suficiente. Tres asesinatos en dos días, a kilómetros de distancia; se necesita una logística muy elaborada...

Costa continúa:

—Un petrolero puede tener una cifra de negocios de unos 800 000 dólares al año, y un poco menos de 200 000 dólares de beneficio sin contar las amortizaciones, pero no hemos encontrado ningún dato parecido en la documentación. Parecen haber tenido un comportamiento mejor que la competencia.

—La Somar siempre lo hace mejor que la competencia.

Se centran en las rutas de los barcos. Daquin toma la palabra:

—Hay dos petroleros, llamados Niklos y Arkos, durante los seis últimos meses, de 35 a 40 000 toneladas de arqueo, un tamaño medio para el Mediterráneo. En los dos últimos meses, cada barco ha efectuado seis rotaciones, de una duración media de diez días entre dos suministros. Los suministros han tenido lugar en Sarroch, Cerdeña, seis veces, Constanta, en Rumania (al oír el nombre, Grimbert y Delmas dicen a coro: «Como el Santa Lucia») tres veces, Valencia, en España, dos veces, Rijeka, en Yugoslavia, una vez. Todos los clientes son refinerías independientes de las grandes compañías. Los lugares donde tiene lugar la carga son desconocidos.

Costa, Delmas y Grimbert, al unísono:

—¿Cómo, desconocidos?

—Están indicados en las hojas de ruta con las letras A y B. Dos lugares muy próximos o idénticos, los tiempos de rotación no varían en un caso u otro. Se trata necesariamente de puertos mediterráneos, teniendo en cuenta la corta duración de las rotaciones.

—¿Puede ser petróleo de contrabando? ¿Libia? ¿Argelia?

Costa interviene:

—Con rotaciones tan regulares, y siempre los mismos clientes, eso me parece muy improbable, prácticamente imposible. El origen del petróleo es un punto a determinar con urgencia.

—¿Alguna idea sobre el modo de conseguirlo?

—Encontrar los barcos. Los capitanes lo saben, evidentemente... Pero, como los petroleros han sido vendidos, y los registros de alistamiento de los marineros están en Malta, eso puede llevar tiempo.

—No tenemos tiempo.

—De todas maneras —señala Grimbert—, los archivos de Malta han desaparecido.

Costa toma de nuevo la palabra:

—Lloyd's tiene oficinas que registran todas las entradas y salidas de navíos en todos los puertos del mundo. Incluido el Mediterráneo, que es el que nos interesa. Tengo buena relación con el responsable de Lloyd's en el puerto de Marsella. Tenemos el nombre de los barcos, los lugares y las fechas del suministro... Puedo hablar con él. Con dos o tres llamadas telefónicas debería bastar para tener la respuesta.

—¿Cuándo?

—Nada más salir de aquí.

—Perfecto. Te toca, Grimbert.

—He constatado dos puntos. Primer punto, el petróleo que transporta la Somar es siempre negociado por la misma empresa comercial, la Fimex, con base en Ginebra.

De nuevo Costa:

—Ginebra no es una sede habitual para el petróleo. Actualmente, los *traders* del petróleo se concentran en Rotterdam. Todos ellos están más o menos subcontratados por las grandes compañías, y actúan de forma marginal, para ajustar los contratos entre las grandes compañías. Aquí, estamos lejos de ese modelo. Hay que averiguar quién está detrás de la Fimex. Quizá pueda averiguarlo si hago algunas llamadas oficiosas fuera de servicio a amigos ginebrinos cercanos al comercio de materias primas agrícolas. Si el camuflaje no ha sido demasiado perfecto, ellos deberían poder decirme...

—¿Qué haríamos sin usted, Costa?

—Es mi oficio, comisario.

—Segundo punto: los archivos que conciernen a la Mival y la Serval son enviados regularmente a Malta. Pero hemos encontrado entre los papeles incautados en el registro la agenda de un contable en la que figura un inventario de proveedores y de clientes, con sus direcciones, de los cuatro últimos años. Sea olvido o iniciativa personal, para nosotros ha sido un golpe de suerte. No hay milagros, pero sí, en primer lugar, un gran ausente, Frickx, del que sin embargo la señora Frickx nos dijo que tenía negocios con Pieri.

Grimbert hace una pausa. Daquin comenta:

—Dos soluciones posibles. O bien Frickx no aparece porque es un personaje central y está protegido, y en tal caso se podría incluso pensar en él como el socio misterioso de la sociedad de Curaçao; o bien la señora Frickx miente para encubrir sus propios asuntos, de los que no sabemos nada. Ningún elemento nos permite elegir entre las dos posibilidades.

Grimbert continúa:

—Después, en 1970, aparece un cliente, un tal Stepanian...

Daquin, Delmas y Costa lanzan al mismo tiempo un grito de sorpresa:

—¡Stepanian, no es posible!

Y Grimbert, satisfecho:

—Estaba seguro del éxito de mi pequeño golpe de efecto.

Daquin se vuelve hacia Costa:

—¿Conoce usted a Stepanian?

—En el SRPJ de Delitos Financieros es casi un conocido de toda la vida. Hace meses que le investigamos por una querrela que interpuso, en 1971, contra las grandes compañías petroleras presentes en Fos. Querrela por abuso de posición dominante, trabas a la competencia, fraude en los mercados públicos, millares de páginas mecanografiadas. Habrá un primer juicio muy pronto, y el caso se alargará durante años, sin desenlace previsible.

—¿Por qué? ¿Hubo abuso, sí o no?

—Sí, evidentemente. Todo el mundo sabe que las compañías se entienden entre ellas, se reparten el mercado, no se hacen competencia en las ofertas y se conchaban para eliminar a los intrusos como Stepanian. Los petroleros y los políticos lo consideran una necesidad, en un sector en la que las inversiones son considerables. Así pues, nadie quiere que el proceso acabe en una condena a las compañías. Incluso aunque, como en este caso, prácticamente obligaron a Stepanian a declararse en bancarrota, y luego gestionaron su liquidación a través del tribunal de comercio, que controlan. Es una situación clásica.

—Creíamos que Stepanian era el dueño de una pequeña empresa familiar de distribución de fuel y de vinos. Un tendero, en versión marsellesa.

—Es exactamente eso.

—La correlación de fuerzas parece muy desequilibrada. Es un punto sospechoso.

—Desde luego. Estamos convencidos de que el objetivo que busca no es llevar el procedimiento hasta el final, sino conseguir una compensación financiera de las compañías a cambio de desistir de la querrela. Una especie de chantaje, a eso se limita todo.

Pero usted, por su parte, ¿de qué conoce a Stepanian?

—Era un amigo íntimo de Pieri, y no conseguimos etiquetarlo.

—Puedo pasarle copia de nuestro dossier. Es enorme, pero no estoy seguro de que le ayude a encontrar respuestas. Le dejo, tengo trabajo con la Fimex y con Lloyd's.

—Delmas pasará a recoger el dossier. Si hay novedades, nos mantendremos en contacto por teléfono. En caso de que no nos encuentre, deje un mensaje en centralita, me lo harán llegar. Quedamos citados el lunes, en este despacho.

El dossier Stepanian de los de Delitos Financieros es realmente enorme. En su celo por demostrar la responsabilidad de las compañías en su quiebra, Stepanian ha entregado a la policía la casi totalidad de los archivos de su empresa. Los tres hombres empiezan a hojearlos en diagonal. Joseph Stepanian pone de nuevo en marcha la empresa familiar en 1969, a la muerte de

su padre. La transforma en una sociedad anónima de responsabilidad limitada, la Symax. El conflicto con las grandes compañías petroleras Esso y Shell, presentes en Fos, aparece en 1969, porque la Symax comercializa su gasóleo a un precio menor que el de los distribuidores afiliados a dichas compañías, y estos protestan. En 1970, Stepanian pasa a un escalón superior, adquiere almacenes en Fos y se implica en un proyecto de refinería independiéndose con otros pequeños distribuidores. Las grandes compañías le cortan entonces el suministro, y en ese momento se inicia su relación con Pieri, que le sirve petróleo pero, por razones desconocidas, no lo hace más que una sola vez, de modo que la sociedad se ve abocada a una liquidación judicial en 1971, fecha en la que decide plantear la querrela.

—¿Alguna observación?

—Se mete en el negocio del petróleo justo en el momento en que Pieri se interesa por él. ¿Es casualidad?

—La casualidad no existe.

—¿Por qué Pieri no continúa su suministro?

—Es tanto más sorprendente porque, al parecer, hay lazos afectivos fuertes. Nicolas habla de un hermano, Casa nos dice que Pieri adoraba jugar al rollo de padre adoptivo...

—No hay que olvidar tampoco el otro lado, la trifulca del bar-estanco. Noël Legras nos dijo que Stepanian buscaba información sobre la investigación Pieri. Los Stups nos presionan desde el principio de la investigación. Se presentan en el registro de la Somar, están al corriente antes que nosotros de los viajes de Pieri a Estados Unidos en 1972, y es muy probable que hayan buscado en los apartamentos de Maïté y de Pieri antes de nuestro registro...

—Mi amigo Casa se siente incómodo cuando le pregunto por Jo Stepanian. ¿Por qué? Sabe que Jo es un gran amigo de Pieri. Anda buscando informaciones sobre Pieri. Si tiene cogido a Stepanian de una manera u otra, se propone hacerle cantar, y no quiere que nosotros nos entrometamos...

Se produce un momento de desorientación en el equipo. Daquin reacciona:

—De acuerdo, todo eso no está nada claro, pero vamos reuniendo más y más elementos. En lugar de especular, tenemos que atrapar a Stepanian, y ver qué es lo que tiene dentro. El trabajo con los dosieres no es la parte más excitante de la profesión, pero ha de hacerse.

»Pieri y el Armenio son amigos. Habrá que cruzar sistemáticamente sus dosieres. Individuos, barcos, empresas, todos los puntos de contacto posibles. Eso nos dará argumentos para hacer hablar a Stepanian cuando lo tengamos. Luego, localizarlo para no perder tiempo cuando decidamos detenerle. ¿Tenéis planes para el sábado por la tarde?

Grimbert sonríe.

—Mi mujer se ha ido con los chicos a casa de sus padres, a la cabañita. Justamente me estaba preguntando qué iba a hacer con mi noche libre.

—Y yo tenía previsto hacer compañía a Grimbert.

—Perfecto. —Daquin se pone en pie—. Os dejo, tengo mucho que hacer. Llamadme mañana, para tenerme al corriente.

Delmas y Grimbert lo miran salir del despacho.

—¿Se va de fin de semana? —murmura Delmas entre dientes.

Grimbert no contesta.

—Te propongo que empecemos por localizar a Stepanian. Tengo la impresión de que le entró

el pánico el otro día, en el bar-estanco, y quizás se ha mudado. Hay que localizarlo. Luego tendremos toda la noche para trabajar tranquilamente con los dosieres.

La dirección que tienen de Stepanian está en Aubagne, un simple paseo en coche: casa tranquila, rodeada de jardín, en una calle desierta, un poco apartada de la población. Vacía. Postigos cerrados, ningún signo de vida.

Grimbert empuja la verja y da rápidamente la vuelta a la casa. Ninguna duda, no hay nadie. No hay correo, prospectos ni periódicos en el buzón:

—Probemos en Correos, quizás ha dejado una dirección para que le remitan la correspondencia. Tú sígueme. Tenemos que ir directos, seguros de nosotros mismos, porque estamos improvisando sobre la marcha.

En la oficina de Correos de Aubagne, Grimbert empuja a la cola que espera, autoritario y agresivo, seguido como una sombra por Delmas. Exhibe su carné tricolor inclinado sobre la joven funcionaria, vagamente amenazador, y obtiene de inmediato la dirección a la que Stepanian ha pedido que le remitan la correspondencia.

Vitrolles. Grimbert pasa despacio delante de una casa parecida a la primera; un jardín más pequeño y menos florido, una niña pedaleando en un triciclo, una mujer afanándose en una habitación de la planta baja.

Ningún hombre a la vista, ningún coche, tampoco en el garaje cuya puerta basculante ha quedado abierta.

Grimbert da una vuelta, vuelve y aparca a un lado de la calle, unos cincuenta metros antes de llegar a la casa.

—No tardará en volver para la cena. Nos aseguramos de que es aquí donde vive, y volvemos al despacho a trabajar.

Delmas abre la ventana de su lado y enciende un cigarrillo, Grimbert vigila la calle por el retrovisor. La espera no se prolonga. Un coche a la vista. Grimbert lo sigue con la mirada, distingue claramente la silueta de un único ocupante al volante, un hombre con el cráneo rapado. El coche se acerca a escasa velocidad, y de pronto se detiene en seco, da media vuelta derrapando en la grava del lateral, y con un acelerón se lanza en la dirección opuesta. Grimbert, sorprendido, pierde tiempo antes de arrancar, gira, se lanza a la persecución del Armenio. Después de dos virajes acrobáticos renuncia, el otro coche ha desaparecido.

—¿Me puedes explicar lo que ha pasado? —pregunta Delmas.

—Solo puedo decirte lo que me imagino que ha pasado. Stepanian, porque era él quien estaba ahí, en su cacharro, vuelve tranquilamente a una casa en la que cree estar seguro con su mujer y sus hijos. Ve un coche parado en la calle desierta, con dos hombres dentro. Estamos en Marsella. ¿Qué es lo que piensa, en tu opinión?

—Piensa que le estamos esperando para tirotearlo.

—Sí, nos ha tomado por sicarios.

—¿Quién le persigue?

Grimbert se encoge de hombros.

—De momento, el Armenio no va a volver a su casa, lo hemos perdido. Un jodido fastidio.

Sábado noche, Niza

Hacia las siete de la tarde, Daquin entra en el casino del Palais de la Méditerranée. Decoración monumental, de una riqueza convencional y ostentosa; algunas bellas vidrieras de los años treinta no compensan la banalidad del resto. Empieza la ronda del personal, con la foto de David en la mano. Entre las cajeras, los botones y las empleadas del guardarropa, no evoca ningún recuerdo. El fisionomista, a la entrada de las salas de juego, contesta primero que él respeta el anonimato de la clientela del casino. Luego admite que quizás lo ha visto, para acabar por reconocer que lo vio muy bien, unos diez días antes, durante toda una velada, e incluso que se sintió intrigado por su comportamiento. El joven pasó más tiempo dando vueltas por la entrada y la terraza que en las salas de juego, como si estuviera esperando a alguien. El fisionomista llegó a temer por un instante que estuviera tramando algo.

—¿Tiene esto alguna relación con el asesinato que tuvo lugar unos días más tarde?

Daquin evita responder, y se da una vuelta por las salas de juego. El dossier de David empieza a adquirir volumen, con datos comprobables. Documentación falsa, presencia en la zona, y ahora paseos por el casino del Palais de la Méditerranée en los días precedentes al asesinato. Un fisionomista es un testigo creíble en los tribunales.

Mucha gente en torno a las mesas de la ruleta, el bacará o la bola; sin duda hay allí vidas que se desgarran, pero en una atmósfera de comodidad y buen tono, característica particular de este casino. Una bella mujer, de unos cuarenta, se yergue escultural en un vestido de terciopelo negro ceñido que asciende hasta el cuello, con una sola joya, un enorme clip con diamante engastado en el hombro, y maquillada como para una última representación. Da dos pasos para alejarse del tapete de la ruleta. Inmóvil en medio del vaivén de los jugadores y los curiosos, la mirada perdida en el vacío, su maquillaje se descompone, consumido desde el interior por el fuego del desastre. Placas rosadas y oscuras en las mejillas lívidas, el rímel grisáceo invade las aletas de la nariz, el rojo de los labios se diluye. Imagen de desolación. Daquin ve el espectro de su madre, quince años antes. Mi madre, minada por los medicamentos, el alcohol y el odio de su marido, mi padre. El mismo rostro, el de la muerte a pasos lentos y seguros. Sale de la sala de juegos.

Cena en el restaurante del casino, tras las huellas de Pieri y de Emily. Una lubina a la plancha muy correcta. Daquin puede comprender que Pieri haya frecuentado el casino. Pero no consigue imaginar a la pareja ni apreciar la comida, perseguido mucho más de lo que querría por el susurrador del: «Tómatelo con calma, maricón», que, sin comprender la razón, asocia al espectro de la mujer de negro. ¿Era una amenaza precisa, o un dardo disparado a ciegas? Se va del restaurante sin acabar de comer.

Las sensaciones de arenas movedizas y de ahogo vuelven, desgarradoras. Volver a casa, dormir. No será fácil. Por suerte, aún le queda media botella de coñac en el fondo de un armario.

19. DOMINGO, 25 MARZO 1973

Domingo, Marsella

Thiébaut está ahí, como habían quedado, y baja del tren. Daquin le lleva al Café de la Estación, se instalan en una mesa un poco aislada, piden dos cafés crema y cruasanes, y Daquin aborda el tema de inmediato:

—Disponemos de varias pistas posibles. —Pausa—. Lo cual, para ser honesto, es lo mismo que no tener ninguna pista seria. Cada vez que avanzamos en una dirección u otra, nos faltan piezas esenciales. El registro en la Somar aportó poca cosa, y el del domicilio oficial de Pieri, nada en absoluto. Tengo la convicción de que existe un refugio, un lugar resguardado en el que él y usted se encontraban y se amaban en libertad. Quizás las piezas que echamos en falta se encuentran ahí. Necesito que me lleve a ese lugar.

Thiébaut se bloquea, está rígido:

—¿Por qué supone que existe un lugar así?

—He visitado el apartamento de Pieri. Es una vivienda de paso. Me atrevo a apostar que usted nunca puso los pies allí. Fijo que hay otra cara de la moneda.

—Si ese lugar existe, ¿por qué no podría estar en París?

—Pieri era corso y marsellés, lo intuyo poco trasplantable.

—No lo era. —Un silencio—. Ese lugar existe, en Marsella. No he vuelto desde la muerte de Maxime. No tenía intención de volver, nunca. Desde su llamada telefónica, no dejo de pensar en ello. —Se pone en pie sin mirar a Daquin—. Vamos.

Suben al coche que utiliza Daquin. Thiébaut indica la dirección de las *calanques*. No intercambian ni una palabra durante el trayecto. Van más allá del Vallon des Auffès y del restaurante L'Épuiette; Thiébaut calla, está en otra parte. Un poco más allá, llegan al final de la carretera, en Callelongue.

Thiébaut hace seña a Daquin de que aparque el coche debajo de un cobertizo. Salen por la puerta trasera, y siguen durante un centenar de metros un sendero en pendiente disimulado entre las rocas. Luego, detrás de una barrera rocosa, aparece una cabaña de dos plantas. La entrada queda oculta detrás de una puerta acristalada enteramente sumergida bajo enredaderas de flores azules y violetas.

Thiébaut se agacha, toma una llave de debajo de una piedra, abre la puerta.

Entran directamente en una habitación única que ocupa toda la planta baja: el suelo y las paredes son de madera, y la mirada se concentra en la fachada, un inmenso ventanal acristalado

que da a una terraza de madera que pende entre las rocas. Las vistas son increíbles. A la izquierda, una fortaleza de caliza blanca deslumbrante, sin una huella de verdor, sin una huella de vida, un acantilado que cae en picado hasta la costa rocosa, recortada como una cinta de encaje, y prolongada por algunas islas desérticas sumergidas en un mar de un azul violento que se imprime en la retina y parece desteñirse en el horizonte contra el azul más pálido del cielo. Daquin permanece varios segundos mudo, inmóvil, empapándose del espectáculo. Una atalaya sobre otro mundo. Pieri fue el hombre que eligió venir a vivir, a amar, a trabajar en este paisaje. Daquin recuerda el mapa de las *calanquescolgado* en su habitación. Callelongue debía ser el centro. El centro de su vida.

Thiébaut ha cerrado los ojos. Respira hondo dos veces, y luego señala una escalera con claraboya situada al fondo de la estancia.

—El dormitorio y el despacho están arriba. Yo no subo... No ahora.

Abre la puerta acristalada, pasa a la terraza, da la espalda a la cabaña y se sienta en un sillón frente a la roca, frente al mar. Daquin sube. Está distribuido, como la planta baja, en un solo espacio diáfano. Al fondo, un baño con ducha aislado mediante un panel de vidrio. Una cama inmensa. Daquin sonríe, lo sabía. Se abren en la fachada tres ventanas pequeñas a media altura, y justo bajo las ventanas, un tablón de madera colocado sobre columnas de cajones que ocupa toda la anchura de la habitación y hace la función de escritorio. Sobre la tabla, una máquina de escribir, un gran aparato de radio con lector de casetes conectado a dos altavoces, una treintena de bolígrafos y lápices revueltos, varios blocs de papel, y algunas fotos enmarcadas, todas de Thiébaut, ninguna de Pieri, frustrante. Y tres dosieres colocados en orden al lado derecho del escritorio, sin duda en los que trabajaba en los últimos días.

Sobre el primer dossier, un nombre escrito con tinta azul: Emily. Daquin lo abre. Es el proyecto de compra de una galería de arte en Nueva York. Un informe que especifica las gestiones que se han llevado a cabo y en qué punto se encuentran, así como el nombre del bufete de negocios que lleva el asunto, en Nueva York. En el barrio del Soho, el local seleccionado, los primeros contactos establecidos, el inicio de la negociación sobre el precio, acuerdo a la vista. ¿Quién será el comprador? En el dossier que Daquin está ojeando figura bajo las siglas AB. Como los puertos donde se aprovisionan los petroleros de la Mival. ¿Coincidencia? ¿Falta de imaginación?

De todas maneras, las relaciones entre Pieri y Emily adquieren una consistencia inesperada.

¿Está Frickx al corriente? ¿Los negocios de Frickx y los de Emily están conectados? Si es ese el caso, ¿podría ser ella cómplice del asesinato? ¿Los últimos viajes a Nueva York tenían como objeto la compra de una galería de arte? La fábula de un encuentro casual en Villefranche no se sostiene un solo segundo, si alguna vez se ha sostenido. Emily, su recibimiento caluroso, su cuerpo rebosante de placer, su primo, amante y guerrero, su marido, comerciante y quizás asesino, su amigo Pieri, matón asesinado. Me pierdo, ningún punto de referencia. Habrá que volver a verla. Un encuentro para captarla. Las mujeres son opacas. Daquin aparta el dossier a un lado.

Segundo dossier: Nicolas. Informaciones sobre los procedimientos necesarios para llegar a oficial de la marina mercante en barcos de grandes dimensiones, cursos, formularios para rellenar. Pieri en el papel de buen padre de familia. ¿Se lo paso a Maïté? Imposible prever su reacción. Lo dejo aquí.

Tercer dossier: Stepanian. Interesante, veamos. Lo abre. El contenido parece a primera vista decepcionante, se compone sobre todo de recortes de prensa con anotaciones al margen. Daquin les echa un vistazo. Los primeros corresponden a revistas especializadas sobre la economía del

sector del petróleo, datan del verano de 1970, y tratan de la creación de una refinería en el estanque de Berre por parte de una agrupación de distribuidores independientes cuyo portavoz es Stepanian. El proyecto prevé la compra y la nueva puesta en marcha de una instalación anterior que fue a la quiebra. Todos los periodistas hablan de una operación peligrosa y mal gestionada. Un artículo establece precisamente las diferencias entre las inversiones necesarias y la cobertura de las diversas empresas participantes, y concluye que el proyecto tiene un carácter poco realista. La tabla con las cifras ha sido señalada con un círculo en tinta roja. Al margen, una serie de notas manuscritas indescifrables. Otros dos artículos, fechados en 1971, publicados en la gaceta confidencial *Info Éco Avenir* bajo la firma de Pascal Thiébaud, tienen un tono parecido. Los siguientes datan de 1972, tratan de la querrela por abuso de posición dominante presentada por Stepanian, e insinúan en términos más o menos claros un intento de chantaje. Daquin coloca el dossier al lado del de Emily.

Luego pasa a examinar los cajones. En los tres de la derecha se acumulan dossiers bien ordenados, algunos muy antiguos. Los examina todos, uno a uno. La cabaña fue comprada en 1961, antes del encuentro con Thiébaud. Pieri utilizó a una serie de intermediarios, para que su nombre no apareciera. Los tratamientos de desintoxicación de Nicolas, en clínicas para ricos. La compra de la casa de la abuela en Calenzana, y luego, más recientemente, la de una propiedad en Calvi, registrada a nombre de Maïté. ¿Un regalo? Algunas fotos, una vivienda tradicional corsa, en las alturas, con vistas magníficas sobre la bahía y el puerto.

Ningún rastro de las listas nominales de los beneficiarios de las cuentas del blanqueo de la Somar.

En los cajones de la izquierda, cintas de casete cuidadosamente etiquetadas, a veces de la mano de Pieri, y ordenadas por géneros. *Jazz manouche*. Más sorprendente, casi toda la obra de Purcell y de Lalande. ¿Aficionado a las voces de contralto? En otro cajón, canción francesa, Brassens, Brel, muchos otros, muy clásicos, sobre todo voces de hombres, y, entre Nougaro y Moustaki, una casete con la etiqueta en blanco. Daquin toma la cinta, la introduce en el radiocasete, le da al *play*. Una voz varonil habla en inglés de América con un fuerte acento.

—Me alegra volver a verte, Maxy, después de todo este tiempo. El viejo Tommy te quería mucho, solía decir que tú eras la inteligencia, y Tonio la fuerza.

—Me he movido mucho desde la muerte de Antoine...

Daquin aprieta el botón de pausa. Descarga de adrenalina. Maxy, Maxime; Tonio, Antoine. Es la voz de Pieri. Ninguna foto, pero sí una voz. Grave. Desde el otro lado de la muerte. Daquin mira por la ventana.

Thiébaud se ha dormido en su sillón, tendido al sol. Daquin vuelve a poner en marcha la casete, bajando el sonido.

—... Sigo en los negocios.

—Sí. Eso dicen. ¿Por qué querías verme?

—En Marsella hay mucho barullo. Nuestros corresponsales han sido eliminados, los polis han declarado la guerra contra lo que queda de la French. Se dice que las órdenes vienen de vuestro país. Por eso he venido a verte, para preguntarte si tú sabes lo que está pasando, y si debo intentar ponerme a cubierto.

Pieri habla un inglés fluido, la voz es tranquila, tiene presencia y espesor.

—Tienes motivos para inquietarte, Maxy. Los tiempos han cambiado aquí también, en Nueva York. Los problemas de los franceses vienen de Traficante.

—Antoine no trabajó nunca con él.

—Deja que te explique. Traficante tiene un amigo, son colegas desde Cuba, antes de los barbudos. Historias de deudas de juego, no lo sé muy bien. Y ese amigo se ha convertido en presidente de Estados Unidos, un poco gracias a Traficante, que ha sido su agente electoral en Florida.

—¿Nixon?

—El mismo. Tiene enormes necesidades de dinero, no solo para la CIA, también para su guardia personal. Es un maniaco, tiene espionitis aguda, un vicio que sale muy caro.

—¿Y qué? Sigo sin ver en qué nos afecta eso, a nosotros los marseleses.

—Traficante está montando un circuito para la cocaína desde América del Sur hacia Estados Unidos, entrando por Florida, por su casa. Y propone a Nixon pagarle una comisión como peaje.

—¿Nixon, narco?

—No, simplemente un político con muchas necesidades, como ya te he dicho. ¿De dónde quieres que saque el dinero, si no es de nuestros bolsillos? Se ve menos que si sale de otros lados.

—De acuerdo. ¿Y luego?

—Traficante paga, pero con una condición: que Nixon le ayude a eliminar la competencia de la heroína francesa, para facilitar la instalación de la cocaína americana. ¿Me sigues, Maxy?

—Te sigo, continúa.

—Nuestro presidente está desatado desde que llegó a la Casa Blanca. La droga, el caballo, de hecho, de la coca no habla, el caballo, ahora es el enemigo público número uno, nuestra juventud está en peligro de muerte, y toda la retahíla. ¿Y de quién es la culpa? De los franceses. Los laboratorios y los capos están todos en Marsella. Un país de *dealers*. Denunció expresamente a Tonio, que había muerto tres años antes, como el capo de los capos.

—Sí, recuerdo haber leído algo de eso, aquí o allá, en los periódicos. Lo tomé por un mal guion de película americana.

—Te equivocaste. Como le pareció que vuestro gobierno y vuestra poli no reaccionaban lo bastante deprisa, los nuestros montaron toda una historia, detuvieron a un *dealer* que habría sido un hombre del SDECE...

—Eso es una burrada. Las cosas no funcionan así.

—Eso no le importa a nadie. Fue un escándalo enorme aquí. Vuestro presidente vino aquí de viaje hace dos años, más o menos. La multitud lo insultaba por la calle. A su vuelta, puso en marcha la guerra a Marsella, Nixon había ganado. Y vuestra policía conseguirá resultados. ¿Sabes por qué?

—Lo supongo. Nada nuevo bajo el sol. Traficante que maneja los hilos.

—Exacto. Da todos los nombres que tiene. Eso ayuda a la poli.

—A mí no me conoce.

—Hay que mirar más lejos. Si quieres protegerte, corta todas las relaciones con todos los conocidos de Traficante en tu país, todos los que pasaron por Cuba o por Florida.

—Comprendido. Gracias. Y tú, Victor, ¿cómo te proteges?

—Yo no tengo demasiados problemas. En los últimos tiempos, la policía de Nueva York ha multiplicado las pequeñas capturas de heroína, obedeciendo órdenes, y soy yo quien se encarga de la reventa en la ciudad de las dosis decomisadas, un trabajo próspero y tranquilo. Me cubren los dos mendas del FBI, tú los conociste. Clark y Walter, ¿te acuerdas? Mientras ellos estén ahí, yo

soy intocable.

Pieri emite un sonido extraño, y la grabación se para bruscamente.

El resto de la cinta está sin grabar. Daquin tarda unos segundos en rehacerse de la sacudida de la voz de ultratumba. Comprueba que Thiébaud sigue durmiendo. Recupera la cinta de casete, la coloca frente a él sobre el escritorio. Los últimos viajes de Pieri a Estados Unidos, no fueron solo para comprar una galería de arte. ¿Tiene delante un cartucho de dinamita, o una cerilla mojada? ¿Quién es el interlocutor? Un nombre, Víctor, aparece al final de la conversación como una pista destinada a mí, el cómplice secreto y silencioso... Hubo detenciones masivas en Marsella seis meses después de esta grabación. Inquietante. Pieri busca protegerse y proteger a Simon, probablemente. «Nuestros corresponsales han sido eliminados...». ¿Por qué lo graba? ¿Era esta cinta el objeto que buscaban los de la Brigada Antidroga, los Stups, durante el registro de la Somar, sin saber muy bien en qué formato se encontraba? No soy capaz de entender cómo encaja esta cinta en mi investigación, y soy todavía menos capaz de saber qué hacer con ella. Algo del otro lado del Atlántico, demasiado lejano, demasiado complicado. No debo dejarme engullir por las arenas movedizas. Una cosa después de la otra. Primero, esconder esta casete. Pieri la grabó para mí, no para Thiébaud. La guarda en un bolsillo interior de su chupa, recoge los dosieres de Emily y Stepanian, echa una última mirada a la gran cama, «Pieri no era ni inexperto, ni tímido», había dicho Thiébaud. Incluso tenía, sin duda, un condenado talento. ¿Una pizca de pena por no haberle conocido? Evidentemente. Más que una pizca. Baja a reunirse con Thiébaud en la terraza.

Se despierta cuando la sombra de Daquin se proyecta sobre su rostro. Se incorpora:

—¿Qué hay?

—No sé si he encontrado lo que buscaba. Tendré que sumergirme en mis notas. He bajado dos dosieres que quiero llevarme, con su permiso. Este es el primero. —Se lo tiende—. Trata de los negocios de una mujer joven, la que estaba al lado de Pieri la noche de su muerte. Al parecer, él la ayudaba a comprar una galería de arte en Nueva York. No hay nada personal en el dossier. Le pido su autorización para ponerlo en las manos adecuadas.

Thiébaud lo hojea con atención, página por página. ¿Un pellizco de celos? Luego devuelve el dossier a Daquin.

—De acuerdo.

—Y este es el segundo. ¿Sabe por qué se interesaba Pieri en Stepanian?

Thiébaud toma el dossier, lo abre, ve que está compuesto de artículos de prensa, lo recorre muy deprisa en diagonal, va a dar con sus propios artículos.

—No sabía que Maxime leyera mis artículos. Nunca me había hablado de Stepanian, pero yo sí le hablé, me acuerdo muy bien. Había investigado sobre su intento de refinería independiente, un proyecto muy en sintonía con su tiempo, pero un fracaso anunciado. El petróleo es un río de oro y de dólares, pero es un producto industrial, no una tragaperras. Stepanian olía el oro pero tenía una mentalidad de jugador de casino. Para ganar en el petróleo, primero hay que invertir mucho, mucho dinero. Es un sector en el que no hay sitio para las pequeñas empresas. Stepanian no contaba con ninguna plataforma, ningún apoyo bancario, y sus socios eran una panda de payasos, como él. Además, es necesario conocer el producto, su infinita diversidad, no es fácil de transportar, de almacenar, se evapora, se inflama. Es difícil de transformar, si se pretende producirlo en una calidad constante. Stepanian no sabía nada de ese proceso. Pensaba que hacer gasolina con él, era poco más o menos lo mismo que elaborar pastís clandestino, cosa que seguramente hacía en el patio trasero de su tienda.

»En definitiva, hay que crear redes estables de suministro y de venta, cosa que, en el momento actual, sigue siendo muy difícil, prácticamente imposible, fuera de las grandes compañías. En este punto, Stepanian pretendía contar con un proveedor regular, muy por debajo de los precios que se fijan habitualmente. Pero, al parecer, la cosa no funcionó. Stepanian era un jugador y un tramposo, no un hombre de negocios.

—Las anotaciones manuscritas al margen, ¿son de la mano de Pieri?

—Sí. Parece que yo le había convencido. En cambio, como extorsionador, creo que Stepanian sabe manejarse bien. Con su juicio a las grandes compañías, va a conseguir sacarles un poco de dinero. ¿Cuál es la relación entre Stepanian y el asesinato de Maxime?

—No lo sé, investigo. Los dos hombres se conocían de mucho tiempo atrás.

—Primera noticia. Quédese el dossier, si cree que puede servirle.

Thiébaut se pone en pie, se despereza.

—¿Vuelve usted a Marsella?

—Sí.

—Váyase sin mí. Yo me quedo. Me siento feliz por haber vuelto aquí. Gracias a usted, lo reconozco.

—He dejado el dossier que contiene las actas de propiedad de la cabaña sobre el escritorio, en el primer piso.

Daquin vuelve a Marsella, pensando en Pieri, en su voz, en su cama, en la terraza, en Callelongue. Y en la casete que guarda en el bolsillo de su chupa. Al llegar al apartamento, encuentra una nota en su buzón:

«Domingo, 10 horas. Necesito verte urgentemente. Llamaré a tu casa a cada hora en punto. Firmado: Grimbert».

Daquin mira su reloj: las 13:40. Tiene el tiempo justo de subir al apartamento, meterse en la cocina, preparar una rebanada de pan con tomate, aceite y ajo, al estilo de Barcelona, y comérsela de pie en la terraza, frente al Vieux-Port, bebiendo un vaso de saint-amour. A las dos en punto suena el teléfono. La voz de Grimbert:

—Por fin... Estás aquí. Cruzando los dossieres de Pieri y Stepanian hemos encontrado a un empleado de Stepanian que hizo una rotación en uno de los petroleros de Pieri, el Niklos, a finales del 70.

—Bravo. Es formidable. Ya tenemos una oportunidad de saber de dónde viene ese petróleo. ¿Cómo es que no estás más contento?

—El cansancio. Hemos trabajado toda la noche...

—¿Y?

—Y hemos perdido a Stepanian.

—¿Cuentas conmigo para volver a encontrarlo?

—Pues más o menos.

—Nos vemos en el despacho dentro de un cuarto de hora.

Daquin es el primero en llegar al Obispado. Enchufa la cafetera, y recoge de su escritorio un mensaje de Costa, el inspector de Delitos Financieros, transcrito por la centralita: «No he podido encontrar ninguna huella en las listas de Lloyd's de las operaciones de suministro de los petroleros de Pieri. Misterio absoluto. La Fimex: menos difícil. Es un disfraz de CoTrade, un gigante del comercio especializado en los minerales, que no quiere aparecer en nombre propio en

el sector del petróleo. Hasta el lunes».

Fuerte descarga de adrenalina. La Fimex, es Frickx. Por fin... El petróleo, ahí estamos, todo va ocupando su lugar. Podemos empezar a creer en algo. Por otra parte, la cinta de casete, en el bolsillo de la chupa, es algo demasiado fuerte, demasiado lejano. No dispersarse.

Daquin llama a Lenglet a Beirut. Necesita seis o siete llamadas de teléfono para conseguir localizarlo. No está en Beirut, sino en Italia. Será más sencillo.

—Necesito que nos veamos. Tengo algo para ti que compensa el viaje, y yo no puedo salir de la región. Marsella o Niza, me da lo mismo. Pero ha de ser pronto.

—Te llamo dentro de un rato.

—A mi despacho. Te doy solo un cuarto de hora. Si no, llama esta noche a mi casa.

Llega Grimbert. Están los dos de pie, frente a frente, en torno a la cafetera. Grimbert empieza con un relato muy breve de su intento de localización de Stepanian, y de la manera cómo lo perdieron. Daquin no hace ningún comentario. Grimbert se siente menos cansado, y toma asiento. Daquin sirve los cafés.

—Una gota de coñac?

—¿Por qué no?

—Ahora, al trabajo.

—El marinero que embarcó en el Niklos se llama Fancello. Ya no vive en la dirección que encontramos en los archivos de Stepanian. Delmas lo está buscando.

—Perfecto. Nosotros vamos a encontrar a Stepanian.

—Si llegamos antes que los sicarios que le siguen el rastro.

Daquin pasa a Grimbert el mensaje de Costa. Suena el teléfono, descuelga, mientras Grimbert lee el mensaje. En línea, Lenglet. Le cita para cenar hoy mismo, en casa de un amigo, en las colinas sobre Saint-Tropez. Daquin anota el nombre de la villa Serena, el número de teléfono y el itinerario para llegar hasta allí. Quizás se presente un poco tarde. Luego prepara más café. Añade de nuevo un chorrito de coñac, porque hay que celebrar el salto adelante que se disponen a dar.

—Resumo muy deprisa, antes de salir de caza. El mercado del petróleo está en ebullición. En ese mercado, Frickx es el socio de Pieri. Decide desembarazarse de él, recuperando de paso un par de petroleros, lo que debe servirle de mucha ayuda en sus proyectos. Pero en mi opinión ese no puede ser el único móvil, la operación es demasiado grande.

David está implicado, no sabemos aún por qué ni cómo. Ahora Stepanian. Cuenta con Pieri para hacer fortuna en el petróleo, Pieri le da la patada, a finales del 70 o principios del 71. Ponte en el lugar de Stepanian, ¿qué es lo que harías?

—Ni idea, no tengo instinto de empresario.

—Él tampoco. Ha hecho su aprendizaje con los Guérini. No sabe de dónde viene el petróleo de Pieri. Su conclusión: es petróleo de contrabando.

—Esa también fue nuestra primera impresión.

—Exacto. Así pues, tratándose de contrabando, piensa que si consigue las pruebas podrá chantajear a Pieri, y conseguir recuperar el suministro.

—Chantajear a Pieri, un don nadie como él...

—Y envía a su empleado...

—Fancello.

—Eso es, Fancello, a hacer una rotación en el Niklos como marinero. Pero aquí, que sea él

quien nos cuente el resto.

—Si lo encontramos.

—¿Dónde crees que habrá ido Stepanian a buscar un refugio seguro?

—Ni idea.

—Hablábamos, refiriéndonos a él, de una generación de hijos adoptivos: viste con tus propios ojos con qué cariño se comportaba con Maïté, Nicolas lo consideraba como su hermano, Casanova recordaba el gusto de Pieri por ejercer de padre de adopción. Ahí tienes la familia al completo. Nicolas, el capitán, sería el buen hijo, el que muere cumpliendo con la misión que le encargaron, y el Armenio el mal hijo, el fracasado, el que mete la pata. El padre ha muerto, pero la madre aún está ahí, y las madres a veces tienen mucho amor para los hijos descarriados. No subestimemos a la madre.

—¿Maïté?

—¿Por qué no? Él está acorralado... Podemos intentarlo. Con prudencia. Ella no es dócil.

Daquin se guarda el cuaderno de poesías de Nicolas Serreri, que no había incluido en el dossier.

—Me lo llevo. Si se presenta la ocasión, se lo doy a Maïté, para ganárnosla. Hará su efecto.

Maïté vive en la calle del Commandant Rolland, paralela a la calle Paradis. Daquin toma un coche de servicio, y avisa a Grimbert de que tiene una cita para cenar, fuera de la ciudad. Un intento de encontrar a Stepanian, y luego se va. Los dos hombres entran en el edificio, localizan el apartamento, segundo piso dando jardín, y echan un vistazo al jardín. Vegetación abundante, algunas palmeras y un magnífico platanero. Un platanero que Daquin ya ha visto antes.

Mira con atención el edificio de enfrente. Al otro lado del jardín, en el cuarto piso, hay un apartamento con las ventanas cerradas, y un balcón sin plantas ni muebles de exterior. Se lo enseña a Grimbert.

—Mira, ahí enfrente está el apartamento de Pieri, en el cuarto piso.

—¿Es que ella no lo soltaba nunca?

Daquin piensa en Pieri, su pulmón perforado, sus medicinas tan bien ordenadas en la mesita de noche, la omnipresencia de Maïté, las estrechas redes marselesas. Y luego la cabaña de Callelongue, el amante venido de lejos, la violencia de la respiración al aire libre.

Daquin sonríe. El héroe marsellés había sabido acondicionar un espacio propio de felicidad. Eso sin duda es también Marsella. La intensidad de los momentos de libertad.

—Vamos a subir a casa de Pieri, no arriesgamos gran cosa y tendremos una buena vista del apartamento de Maïté.

Grimbert le sigue, sin decir nada.

Cuando llegan al rellano de Pieri, sin ninguna vacilación, Daquin saca un grueso manojo de llaves, forcejea un momento, abre la puerta. Grimbert lo observa, con aire grave.

—No sabía que los comisarios se dedicaban a esta clase de deporte. Con auténtica destreza, además. Eres todo un experto.

—Solo soy comisario adjunto, Grimbert. Adjunto, no lo olvides.

Entran. Las persianas están bajadas sobre los grandes ventanales, y las habitaciones se sumergen en la oscuridad. Daquin va a buscar un cuchillo a la cocina (a sus anchas, advierte Grimbert; como si estuviera en su casa) y abre un hueco entre dos tiras de la persiana, a la altura de los ojos. Grimbert va a colocarse a su lado. Buena vista desde arriba de la casa de Maïté. Está

ahí, va y viene de una habitación a otra, amontona objetos en cajas de cartón.

—¿Se muda?

—Eso parece.

Durante cerca de media hora, la observan en silencio. Nada que señalar. Luego aparece otra silueta, un hombre cargado con una caja enorme. La coloca al lado de una pila de cajas de cartón, en la habitación principal. Cabeza rapada, del estilo de Stepanian. El hombre desaparece.

—Vamos, deprisa.

Grimbert se oculta pegándose a la pared, Daquin llama a la puerta. Unos segundos de espera, Maïté entreabre, Daquin da un paso al lado, Grimbert salta, la empuja, Maïté tropieza y da un grito de sorpresa. Daquin la agarra del brazo, la arrastra al rellano, Grimbert se adentra en el apartamento, cierra la puerta tras él y se lanza en busca de Stepanian. Daquin empotra a Maïté contra la pared.

—¿Así que se va usted a Calvi, sin decirme nada? Habíamos quedado en vernos.

Ella se ha puesto rígida.

—Calvi... Cómo sabe...

—Primero, escúcheme. Solo quiero una cosa: interrogar a Stepanian. Porque quiero saber quién ha asesinado a Pieri.

—¿Cree que él lo sabe?

—Sabe muchas cosas. Y usted, no sabe quién es Jo el Armenio. Quédese a la charla que vamos a tener, y luego lo discutimos.

Grimbert ha pillado a Stepanian intentando saltar la barandilla del balcón para pasar al del apartamento vecino; lo ha agarrado por una pierna, lo ha inmovilizado sin contemplaciones en el suelo, le ha golpeado la cabeza contra el cemento del balcón para conseguir que se calmara, le ha puesto las esposas, le ha embutido un pañuelo en la boca, y luego lo ha arrastrado al interior del apartamento. Viene ahora a abrirles la puerta de la escalera. Daquin empuja a Maïté delante de él, y se encuentran todos en la habitación principal, llena de la luz y del olor de los árboles del jardín. Grimbert levanta a Stepanian, lo sienta, esposado, sobre una caja llena de libros, y se instala en una silla justo a su lado, dispuesto a saltar sobre él. Me ha plantado una vez, pero dos, no.

Maïté y Daquin toman asiento en dos sillones anchos, frente a frente. Él la vigila por el rabillo del ojo. De sus reacciones va a depender el resultado del cara a cara con Stepanian, que recupera poco a poco la conciencia.

Daquin hace una señal a Grimbert para que le quite la mordaza, y ataca de inmediato:

—Quiero precisar que esta charla no tiene nada de oficial, como ya habrán sospechado. No quedará nada por escrito ni se hará un informe. Estamos investigando el asesinato de Pieri, y tratamos de precisar el papel que pudo desempeñar en él usted, Jo el Armenio.

Stepanian, tocado en lo más vivo, grita:

—Ninguno, eso es absurdo.

Maïté espera, muda. Daquin continúa:

—En enero de 1971, uno de sus empleados, llamado Fancello embarcó en el Niklos. Hizo una rotación de diez días, y luego volvió a su oficina. Mi pregunta es sencilla: ¿por qué quería usted espiar a Pieri?

Stepanian grita:

—Yo no quería espiarle.

—¿Qué buscaba usted, entonces?

—Teníamos negocios. Yo intentaba montar una refinería de petróleo independiente, en esa época. Pieri me había garantizado que me suministraría el petróleo. Yo quería asegurarme de que tenía capacidad para cumplir su promesa. Estaba tomando precauciones. Sabe, una refinería es un negocio muy gordo.

Daquin le corta:

—Se equivoca. Voy a refrescarle la memoria. Según consta en los archivos de su propia empresa, Pieri le suministró petróleo en el otoño de 1970. Luego, consideró que su proyecto estaba mal gestionado y destinado al fracaso, tengo notas manuscritas de su propia mano que no dejan lugar a dudas. De modo que se negó a continuar abasteciéndole, y en enero del 71 usted lo sabía perfectamente. ¿Entonces, Fancello?

Maïté pone cara de tener un mal día.

—Jo, explícate.

Stepanian, con la cabeza baja, busca una salida. Daquin continúa:

—Usted pensó que Pieri hacía contrabando de petróleo, como había hecho antes contrabando de tabaco. Y creyó que podría chantajearle para conseguir que reanudara sus suministros.

Maïté dice en voz muy baja:

—Bastardo.

Daquin sabe que se ha anotado el punto. Continúa en el mismo tono:

—Eso no es todo. Es usted un visitante nocturno del consulado americano de la calle Armény; amigo de Coleman, el agente de la CIA disfrazado de cónsul; y coquetea periódicamente con los servicios de policía del Obispado para conseguir información sobre el desarrollo de la investigación del asesinato de Pieri.

Brusco cambio de tono. Daquin se pone en pie, domina a Stepanian con su estatura y su peso:

—¿Qué les estás vendiendo a los americanos? ¿A quién estás vendiendo? ¿Por qué estás muerto de miedo? ¿Quién te la tiene jurada y te quiere matar?

Maïté, inmóvil, con las manos tensas entrelazadas sobre las rodillas, tiene la mirada fija en Stepanian, y espera. Él cree encontrar una puerta de salida:

—Solo he vendido a los americanos informaciones falsas. Coleman, el cónsul, ofrece 50 000 dólares por cualquier información, y hace correr la voz de que tiene bastante pasta para poder permitirse errores. De modo que probé suerte. Necesito esos 50 000 dólares y un pasaporte americano. Los necesito, tengo que irme a Estados Unidos, aquí estoy jodido, en la ruina. Y el juicio contra las petroleras, está claro que, si consigo ganarlo, será dentro de diez años, como mínimo. Para entonces, ya estaré muerto.

—Sí, vas por buen camino. —Se vuelve a Maïté—. En el momento de la muerte de Pieri, los americanos y los Stups sabían muchas cosas. Sin duda, fueron ellos los que visitaron su apartamento antes incluso de que nosotros fuéramos informados del asesinato de Pieri. —Se gira hacia Stepanian—. Sabían que Pieri había ido a Estados Unidos dos veces en 1972. Fuiste tú quien les dio el soplo.

Stepanian se ha derrumbado sobre su caja de cartón de libros, consciente del desastre.

—Pensaba que no tenía importancia, puesto que no iba por la heroína.

—¿Tú sabías para qué iba?

—Me dijo que por el petróleo.

Daquin se dirige a Maïté:

—¿Por qué Pieri le habría hablado a él de esos viajes?

Maïté se encoge de hombros:

—Ni idea. Y me extraña bastante. No es el estilo de Maxime.

Stepanian, abrumado:

—No fue él quien me lo contó. Fue la chica de la agencia de viajes. Entonces, yo le pregunté a qué iba allí, y me dijo: «Es por el petróleo».

Maïté palidece. Daquin le deja un tiempo para que tome conciencia exacta de la amplitud de la traición, y luego insiste:

—Cuando pasaste por el anexo del Obispado el martes pasado, para saber en qué punto estaba la investigación sobre la muerte de Pieri, ¿trabajabas para los Stups o para los americanos?

—Los americanos. Los Stups no pagan.

—¿Qué querían saber los americanos?

—Si el dossier seguía vivo, o si lo habían enterrado.

—¿Y tú les dijiste...?

—Enterrado.

Maïté parece haber dejado de respirar.

—¿Quién te persigue?

—Nadie.

—Te mudas con toda tu familia, después te das a la fuga cuando ves un automóvil con dos hombres a bordo... Te refugias en casa de Maïté, ¿y no tienes miedo?

—Ni siquiera sé de qué me está hablando.

—Tú mismo lo has dicho hace dos minutos, si no consigues pasta rápida, eres hombre muerto.

Stepanian calla, con la cabeza baja. Daquin se da cuenta de que no sacará nada más de él en este punto. En primer lugar, porque él le da menos miedo que «los otros». Y probablemente también debido a la presencia de Maïté, que antes ha sido una ayuda, y ahora un freno. Punto muerto. Habrá que reanudar el interrogatorio de otra manera y en otro lugar. No olvidar el objetivo principal: el petróleo.

—De acuerdo, es tu vida, haz con ella lo que quieras. Ahora, vas a decirme dónde se abastecía de petróleo el Niklos, y te dejaré marchar.

Stepanian se anima. Estos polis tarados no lo saben todo.

—En Ashkelón.

—Israel no tiene petróleo.

—Israel tiene un oleoducto que va del mar Rojo al Mediterráneo, de Eilat a Ashkelón. El petróleo que corre por dentro es iraní.

Daquin está en estado de *shock*, abrumado por las dimensiones que adquiere brutalmente la investigación. Stepanian se da cuenta, y lo aprovecha.

—No sé nada más, y tampoco quiero saberlo. Se dice que cuanto menos sabemos, mejor nos portamos. Ni los iraníes ni los israelíes quieren que se hable del asunto, y yo no quiero ni siquiera saber por qué. No se andan con bromas, han matado a Pieri y a Simon. Son ellos los que me dan

miedo.

—Lárgate, y procura no dejarte acribillar demasiado pronto.

En cuanto Grimbert le quita las esposas, Stepanian se va, cierra la puerta de golpe. Daquin, Grimbert y Maïté quedan frente a frente, silenciosos durante un rato. Daquin elige ese momento para sacar del bolsillo interior de su chupa el cuaderno de poesías de Nicolas Serreri, y lo tiende a Maïté.

—Tenga, le entrego esto, le corresponde de pleno derecho.

Maïté toma el cuaderno, lo abre, reconoce la letra, lo cierra, carraspea y pregunta:

—¿Encontrará usted a los asesinos?

—No lo sé, no puedo darle ninguna garantía, pero reconózcame que estoy haciendo todo lo posible para conseguirlo.

—Lo reconozco. —Se pone en pie—. Voy a ver si me queda algo con lo que preparar un café en la cocina.

Se lleva el cuaderno. En cuanto sale de la habitación, Grimbert dice en voz muy baja:

—Ya casi lo tenemos. El oleoducto puede ser la clave. Israel, Irán, petróleo, tráfico de armas, David, marineros iraníes..., acabaremos por conseguir encajarlo todo con Pieri, Simon y Nicolas. Pero no creo que sean ellos quienes tienen a Stepanian muerto de miedo. Cuando nos ha visto en *shock* por la información sobre el oleoducto, ha improvisado.

—Estoy de acuerdo.

Maïté vuelve con tres tazas de café, el café de un ama de casa corsa, nada del otro mundo. Pero ha añadido galletas y bombones. Los dos hombres aprecian el detalle, le dan las gracias y se sirven.

Ella empieza a recuperarse, y dice con sencillez:

—Tenía usted razón, yo no conocía a Jo. Espiaba a Maxime permanentemente.

Es el momento, estima Daquin.

—¿Acepta hablarnos de la Somar?

—Depende de las preguntas que me haga. Corro el riesgo de decepcionarle. Maxime compartimentaba minuciosamente sus actividades. Una costumbre que había adoptado en su juventud. Y no me hablaba nunca de los asuntos de los que yo no me ocupaba. Maxime era un charlatán que se lo callaba todo.

—Pieri era socio de Frickx en todos los negocios petroleros de la Somar. Para él, ese era el sector del futuro. Poniendo en relación lo que acabo de saber sobre el oleoducto con lo que ya sabía, deduzco que él transportaba de forma regular, desde hace cerca de dos años, según las cuentas de la Somar, el petróleo que circulaba por Israel.

—Me he enterado de esta historia al mismo tiempo que usted.

—¿Cómo pudo dedicarse al mismo tiempo al tráfico de armas con Rumania, que no representaba sumas importantes comparado con el petróleo, y del que no podía ignorar que era inaceptable para sus clientes israelíes?

—Maxime me habló de las armas, en efecto, hace cuatro años, porque eso concernía también a Nicolas, al que considero como mi hijo. Los rumanos lo habían puesto como condición para firmar los contratos de compra del petróleo. Era contrabando, por lo menos al principio, y por tanto todo el beneficio iba para los interlocutores rumanos.

»Maxime tenía sus dudas, era consciente de los peligros. Frickx lo convenció, lo empujó a

aceptar. Consultó los riesgos con Nicolas. Tomó el mando del Santa Lucia con pleno conocimiento de causa. Después, nunca más volvimos a hablar del asunto. Maxime debió dejarse enredar en el juego. El riesgo de una personalidad como la suya es que nunca sabe poner límites. Antoine era igual.

—Usted se ocupaba de la contabilidad de la Somar y de sus relaciones con la Serval, según los documentos que encontramos en su despacho.

—Exacto.

—Tenemos listas de transferencias de la Somar en cuentas bancarias en el extranjero...

—Buen trabajo. Por desgracia no podrán utilizarlas ante un tribunal, dada la manera como las han conseguido.

Daquin asiente con la cabeza. Siempre eficaz, Maïté.

—Lo sabemos... pero no hemos encontrado las listas con los nombres de los titulares de esas cuentas. Usted las tiene. ¿Puede pasárnoslas? No es imposible que el asesino esté en esas listas.

Maïté ríe.

—Eso no se lo cree ni usted. Ya no tengo esas listas, y si las tuviera aún, puede estar seguro de que no se las daría. Yo soy una mujer de orden, no una fanática anarquista. Amo a esta ciudad, tal como es. En las listas de beneficiarios, había material suficiente para hacer saltar por los aires media ciudad. ¿Le habría divertido?

—Mi oficio consiste en averiguar cosas.

—Ese es el concepto que tiene usted de su oficio. Otros policías no averiguan, sino que gestionan. —Maïté sonríe, una sonrisa amplia y feliz, la primera desde la muerte de Maxime—. Le diré que esas listas las ha tenido usted en sus manos, y las dejó pasar. Yo las recuperé después, y las he destruido.

Daquin mordisquea un bombón, pensativo. Solo puede haber ocurrido durante el registro de la Somar. Repasa toda la secuencia, en continuo. Y llega al momento en que saca del cajón el cuadernillo de crucigramas, atiborrado de cifras y de letras, arrugado, gastado, con tachaduras; Maïté, de pie, a su lado, hace mutis y sale de la habitación.

—¿El libro de los crucigramas? —Ella asiente con la cabeza, y le dedica una gran sonrisa—. Francamente, la admiro. Esa manera de marcharse... Grandioso.

Se han tomado los cafés y comido las galletas y los bombones. Daquin se pone en pie. Se inclina delante de Maïté para despedirse.

—Buena mudanza, y cuídese mucho, en Calvi.

—Lamento que no haya conocido a Maxime. Estaban los dos hechos para entenderse.

—Quizás sí, quizás no.

Cuando los dos hombres se encuentran solos en la calle, Grimbert se limita a decir:

—No lo he entendido todo. Algunas observaciones sobre Stepanian, los crucigramas, Calvi...

—No nos enredemos en detalles, Grimbert. El oleoducto, Israel, Irán, tenemos toda la historia.

—Quizás, pero llevo treinta y seis horas sin dormir, estoy reventado, voy derecho a acostarme.

—Duerma bien, hasta mañana.

Daquin sube a su coche, y parte hacia la salida de la ciudad, por la carretera de Saint-Tropez. El descubrimiento del oleoducto israelí y su relación con la empresa de Pieri es una sacudida sísmica, el centro alrededor del cual gravita todo. Falta ver cómo, una vez ha pasado la onda de choque, todos los elementos encajan, por fin.

Domingo por la noche, Saint-Tropez

Las indicaciones que le ha dado Lenglet por teléfono son claras, encuentra sin dificultad la villa Serena, en las colinas que dominan Saint-Tropez. Cruza el portal abierto de par en par, la casa es moderna y muy bella, una de esas viviendas calificadas como «casas de arquitecto». Por supuesto, no podía ser de otra manera tratándose de Lenglet.

Nadie a la vista. Daquin deja su coche en el patio, rodea la casa por el jardín, y va a dar a una gran terraza con suelo de madera en torno a una vasta piscina. El conjunto domina el pueblo, la costa, el mar. Una hermosa vista, más convencional que la de Callelongue y la cabaña de Pieri. En el espacio abierto entre la casa y la piscina, hay tres hombres tendidos al sol del atardecer, que conversan mientras beben el aperitivo. Uno de ellos se levanta, y viene al encuentro de Daquin. Lenglet. Le pasa el brazo por los hombros, y le lleva hacia los otros dos hombres. Lenglet es un poco mayor que Daquin, alto, delgado, de músculos muy secos y alargados, cabellos castaños medio largos, y una especie de elegancia fluida. Les une una amistad sin reproches, basada en una admiración recíproca, y nunca perturbada por ninguna rivalidad amorosa, sus tipos de hombres son demasiado diferentes.

—Salvo, te presento a Théo Daquin, amigo mío desde hace más de diez años. Théo, Salvo es el propietario de este pequeño paraíso.

Y tu compañero de cama, piensa Daquin, es del tipo que te gusta, flaco, pecho hundido, un rizo rubio muy trabajado, tú nunca has podido resistirte a ese tipo de rizo, y ojos negros extraordinariamente vivos. Un diplomático, sin duda.

—Encantado.

—Te quedarás a cenar con nosotros, espero.

Francés perfecto, acento italiano delicioso.

—Si me invitáis, por supuesto; será un placer.

—Quizás terminemos un poco tarde, puedes dormir aquí sin problema, en vez de volver a coger la carretera en plena noche hacia Marsella.

Lenglet enlaza sin solución de continuidad:

—Te presento a Carlo, un amigo italiano que nos acompaña para la velada. Tendrás que esforzarte en practicar el italiano, Théo.

Mucho más próximo a mi tipo, lo sabías, Lenglet, gracias. No muy alto, musculoso, rostro cuadrado y cabellos cortos negros. El único que va en bañador, feliz de exhibir su culo redondo y firme, sus caderas estrechas y un poco salientes. Poner mis dos manos sobre esas caderas, aferrarlas, sentir esas nalgas contra mi vientre.

Bocanada de deseo. A Daquin le gusta. Apretón de manos, sonrisas, hay *feeling*.

—*Non sarà difficile.*

Primero, la obligación. Lenglet se lleva a Daquin a un despachito, en la parte trasera de la casa, cuya ventana abierta da a la montaña, con la fragancia del atardecer. Dos mesas contiguas, repletas de material. Lenglet se siente cómodo en medio de teléfonos, teletipos, aparatos de radio, magnetófonos y máquinas de escribir.

Cada uno toma asiento en una mesa, y Daquin empieza a hablar, de la manera más directa y concisa posible, de Pieri el hombre y de sus negocios. Lenglet y él no tienen apenas secretos el

uno para el otro. Luego saca la casete del bolsillo, y precisa las fechas y las condiciones de la grabación y de su hallazgo.

—Los Stups y los americanos de Marsella sospechan de la existencia de un documento de este tipo, probablemente sin saber cuál es su forma exacta, y lo han buscado activamente. Dos registros extraoficiales y una participación más o menos oficiosa en un registro oficial. En cambio, nadie sabe que lo he encontrado yo, y que yo lo tengo.

Escuchan la cinta de casete juntos. Lenglet, muy concentrado, no toma ninguna nota. Daquin se deja arrastrar por la voz de Pieri, las inflexiones graves, el inglés americano sorprendentemente preciso, el encanto de las huellas de acento marsellés.

... Gruñido extraño de Pieri. Fin de la grabación.

—Yo no puedo hacer nada con esto. ¿Te interesa a ti?

—¿Traficante intervino, efectivamente?

—Sin duda. Hubo unas treinta detenciones en Marsella a finales del 72. Será fácil saber si se trata de personas que pasaron por Cuba o por Florida. Y tú, ¿sabes quién es Víctor?

—Lo más verosímil es que se trate de Víctor Papa, un viejo de la familia Lucchese, fue detenido el otoño pasado. Pidió una reducción de la pena por declararse culpable, que no le fue concedida. Ahora está en prisión, donde sin duda se lo van a cargar en cuatro días, las prisiones americanas son lugares poco seguros, y entonces sus dos amigos del FBI estarán a salvo. El FBI es intocable. La cinta me interesa por esa razón. Si alguna vez me cruzo con ellos...

—Intercambio de favores. Me ahogo en Marsella, no aguanto más en esta ciudad, quiero irme, y cuento contigo para que me ayudes.

—Ya te ahogabas en Beirut.

—No por las mismas razones.

—¿Crees que sentarás la cabeza algún día?

—¿Estás en plan moralista?

—¿Yo?

—Para asentarme en la vida marsellesa, tendría que pasar aquí años, y no me apetece. He maniobrado mal en mi aterrizaje en el ambiente de los polis marselleses. Ya me conoces, no soy del tipo de los que alardean de su gusto por los hombres. Me horroriza el exhibicionismo. De golpe, me he dejado encerrar en amores clandestinos, y no lo soporto. Me siento incómodo con mis colaboradores, y no sé cómo salir de esa situación. Ya es hora de reconocer mis errores, y de emprender la fuga antes de acabar impotente.

—En mi opinión, teniendo en cuenta la reacción que has tenido solo con ver a Carlo, tienes todavía bastante margen.

—El tráfico de drogas es la máquina de fabricar dinero negro que está en el centro de la guerra sucia, la guerra de hoy. Tengo ganas de trabajar en los Stups. Con un pasaje a Estados Unidos, para ver el monstruo de cerca. ¿Tú puedes ayudarme?

—Lo intentaré. Creo que podré conseguirlo, conozco bien los que mandan en los Stups franceses, allá abajo. Bueno, ahora pasemos a las cosas serias, vamos a follar.

20. LUNES, 26 Y MARTES, 27 DE MARZO DE 1973

Lunes, Marsella

Por la mañana, Daquin llega al Obispado cansado, embotado, saciado. Encuentra en el despachito del tercer piso a Grimbert y Delmas, inclinados sobre sus escritorios y sacudidos por las carcajadas. Delmas consigue recuperar el aliento:

—¿Conoce la noticia, comisario? —Da golpecitos sobre el periódico regional desplegado ante él—. Hoy empieza en Marsella la semana de la no violencia. Del 26 al 31 de marzo. Recepciones, bufets, conferencias, seminarios, periodistas, intelectuales, sociólogos, bla, bla, bla...

Grimbert, secándose los ojos:

—La semana de la no violencia. Aquí, en Marsella... Acabará mal. En un baño de sangre. ¿Apuesta algo?

Daquin sonrío.

—Nunca apuesto. Entonces, Delmas, ¿Fancello?

—Le he encontrado con bastante facilidad, gracias a sus vecinos. Es un hombre tranquilo que ahora trabaja en una pequeña naviera. Confirma lo que le dijo Stepanian. El petrolero en el que embarcó cargaba el petróleo en Ashkelón. Pasará para hacer una declaración conforme a las normas, de un momento a otro.

—Perfecto.

Cuando llega Fancello, Delmas se lo lleva a un despacho vacío. Grimbert toma entonces el diario desplegado sobre el escritorio, lo abre por la página de Sucesos y Tribunales, y la coloca delante de Daquin.

Un titular a toda página: «¿El caso Bartoli va a convertirse en el caso Mairand?». Daquin lee en diagonal.

Bartoli, antiguo lateral derecho del Olympique de Marsella, que dejó un gran recuerdo entre los aficionados, se había reconvertido en responsable de un pequeño negocio de prostitución, en el que empleaba a cuatro jóvenes complacientes y una *madame*... Detenido hace seis meses, sostiene que le protegía el comisario Mairand, que dirige la Brigada Mundana de la Seguridad Pública, y al que habría pagado cada mes una suma cuyo montante ha rehusado precisar. Las declaraciones de Bartoli han sido recibidas sin comentarios por la jerarquía policial. No ha

habido ni investigación ni sanciones.

El comisario Mairand está de baja por enfermedad desde entonces. Con mantenimiento íntegro de su salario, por descontado. El caso podría muy bien resucitar...

Daquin dedica una mirada de reojo a Grimbert.

—El artículo no responde a ninguna actualidad judicial...

—Efectivamente.

—¿Mairand está en el SAC?

—Estás progresando adecuadamente, comisario. También es uno de los jefazos de la Mundana, lo que significa que tiene contactos con el juego.

—El juego. Niza y sus casinos. ¿Mairand ejercería de puente entre el SAC de Marsella y nuestro amigo Leccia? Estás avisando a Leccia a través de Mairand...

—Brillante, comisario. ¿Serás pronto ciudadano honorífico de Marsella?

—¿Cómo lo haces para poder respirar en medio de este embrollo de redes?

—Es mi hábitat natural. Respiro en medio de las redes como los peces en el agua. Si el pez queda fuera del agua, se muere.

Daquin se levanta y va a preparar café.

—Durante nuestra reunión en casa de Maïté, el domingo, ella dijo de Stepanian, cuando él ya se había marchado: «España a Pieri permanentemente». No me puedo quitar esa frase de la cabeza desde que me he despertado esta mañana. Me parece una posibilidad real, casi una evidencia. Y si españa a Pieri permanentemente, quizás vio a los asesinos.

—O ayudó a los asesinos, por ejemplo, informándoles de las costumbres de Pieri en el casino de Niza.

—Cuando pienso que dejé marcharse a ese tipo...

—Acabábamos de recibir el impacto de la información del oleoducto israelí en plena cara, no habíamos recuperado aún la respiración. Y no estoy seguro de que pudiéramos hacer otra cosa, teniendo en cuenta la manera poco ortodoxa en que entramos en contacto con él.

Delmas vuelve al despacho, con la declaración de Fancello en la mano.

—Tenemos que volver a encontrar a Stepanian —le dice Daquin.

Y los tres se ponen a rastrear en los dosieres, en busca de una pista.

A las once llega Costa, con cara de entierro. Los tres hombres se giran hacia él:

—¿Algo nuevo?

—Ninguna confirmación oficial de Lloyd's. Era de esperar. Pero he conseguido contactar, a través de varios intermediarios, con un empleado francés de Lloyd's en Kharg, el puerto iraní. Les dieron la consigna de hacer la vista gorda sobre el destino de los petroleros que, según todas las evidencias, se dirigían a Eilat, el puerto israelí situado en el punto de partida del oleoducto. ¡La Lloyd's! Esto supera todo lo que me hubiera podía imaginar. Ya no puede fiarse uno de ninguna institución.

—¿Qué interés puede tener pasar por Israel?

—Lo he calculado. Una tonelada de petróleo iraní que da la vuelta a África llega a Europa a 35 dólares la tonelada. Por el oleoducto, llega a 28 dólares la tonelada. Son 7 dólares de beneficio extra. Multiplícalo por 250 000 toneladas...

—Pero un petrolero se ve, cuando entra o cuando sale de un puerto. No comprendo que se hable de secreto de Estado...

Grimbert, silencioso hasta ese momento, interviene:

—Yo lo comprendo muy bien. No hay que hablar de secreto de Estado, se trata de información protegida. Todos los del gremio están al corriente, pero cada uno tiene un interés particular en callar. Un equilibrio del silencio. En Marsella, funcionamos de la misma manera.

Daquin piensa que están lejos de la intensidad teatral de Paul sobre la revolución en marcha y el sentido de la Historia. Lástima. En definitiva, era más sano.

Costa sigue teniendo un aire lúgubre.

—El comercio internacional es un enorme montón de mierda. Y no solo debido al hundimiento del dólar. Como con ustedes si van donde Étienne. Después, les dejaré atacar fortalezas con pistolas de agua, y volveré a la calma de la Brigada de Delitos Financieros.

En cuanto vuelven de comer, los tres hombres se encuentran de nuevo solos en su despacho, alrededor de la cafetera. Daquin ataca de inmediato.

—Estamos a dos días del final de la investigación preliminar, y tengo una síntesis que proponeros. ¿Alguna objeción?

Nadie se opone.

—La historia es sencilla al principio. Como miles de empresarios, Frickx y Pieri se asocian para hacer negocios juntos. Su terreno de juego es el comercio del petróleo en los espacios de libertad que van apareciendo a medida que la producción aumenta y el monopolio de las grandes compañías decae. En esta primera fase, hacen mucho contrabando. En una segunda etapa, montan con Israel una combinación que les permite conseguir superbeneficios sin grandes dificultades. Todo va bien. Luego el Sha de Irán decide cortocircuitar a las grandes compañías, utilizando el recurso del oleoducto israelí, bien ensayado por nuestros dos socios. Cambio radical de dimensión, perspectivas asombrosas. Frickx aprovecha para eliminar a su asociado, y recuperar así todo el *bussiness* para él. ¿Cómo hacerlo con el mínimo riesgo?

»Pieri está pringado en un tráfico de armas con terroristas. Cuando el oleoducto adquiere una dimensión estratégica internacional, le resulta fácil convencer a israelíes e iraníes de que no es posible tener en el circuito a un traficante de armas. Es escuchado. Los dos países son conocidos por la fuerza de sus servicios secretos, o de su policía política. Israel elimina a Pieri y Simon, con la colaboración activa de Frickx, e Irán se encarga de Nicolas Serreri.

»Me atrevo incluso a pensar que Frickx animó a Pieri a continuar el tráfico de armas con Rumania a fin de contar con una excelente razón para hacerlo matar por sus aliados.

Delmas murmura:

—¿No te parece que estás exagerando?

—Recuerda, Delmas, que desde el principio, en 1970, Frickx hizo redactar a su abogado los estatutos de Misma en Curaçao de manera que fuera posible recuperar en pocas horas los petroleros en caso de muerte, violenta o no, de su socio. Frickx es un jugador muy hábil. No cuenta solo con un movimiento de ventaja sobre sus competidores y sus adversarios, sino con dos o tres. A Pieri se lo comió crudo, y no era precisamente un novato.

—Lo que nos estás contando no será lo mismo que vas a exponer en el informe de la investigación, ¿verdad?

—No, evidentemente. No podemos probarlo todo. Y si nuestro informe fuera demasiado

ambicioso, acabaría en la papelera, y nosotros con él. Nuestro objetivo es que nuestra investigación preliminar desemboque en la apertura de una investigación judicial, que se adjudique a un juez, y que él nos confíe la continuación de la investigación, para que seamos nosotros quienes la llevemos hasta el final. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—No hemos identificado formalmente, con nombres y apellidos, a los asesinos de Pieri y de Simon. No nos ocupamos de Nicolas Serreri, nadie ha puesto en cuestión de manera oficial la tesis de la policía turca de que se ahogó accidentalmente. Pero hemos establecido que existe una ruptura fraudulenta del contrato de alquiler de los petroleros de Misma a la Somar. Gracias a Costa. Esa ruptura fraudulenta, sumada a la rapidez con la que el abogado recuperó los barcos, hace necesaria la identificación del socio y su interrogatorio, lo que justifica la investigación judicial. Frickx, por la intermediación de la Fimex, es el suministrador de petróleo de la Somar. Es un hecho probado. Está implicado directamente en el asesinato de Simon, eso también lo hemos establecido, y se ha dado a la fuga. La investigación judicial debe permitir que sea interrogado. El tráfico de armas también está probado, y la relación con el circuito del petróleo deberá ser aclarada, si es posible, porque Rumania... Finalmente, David Hammersfeld. Falsas identidades, paso por el casino antes del asesinato de Pieri... Solicito su interrogatorio antes de que finalice el procedimiento preliminar. Todo el resto, incluido el testimonio de Fancello, lo dejo a un lado de momento, es demasiado grande.

»Los documentos que hemos reunido permanecen en el dossier y nos permitirán continuar la investigación más adelante. ¿Os parece bien?

Los dos inspectores asienten.

—Muy bien, yo me pongo a redactar el informe, y vosotros encontráis a Stepanian.

Para empezar, Delmas se encarga de volver a ver a Catherine, y repasar con ella sus recuerdos de Jo el Armenio, para tratar de encontrar el indicio de un posible escondite. Grimbert irá a ver a la mujer de Stepanian. Anuncia que, como paso previo, se pasará por el Garaje a tomar un café.

—Cuidado, Grimbert, son ya dos veces en una semana, intenta no incomodar demasiado a tus antiguos colegas.

—Es la hora del café y la copa, el mejor momento. Y me parece que a mis interlocutores les apasionará lo que les voy a contar.

La sala sin ventanas que está pegada a los talleres de reparación de los automóviles del Obispado apesta a gases de escape. La luz de neón parpadea, los ojos duelen, pero la multitud congregada junto a la barra está francamente alegre. Se ha derogado la regla que impone no hablar nunca de trabajo. Brindan con pastís la inhibición de la PJ en el caso Cartland-Pélissanne, de la que el Garaje ha sido informado antes que el resto del mundo. El inglés que mató a su padre se vuelve a Inglaterra. Bravo por los finos sabuesos de la Criminal. Otra ronda...

Grimbert es recibido con una ráfaga de risas y un brindis por su salud. Charla un momento con el barman, un mecánico al que conoce de hace tiempo, lleva el bar desde hace ya cinco años, y se dirige hacia un tipo regordete, sentado a una mesa en medio de un círculo de seguidores del Olympique de Marsella, que hablan del próximo partido contra el Reims. Se inclina a su oído:

—Buenos días, Marcel. No me alargó, no quiero estorbar. Mi equipo, y yo, no estamos por fastidiar a nadie. En el Santa Lucía no se encontraron petardos de feria, fueron bombas. Pero las hemos dejado en el congelador, y no tenemos intención de sacarlas de ahí. Diles a tus amigos que pueden contar con nosotros. Siempre que nadie nos busque las cosquillas. Nuestro comisario es

parisino, pero a nosotros nos gusta. ¿Entiendes? Sé que entre nosotros dos, Marcel, no hay ningún problema. Te lo digo para que lo transmitas a tus amigos. A propósito, ¿has leído la prensa, esta mañana? Las cosas podrían ponerse feas para Mairand, sería una lástima...

Grimbert se endereza, y se dirige con voz fuerte a la concurrencia:

—Salud, chavales. Que os divirtáis.

Y vuelve a subir hacia los territorios de la PJ.

Delmas ha avisado a Catherine de su llegada. Tengo la tarde libre, le ha dicho él. Ella le está esperando en el jardín de su villa de L'Estaque, podando los rosales. Unos besos apresurados, y a la cama. Una vez cumplidos los preliminares, Delmas está tumbado al sol en el jardín, con Catherine a su lado, y le cuenta, exagerando mucho, la fuga despavorida de Stepanian al ver su coche parado en su calle. Ella se ríe.

—Lo que es menos divertido, es que tiene a unos asesinos que le van pisando los talones, nosotros le estamos buscando para ponerlo a salvo. No está en su casa. ¿Tienes idea de algún lugar donde haya podido encontrar refugio?

—No, ninguna. Y me habías dicho: «la tarde libre». Ahora no me hables de trabajo, hipócrita.

Encontrar a Stepanian. Grimbert pasa primero por la casita de Vitrolles en la que Stepanian se había instalado con toda la familia antes de que él le pegara el susto. Nadie. La casa parece vacía, todos los postigos cerrados, el jardín desierto. Luego va al domicilio oficial de la familia, la casa de Aubagne. La mujer de Stepanian está en la gran sala de estar, ocupada en dar de merendar a sus dos pequeños. Él se presenta, ella lo recibe sin reticencia, y le hace tomar asiento en un sofá destrozado por los chiquillos, como el resto de la habitación.

—Señora, estoy buscando a Joseph Stepanian. Por dos razones. Necesitamos su testimonio para un caso abierto. Y tenemos buenas razones para pensar que está en peligro, y necesitado de nuestra protección. ¿Lo ha visto recientemente?

—No lo veo desde el sábado pasado, y francamente, no sufro por eso.

Grimbert espera la continuación, que llega como a regañadientes.

—Cuando nos casamos, Jo era un hombre encantador. El tiempo de hacerme dos hijos, y se volvió absolutamente inaguantable. Los nervios a flor de piel, colérico, malo con los críos. Hace algún tiempo, nos obligó a mudarnos sin dar explicaciones. El sábado pasado, me dio una bofetada delante de los niños, y desapareció sin una palabra. Desde entonces, seguimos sin noticias suyas.

—Le han ido mal los negocios, creo.

—Sí, eso es verdad. Se ha metido en un montón de juicios, que se encadenan con otros, y los gastos del procedimiento le están arruinando. Y a nosotros con él.

—Nos contó que una importante suma de dinero está al caer.

—Lleva tres meses esperándolo, pero no hemos visto nada, y yo ya ni me lo creo. Una noche, poco antes de Navidad, volvió a casa muy borracho. Acosté a los niños para que no vieran a su padre en ese estado. Después, mientras yo preparaba un poco de comida que absorbiera todo aquel alcohol, me contó por lo menos tres veces que su hermano se dedicaba al tráfico de armas, y que con eso él iba a ganar mucho dinero. Deliró con ese tema toda la noche, hasta que conseguí acostarlo. Al día siguiente, telefoneé a sus hermanos, uno después del otro. Me llevo muy bien con su familia. Por supuesto, era un delirio de borracho. En esa ocasión, me enteré además de que les debía dinero desde hacía dos años, y no me había dicho nada. Y no lo ha devuelto aún.

- ¿Cree que habría podido refugiarse en la casa de alguno de ellos?
- No, no creo, la verdad. Después de todas esas historias ya no se hablan.
- ¿En su empresa?
- Está cerrada desde hace más de un año.
- ¿En casa de Nicolas Serreri?
- No me suena ese nombre.
- Si tiene noticias tuyas, ¿será tan amable de avisarnos?
- No hay problema.

Martes, Marsella

Daquin está citado a las ocho en el despacho del jefe. Antes de presentarse, ha consultado la prensa regional para saber de qué humor lo recibirá. El crimen Cartland-Pélissanne, el gran caso de la PJ marsellesa, ha desaparecido de las primeras páginas, y esa es una mala señal. En páginas interiores, se informa de que el hijo de Cartland, del que la PJ de Marsella sospecha que ha matado a su padre, ha vuelto a Inglaterra. Una verdadera catástrofe. El jefe estará de pésimo humor.

Así pues, Daquin se reviste de su caparazón antes de entrar en el despacho. Expone en un tono neutro el contenido de su informe provisional. Concluye señalando la oportunidad de abrir una investigación judicial, y la petición de declaración a David Hammersfeld, en el más breve plazo posible.

El jefe duda:

—La familia Frickx y sus parientes son personajes respetables. Tendremos que ser muy prudentes. No sé qué va a decir el fiscal Coulon. Ese David Hammersfeld, de acuerdo, utiliza varias identidades, no lo niego. ¿Pero qué relación tiene con los asesinatos de Pieri y Simon?

—Eso tendrá que averiguarse durante la investigación judicial, señor director. Por el momento hemos establecido su cercanía a Frickx, que está directamente implicado en uno de los dos asesinatos, y su presencia en la región durante el periodo que nos interesa, y que intentaba esconder tras varias identidades. Hizo una visita al casino donde tuvo lugar el asesinato de Pieri, en los días que lo precedieron.

»Eso nos parece suficiente para justificar un requerimiento y un interrogatorio, lo más pronto posible, porque tememos que se ausente del territorio, como hizo Frickx.

El jefe suspira.

—Ya tengo problemas muy gordos con el caso Cartland. El hijo se ha marchado a Inglaterra. La decisión de autorizarle a ello parece insensata. Los ingleses no confían en nosotros, y nadie desea complicaciones diplomáticas. Me pregunto lo que dirá la prensa mañana... Bueno, déjeme sus notas, discutiré el asunto con el fiscal de Niza. Tendrá usted su respuesta mañana por la mañana. Pero mientras tanto, ninguna iniciativa. Permanezca en punto muerto.

Cuando Daquin llega al despacho, Grimbert le informa, con aire un poco demasiado serio:

—Stepanian habló con su mujer, una noche en que estaba completamente borracho, del tráfico de armamento que hacía su hermano, y del dinero que él iba a ganar con eso. Ella no conoce a Nicolas, y los hermanos, los verdaderos, lo han desmentido... Stepanian podría ser el informador que filtró la noticia del tráfico de armas y precipitó la caída de Pieri.

—Bien. Admitámoslo. Quizás he dado a Frickx más importancia de la que merecía. Acabo de ver al jefe, le he entregado las notas, y solicitado interrogar a David. La respuesta, mañana por la mañana. Mientras, me prohíbe que haga nada. Así que voy a pasearme junto al mar, y a quedar con los amigos. Pero esas órdenes solo me afectan a mí. Nada le impide seguir buscando a Stepanian. El último testigo vivo. Hay que darse prisa. Si Pieri tuvo alguna vez socios en el tráfico de armas, Stepanian no durará mucho tiempo.

21. DEL MIÉRCOLES, 28, AL VIERNES, 30 DE MARZO DE 1973

Miércoles, Marsella, Niza

Grimbert espera a Daquin con una sonrisa.

—Noticias del jefe. Cita a las once, en su despacho. El Angliche,[18] el otro, el de verdad, Cartland hijo, ha vuelto a Inglaterra. Le apuesto a que nos va a hablar de él, más que de nuestra investigación.

—No es una apuesta demasiado arriesgada...

—Por lo que oigo decir aquí y allá, las maniobras de intimidación van a disminuir de forma espectacular, podremos trabajar tranquilos.

—Buena noticia. ¿Pero vamos a seguir trabajando?

A las once, el jefe les anuncia que el fiscal de Niza acepta, no un requerimiento a presentarse en comisaría, siempre traumatizante —al recordar la intensidad y la dureza de David, Daquin se pellizca para no echarse a reír—, sino un desplazamiento de su equipo, acompañado por Bonino, para escuchar, en Cap Ferrat, la declaración de David Hammersfeld como testigo. Bonino los espera hacia las tres, en Niza. La apertura de una investigación judicial dependerá luego del resultado de la declaración del testigo.

Delmas sigue buscando a Stepanian, ha empezado a hacer la ronda por las casas de todos los miembros de su familia. Daquin y Grimbert marchan a Niza.

Pasan a recoger al inspector Bonino en el SRPJ de Niza, y los tres se trasladan a la villa de Cap Ferrat para recoger el testimonio de David Hammersfeld. Llegan allí hacia las cuatro de la tarde. La verja está abierta. Daquin aparca el coche en el patio, y observa que el Citroën no está en el garaje. Mala señal. Se dirige a la puerta de entrada, llama. Emily abre enseguida, le sonrío. Daquin presenta a sus dos colegas, ella los invita a entrar. En la gran sala, alineadas delante del ventanal, ven una serie de cajas de cartón a medio llenar.

—¿Se muda? —pregunta Daquin.

—Sí.

—Es una epidemia, desde la muerte de Pieri.

—El contrato de alquiler de la villa expira el 31 de marzo.

—Hemos venido para tener una entrevista con David Hammersfeld, su primo.

—Se ha marchado esta mañana, hacia las ocho, casi sin decirme adiós, y no sé dónde ha ido.

—¿Por qué, alguna urgencia?

—No sé nada. Recibió una llamada telefónica.

—¿Una simple llamada telefónica, y hace las maletas en pocos minutos? ¿Tiene intención de volver?

—Yo diría que no. Se ha llevado el cepillo de dientes.

—¿Sabe quién le ha telefoneado?

—No, no me lo ha dicho. Fui yo quien descolgó. Una voz de hombre, que preguntó por David. Yo le pasé el teléfono. El tipo le dijo una frase o dos, no más. David se vistió y se marchó.

—¿Un francés, el acento era de aquí?

—Sí, hasta donde puedo juzgar.

Se hace un silencio pesado. Grimbert pregunta:

—¿Qué quiere decir con un acento de aquí? ¿Era un acento nizardo o marsellés?

—¿Bromea? Yo soy sudafricana. ¿Cómo quiere que distinga un acento nizardo de un acento marsellés? Es cierto que fui educada por una francesa, pero ni siquiera podría decirle de qué región era.

Grimbert le sonrío.

—Era una parisina, señora, sin sombra de duda.

La atmósfera se relaja un poco.

—Señores, ¿puedo ofrecerles algo de beber?

Bonino rehúsa educadamente, y esboza un movimiento hacia la salida. Daquin continúa:

—No la molestaremos mucho tiempo, pero ¿aceptaría responder a dos o tres preguntas?

—Desde luego, comisario —posa su mano sobre el brazo de Daquin—, responder a sus preguntas será siempre un placer.

Deja flotar en el aire la última palabra, y mantiene la mano en su brazo.

—¿Su primo tiene nacionalidad sudafricana, como usted?

—Sí.

—¿Sabe si tiene también nacionalidad estadounidense?

—No lo creo. Los dos tenemos doble nacionalidad, yo soy sudafricana y americana, él es sudafricano e israelí.

—¿Israelí?

—Sí, nuestra familia se siente muy unida al Estado de Israel. David se alistó en el ejército israelí en 1966, después de un desengaño amoroso. Recuerdo muy bien la fecha, fue el año de mi boda.

Intercambio de miradas entre Emily y Daquin.

—Solo una última pregunta. ¿Cómo explica que estuviera junto a la cabecera de su cama, tras lo que usted vivió el 15 de marzo? ¿Se veían ustedes a menudo?

—No, no, llevábamos años sin vernos, pero en el momento de la muerte de Maxime Pieri, mi marido estaba en Sudáfrica, en compañía de David. Cuando supo las circunstancias de su muerte, y que yo había quedado inconsciente, sabía que no iba a poder quedarse a mi lado, por asuntos de trabajo, y pidió a David que viniera a hacerme compañía. Sin duda sabía que eso sería un placer para mí.

Placer, de nuevo, pone énfasis en la palabra y sonrío a Daquin, que hace seña a Bonino de que

él no tiene más preguntas. Bonino pide a Emily que tenga la bondad de indicar a la comisaría central de Niza su nueva dirección después de la mudanza, para que puedan contactar con ella, en caso de necesidad.

En el momento de dirigirse a la puerta, Daquin añade:

—Ah, lo olvidaba. Un amigo común, que dirige una galería de arte en Marsella, me ha pedido que le transmita esto.—Saca del bolsillo una invitación en papel satinado: «Les expositions César». La inauguración se celebrará el viernes en Marsella. Su amigo espera verla, me ha dicho. Señora, mis respetos.

En el coche en el que regresan los tres a Niza, Daquin pregunta a Bonino:

—¿Ha leído el informe provisional que hemos remitido a nuestro mando jerárquico en Marsella? Les ha sido transmitido, según creo.

—Sí, nos ha llegado. Pero aún no hemos tenido tiempo para leerlo.

Bonino se siente completamente desmotivado, y es comprensible. Imposible reprochárselo.

Al llegar al Paseo de los Ingleses, Daquin detiene el coche, el de Niza se apea, saluda y se va.

Dos horas de trayecto a solas los dos, cara a cara, antes de llegar Marsella. En un primer momento, los dos hombres están callados, rumian en silencio la inmensa decepción de haber dejado escapar a David. La convicción de que no hay remedio. La casi certeza de que el telefonazo que le ha salvado vino de la casa, del Obispado. La rabia de sentirse traicionados. La rabia de admitir que no es una sorpresa. ¿Quién? Grimbert tiene algunas ideas, se las guardará para él. Rompe el silencio:

—Podemos también decirnos que hemos dado en el clavo. Emily no nos ha descubierto nada que no supiéramos ya. Pero su testimonio podrá ser útil en el momento de la investigación judicial.

—Sí, podemos decirnos eso. Si queremos.

Nuevo lapso de silencio. Luego, Grimbert:

—Venga, suéltalo ya.

—He cometido dos errores, los dos graves. No hablo de pequeñas meteduras de pata. Si me vas a decir que son gajes del oficio, paro el coche en el arcén y te estrangulo.

—No voy a correr el riesgo. ¿Qué errores?

—El primero, el más evidente, he tenido en las manos el objeto que habría permitido encontrar los nombres de los clientes del blanqueo de la Somar; si hubiera estado en nuestras manos la correlación de fuerzas habría sido muy diferente.

—Comisario, no se haga más ingenuo de lo que es. Si hubiéramos encontrado la lista de los clientes y la hubiéramos utilizado, nos habrían trasladado a los dos a los servicios administrativos.

—Es posible. En todo caso, esa lista, yo la dejé pasar.

—¿Es esa historia de los crucigramas de la que no entendí nada en casa de Maïté?

—Es eso. Durante el registro en la Somar, yo me ocupé del despacho de Maïté. Me acompañó, abrió delante de mí los cajones cerrados con llave, me vio sacar con mis manos de su cajón un viejo cuaderno sobado de crucigramas, y salió del despacho. Yo lo hojeé, los dameros estaban más o menos todos llenos y no le concedí ninguna importancia, volví a dejarlo en el cajón y pasé a otra cosa. Recuerdo muy bien haberme reído por dentro al pensar que la irreprochable Maïté, la mujer roca, hacía crucigramas en horario laboral. Sin duda, la efímera sensación de superioridad

del macho cuando encuentra debilidades en las mujeres aparentemente más fuertes. ¡Qué gilipollas soy! ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Muy bien.

—Si la misma escena se hubiera producido con un hombre, en el momento en que tomaba el cuaderno, él habría sin duda sobreactuado simulando impasibilidad, indiferencia, y yo habría sentido, físicamente, su tensión, su inquietud, de modo que ese cuadernillo me habría parecido una pieza importante. Ella no hace eso, ella se va. Y yo patino.

—¿El segundo error?

—Más complejo. Pieri y Simon eran hombres con un pasado oscuro, y los dos estaban conectados a redes institucionales fuertes. Frickx apareció en escena muy de improviso, lo mejor de lo mejor de los hombres de negocios a escala internacional. Y no te estoy hablando del oleoducto, que no hemos descubierto hasta después. Habríamos debido comprender de inmediato que esa trama era demasiado grande para nosotros, que no podíamos esperar desmantelarla con un ataque frontal, ni apoyándonos en las instituciones, porque esa trama está dentro de las instituciones. Era necesario buscar en la máquina la pieza mal ajustada, aquella que, al apoyarnos en ella, podría romperse y estropear todo el mecanismo interno.

—El presidente Mao lo ha dicho de manera más escueta: las contradicciones externas siempre actúan a través de las contradicciones internas.

Daquin echa una mirada a su pasajero.

—Grimbert, nunca dejas de sorprenderme. No olvidaré esa pertinente máxima del Gran Timonel. Sigo. Esa pieza, la teníamos delante de nuestros ojos. Emily Frickx. Y la hemos descuidado por completo.

—Lo siento, no te sigo.

—Si Emily no hubiese estado colgada del brazo de Pieri aquella noche, nunca habríamos oído hablar de Frickx ni del petróleo, y se habría dado por definitiva la tesis del ajuste de cuentas, a falta de algo mejor. ¿De acuerdo?

—No me lo había planteado nunca de una forma tan clara, pero es verdad.

—Frickx habría desaparecido la misma noche del asesinato de Simon, un visto y no visto; y nunca habríamos oído hablar tampoco de David, porque él también se habría hecho humo la misma noche. Solo se quedó para vigilar y proteger a su prima.

—Estoy de acuerdo.

—Joven, bonita, casada, de familia riquísima, ¿qué estaba haciendo del brazo de Pieri? Hemos aceptado, después de verificaciones más bien pobres, su historia de un encuentro casual, que no tenía ni pies ni cabeza. En la práctica, la dejamos fuera del caso del asesinato de Pieri, de manera absolutamente legítima, sin duda, pero desde ese momento, perdimos todo interés por ella. Alguien sin importancia en la ecuación. Ni por un instante hemos tenido en cuenta el hecho de que ella está en el corazón del dispositivo de Frickx. He leído los artículos de prensa sobre su boda con él: parecen más la crónica de una fusión de empresas que la historia de Romeo y Julieta. Ella asumió una función de garantía de la alianza entre Frickx y la familia Weinstein, y la sigue manteniendo. ¿Pero a quién, qué proyecto buscaba ella proteger a través de sus historias sin pies ni cabeza?

»Seguramente, no a su marido. ¿Qué habría sucedido si nosotros hubiésemos sabido la razón por la que ella estaba con Pieri, si le hubiésemos explicado, en un momento en el que ella estaba

aún bajo el trauma, que su marido y su primo habían hecho matar a Pieri asumiendo el riesgo de que ella resultara herida? Demasiado tarde para saberlo, Frickx y David están fuera de nuestro alcance.

—Si es demasiado tarde, ¿por qué la ha invitado a la exposición César?

—No he sido yo, sino su amigo galerista.

—Oh, vamos...

—Bueno, lo admito. No ha sido por ningún motivo racional. Digamos: por frustración y por curiosidad.

—En nuestro oficio, hay que saber aceptar y gestionar un fracaso.

—Quizás, Grimbert, pero no demasiado a menudo. Yo soy un cazador, mi oficio consiste en saltar sobre mis presas y descuartizarlas. No he tenido ese placer, estoy con síndrome de abstinencia, y no consigo resignarme. Soy como los perros cazadores, si vuelvo de vacío dos o tres veces, corro el riesgo de perder el gusto por la sangre y la caza.

»¿Has observado a tus colegas del Obispado? No quiero acabar como ellos. Frickx se me ha escapado, David también. Queda Emily. Ella no es una presa, no sé si vendrá, y si viene, no sé lo que haré yo. Pero tengo ganas de encontrarme con ella.

—Vendrá. De lo que tiene ganas ella es de acostarse con usted...

Daquin mira de reojo a Grimbert:

—No estoy seguro de que eso me facilite la tarea.

Unos kilómetros más lejos, Grimbert añade:

—El jefe de los Stups de Marsella, el parisino, suele decir: «Soy un aventurero pagado por meses».

—Bella frase. Por meses, no a la hora, apúntatelo.

—Trabajando contigo, lo he entendido muy bien.

Después de un tiempo de silencio, Daquin dice:

—Fíjate, Grimbert: dos mujeres, dos errores. El continente negro.

Durante dos días, Grimbert y Delmas buscan en vano a Stepanian. Empiezan a pensar que los americanos le han pagado por fin, y que se ha marchado a su tierra prometida.

Viernes, Marsella

La invitación a la exposición César, galería de arte, calle Fortia 7, precisaba: inauguración a las 18:00 con la presencia de Yves Montand. César Baldaccini, Montand, Marsella ama homenajear a los marsellese. Daquin se acerca en misión de reconocimiento del lugar, hacia las cinco. La calle Fortia, al lado del Vieux-Port, es una calle típica del viejo Marsella, estrecha y rectilínea, casas altas de cuatro plantas, fachadas coloreadas mucho menos miserables que las del Panier. Pasa delante de la galería, ve a través de las vitrinas que dan a la calle dos salas de exposiciones, blancas, con una iluminación muy fuerte, y, colgadas de las paredes como si fueran cuadros, las composiciones metálicas de César. Los organizadores y algunos amigos recorren las salas, febriles. La calle ha quedado cortada al tráfico, y se han colocado grandes mesas entre la galería y el Peano, el bar de la esquina de la calle. Los camareros colocan suntuosos platos de embutidos y cestillos de pan. Hay cuatro toneles de vino dispuestos para ser abiertos. En solo un puñado de minutos, aglomeración segura. Daquin se instala en una mesita en la terraza del Peano,

un poco retirada, desde la que abarca la esquina de la calle Fortia con el Cours d'Estienne-d'Orves, y pide un café con coñac. Esperar. ¿Vendrá, no vendrá? ¿Qué estoy haciendo aquí?

Daquin avista la silueta de Emily hacia las cinco y media. Lleva un vestido floreado, ligero y flotante, uno de esos vestidos que se quitan con un solo gesto, piensa Daquin, que pide otro café con coñac. Ella se mueve con un equilibrio y un ritmo naturales, en medio de una muchedumbre más y más densa, que se aparta de forma espontánea a su paso. Cuando ve a Daquin, va hacia él sonriente, se sienta a su mesa, pone la mano sobre la de él:

—¿Qué sorpresa y qué placer, verle aquí! Entonces, ¿también usted, como Pieri, se interesa por el arte contemporáneo?

Está radiante, mucho más que bella, irresistiblemente atractiva. El público empieza a afluir hacia el bufé. Para recuperar el aliento, Daquin va a buscar un plato de embutidos y dos vasos de vino tinto, y lo coloca todo delante de ella. Emily toma una lámina de salchichón entre los dedos, la muerde mientras le mira sentarse. Él conoce esa mirada, que acecha el animal en el cuerpo del otro, el acecho del deseo. Y le gusta sentir su cuerpo mirado de ese modo. Pocas, muy pocas mujeres le han provocado ese efecto. Cuando le ocurre, le encanta aprovecharlo. En esta ocasión, duda. Y opta por no entrar en el juego. Con una pizca de pena.

—He encontrado entre los papeles de Pieri un dossier titulado Emily. —Emily se pone rígida—. Conteníá todo un proyecto, muy avanzado, de compra de una galería de arte en Nueva York. —Ella está muda, tensa—. Lo cual me lleva a pensar que el encuentro fortuito con Pieri la tarde del asesinato no es más que una broma amable.

Una pausa.

—Continúe. ¿Cuál es su conclusión?

—Muy simple. Su marido y su primo están metidos hasta el cuello en los asesinatos de Pieri y Simon...

—¿Simon? ¿Quién es Simon?

—El adjunto de Pieri, asesinado en el aeropuerto de Niza el día siguiente del asesinato de Pieri, en presencia de su marido, que había sido quien le había citado allí. Usted no es lo bastante ingenua para ignorar el papel que juega su familia, ocultó a la policía sus relaciones con Pieri, estuvo presente en el lugar del primer crimen. Mi conclusión es que fue usted cómplice. Un asunto de familia, en suma.

Emily está ahora blanca de cólera.

—¿Cómo puede decir algo así?

—Puedo, sin problema. No olvide que su marido ha abandonado precipitadamente el territorio francés, para no volver. Su primo fue alertado de nuestra visita, y se dio a la fuga en pocos minutos. Dejo a los dos a un lado, volveré a ellos más tarde.

»Hablemos de usted. El asesinato de Pieri fue programado, preparado. Los asesinos conocían sus costumbres en el casino, y sabían que estaría allí esa noche. Usted, que estaba metida en negocios con él, podía proponerle una cita; usted, que estaba colgada de su brazo, quizás para señalarlo a los asesinos...

Emily lo interrumpe con un gesto:

—¿Sabe por qué he venido aquí?

—Mi colega piensa que tiene ganas de acostarse conmigo.

—Tenía razón. Ahora se me han pasado las ganas, y me voy.

Se levanta. Sin dejar su asiento, Daquin le atrapa la muñeca, la retuerce brutalmente, y la fuerza a sentarse otra vez en su silla.

—Va a quedarse conmigo, y a escucharme. Por una buena razón. Yo sé lo que hay en el dossier de Pieri, y usted quiere saberlo. —Daquin la suelta, ella no se mueve—. Para serle totalmente sincero, nunca la he creído cómplice del asesinato. Haber permanecido al lado de Pieri, en la zona de tiro, sabiendo que él iba a ser el blanco, habría exigido de usted una sangre fría que no tiene. Su estallido nervioso no fue simulado.

—Entonces, por qué...

Daquin continúa:

—¿Sabía usted que su primo era, no solo un amante excepcional, sino también un tirador de élite del ejército israelí? ¿Sabía usted que, en los días previos al asesinato, no estaba en Sudáfrica, como le dije, sino en la Costa Azul, con falsas identidades, y que fue visto por un testigo fiable en el casino, inspeccionando el terreno?

Emily, paralizada, se sumerge en sus recuerdos. Revive toda la escena. Ve, reconoce la silueta de David en la indumentaria negra del asesino. En la sombra profunda del casco, un rostro se anima, el arco de la nariz, la línea de las cejas, y ella ve, reconoce, el rostro de David. Siente caer al suelo, a sus pies, el cuerpo de Pieri, ve el gesto del tirador, al ralenti, que baja su arma, la desliza en su chaqueta, contra su corazón. Vuelve a ver el cuerpo desnudo de David sobre la colchoneta, junto al mar, una cicatriz oscura bajo el pezón izquierdo.

«No es nada, una quemadura muy superficial, pasará». Tirita, de la cabeza a los pies, fascinada por ese primo asesino tan dueño de sí, y amante conquistado. Se siente fascinada por haber vivido esa aventura y salido de ella tan llena de vida.

Daquin la mira. Se me ha escapado, la he perdido.

Yves Montand llega en ese momento preciso para inaugurar la exposición, en el centro de un grupo compacto de periodistas, fotógrafos y mirones. La terraza del Peano es invadida, la mesa de Daquin y Emily empujada, un vaso de vino volcado sobre el vestido floreado, un camarero se precipita, con una esponja en la mano, y Emily sale de su trance hipnótico. Daquin sabe que el instante de la seducción ha pasado, se pregunta si lo lamenta o no, y vuelve a hablar:

—Pieri y la galería neoyorquina. ¿Cómo se montó ese proyecto?

Ella parece casi alegre, charlatana, otra mujer.

—Al principio, por casualidad. Conocí a Maxime, hace más o menos dos años, en la oficina de mi marido en Milán, exactamente como ya le he contado. Fuimos a almorzar juntos. Era un hombre encantador, con él me sentía bien, relajada, en confianza. Luego me tropecé de nuevo con él en Antibes, en la galería de un amigo, en febrero o marzo del año pasado. Él se iba de viaje a Nueva York, yo soñaba con vivir allí. Hablamos de la ciudad. Él la conocía bien, había residido en ella algún tiempo. Se interesaba por la Escuela de Niza, y todos esos pintores son amigos míos. Volvimos a vernos, y de un tema a otro, muy pronto me propuso que nos asociáramos para montar una galería de arte en Nueva York; él pondría el capital, y yo me encargaría de la gestión. Mis amigos nizardos se entusiasmaron, y apoyaron el proyecto.

—¿Por qué se interesaba Pieri por el arte contemporáneo? No consigo imaginármelo admirando, por ejemplo, esas composiciones de César, allí, al otro lado de la calle.

—En lo que se refiere a César, se equivoca. Le gustaban mucho las composiciones metálicas. Le conmovían, las sentía hechas a su imagen. Pero lo que más le interesaba del arte, era el

mercado. Había olfateado un mercado con un gran potencial de expansión, no regulado de forma estricta, que consideraba ideal para el blanqueo de capitales.

—¿Y eso no la molestaba a usted?

—¿Que se hable de dinero? ¿Por qué? El mercado del arte es un mercado como cualquier otro.

—Quiero decir: ¿no la incomodaba asociarse a un delincuente que financiaba su galería con dinero ilegal?

—Me parece que no. De hecho, no me planteé esa cuestión. De hecho, me pregunto, incluso, si le estoy entendiendo.

—¿Quiénes eran sus clientes que suministraban el dinero en efectivo?

—Maxime era muy afectuoso y hablaba mucho, pero nunca de sus negocios. Ni tampoco de su vida privada, de hecho.

—¿Sabía que estaba viviendo con un hombre?

—¿Maxime?... ¿Está seguro?

—Sí.

—Me cuesta creerlo.

—¿Por qué? ¿Se acostaba con él?

—Es usted odioso. —Una pausa—. No. Pero habría podido hacerlo.

Nueva pausa. Emily mira a la gente que pasa por la calle. Maxime, un amigo tan íntimo, tan desconocido, sensación de oportunidad perdida. Ganas de llorar.

—¿Y de los negocios con Frickx, le habló?

—El único que me habló un poco de eso, muy poco, fue David. Michael acaba de despedirse de CoTrade, en estos días, y de fundar su propia empresa de *trading* de petróleo, en Ginebra.

Daquin reflexiona unos segundos. Frickx tenía un móvil, y medios. Yo lo sabía ya. Y un plazo que cumplir, necesitaba estar listo para responder a la iniciativa iraní. Entonces, cuando Emily apareció del brazo de Pieri, como no se podía aplazar por más tiempo el plan previsto, el asesino dispara. Y Frickx se ve envuelto en un peligro con el que no contaba.

—¿Conoce el nombre de su empresa?

—Frickx and Co. Entrará en la categoría de los muy grandes, de los muy ricos, ganará miles de millones, me ha dicho David. Mientras, se supone que debo reunirme con él en Ginebra, donde ha instalado la sede de su empresa.

—¿Va a ir?

—De ninguna manera. Ha rescindido el alquiler de la villa de Cap Ferrat para forzarme a reunirme con él. Pero no iré. Estoy buscando trabajo en Niza, y lo voy a encontrar.

—Teniendo en cuenta que es nieta y esposa de millonarios, no comprendo por qué necesitaba a Pieri para financiar la compra de su galería.

—Porque usted no conoce a mi familia. Para mi abuelo, todos los artistas son tarados y parásitos. Es impensable que un miembro de su familia se codee con ese ambiente. Y mucho menos su nieta. Y es inútil intentar llevarlo a mi terreno, no es un hombre que acepte dejarse convencer. Y mi marido, en principio, está de acuerdo con él. No me estoy haciendo la víctima, mi abuelo me quiere y yo le quiero, y estoy asumiendo una función social importante y reconocida: soy la garantía de la solidez de las relaciones comerciales entre mi marido y mi abuelo. A usted le parecerá esta concepción un poco anticuada...

—No he dicho nada...

—... yo acepté el juego, y me he aprovechado, no me puedo quejar. Pero en el contrato tácito entre mi marido y yo, estaba previsto que viviríamos en Nueva York, no en Milán, y todavía menos en Ginebra. Me casé con él para eso, para escapar de Sudáfrica y vivir en Nueva York. Yo he cumplido mi parte del contrato, él no. De modo que me puse a buscar una solución en otra parte.

Silencio, cada cual está sumido en sus pensamientos. Emily acaba el plato de embutidos, y bebe el vaso de vino de Daquin. Él se dice que también Pieri tuvo que encontrarla muy atractiva. Saca del bolsillo de su chupa el dossier «Emily» encontrado en la cabaña de Pieri. Voy a dárselo. ¿Por qué? ¿Porque me apetece volverla a ver en Nueva York?

Lo deja sobre la mesa entre los dos, y coloca una mano encima.

—¿Si le digo que nunca nos hemos visto?

—Eso no es del todo exacto. Nunca he visto al comisario Daquin en Marsella, pero le encontré dos veces en mi casa, en Cap Ferrat.

—Estamos de acuerdo.

Desliza el dossier hacia ella, ella lo abre, lo hojea. Está todo, el nombre del bufete de abogados, el vendedor, la dirección de la galería, las transacciones en curso. Esta vez, las lágrimas asoman a los ojos de ella.

—No sé qué decir...

—Mejor no diga nada. Y escúcheme dos o tres minutos más. Su negocio carece ahora de financiación. Va a necesitar argumentos. Su marido hizo contrabando de petróleo con Pieri durante cuatro años. En el momento en que el asunto cambió de dimensión, cuando creó Frickx and Co., eliminó a un socio impresentable con la ayuda de David. Podemos crearle problemas muy serios si vuelve a Francia, pero no tenemos pruebas suficientes para emitir una orden de búsqueda y captura internacional. Si con esa información usted no consigue que Frickx le financie un negocio ya completamente montado, es que no tiene ninguna oportunidad de sobrevivir en el medio de los marchantes de arte.

Daquin se levanta.

—Hasta la vista, señora, no quiero retrasarla más tiempo, debe ir sin falta a visitar esta exposición. Para eso ha venido, ¿no?

—No exactamente. —Sonrisa—. Y usted lo sabe.

—Me apunté la dirección de la galería de Nueva York, me pasaré a saludarla en mi próximo viaje.

El mismo día, hacia la medianoche, Emily llama a Frickx a Ginebra.

—¿Por fin! ¿Desde dónde me llamas? ¿Estás en el aeropuerto? Ayer te estuve esperando todo el día, hoy te he llamado varias veces, sin respuesta. ¿Qué es lo que pasa?

—No voy a ir, no enseguida. Quiero discutir primero contigo. Podemos vernos en Niza mañana. Iré a buscarte al aeropuerto de Niza.

—No. No puedo volver a Francia en este momento.

Eso se parece a una confesión. A Emily le da vueltas la cabeza. Toma asiento.

Frickx sigue hablando:

—¿Por qué no vienes tú aquí, a Ginebra? No lo entiendo. ¿De qué quieres que discutamos? No hay nada que discutir.

—Ten cuidado, Michael. Voy a colgar y desenchufar el teléfono.

—Bueno, como quieras. Pero no puedo ir mañana. Digamos en San Remo, el domingo. A lo largo del día.

—El domingo a la una, almorzaremos en el restaurante Bel Canto, al lado del casino. Cuelga ella.

22. SÁBADO, 31 DE MARZO Y DOMINGO, 1 DE ABRIL DE 1973

Sábado, Marsella

A media tarde, en el Vieux-Port, entre el Fort Saint-Jean y el Hôtel de Ville, los marseleses aprovechan el aire tibio y el buen tiempo de un fin de semana primaveral para pasear en familia. Bajo las arcadas de piedra ocre se alinean tres bares, el Chouchou Bar, el Tanagra y el Lido, más o menos idénticos: un gran toldo para proteger del sol algunas mesas metálicas claudicantes en la terraza, y en el interior, decoración de burdel, terciopelo rojo y oro en las paredes, luces indirectas, apliques con vidrios de colores. Fuera de las temporadas en que los barcos de guerra americanos hacen escala y sus marinos se desparraman por la ciudad en busca de putas, son bares poco frecuentados. Tienen fama de ser antros de mafiosos, que se comportan como habituales del establecimiento y no les gusta que les molesten los críos que beben limonada.

Esta tarde, a pesar de ser fin de semana y del buen tiempo, no hay ningún cliente en la terraza del Tanagra, y tampoco mucha gente en el interior. Joseph Lomini, llamado Jo el Torero, un machote guapo de treinta y cinco años, uno de los mejores soldados de Gaëtan Zampa, proxeneta en su tiempo libre, es el propietario del local. Acodado en la barra, bebe un tanagra, el cóctel de la casa a base de brebajes alcohólicos españoles que le ha preparado la camarera, Carmen, una guapa andaluza, en los cuarenta muy bien llevados, mientras charla con Aslan-Alfred Bistoni, llamado Aga Khan, uno de los capos de la French Connection en sus mejores tiempos, quien, a la edad canónica de los sesenta y dos años, juega a los jubilados a tiempo parcial en una localidad rural de Niza, y pasa los fines de semana en Marsella, paseándose por el Vieux-Port, bebiendo en el Tanagra, solucionando algunos asuntillos privados, y dejándose caer en la cama de Carmen, su amante ocasional. Una pareja de clientes habituales está sentada a una mesa al fondo de la sala, bebiendo pastís y alimentando el *jukebox* con discos de flamenco. Calma chicha. Un ritmo de fin de semana.

A las 18:30, Stepanian entra en el bar y va a saludar a Bistoni, su primo lejano, que no parece encantado de verlo; pero la familia armenia es la familia armenia, deja la barra y se lleva a Stepanian a una mesita en un rincón de la sala.

—¿Querías verme? ¿Por qué? Date prisa, no me gusta demasiado que me vean en tu compañía.

—Aslan, estoy quemado.

—Lo sé, Jo, lo sabe todo el mundo. Zampa te ha condenado. Estás loco al venir al local del matador.

—Lomini no me conoce. Aslan, tienes que creerme. Yo no sabía que Zampa estaba metido en el asunto de los Kaláshnikov con Pieri.

—Hay que informarse siempre, antes de hacer una tontería. Si me hubieras preguntado, te lo habría dicho. Ahora, ¿qué es lo que quieres?

—Quiero explicártelo, Aslan. Escúchame. Cuando fui a la calle Armény, por los Kaláshnikov, creía que me iba a tocar el premio gordo, los 50 000 dólares y el pasaporte. Lo necesito, tengo que desaparecer. Pieri me había hecho una putada, me dejó caer con las historias del petróleo, si estoy como estoy es por culpa suya...

—Deja de echar mierda encima de los muertos, ¿quieres?

—Él tenía bastantes amigos para salirse con la suya. Y ¿sabes qué? No cobré ni un céntimo, el tipo se me rio en las narices, me dijo: «Hace mucho que estamos al tanto, me tendrás que encontrar algo más». Así que ya ves...

Son las 18:55, un Mercedes *beige* se para en doble fila delante del Tanagra.

—No, no veo nada...

Lomini hace una seña a Bistoni, que se levanta.

—No te muevas de esa mesa, vuelvo enseguida.

Y se dirige a la barra.

Tres hombres bajan del Mercedes, caminan en línea recta directamente hacia la entrada del bar, apartan a empujones las mesas de la terraza, entran bajo las arcadas. Al llegar delante de las puertas acristaladas, abren fuego con una pistola-ametralladora, un colt 45 y un fusil de repetición. Lomini tiene el reflejo de sacar la pistola de su funda, pero no le da tiempo a disparar, muere con el arma en la mano. Veinte segundos más tarde, el hombre de la pistola-ametralladora dice «basta», los tiradores dan media vuelta, suben de nuevo al Mercedes y desaparecen en dirección a la Joliette. Han hecho una carnicería en el pequeño bar devastado. Todos los cristales de la fachada están hechos pedazos. En la penumbra, todas las luces han estallado, y no queda ningún hombre en pie, cinco cuerpos dislocados se amontonan en el suelo encharcado en un mar de sangre. Un sexto cuerpo, el de la camarera, se encontrará detrás del mostrador. Chorros de sangre han salpicado en todas las paredes hasta el techo, el olor de la pólvora y la sangre en el pequeño local se hace insoportable.

En los minutos siguientes, llegan las ambulancias, la policía y la prensa. El Obispado y las redacciones de los periódicos están a dos pasos. El bar se llena de gente que pisotea la sangre. Están presentes la Seguridad Pública, la Policía Judicial e incluso los jefazos.

Fuera, frente al muelle, se amontonan los mirones, únicamente hombres. Es un espectáculo ideal para una tarde de sábado, pero no para mujeres. Demasiado sensibles. Las mandan a casa, con los críos. Policías de uniforme intentan mantener a los cotillas a distancia para permitir circular a las ambulancias: al parecer una de las víctimas está aún viva. Las discusiones se animan, en voz muy alta. Que se enteren los polis de lo que piensa el pueblo.

—Ya no estamos seguros. En el Vieux-Port, durante un fin de semana. Cuando uno sale a pasear con los niños. Ver esto... es una vergüenza.

—Los policías son unas marionetas, ya te lo digo yo.

—¿Qué te creías? Todos amiguetes, polis y matones.

—La pena de muerte, es lo que está haciendo falta.

—Estoy de acuerdo. Habría que cogerlos y ejecutarlos, a esos salvajes. A todos.

—¿De qué os quejáis, tíos? ¿No veis que se encargan de hacerlo ellos mismos? Dejadlos a su bola. Mientras los matones se maten entre ellos... Nos sale menos caro a los que pagamos impuestos —concluye un mirón.

Daquin y Grimbert trabajan juntos en el Obispado, para completar el informe final sobre la investigación preliminar, y se ven atrapados por el frenesí que se apodera de la planta de la PJ. Siguen el movimiento general, y se presentan en el lugar del tiroteo. Los dos, después de haber echado un vistazo, se mantienen algo apartados. Grimbert se inclina hacia Daquin:

—Acuérdate de lo que te dije el lunes pasado, una semana de la no violencia, en Marsella, acabará en un baño de sangre. La semana de la no violencia termina mañana. Y así estamos. Hiciste bien en no apostar.

—Yo no apuesto nunca. Veo que, por lo menos, aquí tenemos un ajuste de cuentas de la mafia en toda regla, si lo he entendido bien. Nada de florituras, van con armas pesadas y se ametralla a todo lo que se mueve.

—Sí, se han esmerado en la ejecución. Una especie de obra maestra de la artesanía local. El récord establecido por Al Capone el día de San Valentín no debe de estar lejos de ser superado.

—Al ritmo al que van, si no lo han superado hoy, lo batirán mañana.

Los dos hombres observan la escena durante unos minutos, y Daquin añade:

—Dígame, ¿es una costumbre local esa de que varias docenas de personas pisoteen las escenas del crimen?

Grimbert no tiene tiempo de formular una respuesta, el jefe de la PJ los ha visto, y se dirige hacia ellos. No parece especialmente afectado por la matanza.

—¿Saben ustedes quiénes son las víctimas?

—No, señor director. Acabamos de llegar, no estamos al corriente de nada.

—No hay sorpresas. Lomini, el propietario del bar, es un hombre de Zampa, el blanco del Belga desde hace seis meses. Alfred Bistoni tampoco representa una sorpresa, es un falso jubilado de la French, activo, según se dice, en la financiación de los casinos nizardos, y por tanto, otro hombre de Zampa. Después están la camarera, dos desconocidos, y Jo Stepanian, el Armenio.

Daquin y Grimbert se quedan paralizados, tensos, sin decir una palabra. El jefe continúa:

—Un nombre del que Costa me ha hablado mucho. Aparece en vuestro dossier, por lo que me ha dicho. Corre el rumor en Marsella de que Zampa habría estado implicado en el tráfico de armas de la Somar. Eso explica quizás la presencia de Stepanian aquí. Todo esto refuerza mi convicción: los asesinatos de Pieri y de Simon son un episodio de los ajustes de cuentas en curso en la mafia marsellesa. Acabo de telefonear al fiscal Coulon para informarle de la matanza y de la presencia de Stepanian entre las víctimas. Los dos estamos de acuerdo. Para incrementar la eficacia, es oportuno añadir este dossier a los que el juez Bonnefoy tiene ya a su cargo. Calculo que la decisión oficial en este sentido se tomará el lunes. Venga a verme a primera hora de la tarde, con el dossier Pieri-Simon completo, y nosotros nos encargaremos de transmitirlo al juez que se designe, según todas las probabilidades, Bonnefoy. Y ya veremos qué equipos, en nuestra casa, se encargan de continuar la investigación. Por lo demás, señores, les deseo un buen domingo.

Cuando ya se ha ido, Daquin pregunta a Grimbert:

—¿Tiene alguna idea de lo que estaba haciendo Stepanian en el Tanagra?

—Ninguna. Jamás se me habría ocurrido venir a buscarlo aquí, en pleno territorio Zampa. Zampa entró en relación con Pieri en la época de los Guérini, lo apreciaba, me cuesta imaginar

que haya protegido a Stepanian.

»Sin embargo, si, Zampa estaba en el tráfico de armas, la relación con Fratoni, y luego Leccia, más el SAC, más Simon, es un escenario muy posible. Eso explicaría...

—Para, Grimbert. Ya he tenido bastante, no estoy dispuesto a meterme de nuevo en ese berenjenal. ¿Qué opinas, el jefe nos está apartando de la investigación?

—Eso parece. De todas maneras, si está el juez Bonnefoy... ya has vivido esa experiencia.

—Buen domingo, ha dicho el jefe... Creo que voy a emborracharme. ¿Y tú?

—La cabañita. Un fin de semana en familia.

Domingo, Niza, San Remo

El domingo por la mañana, hacia las diez, Augusto, el dueño de la galería de arte de Niza con el que Emily tiene negocios, pasa a buscarla en coche, y van en dirección a San Remo.

—Gracias por haber aceptado acompañarme. Te explico. Voy a encontrarme con Michael. Me engaña, tengo pruebas, voy a pedirle el divorcio, y tendré el dinero que necesito para montar en Nueva York la galería de la que hemos hablado. Y seguiremos trabajando juntos, como hemos acordado.

—¿Para qué me necesitas?

—Para tranquilizarme. Tengo miedo.

—¿De qué?

—No lo sé. Un secuestro, por ejemplo.

—Te estás montando una película, tu marido no es un matón.

—Nunca hay que fiarse de las apariencias.

Luego la conversación deriva hacia los diminutos problemas de uno y otro en el microcosmos de Niza. Y así ocupan todo el trayecto.

Llegan a San Remo una hora antes de la cita. El Bel Canto es un restaurante encantador, manteles blancos y un mural que representa la bahía de Nápoles. A esta hora, el comedor está vacío. Emily visita los aseos, Augusto se pierde por las cocinas. Ningún gorila sospechoso en los alrededores.

Emily elige una mesa lejos de las puertas. Augusto se sienta en otra mesa, desde donde puede vigilarla. La mira de reojo, mientras lee un periódico. Ella está inmóvil, con el cuerpo muy erguido, las manos cruzadas sobre la mesa, los ojos cerrados. A él le impresiona, se pregunta si está haciendo de figurante en un vodevil o en una novela negra. Ella se concentra, y se repite: me enfrento a un asesino. No tengo miedo. Tengo armas. Soy fuerte. Voy a ganar.

Frickx llega en taxi a la hora exacta de la cita. La sala del restaurante está ahora medio llena. Augusto se dedica a vigilar las entradas, algo sorprendido de sí mismo, y, de nuevo, no descubre a ningún posible gorila en el entorno.

Frickx se dirige a la mesa de Emily. Está profundamente molesto por perder el tiempo en palabras inútiles, pero lleva puesta en el rostro la máscara del hombre desenvuelto y sonriente, como siempre. Besa a su mujer, un beso ligero en los labios, y toma asiento. Emily se repite que Frickx es peligroso, no debe darle oportunidad de tomar la iniciativa en la discusión. La única táctica es la ofensiva. En cuanto han pedido dos espaguetis carbonara y una botella de vino blanco, ataca:

—Lo sé casi todo. David y tú organizasteis el asesinato de Pieri y de su amigo Simon. La razón de fondo: historias de petróleo que no te detallo, las conoces mejor que yo.

»De forma accesoria, aceptaste el riesgo de matarme a mí también. Por consiguiente, ya no tengo ninguna confianza en ti. He puesto los documentos que poseo, y que me vienen de Pieri, a resguardo, y he pedido a unos amigos que vengan a vigilarnos, aquí, en este restaurante. Considero que cualquier cosa es posible por tu parte.

El camarero trae los espaguetis y el vino. Michael aprovecha para recorrer la sala con la mirada, busca a guardaespaldas profesionales, no identifica a nadie. ¿Será un farol? Pregunta:

—¿Qué te propones hacer?

—No voy a correr a la comisaría de Niza para contar tu vida, no tengas miedo. Voy a sacar partido de la situación. Divorcio por tu culpa, por una historia cualquiera de infidelidad, elige tú cuál, y con el dinero del divorcio, me instalaré en Nueva York y abriré una galería de arte.

—Imposible, divorciarnos.

—¿Por qué?

—Porque según la ley francesa, una esposa no puede testificar contra su marido...

Lo confiesa todo, lo tengo cogido por los huevos.

—... y porque tu abuelo no me lo perdonaría. Si se tratara de un apartamento en Nueva York... pero la galería de arte, es imposible también. He visto a tu abuelo, hace tres días. Había hablado con unos amigos a los que vendiste alguna cosa... una obra de arte. Me dijo: «No quiero que mi nieta se pierda en esos ambientes de tarados, arréglatelas».

—Ya lo ves, es tu problema, no el mío. Tú financiarás la galería, y tú te las arreglarás con mi abuelo. Acepto renunciar a vender a mis artistas en Sudáfrica durante un plazo de cinco años, eso te facilitará las cosas. Pero tendré el apartamento y la galería. Si te niegas, te acabará costando mucho más caro, y sé que eres capaz de hacer los cálculos pertinentes. Piensa solo en lo que diría mi abuelo, y en las medidas que tomaría, si se enterara de que has permitido que disparen contra tu nieta.

—Una galería de arte en Nueva York no se encuentra así como así, y no sé de qué suma estamos hablando.

—Yo sí que lo sé.

Emily extrae de su bolsillo algunas hojas de papel dobladas en cuatro, fotocopias de algunas páginas del dossier preparado por Pieri, con la ubicación de la galería y las primeras negociaciones sobre el precio.

—Acabo de abrir una cuenta en un banco de Nueva York. En cuanto me envíes las sumas que figuran aquí, cerraré el trato.

Emily guiña un ojo a Augusto mientras Frickx, estupefacto, lee los documentos. Están muy bien hechos. La dirección es idónea, el precio bien negociado.

—¿Quién ha hecho esto?

—Pieri, antes de que unos cabrones lo asesinaran. Me dejó este dossier, entre otros.

—No entiendo nada. —Tiene aspecto de estar efectivamente perdido—. Pieri no podía estar interesado en estas mierdas del arte. ¿Cómo lo conseguiste? ¿Te acostabas con él?

—Michael, eres un cretino. ¿Cuánto tiempo hace que lo conocías, cuatro años, cinco?

—Cuatro.

—¿Y no te diste nunca cuenta de que solo amaba a los hombres?

—¿Pieri? Imposible...

Pero sí, posible después de todo. Nunca vino a ninguna de nuestras fiestecitas, no lo vi nunca con una puta... Tenía que haber un motivo. Quien no ama a las putas no ama a las mujeres.

Un tipo lleno de secretos... y sin embargo, contó a Emily que era marica. Entonces, esta historia de unos documentos que ella tiene, quizá no es un bluf... Lo que yo temía desde el principio, desde que descubrí que ella había pasado la noche en el casino...

Frickx se siente de nuevo completamente superado. «No sé si conoces bien a tu mujer, Michael», le decía el viejo. Pero hasta este punto...

Emily está hablando, escúchala.

—Maxime se interesaba por el mercado del arte contemporáneo porque veía en él una máquina formidable de hacer dinero limpio, y de blanquear fondos. Hablaba de un yacimiento sin explotar, y según él, los primeros en llegar son siempre los mejor servidos. Son expresiones suyas. Nos habíamos puesto de acuerdo, él compraba la galería, y yo la dirigía. Con preocupaciones distintas, evidentemente. Él confiaba en mí para la promoción artística, y yo en él para el reparto de beneficios. Debíamos negociar eso de forma amistosa cada mes, en función de los flujos que tendríamos que gestionar el uno y el otro.

Mercado del arte, blanqueo, yacimiento inexplorado... tomar en cuenta la opinión de Pieri, tenía una intuición formidable, acuérdate de Malta...

—¿Y yo, tu marido? ¿Yo no existía?

—Maxime estaba seguro de que te convencería para meterte en el negocio, con un tercio de la operación. Pensaba que no te resistirías al estudio de mercado en el que estaba trabajando, pero no me lo llegó a pasar. No tuvo tiempo de terminarlo. —Un lapso de silencio—. Entre tú y yo, solos, el reparto será al cincuenta-cincuenta. Pero la galería estará a mi nombre.

Frickx reflexiona mientras desmenuza un pedazo de pan. «No conoces a tu mujer... Lleva mi sangre, es capaz de todo». El viejo tiene razón... Añade el olfato de Pieri. Quizás no es ninguna tontería, ese medio de repatriar capitales a los Estados Unidos, escapando de todo control. Pros... Contras... Es la solución menos mala... Me las arreglaré para encontrar una plataforma de despegue, siempre me las he arreglado. De acuerdo.

Mira a su mujer, con atención. Tiene la impresión de verla por primera vez. Le sonrío. Seductor.

—Emily, es la primera vez en siete años que tenemos una verdadera conversación. Descubro ahora a mi mujer, y es una mujer de negocios. El impacto es brutal. Y lamento haber tenido que llegar a estas circunstancias... y haber perdido todo este tiempo. Cuenta conmigo para la galería de arte. Vamos a brindar por esto. *Champagne con la zuppa inglese.*[19]

EPÍLOGO CON ALGUNAS CIFRAS

En 2014, Ginebra ocupa el primer puesto mundial en el ránking del comercio del petróleo. Allí se trata la tercera parte del comercio mundial del petróleo y del gas.

Las cuatro firmas comerciales más importantes de Suiza, por su volumen de negocios, son empresas dedicadas al sector del petróleo: Vitol (307 000 millones de dólares), Glencore Xstrata (252 000 millones de dólares), Trafigura (133 000 millones de dólares), y Mercuria Energy Group (112 000 millones de dólares).

La quinta es Nestlé, multinacional de la industria alimentaria (96 000 millones de dólares).

Vitol, la más importante de las firmas de *trading* de petróleo, emplea a 5400 trabajadores, tiene una cifra de negocios de 307 000 millones de dólares, y no cotiza en bolsa.

Nestlé emplea a 330 000 asalariados, tiene una cifra de negocios de 96 000 millones de dólares, y cotiza en bolsa.

Entre octubre y diciembre de 1973, el precio del barril de petróleo pasó de 3 a 10 dólares. Luego subió a 30 dólares, en 1980. En la década de 2010, se negociaba en torno a los 100 dólares.

Para seguir la evolución del mercado del arte, solo disponemos de datos parciales.

En 1970, se creó la primera feria de arte contemporáneo. Fue en Basilea, Suiza.

En 1974, se creó en París el primer Salón de Arte Contemporáneo, que después se convertiría, siguiendo el modelo de Basilea, en Feria Internacional del Arte Contemporáneo (FIAC).

El mercado más fácil de seguir es el de las subastas de arte: en 1950, la plaza de París representaba el 80 % de ese mercado, y el 40 % en 1990.

En 2014, las plazas chinas y norteamericanas compiten por el primer lugar, y facturan el 78 % de las ventas entre ambas. Londres va a continuación, con el 15 %. París solo representa el 2 % de las ventas.

En el periodo de julio 2013 a julio 2014, las subastas de obras de arte contemporáneo han conocido su mejor año, con 2000 millones de dólares de ventas. La cifra de negocios mundial ha crecido en un 1078 % en diez años, y los precios en un 70 %.

NOTAS

[1] Joburg: término coloquial para referirse a Johannesburgo, la ciudad más grande y poblada de Sudáfrica. (*N. de la E.*)

[2] El clan de los Guérini: Antoine y Memé se convirtieron en poderosos gánsters desde los años 30 y hasta el 67, fecha en que Antoine es asesinado. Se especializaron en el proxenetismo, el tráfico de tabaco y de heroína. Conocidos por estar muy vinculados a la política y al mundo del espectáculo. (*N. de la E.*)

[3] *Pieds-Noirs*: Europeos, sobre todo franceses, instalados en Argelia. La mayoría fueron repatriados a Marsella después de la guerra de Argelia, en el 1962. (*N. de la E.*)

[4] Le Brigade Mondaine: entidad de represión del proxenetismo en la época. (*N. de la E.*)

[5] French Connection: Red de narcotraficantes franceses, que tenían su base principal en Marsella y estaban muy centrados en el tráfico de la heroína. (*N. de la E.*)

[6] Gaston Defferre (1910-1986): Político socialista, ministro, alcalde de Marsella desde 1953 hasta su fallecimiento. (*N. de la E.*)

[7] SDECE: Servicios de Documentación Exterior y Contra Espionaje. (*N. de la E.*)

[8] La Canebière es la arteria principal de Marsella. (*N. de la E.*)

[9] Combinatie es el nombre del barco holandés implicado. (*N. de la E.*)

[10] *Calanques*: valles fluviales sumergidos en la costa próxima a Marsella (*N. de la E.*)

[11] El SAC: Servicio de Acción Cívica, era un grupo de fieles a De Gaulle que funcionaba como una policía secreta, entre 1960 y 1981. Algunos de sus miembros estuvieron implicados en delitos de narcotráfico. (*N. de la E.*)

[12] La OAS: Organisation Armée Secrète, opuestos a De Gaulle y a la independencia de Argelia, sus miembros se organizaron como una policía para militar, muy activos entre el 61 y el 62, entre Argelia, Francia y España. (*N. de la E.*)

[13] GIP: Grupos de Intervención Policial. (*N. de la E.*)

[14] En 1971 Nixon abandona el patrón oro. El dólar se convirtió de facto en una moneda fiat respaldada por una imposición gubernamental estadounidense y sin valor intrínseco, pero con un valor legal, algo que cambia la historia financiera profundamente. (*N. de la E.*)

[15] Versos de *La Internacional*, el himno de los trabajadores en todo el mundo. (*N. de la E.*)

[16] Movimiento que tuvo lugar durante la Revolución Francesa, encabezado por François Babeuf, cuya ideología suele considerarse el germen del comunismo. Pretendía derrocar el

Directorio para instaurar un régimen que garantizara «la igualdad perfecta». Fracaso. (*N. de la E.*)

[17] Este es un hecho real. (*N. de la E.*)

[18] Angliche: inglés en francés. (*N. de la T.*)

[19] *Zuppa inglese*: postre típico italiano, similar al tiramisú, pero con crema pastelera. (*N. de la E.*)